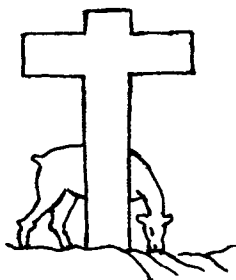


# Vida Sobrenatural

REVISTA BIMESTRAL  
Año XC. Volumen CXI  
Enero-Diciembre, 2010  
Números 667-672



SICUT CERVUS AD FONTES

SALAMANCA

# **VIDA SOBRENATURAL**

## **REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA**

Fundada en 1921 por el Siervo de Dios P. Fray Juan González Arintero, O.P.

*Fray Julián de Cos, O.P.,* Director

*Fray José Ramón Enjamio, O.P.,* Secretario

*Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.,* Promotor de la causa del P. Arintero

*Fray Pedro Blanco, O.P.,* Vocal

*Fray David Lana, O.P.,* Encargado de la sección de Liturgia

Administración: *Editorial San Esteban*

e-mail: [sanes-revistas@telefonica.net](mailto:sanes-revistas@telefonica.net)

Apartado 17

37080 SALAMANCA

Teléfono 923 21 50 00. Fax 923 26 54 80

*Imprimi potest:*

Fray Francisco Javier Carballo Fernández, O.P.  
Prior Provincial

### **DONATIVOS PARA EL SOSTENIMIENTO DE LA REVISTA EN 2010**

|                          |          |
|--------------------------|----------|
| España . . . . .         | 20 €uros |
| Europa comunitaria . . . | 30 €uros |
| Otros países . . . . .   | 30 €uros |
| Número suelto . . . . .  | 4 €uros  |

---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### Dios se hace bebé

Generalmente prestamos más atención a lo que es frágil y pequeño. Por ello, el nacimiento de una personita hace que toda su familia no tenga ojos más que para ella. El nuevo miembro es la confirmación de una esperanza, es la felicidad presente. A pesar de los problemas que haya habido antes del nacimiento y de las dificultades que acarree criarlo, el bebé es una buena noticia.

Y cuando ese bebé es el Niño Jesús, la Buena Noticia se escribe con mayúsculas, pues abarca a toda la familia humana y es para toda la eternidad. Sabemos que en su gestación y nacimiento las cosas no fueron fáciles. Su concepción fue totalmente inesperada y sorpresiva para María (cf. Lc 1, 26-38) y, en un principio, mal entendida por José (cf. Mt 1, 18-25). La divina Providencia quiso además que el nacimiento del Niño Jesús aconteciera lejos de la familia y los amigos, tras un largo y complicado viaje, en una pequeña cuadra, junto a unos animales (cf. Lc 2, 1-20).

Pero, a pesar de ello, ¡es la Buena Noticia! Y tanto es así, que fue anunciada en el cielo por una brillante estrella y los ángeles la daban a conocer cantando himnos en su honor. Y muchos fueron en aquella noche al portal a adorar al Niño. Y muchos somos los que en Nochebuena le

adoramos en los pequeños y humildes belenes que con tanto cariño hemos hecho en medio de nuestra casa o de nuestro convento.

El nacimiento de un bebé siempre nos llena de emoción y ternura. Debido a ello, y a pesar de que la Iglesia nos dice repetidas veces que la fiesta más importante es el Domingo de Resurrección, para los fieles cristianos, la fiesta más entrañable es la Navidad. Y por eso es en esta fecha cuando las familias se reúnen para compartir un succulento banquete y una alegre velada, y las comunidades religiosas se esmeran en celebrar una bella y alegre liturgia que exprese el sentir del corazón de toda la Iglesia.

Qué misterio, Dios se hace Bebé, se hace pequeño, débil y frágil. Y a nosotros se nos cae la baba queriendo arrullarle tiernamente en nuestro corazón. Por eso, previamente, durante el Adviento, lo hemos limpiado, mullido y perfumado, para que el Niño Dios repose cómodamente en él.

Viviendo interiormente el nacimiento de Jesús, podemos experimentar con toda viveza la ternura del amor divino. Dios nos ama con la suave delicadeza de un recién nacido, con la pureza de un alma angelical. Y mucho más que eso, pues en Él todo es infinitamente intenso.

Si hay un tiempo especial para abrir nuestro corazón al más tierno y dulce de los amores, ese tiempo es la Navidad. Abajémonos interiormente para contemplar de cerca al Niño Jesús acostado en nuestro corazón. Y abajémonos también para compartir nuestra alegría con aquellos que forman parte de nuestra vida cotidiana, con nuestros familiares, nuestros hermanos o hermanas de comunidad, con los parroquianos, con los amigos, y vecinos. Que nadie quede excluido de nuestro cariño. En un corazón navideño todos son bien acogidos, sobre todo nuestro Salvador.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.

*Nuevo Director de la revista «Vida Sobrenatural»*

## Estudios

# A la luz de la estrella

Unos sabios del Oriente, guiados por una *estrella*, dejaron su tierra y peregrinaron en busca de un misterioso rey. En su búsqueda dieron con el rey Herodes y la *estrella* desapareció. Apareció de nuevo cuando dieron con Jesús, al que reconocieron como el verdadero Rey que buscaban.

La sencillez y el encanto de este suceso no deben distraer nuestra atención de lo que se esconde tras él. Este suceso sencillo y encantador nos revela, bajo la imagen de la *estrella*, que Dios quiere que todos los hombres se salven; que Jesús fue enviado como luz para iluminar a todos las naciones; que María es la Madre que ha presentado esta luz ante la faz de todos los pueblos.

### 1. LA ESTRELLA

Después del nacimiento de Jesús, unos sabios de Oriente se presentan en Jerusalén haciendo una pregunta. Quieren saber dónde ha nacido el Rey de los judíos. Justifican su pregunta diciendo: *Hemos visto salir su estrella y venimos a dorarlo*. La ciudad entera, con su rey a la cabeza, se sobresaltó ante la pregunta de los extraños personajes y ante la razón de la misma. El rey Herodes no sabe qué responder y abiertamente plantea a otros sabios, los del país, otra pregunta similar: *¿Dónde tenía que nacer el Mesías?* Apoyándose en los escritos del profeta, responden: *En Belén de Judá*. El astuto Herodes, ahora en secreto, les pide a los magos que le digan con precisión *el tiempo en que había aparecido la estrella*. También les pide que vayan a Belén para que averigüen con cuidado sobre el niño recién nacido. Y les hace una

tercera petición: *Cuando lo encontréis, avisadme, para ir yo también a adorarlo*. Mientras estuvieron en la ciudad equivocada y con el rey que no buscaban, la *estrella* orientadora permaneció oculta. Puestos en camino en la dirección correcta, *la estrella comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño*. La reaparición de la *estrella* fue causa de inmensa alegría. *Entraron en la casa* y allí se produjo una visión: *Vieron al niño con María, su Madre*; a la visión siguió un acto de adoración: *Y cayendo de rodillas lo adoraron*; y a la adoración siguió la ofrenda: *Le ofrecieron sus regalos*. Han encontrado lo que buscaban, han realizado lo que anhelaban, han dado con la verdad que deseaban. No tiene ya sentido volver a Herodes, por ello *se marcharon a su tierra por otro camino*.

De los cuatro evangelios canónicos, Mateo es el único que nos refiere este suceso (2, 1-11). Empecemos por fijar nuestra atención en la *estrella*. A lo largo de los once versículos de este relato podemos encontrar varias alusiones a ese astro luminoso y, a la par, maravilloso.

Primera alusión a la *estrella*: *Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo* (Mt 2, 2). Estos Magos del Oriente estudiaban el cielo, porque no se conformaban con lo que veían en la tierra. Eran sabios y, por ello, no dejaban de estudiar para llegar a aprender lo que todavía no sabían. Y, estudiando el cielo, empezaron a sospechar que algo grande había ocurrido y que merecía la pena encontrarlo. Dejando sus condiciones de vida usuales, dejando sus seguridades, fama y prestigio, emprendieron una peregrinación para encontrarlo. Y no les importó afrontar las molestias del camino, porque intuían que lo que buscaban era de mayor valor. Aquellos sabios, estudiosos del firmamento, vieron en aquella *estrella* singular, que apareció en el cielo, la señal de que Dios estaba vivo, encarnado entre los hombres. Aquélla no era una *estrella* más entre las muchas que lucían en ese firmamento que conocían como la palma de sus manos. Aquélla era *la estrella del Señor*. Había que ponerse en cami-

no para dar con el Dios hecho carne y así adorarlo. ¿Cuál sería la enseñanza de esta primera alusión a la *estrella*? En la vida hay algo más de lo que vemos o tocamos. Para descubrirlo hay que levantar un poco la vista. Las cosas importantes y que tienen peso específico están muy cerca de nosotros: en el alto cielo o en el firmamento interior de nuestro propio corazón. Si nos picara un poco la genuina curiosidad, nos inquietaríamos y nos pondríamos a buscarlo. Con gusto renunciaríamos a nuestras frágiles seguridades con tal de encontrar los valores permanentes. Todos sabemos que en el firmamento de nuestra vida lucen muchas estrellas, que no tienen luz propia. Hay una que sí tiene luz propia: esa *estrella* es la que da sentido a todas las demás y, por ello, da sentido a la vida. Ésa es *la estrella de Dios*; es el mismo Dios. Sin Dios en el horizonte de nuestro firmamento existencial, todo palidece. Pero con Dios todo adquiere brillo. Si queremos que nuestra vida tenga sentido nos hemos de dejar guiar por una *estrella*, y, puestos a escoger, que sea *la estrella misma de Dios*.

Segunda alusión a la *estrella*: *Entonces Herodes llamó en secreto a los Magos, para que le precisaran el tiempo en que había aparecido la estrella* (Mt 2, 7). Misteriosamente la *estrella* desapareció cuando la caravana de los sabios, venidos del Oriente, llegó a Jerusalén y se entrevistaron con Herodes. En su ardiente deseo de buscar, al dar con Herodes, casi equivocan el hallazgo. La ayuda divina les dice que no se dejen engañar por las apariencias; que están cerca, pero que han de seguir buscando. ¿Qué enseñanza podemos sacar de esta segunda alusión a la *estrella*? No debemos confundir a Dios con los ídolos. Dios es verdad permanente y los ídolos son vaciedad sin consistencia. Dios es siempre más que nosotros y no deberíamos caer en la trampa de hacerle a nuestra imagen y antojo. Dios quiere ser luz para todos, pero no impone nunca su luz. Dios ilumina al que se deja iluminar. Para quien vive aposentado en la tiniebla y en la negrura de la noche y se niega a dejar que *la estrella*

*de Dios* brille en el firmamento de su vida, la *estrella* se esconde. Dios se esconde para los que se esconden de Él, para los que ni le buscan ni quieren nada con Él, añadiendo así mayores dosis de oscuridad y negrura a su no pequeña noche sin sentido.

Tercera alusión a la *estrella*: *Y de pronto la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el Niño* (Mt 2, 9). Si misteriosa fue la desaparición de la *estrella*, igualmente misteriosa fue su nueva aparición. Volvió a brillar para los que, con recta intención, buscaban a Dios. ¿Cuál sería ahora la enseñanza? Si Dios se oculta al que se oculta de Él, Dios, en cambio, se hace el contradicho de todos aquellos que le buscan con sincero corazón. En la misma medida en que dejemos que en la propia vida brille Dios, en esa misma medida su *estrella* será cada vez más luminosa.

Cuarta alusión a la *estrella*: *Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría* (Mt 2, 10). La nueva aparición de la *estrella* produjo en el corazón de aquellos sabios una alegría grande. Han encontrado, por fin, lo que buscaban: una familia con un niño pequeño. El corazón les da un vuelco y empiezan a respirar profundamente, porque saben que han encontrado lo que buscaban. ¿Qué podríamos aprender de esta nueva alusión a la *estrella*? Si en el cielo de la propia vida hay un sitio para Dios, dejando que luzca su *estrella* con todo su esplendor; si creemos en Él y a Él sólo adoramos, la vida se llenará de sentido y, por ello, de gozo y alegría. Sin Dios sólo queda sitio para la tristeza vital. Cuando damos con Dios hay que alegrarse; hay que adorarle y hay que ofrecerle lo valioso de nuestra vida.

## 2. LA RIQUEZA DE LA ESTRELLA

Todos necesitamos una *estrella* para vivir. Las hay que son fugaces: brillan mucho y son hermosas, pero no duran.



¿Las enumeramos? Creo que no hace falta. Luego están las *estrellas* auténticas: son difíciles y no nos hacen la vida fácil; y aunque, unas veces se escondan, siempre nos avisan de los ídolos y de las falsedades. Dios es *la estrella* luminosa y, a la par, exigente. Nos deslumbra, pero también nos alumbró el camino de la existencia humana.

La protagonista indiscutible de toda esta reflexión es *la estrella*. Este especial astro luminoso empezó a espolear la vida apacible de aquellos sabios estudiosos del firmamento. Una vez que la descubrieron en el firmamento, entendieron que tenían que complicarse la vida y emprender un viaje para encontrar a alguien especial, del que *la estrella* era su señal. *La estrella* fue para ellos guía segura en el camino. Por motivos humanos estos sabios se volvieron torpes, pues llegaron a creer que la capital, donde vive el rey, era la meta final de su peregrinación. Prueba de su equivocación es que *la estrella* desapareció. Cuando de nuevo se ponen en la dirección acertada, reaparece *la estrella*, llenando su corazón de alegría. *La estrella* se paró en el lugar donde estaba el objeto de su búsqueda. Cuando se volvieron a su tierra, ya no necesitaban la guía de *la estrella* en el firmamento, pues ahora lucía en su cielo interior y, por ello, regresaron a su tierra por otro camino.

¿Qué se esconde o quién se esconde detrás de *la estrella*? *La estrella* es Dios mismo brillando en el firmamento de la vida del hombre. *Estrella* luminosa y exigente. Dios nos dice dónde está la verdad y la mentira; dónde están los verdaderos valores y dónde están los fugaces; dónde están los ídolos y dónde está Él, el Dios verdadero. *La estrella* es también Cristo, quien ilumina con su luz la conciencia humana; quien nos orienta hacia la meta a la que hemos sido llamados y nos amonesta contra todo lo que empobrece y degrada nuestra misma dignidad humana y cristiana. Y *la estrella* es también María. Ella es *la estrella* de la mañana, el lucero matutino, que tiene por misión avisar de la inminente aparición de aquel Sol, que nace de lo alto: su

Hijo y Señor, Dios bendito por los siglos. Fiel esclava del plan salvador de Dios y generosa colaboradora en el cumplimiento del mismo por parte de Cristo, María inquieta a los hombres para que no se conformen con lo dado a ras de suelo, invitándoles a mirar hacia lo alto. María es la que impulsa y guía a todos los que se deciden a buscar a Dios. María es la que nos avisa, ocultándose, cuando confundimos a Dios con los ídolos. María es la que nos introduce en la casa de la Iglesia, mostrándonos a Jesús, para que lo adoremos y le hagamos la ofrenda de nuestra propia vida. María es la que nos urge a compartir la alegría del hallazgo, volviendo por ese otro camino que se llama conversión y vida nueva.

### 3. LA ESTRELLA MISIONERA

La Solemnidad de la Epifanía del Señor es la tercera gran solemnidad del tiempo litúrgico de Navidad. En dicho tiempo empezamos por celebrar que el Hijo de Dios, sin dejar de ser Dios, se encarnó en el vientre de la Virgen María y nació hombre. Confesamos así que en Jesús, naturaleza divina y naturaleza humana quedan unidas, sin confusión, en la persona del Verbo, segunda de la Santísima Trinidad. Pero durante el tiempo de Navidad también celebramos algo más: que el Verbo se ha hecho carne para ser nuestro Salvador. Este salto que ha dado Dios de la eternidad al tiempo ha sido por nosotros los hombres y por nuestra salvación. La Solemnidad de la Epifanía añade, a lo ya mencionado, otra dimensión fundamental de nuestra fe: que Dios se ha hecho hombre para que todos los hombres se salven. En esa fiesta se celebra la universalidad de la salvación de Dios. Dios se revela a todos los pueblos, representados en esos misteriosos personajes venidos desde el Oriente, guiados por una *estrella*. Jesús, en cuanto hombre, es judío de raza y, en cuanto Dios Salvador, da cabida en su corazón

a todos los hombres. Habiendo nacido Dios, fue tal la luz que brilló en la tierra que se percibió en aquellas lejanas tierras situadas más allá de las fronteras visibles de Israel.

Jesús, en cuanto Dios, es Salvador de todos: de los pastores y de los magos; es decir, de los judíos y de los gentiles, pues a ambos se manifestó y reveló. Curiosamente la mayoría de los judíos ni se enteraron del nacimiento de Jesús. Herodes, que se lo sospechó, quiso buscarlo para matarlo. Y, mientras tanto y desde entonces, la gran caravana de la humanidad sigue en marcha buscando al Dios-Hombre Salvador. Van guiados por una *estrella*: la intuición de que todos necesitamos salvación y sólo en Jesús la encontraremos. La humanidad pierde la orientación y la *estrella* se esconde cuando se confunde a Jesús como uno más entre los salvadores. La *estrella* siempre avisa diciéndonos dónde está lo auténtico y dónde están los sucedáneos.

Es voluntad de Dios distribuir, a manos llenas, su gracia y su salvación. La buena noticia que con Jesús nos ha venido es como una luz brillante: en su evangelio encontramos las respuestas a los interrogantes que los hombres no dejamos de plantearnos. La buena noticia que con Jesús nos ha venido es como una roca firme: en ese evangelio podemos edificar nuestras vidas, seguros de no conocer una ruina estrepitosa de las mismas. La buena noticia que con Jesús nos ha venido es como un pan sustancioso: en ese evangelio encontramos el alimento que necesitamos, seguros de no padecer anemia y morir de hambre. La buena noticia que con Jesús nos ha venido es como un manantial de agua fresca: en ese evangelio encontramos la fuente que refresca y sacia nuestras aspiraciones más hondas.

La buena noticia del Evangelio, siendo luz brillante, roca firme, pan sustancioso, agua fresca, está destinada a todos los hombres y la mejor manera de compartirla es empezar viviendo a su luz. Mejores evangelizadores seremos cuanto más evangélicos seamos. Por todo lo dicho, la Solemnidad de la Epifanía es la primera y más grande fies-

ta misionera del año; la raíz de donde luego vendrán el resto de las fiestas misioneras. No deberíamos abandonar la caravana de los buscadores de Dios ni deberíamos permitir que deje de brillar en nuestro horizonte vital la *estrella* de la fe en Dios.

#### 4. MISIONEROS DE LA ESTRELLA

En el principio, cuando Dios creó los cielos y la tierra, el hombre vivía con Dios en un mundo lleno de luz, porque el mismo Dios era el Sol de su vida. Quiso el hombre vivir sin Dios; y sin Aquél que era el Sol de su vida, el hombre se introdujo en un mundo de oscuridad y de tinieblas. En esta situación de desgracia, comenzó el hombre a esperar la llegada de un redentor, que sacándole de las tinieblas en que se encontraba, le introdujese de nuevo en aquel mundo lleno de luz, donde Dios es el Sol. Mucho tiempo pasó en espera de ese redentor, hasta que un día el hombre recibió en su mundo de tinieblas la visita de la luz. Jesús, Hijo de Dios, vino como la luz del mundo (cf. Jn 8, 12).

Todos nosotros nacimos sin luz, porque nacimos sin Dios. Pero el día feliz y gozoso de nuestro Bautismo, Jesús, luz del mundo, nos visitó. Dejamos de ser hijos de las tinieblas para venir a ser hijos de la luz. Porque Jesús nos ha iluminado sabemos de dónde venimos y a dónde vamos; sabemos que Dios nos quiere y nos perdona; sabemos que su voluntad es salvarnos.

Los que hemos recibido la luz de Cristo, debemos cuidar y mantener viva en nosotros dicha luz, no permitiendo que se nos apague. No podemos seguir viviendo como los que todavía viven en tinieblas. Vivir en la luz es cumplir los mandamientos, es vivir las bienaventuranzas, es recibir los sacramentos, es practicar las obras de misericordia, es poner en juego las virtudes.

Los que hemos recibido la luz, que es Cristo, somos responsables de hacer que llegue a los que todavía viven en tinieblas. Cristo es luz para todos. Todos los hombres tienen el derecho de poder ser iluminados por Cristo. Se nos pide compartir la luz que nosotros disfrutamos. Las misiones y nuestras sociedades secularizadas son una prueba de la ingente cantidad de hombres y mujeres que están deseando ser iluminados por Cristo.

Cristo es la luz sin ocaso, sol perpetuo. Alegres de saber-nos iluminados por Él, hagamos el propósito de no separarnos nunca de Él y de darle a conocer a los que todavía le desconocen.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM  
*Salamanca*

EL EQUIPO DE LA REVISTA  
*VIDA SOBRENATURAL*  
LES DESEA UNAS FELICES FIESTAS DE  
NAVIDAD Y PRÓSPERO Y VENTUROSO  
AÑO NUEVO 2010.  
QUE EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS  
EN LA CARNE NOS LLENE DE ALEGRÍA  
Y NOS HAGA PARTICIPAR DE  
SU MISMA VIDA

# San Vicente Ferrer y el sacerdote. La contemplación del Misterio Pascual y el rezo del Oficio Divino

Estamos celebrando el Año Sacerdotal y puede resultar de interés conocer las intervenciones del dominico San Vicente Ferrer (1350-1419) en relación con el sacerdocio. Podría estudiarse entre otros aspectos, su visión teológica del sacerdocio, sus exhortaciones a la conversión y corrección de vida de los sacerdotes<sup>1</sup>, etc. Lo que brindaré a continuación se refiere al rezo del Oficio Divino y está fundamentalmente tomado de los coloquios que –exclusivamente para sacerdotes– dirigió en su estancia por tierras de Castilla en 1411.

## 1. SENTIDO DEL REZO DEL OFICIO DIVINO

En primer lugar no debe olvidarse que en aquellos tiempos los actuales Maitines y Laudes continuaban siendo un solo acto litúrgico que debía realizarse por la noche antes de que saliera el Sol; la Prima cuando salía éste; la Tercia, la Sexta y la Nona a las horas solares correspondientes; las Vísperas y las Completas cuando la tarde ya había llegado, terminando el ciclo diario de alabanza divina<sup>2</sup>. Así pues con la unión señalada, se cumplía lo que dice el Salmo: «*Siete veces te alabo en el día*» (Sal 118, 164).

1. Cf. A. ESPONERA CERDÁN, «San Vicente Ferrer y el clero de su tiempo», en prensa.

2. Cf. A. MORTIER, *La Liturgie Dominicaine*, Lille 1912, p. 40.

En la *collatio* pronunciada en Chinchilla el 4 de mayo dice<sup>3</sup> que «Dios y la santa madre Iglesia establecieron las siete Horas canónicas para decir el Oficio y alabar a Dios». Y a continuación va hablando de cada una.

«En primer lugar debe ser alabado Dios con los Maitines, no de día cuando Dios les da luz o por la tarde, sino que deben rezarlos antes de que amanezca, con lámpara y levantarse de la cama contemplando que Cristo a esa hora fue capturado y era llevado por los judíos por Jerusalén, etc. Y por eso dice Cristo a los clérigos que no se levantan a Maitines las palabras que se contienen en Job 38 [4.7]: *¿Dónde estabas... cuando me alababan los hijos de Dios?* Y así, levantaos del lecho y decid vuestros Maitines porque no tenéis que [madrugar para ir a] cavar. Hay muchas villas y poblaciones donde hay tres o cuatro clérigos o más, que podrían recitar los Maitines en [el coro] alto o abajo en la iglesia. Y si no queréis más que en casa, al menos haced tocar la campana para que los que la oigan digan desde su lecho: *Bendito sea el nombre de Dios*, etc.»

«También haced lo mismo en la hora Prima, contemplando que a esa hora fue conducido a Pilatos, etc. Lo mismo a la hora Tercia, contemplando que a esa hora los judíos gritaban, etc. Lo mismo a la hora Sexta, porque en esa hora fue crucificado. Lo mismo a la hora Nona, porque expiró».

No habla ni de las Vísperas ni de las Completas. Concluye: «por eso dice David en Salmos 118 [1.164]: *Bienaventurados los inmaculados... Siete veces te alabo en el día por los decretos de tu justicia*».

Unos días después en Toledo el 22 de julio, fiesta de Santa María Magdalena<sup>4</sup>, recoge lo que dice la *Legenda*

3. Cf. Sermón n.º 56 (Chinchilla 4 mayo 1411), editado por F. GIMENO BLAY y M. L. MANDINGORRA LLAVATA, *Sermonario de San Vicente Ferrer del Real Colegio-Seminario de Corpus Christi de Valencia*, Valencia 2002, pp. 242-243, cuya traducción iré brindando en los párrafos siguientes.

4. Cf. Sermón n.º 107 (Toledo 22 de julio 1411), editado por F. GIMENO BLAY y M. L. MANDINGORRA LLAVATA, *Sermonario*, p. 396. En cada una de

*aurea Sanctorum* del dominico Jacobus de Voragine de que los ángeles se le aparecían y los veía corporalmente durante las siete Horas canónicas; estos cantaban y recibía de ellos durante las siete Horas alimento espiritual, insistiendo en la vinculación del rezo del Oficio Divino con diversos momentos de la Pasión y Muerte de Cristo, sin olvidar la corriente espiritual que lo presentaba recitándolo junto con la misma persona (p. e. la dominica Santa Catalina de Siena, muerta en 1380). Es una expresión más del cristocentrismo de su predicación<sup>5</sup>.

«Primero, a media noche, contemplando cómo en aquella hora fue Cristo vilmente capturado por los judíos». «En segundo lugar, en Prima contemplaba que fue sentenciado por los judíos y fue presentado a Pilatos y a Herodes con muchas vilezas». «En tercer lugar, en Tercia contemplaba que fue desnudado y flagelado y coronado de espinas, y que se dio sentencia contra él, etc.» «En cuarto lugar, en Sexta contemplaba que fue crucificado, etc.» «En quinto lugar, en Nona contempló cuando expiró Cristo y dijo *Eli, Eli*, etc., y cuando pidió bebida, y cuando dijo: *En tus manos*, etc.» «En sexto lugar, en Vísperas contemplaba cómo fue clavado y bajado de la cruz y cómo la madre de Cristo besaba sus pies y heridas, etc.» «En séptimo lugar, en Completas contemplaba cómo fue sepultado con gran dolor de la Virgen diciendo: *Al salir de Egipto Israel, la casa de José...*»

En un sermón suyo sobre la misma santa está desarrollado un poco más todo esto al hablar de que ella gozó de

las Horas termina: «entonces llegaban los ángeles y la elevaban a lo alto y le cantaban diciendo lo que sigue:...», transcribiendo un párrafo de uno de los himnos utilizados en el Oficio litúrgico dominicano de su fiesta.

5. Recuérdese que el dominico siempre que podía hacía a los sacerdotes la *collatio De vita Christi representata in Missa Solemni*, en parte difundida posteriormente como opúsculo *Contemplación muy devota que abarca toda la vida de Jesucristo, Nuestro Salvador, a través de las ceremonias de la Misa*, recogido en versión castellana en mi *San Vicente Ferrer. Vida y escritos*, Madrid 2005, pp. 593-618; lo he estudiado en mi libro *El oficio de predicar. Los postulados teológicos de los sermones de San Vicente Ferrer*, Salamanca 2006, pp. 105-127.



«celestial fruición»<sup>6</sup>, ofreciendo además un verdadero método o modo de orar basado en la contemplación del Misterio Pascual.

Así, señala que a medianoche primeramente se ponía de rodillas y se signaba, porque la Cruz es la llave que abre el Cielo, y decía el *Credo*, el *Padrenuestro* y el *Ave María*. Después recitaba Maitines contemplando en su espíritu que en esta hora Cristo fue preso, atado y conducido a casa de Anás; y finalmente meditaba sobre los oprobios de Cristo.

En la hora Prima empezaba a orar y después a contemplar. Meditaba que a primera hora fue conducido Jesús a Pilatos, traicionado por la gente, acusado por muchos; herido en el cuello y con las manos atadas, rostro de Dios, escupieron a la grata luz del Cielo.

En la hora Tercia oraba y contemplaba que a esa hora gritaban: *¡Crucifícalo!*; que esta sentencia fue dada contra Cristo para que fuera crucificado entre ladrones y que Juan se lo anunció a la Virgen María, que desfallecía; pero ¿cómo consolarla?

A la hora Sexta oraba contemplando a Cristo suspendido en la cruz y solicitando bebida, y cómo su madre estaba acompañada de Juan.

En la hora Nona meditaba cómo Cristo clamó diciendo: *Eli* y expiró; las piedras se rompieron. Añadiendo que como casi desfallecía, los ángeles venían y la elevaban, y cantando decían: «*Surgiendo victoriosa, vio a Jesús vencedor de los infiernos, mereciendo la primera tal gozo porque ardía más que los demás*»<sup>7</sup>. Y es que cuando Cristo resucitó victorio-

6. Sermón transcrito en H. D. FAGES (ed.), *Oeuvres de Saint Vincent Ferrier*, t. II, París 1909, pp. 593-594, que brindaré en traducción castellana; lo he recogido en versión castellana en mi *San Vicente*, pp. 801-803. También al final de cada Hora señala que «llegaban los ángeles y la elevaban a lo alto y le cantaban diciendo lo que sigue...», transcribiendo un párrafo de uno de los himnos utilizados en el Oficio litúrgico de su fiesta.

7. Es el quinto párrafo del himno de las Primeras Vísperas de su fiesta según el Breviario dominicano.

so, ella fue la primera que lo vio porque fue la que más ardientemente lo amó.

Y en la hora vespertina meditaba cómo bajaron a Cristo de la Cruz.

## 2. CONDICIONES Y CARACTERÍSTICAS DEL REZO DEL OFICIO DIVINO

En la ya citada *collatio* pronunciada en Chinchilla, continuó diciendo<sup>8</sup> que «la verdadera alabanza contiene tres condiciones».

«Primera, que las palabras se digan con claridad y no lanzándolas como dardos, porque los que lo hacen se burlan de Dios y se traban diciendo: “*N̄am, ñam*”, etc. Y así sería menor pecado no decir nada que decir las sin claridad, porque resultan como no dichas, y además porque se ríen de Dios con tal alabanza en la que no se distinguen las palabras».

«Segunda, que la mente y el corazón piensen y atiendan a las palabras que se dicen con claridad pues, de otra forma, se le pagaría con moneda falsa. Y por eso dice Cristo contra los que no atienden de corazón, etc. lo que se contiene en Mateo 15 [8.9]: *Este pueblo está lejos de mí... En vano me rinden culto*; esto es, sin utilidad y sin mérito. Y por eso debemos ponernos en lugar secreto, para que el corazón esté atento».

«Tercera, que se haga con reverencia, con una postura devota en el cuerpo; esto es, cuando se dice *Gloria al Padre...* se incline la cabeza hasta las rodillas, pues Dios está en medio de los que le alaban como se contiene en Mateo 18 [20]: *Donde están dos [o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio] de ellos*».

8. Cf. Sermón n.º 56 (Chinchilla 4 mayo 1411), editado por F. GIMENO BLAY y M. L. MANDINGORRA LLAVATA, *Sermonario*, pp. 243-244.

Concluye que «ninguno que alaba así a Dios vivirá pobre, sino que Dios proveerá en todo como a las aves. [Los] que hacen su oficio y deben alabar a Dios con su Breviario, como se contiene en Salmos [33, 2]: *Bendeciré en todo tiempo al Señor, [su alabanza estará siempre] en mi boca*; advierte que dice *en todo tiempo* y no dice sólo de noche, ni sólo de día, sino que en todo tiempo, de noche y de día, en las siete Horas canónicas, y siempre continuando cualquier día natural, de noche y de día».

En otra *collatio* pronunciada unos días después –en Toledo el 24 de julio<sup>9</sup>– señala que «así como el mismo Cristo dijo las siete palabras observando cinco características, esto es, distinta, atenta, devota, directa y perfectamente, de la misma forma los clérigos con las Órdenes sagradas deben decir las siete Horas canónicas con las cinco características».

«En primer lugar con claridad, sin apresurarse: *Dijo el Señor al señor...*; y como [se contiene] en Nehemías 8 [18]: *Leyeron en los libros...*».

«Asimismo, deben decirse con atención, pensando y atendiendo a lo que se dice y sin tener el corazón en otras cosas porque, en caso contrario, aunque el sonido de las palabras separadas sea bueno, sin embargo por dentro no es buena moneda. Y por eso dice San Agustín: *Cuando oréis a Dios con salmos e himnos, lo que se emite por la boca pasadlo al corazón*».

«Asimismo, deben decirse devotamente haciendo las inclinaciones y levantándose, sin tener una pierna sobre otra, pues Cristo papa está presente en el coro como se contiene en Mateo 18 [20]: *Donde están dos [o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio] de ellos*».

9. Cf. Sermón n.º 108 (Toledo 24 julio 1411), editado por F. GIMENO BLAY y M. L. MANDINGORRA LLAVATA, *Sermonario*, pp. 403-404. Brinda la siguiente fundamentación cristológica: «el mismo Cristo cuando estaba en la cruz, estuvo y quiso estar ocupado en la oración y no quería hablar con otros mientras oraba. Y dijo en particular siete palabras [...]. Y estas siete palabras las dijo para nuestro ejemplo, para que recitásemos las siete Horas Canónicas».

«Asimismo, deben decirse directamente, no por dinero sino sólo por pura reverencia y honor de Dios. Pero, si dan dinero, bien venido sea. Y por eso dice David sobre ellos en Salmos [32, 1]: *Exultad justos en el Señor, a los rectos les queda bien la alabanza*».

«Asimismo, deben decirse perfectamente, no llegar a las Horas [canónicas] cuando están empezadas o retirarse antes de que se acaben, sino estar de principio a fin, pues siempre oró Cristo hasta que expiró diciendo: *En tus manos, Señor*, etc. [Lucas 23, 46]. Como se contiene sobre esto en Deuteronomio 32 [3.4]: *Dad gloria a nuestro Dios. Él es la roca. Sus obras son perfectas*».

FRAY ALFONSO ESPONERA CERDÁN, O.P.  
Valencia

LES ROGAMOS A TODOS LOS  
SUSCRIPTORES QUE PONGAN AL DÍA SU  
SUSCRIPCIÓN CON EL FIN DE FACILITAR  
EL TRABAJO DE LA ADMINISTRACIÓN,  
Y APROVECHAMOS IGUALMENTE  
LA OCASIÓN PARA  
AGRADECERLES SUS GENEROSAS  
APORTACIONES, QUE COMO SABEN  
HACEN POSIBLE EL SOSTENIMIENTO Y  
LA DIFUSIÓN DE NUESTRA REVISTA

# La oración en el Catecismo de fray Bartolomé de Carranza

Vamos a hacer un intento de sistematización de lo que fray Bartolomé de Carranza expone sobre la oración en las dos ediciones de sus *Comentarios sobre el Catechismo christiano* publicadas por la Biblioteca de Autores Cristianos gracias a José Ignacio Tellechea Idígoras (cf. II, 355-404 - III, 531-573)<sup>1</sup>.

## INTRODUCCIÓN

Carranza sitúa la *oración* junto al *ayuno* y la *limosna* por cuanto constituyen las principales *obras de la vida cristiana*. Éstas forman un sistema mediante el cual el creyente se relaciona con *Dios*, con su *cuerpo* y con su *entorno*. Las tres se afectan recíprocamente. No se puede practicar bien una y desentenderse de las otras (cf. II, 355; III, 553-555).

Para hablar sobre la oración, Carranza se apoya en la cuestión 83 de la II-II de la *Suma de Teología* de santo Tomás. Como éste, nuestro autor también se basa en san Juan Damasceno para definir la oración: «*S. Juan Damas-*

1. Con “II” y “III” hacemos referencia a los tomos II y III de BARTOLOMÉ CARRANZA DE MIRANDA, *Comentarios sobre el Catechismo christiano*, 3 vols., BAC, Madrid 1972, 1999. El tomo II –junto al I– corresponde a la primera edición de su Catecismo, publicada en Amberes en 1559, que pasó al *Índice de libros prohibidos* ese mismo año y que motivó el encarcelamiento de Carranza por la Inquisición. El tomo III es la segunda edición, inédita hasta 1999. Hay una tercera edición inédita en latín. Estas dos últimas ediciones las escribió Carranza con ánimo de corregir los errores encontrados por la Inquisición en la primera.

*ceno, a quien siguen los otros doctores, define la oración y dice que orar es levantar el alma a Dios, y la oración es aquel levantamiento del alma. Yo entiendo que esta definición es causal, y quiere decir que para orar es menester levantar primero el alma a Dios, y levantada y allegada a Dios, luego demanda lo que su deseo le ordena, o alaba a Dios o le da gracias por lo que ha recibido de su mano. Esto es propiamente oración: y así lo siente el mismo Damasceno, porque luego dice: Oración es petición que se hace a Dios de cosas decentes, y con esto concluye la definición de oración» (II, 359; cf. III, 534).*

#### GRADOS Y TIPOS DE ORACIÓN

Teniendo en cuenta la moralidad y la fe del orante, hay tres *grados de oración*:

- En el grado más elevado están los *cristianos que no están en pecado mortal*, los cuales se relacionan con Dios ayudados por las tres virtudes teologales: «*Cuando con su ayuda llega una alma a este estado, su oración es comunicar con Dios familiarmente, con gran reverencia y mayor confianza que nunca tuvo hijo en el mundo de su padre y de su madre. Y es tratar todas sus cosas altas y bajas [...]. De esta manera quiere Dios que el hombre trate con él, y esto le agrada sumamente*» (II, 360; cf. III, 534-535). Estos orantes son escuchados por Dios no sólo por su *gracia* y *misericordia*, como ocurre con los dos siguientes tipos de orantes, sino también por *justicia* (cf. II, 362; cf. III, 537).
- Pero si el *creyente está en pecado mortal*, entonces sólo cuenta con las fuerzas de su libre albedrío y de una fe que tienen muerta: «*Los que no alcanzan este grado y modo de oración, por la mayor parte, no oran, sino hablan con Dios [...]. Por esto dijeron algunos que hablar con Dios es de muchos, porque cualquiera lo puede hacer*» (II, 359; cf. III, 534). A este respecto, Carranza

distingue entre dos *tipos de pecadores* (cf. Lc 18,9-14): los que siguen el modelo del publicano que clama en el templo (cf. II, 362; III, 536) y los que no reconocen que son pecadores. La oración de estos últimos no es oída (cf. II, 362; cf. III, 536-537).

- Hay un tercer grado de oración, la de *los que están fuera de la Iglesia*. Éstos invocan a Dios con las fuerzas de su razón natural, su libre albedrío y su deseo de conocer la verdad: *«Estos, quedan más lejos de Dios que los pasados, pero, si hacen lo que pueden y aciertan a demandar cosas buenas, son ayudados de Dios: y al fin son oídos si perseveran en su demanda, porque la misericordia de Dios nunca cierra la puerta a ninguno que le llama con verdad de corazón»* (II, 362; III, 537).

Todas las oraciones se reducen a dos tipos: *«que son petición y hacimiento de gracias. Porque siempre que tratamos con Dios, o le demandamos algo que sea para su gloria o para nuestra necesidad o provecho; o reconociendo los beneficios que recibimos de él, le alabamos con hacimiento de gracias»* (II, 362-363; cf. III, 538).

Como era normal en su época, Carranza habla de la *oración mental* y de la *oración vocal*:

- La oración mental *«...es la más principal y la más necesaria [...] Oración mental es la que se hace con sólo el corazón y con la mente, que es la parte superior de nuestra alma. Esta es el origen donde nace nuestra oración, y aquí se ha de acabar, porque de aquí toma todas sus fuerzas y su valor, y de aquí toma la oración vocal todo el bien que tiene»* (II, 364; cf. III, 539). Dado que el corazón es la principal parte del ser humano, la oración más importante es la mental (cf. II, 365). En la segunda edición, Carranza insiste menos en este punto.
- *«Oración vocal es la que se hace con la lengua y con los otros instrumentos corporales de la voz, movidos del afecto del corazón [...] Esta forma de orar es buena: porque las voces y otros instrumentos corporales muchas veces despiertan la devoción interior, con lo cual el corazón del*

*que ora se levanta a Dios»* (II, 364; cf. III, 539). En la oración vocal expresamos corporalmente lo que siente nuestro corazón: el *cuero*, que es templo del Espíritu Santo (cf. 1 Cor 6,19), junto al *alma*, reconocen que Dios es nuestro Señor y así lo muestran a Dios y a todo el mundo (cf. II, 364-365; cf. III, 540). Cuando se ora vocalmente hay que prestar atención a las *palabras* que se dicen, a su *sentido* y a *Dios* (cf. II, 384-385; III, 555). Pero, Carranza subraya lo siguiente: «*en la oración vocal, la principal atención es, no al sentido de las palabras (aunque ésta es buena), sino al fin de la oración, que es Dios»* (II, 365).

También habla nuestro autor de la oración *particular o privada*, en la que «*una persona ora por sí o por otros»* (II, 365; cf. III, 540) y de la oración *pública o común*, que necesariamente ha de ser vocal. «*Oración común se llama la que ofrecen los ministros de la Iglesia en persona del pueblo. La Iglesia ha ordenado que semejantes oraciones se pronuncien en voz alta, inteligible y distintamente, para que puedan venir noticia de todos, pues se ofrecen para edificación y consolación de todos. De aquí nació el uso de cantar en la Iglesia...»* (II, 365; cf. III, 540). La *oración cantada* ha de ir dirigida no al deleite de nuestros oídos sino a la edificación y consolación espiritual –es decir, del entendimiento– y a levantar el corazón –es decir, la voluntad– hacia Dios (cf. II, 366; cf. III, 541).

La Iglesia afirma que sólo a Dios debemos rezar (cf. II, 367; III, 542). Pero entiende que podemos hacerlo directamente a Él o por medio de intercesores: «*De otra manera oramos a quien puede interceder por nosotros. Y así hacemos oración, primero a Jesucristo N. S. en cuanto hombre, que es nuestro primer abogado. Y después a los ángeles y a los santos hombres que están en el cielo [...] porque Dios, por su intercesión, oiga nuestras oraciones»* (II, 368; cf. III, 542). Pero Bartolomé de Carranza nos advierte de que hacer oración *directamente* a los santos o a los ángeles es una herejía, una gran ignorancia y locura (cf. II, 368; III, 542-543).



## ¿QUÉ SE REQUIERE PARA HACER ORACIÓN?

«*De manera que toda oración ha de llevar estas dos cosas; espíritu y verdad [cf. Jn 4,23], que es afición de espíritu, y sinceridad y simplicidad de corazón, sin afeite ni simulación alguna en lo que hablamos con Dios*» (II, 364; cf. III, 540). De aquí se deduce que orar no es tan fácil como la gente cree: «*Muchos leen oraciones, pero no oran*» (II, 378; cf. III, 551-552). Carranza afirma que los *no cristianos* son incapaces de rezar en espíritu y verdad, pues *no creen* en la divinidad de Jesucristo y a ellos no les ha sido *revelado* el Evangelio (cf. II, 358-359; III, 533-534).

Éstas son, a juicio de nuestro autor, las «*alas para subir al cielo*»:

- La *fe*, para que desde el conocimiento de nuestra pobreza y miseria salgamos a buscar a Dios (cf. II, 369; III, 544).
- La *esperanza*, con la que confirmamos nuestro ánimo y tenemos certeza de que alcanzaremos lo que demandamos a Dios (cf. II, 369-370; III, 544).
- La *caridad*, pues debemos pedir cosas justas y buenas (cf. II, 375; III, 545).
- La *paciencia*, con la que dejamos que Dios actúe en tiempo y modo como considere oportuno (cf. II, 370-371).
- La *penitencia* por nuestros pecados (cf. III, 545-546).
- La *humildad*, pues «*La oración del que se humilla penetra las nubes, y no tornará atrás hasta que el Altísimo la mire con los ojos [Eclo 35, 21]*» (III, 547).
- La *perseverancia*, pero pudiendo *compaginar* la oración incesante con nuestras otras actividades (cf. III, 549).

Así mismo, Carranza nos anima a la *lectura de las Escrituras*, pues es una buena ayuda para orar: «... *es menester poner en el alma del hombre una disposición para que la oración vaya bien guiada, y es la noticia de la ley de Dios y lección de la Santa Escritura. La oración y la lección hacen una buena*

*compañía, porque la oración demanda, y la lección es la que nota lo que se ha de demandar. Cada una tiene necesidad de la ayuda de la otra»* (II, 375; cf. III, 552).

Debemos tener presente que Jesucristo nos anima a orar en *secreto*, de tal modo que sólo Dios lo sepa, y empleando *pocas palabras* (cf. Mt 6,5-8; II, 399; III, 557).

Sobre el *lugar y la hora*, Carranza deja bien claro que se puede orar privadamente en cualquier lugar y momento, pero insiste en lo bueno que es hacerlo en una *iglesia* (cf. II, 402; III, 558). Si bien para las *oraciones públicas* hay señaladas siete horas canónicas, para la *oración particular* no hay señalado ningún tiempo: «*Pero, generalmente, hay algunos tiempos más cómodos que otros para orar. Uno de éstos es [...] el tiempo de la noche, cuando el ánimo del hombre, apartado de los negocios del día, puede con más libertad recogerse dentro de sí y tratar con Dios sus cosas»* (II, 403; cf. III, 559). En la segunda edición, Carranza añade, además, la *mañana* y la *tarde* como tiempo propicio para orar privadamente (cf. III, 559-560).

La persona que vaya a orar ha de *disponerse* por dentro y por fuera.

- Para disponerse *interiormente*, es importante: saber qué se va a pedir a Dios; encender el alma con una buena consideración; humillarse públicamente; fortalecer y armar el alma contra Satanás; y no estar en pecado (cf. II, 376-379; III, 550-555). Y, respecto a esto último, dice nuestro autor lo siguiente: «*El agua bendita que se nos pone a la entrada del templo (con la cual se nos perdonan los pecados veniales) fue ordenada por la Iglesia, para que entendamos que quien entra a orar no ha de traer mayores pecados que los que tal agua puede quitar»* (III, 550).
- Hay diferentes *posturas* que nos pueden ayudar a disponernos *corporalmente*: de pie, postrado en el suelo, hincadas las rodillas en tierra o levantando los ojos al cielo (cf. III, 556).

## CONTENIDO DE LA ORACIÓN

Sabemos bien que no todas nuestras oraciones son atendidas por nuestro Señor: «*Por dos causas no son oídas nuestras oraciones por Dios: La primera, porque algunas veces es gran misericordia de Dios negarnos lo que pedimos, porque nos está mejor no ser oídos. La segunda, porque demandamos mal: quiero decir, o malas cosas o por mala orden, siguiendo el apetito de nuestra carne*» (II, 389).

Carranza nos dice que hay dos tipos de bienes que podemos demandar a Dios: *espirituales y corporales*. Los primeros se pueden pedir sin ninguna condición ni limitación pues no podemos hacer mal uso de ellos. Sin embargo, los bienes corporales hay que pedirlos condicionalmente pues pueden usarse mal (cf. II, 385-388; III, 565-566). No podemos pedir en nuestra oración nada que transgreda alguno de los *Diez Mandamientos* (cf. II, 389; III, 565).

Y cuando recemos por nuestros prójimos, debemos hacerlo igual que si lo hiciésemos por nosotros mismos (cf. II, 390-391; III, 567).

## FRUTOS DE LA ORACIÓN

Según nuestro autor, hay tres grandes *motivos* que nos impulsan a orar: la necesidad que de ella sentimos en nuestro interior; nuestra suma debilidad; y los peligros a los que nos somete el diablo (cf. II, 396-398; III, 561-563).

Carranza sigue dos caminos para hablarnos sobre los *frutos de la oración*: el de los efectos y el de las causas:

- Partiendo de los *efectos*, deducimos que la oración es meritoria, satisfactoria, impetratoria y «pasto espiritual del alma»: «*Lo primero, la oración es meritoria de la vida eterna si se hace estando el que ora en caridad y gracia de Dios. Lo segundo, la oración es satisfactoria por los pecados del que ora si se hace con caridad, porque estos frutos*

*reciben la oración de la caridad de donde nace. Lo tercero, la oración es impetratoria, que alcanza de Dios lo que demanda el que ora. Este efecto recibe de la fe de donde nace. Lo cuarto, la oración es un pasto espiritual del alma, que la consuela y regala, como lo hallan por experiencia todos los que la ejercitan» (II, 391-392; cf. III, 569).*

- Siguiendo el camino de las *causas*, Carranza dice que la oración proporciona bondad y amor divinos, y gracias a ella somos escuchados por Dios: «...*la primera causa es aquella natural y infinita bondad de Dios. Si con esta negocia la oración, y ella se duele de nuestras miserias con tanta misericordia, ¿qué no alcanzaría la continua oración? [...]. La segunda causa es el inmenso e infinito amor con que ama [Dios] a los hombres. Juntando este amor con su bondad, se entenderá cuánto puede con ella la oración de los afligidos: porque, como es sumamente bueno, así sumamente nos ama [...]. La tercera causa son las promesas y palabra que Dios nos ha dado que oír nuestras oraciones. Estas son promesas generales, sin limitación alguna, y por esto la virtud no es limitada» (II, 395; cf. III, 571-572).*

## CONCLUSIÓN

Fray Bartolomé de Carranza es un fraile predicador y, como es lógico, se expresa como tal, intentando que su mensaje se claro y comprensible. Y apoyándose en el lúcido pensamiento de santo Tomás busca la solidez doctrinal y teológica. Todo ello le lleva a enfocar el tema de la oración desde un punto vista *teórico-práctico*. Es más útil y sencillo hacerlo así que ponerse a hablar de su propia experiencia de Dios al modo de los *místicos*. Y máxime si tenemos en cuenta que los textos que hemos analizado pertenecen a un catecismo, no a una autobiografía. Esto explica que Carranza hable poco del amor a Dios y se detenga más en cuestiones y disquisiciones de carácter ascético.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.  
Prulla

## Sobre la oración «hágase, cúmplase...»

Este breve artículo está dedicado a mostrar una posible fuente de la conocida oración «hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas», que se incluye en el n. 691 de *Camino*, en el n. 153 de *Amigos de Dios* y en el n. 769 de *Forja*, libros (todos ellos) de san Josemaría Escrivá de Balaguer.

En la edición crítico-histórica de *Camino*, su autor, el P. Rodríguez, indica que «esa oración *recia y viril* es una de las más antiguas plegarias recogidas en el *Enchiridion indulgentiarum de la Santa Sede*, pero añade diciendo que «lo que no he podido saber es cuándo y por qué vía le llegó a san Josemaría el conocimiento de este texto, que está atestado con autógrafo ya desde 1928».

He encontrado esta oración en un libro de narraciones edificantes, donde se incluyen muestras de religiosidad popular, relatos de conversiones y apólogos con finalidad evangelizadora. Existen diversos libros de este tipo, escritos por autores jesuitas y publicados a finales del siglo XIX y principios del XX. El libro concreto en que aparece esta oración es *El país de la gracia*, de José María Castillo, S.J., y lleva como subtítulo: *Cuentos de mil colores, escenas populares y tradiciones cristianas*. He manejado la 5ª edición, que es de 1927, pero, en la primera página del texto se menciona que la primera edición es de 1888.

La tercera de las narraciones de este libro se titula «El farolón». En ella se describe una manifestación de religiosidad popular en una población que no se nombra, pero que

se menciona como «*la feracísima T, que el Ebro baña*». Concretamente se detalla cómo se rezaba el rosario por las calles de esa población, en procesiones formadas exclusivamente por hombres y, al final del rezo de ese rosario se recitaba la oración «hágase, cúmplase...». El leve argumento de esa narración es que los devotos de una de las parroquias de la población aludida quieren tener un farol de gran tamaño para llevarlo en la procesión y, para costearlo, recogen donativos por la calle y, sobre todo, una donación de cierta importancia recaudada en la tertulia de una marquesa que vive en esa población. De pasada se narra cómo fueron las conversiones de dos de los devotos que toman parte en el rezo procesional del rosario.

En la homilía *El trato con Dios* (integrada en *Amigos de Dios*), san Josemaría alude dos veces a procesiones integradas exclusivamente por hombres que él, en su juventud, vio en el centro de Zaragoza capital. Es de notar que, precisamente en esta homilía, de nuevo se recoge la oración «hágase, cúmplase...», pero sin relacionarla con las procesiones mencionadas.

Hay, por tanto, similitudes en lo atestiguado por ambos autores. En los dos casos se trata de procesiones formadas sólo por hombres, de poblaciones de la ribera del Ebro. El P. Castillo dice expresamente que el rezo procesional del rosario se acababa con la oración «hágase, cúmplase...». Parece bastante verosímil que, en las procesiones presenciadas por san Josemaría ocurriera lo mismo, aunque las poblaciones fueran distintas. Por lo que el P. Castillo dice en su narración, parece que se trata de una población navarra (se alude a monedas antiguas navarras: *tresenas*), se dice que la localidad tiene catedral, el autor la nombra como «T.» y, finalmente el P. José María Castillo Pérez de Ciriza nació en Tudela en 1842, por lo cual es casi seguro que la procesión descrita se realizaba en la localidad natal del autor. Aunque un poco larga, transcribo la descripción de la pro-

cesión (está en el cap. II, de la narración «El farolón», en el libro arriba mencionado):

«Es un espectáculo hermosísimo, indescriptible, digno de un país de patriarcas y de un siglo mejor que el nuestro, el que ofrecen aquellos honradísimos labradores (pues el Rosario de cada parroquia se compone de hombres solos) cantando a voz herida las alabanzas de la Madre de Dios. A medida que el Rosario entra por las calles, éstas se iluminan como por encanto. Son las piadosas mujeres, que después de haber acostado a la familia menuda, salen con el candil o el velón a las ventanas y ventanillos para asociarse a la tierna devoción de sus maridos.

¡Cuánto debe agradecer la Reina del cielo tan cariñosa devoción! Va el marido deshecho de trabajar, sin encogimiento ni jactancia, sencillamente gritando por esas calles las grandezas de María; y la esposa, no menos cristiana, se asoma al balcón, y publica a su modo que en aquella casa reina la fe entrañable en la Virgen del rosario, y que si rezando se empieza la jornada, rezando también se concluye.

[...] Para sostener el modesto gasto de luces y demás a que esta devoción da lugar, se necesita alguna limosna. Es preciso, pues, pedir [...] ¡para la luminaria del santísimo Rosario! [...] A veces la piadosa comitiva se detiene delante de una casa, interrumpe la decena comenzada, y el que lo dirige se pone a rezar en voz alta, «por una necesidad», un Padrenuestro, que todos contestan. Generalmente se trata de un enfermo grave, devoto las más veces y en todo caso se pide a Dios le dé la salud, «si le conviene».

Llegado el Rosario a su punto de partida, todos se arrodillan bajo la celeste bóveda, y rezan las letanías con las demás oraciones que se usan entre gentes de buena conciencia. Por cierto, que al acabarlo, aquellos sencillos hijos de la Iglesia recitan una plegaria, modelo en su género, que todos repiten palabra por palabra, y que pone digno remate a su cristiana manifestación. Hela aquí en toda su breve sublimidad, con la puntuación que le dan los buenos devotos:

*Hágase, cúmplase, sea alabada, y eternamente ensalzada, la justísima y amabilísima voluntad de Dios, sobre todas las cosas. Amén. Jesús».*

Compárese lo anterior con lo que san Josemaría recuerda en los n. 142 y 148 de *Amigos de Dios*:

«El domingo *in albis* trae a mi memoria una vieja tradición piadosa de mi tierra. En este día [...] era costumbre entonces que se llevara la Sagrada Comunión a los enfermos –no hacía falta que fueran casos graves–, para que pudieran cumplir el precepto pascual.

En algunas ciudades grandes, cada parroquia organizaba una procesión eucarística. Recuerdo de mis años de estudiante universitario, que resultaba corriente que se cruzasen, por el Coso de Zaragoza, tres comitivas en las que sólo iban hombres –¡miles de hombres!, con grandes cirios ardiendo. Gente recia, que acompañaba al Señor Sacramentado, con una fe más grande que aquellos velones que pesaban kilos.

[...] De nuevo vienen a mi cabeza los recuerdos de mi juventud ¡Qué demostración de fe aquélla! Me parece oír todavía el canto litúrgico, respirar el aroma del incienso, ver miles y miles de hombres, cada uno con un gran cirio».

Por lo que indica san Josemaría, él presencié estas procesiones en torno a 1920. Aunque era una «*vieja tradición*» y los rosarios rezados procesionalmente que describe el P. Castillo tenían lugar a finales del siglo XIX. No están, por tanto muy alejadas cronológicamente estas dos manifestaciones de religiosidad popular. Ni tampoco, al parecer, geográficamente. Parece, por tanto, bastante verosímil, que ambos autores oyeran la oración «hágase, cúmplase...» en las procesiones que ellos mismos describen.

FRANCISCO GALLEGO-LUPIÁÑEZ  
*Universidad Complutense de Madrid*



# Principales fuentes en el pensamiento teológico del Padre Arintero

Las fuentes que cita el P. Arintero en sus obras son muchas; pero las más frecuentes e importantes se pueden reducir a tres, que son: Newman, Möhler y Blondel.

1. De Newman toma las siguientes ideas:

— Antes de pasar a lo más teológico, hay que tener en cuenta el método apologético de Newman, que influye mucho en el P. Arintero. En este método se llega a la certeza por un conjunto de posibilidades, acompañadas o sintetizadas por el *illative sense* (el *sentido ilativo*, que permite la percepción de la verdad de la fe, la comprensión del «cúmulo de probabilidades»).

A la tesis del teólogo romano Giovanni Perrone de que revelación es dogma o doctrina, opone Newman la revelación cristiana como una idea que tiene un contenido histórico, el hecho de la encarnación. La revelación no será un catálogo de verdades, sino una *idea concreta y vital*, un hecho histórico. Los dogmas son aspectos de esta idea que se ha ido formando a lo largo de la historia, con un trabajo de análisis y de abstracción, dando lugar a la evolución dogmática. El dogma se convierte en plena conciencia de lo que ya existía, de una manera más o menos implícita. Se da una evolución objetiva del dogma y subjetiva dirigida por el Espíritu Santo, y que se sirve de los medios humanos.

— La revelación entre la comunidad creyente y el Magisterio eclesiástico es algo *activo*, donde juega un papel muy importante el pueblo cristiano. Newman insiste en la fuerza que posee el *sensus fidelium* en cuanto es distinto del

magisterio de sus pastores, y la necesidad de acudir al *sensus fidelium* que tiene la jerarquía, cuando quiere definir algo en materia de fe.

2. De Möhler, el P. Arintero toma su visión de la Iglesia cristológica y pneumatológica, así como su concepción de la revelación como historia de salvación, y que se transmite por la Iglesia guiada por el Espíritu Santo. El hombre por la revelación es constituido en un nuevo ser y entra en un nuevo mundo.

La Tradición para Möhler no es sólo una enseñanza objetiva, ni una transmisión mecánica de la doctrina revelada, ni tampoco una fuente al lado de otra fuente (la Escritura). La Tradición es el principio viviente y dinámico de la revelación. El espíritu que guía esta evolución es el Espíritu Santo concedido en Pentecostés. Hay una dimensión pneumatológica de la Tradición.

3. De Blondel adopta, en primer lugar, su Apologética y su método de la inmanencia. Para llegar al hombre moderno se necesita una Apologética integral del mensaje. Hay un aspecto objetivo del mensaje (verdades reveladas) y un aspecto subjetivo, que consiste en saber a quién va dirigido ese mensaje. Otra aportación de Blondel es que hay que partir de que no existe un plano natural y otro sobrenatural separados, sino que todo hombre de alguna manera ya participa de la gracia de Dios; por lo tanto, todo es sobrenatural.

Sobre todo influye su concepto de Tradición, que tanto cita en sus obras. Blondel, en su obra *Histoire et Dogme*, esquematiza los dos extremos viciosos de su época, que son: el *extrinsecismo* y el *historicismo*. Hay un sujeto de conocimiento que es la Iglesia, y en esta misma Iglesia es donde se da el conocimiento histórico, la formulación del dogma, las formas de vida y la práctica cristiana, que se condicionan armónicamente.

La Tradición es sobre todo la fe impresa en los corazones, sabiduría no escrita. Este sentido cristiano se conoce por un acto explícito de fe y muchas veces se ve infiltrado en el culto, en el modo de obrar, etc. La conciencia social de esta fe se estimula cuando alguien enseña lo contrario.

Para todos estos autores, incluido el P. Arintero, el progreso se realiza bajo la asistencia del Espíritu Santo, y consiste en el paso de lo implícito a lo explícito, tanto de la vida como del conocimiento.

Esta renovación del concepto de Tradición, Newman y Blondel la obtienen por una vía fundamentalmente teológica, estudiando la Biblia, los Santos Padres y la historia de la Iglesia. Blondel, sin olvidar la teología, llega a las mismas conclusiones por una vía más epistemológica que teológica, a través de las condiciones de la unidad del conocimiento tanto histórico como dogmático.

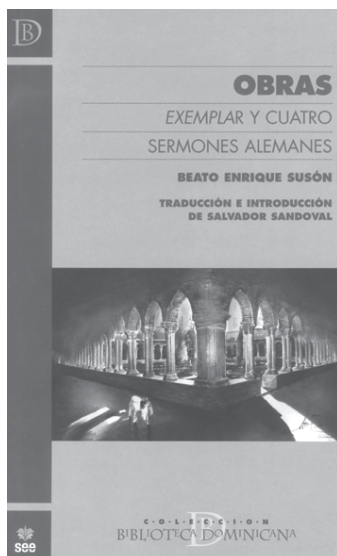
En el P. Arintero, además de la intuición que tuvo hacia el año 1900 de considerar a la Iglesia en su aspecto evolutivo, debemos tener en cuenta también la influencia de la Biblia, de los Santos Padres, de santo Tomás de Aquino y de los autores citados. A esto hay que añadir su experiencia personal y el trato con las personas místicas.

Por todo esto el P. Arintero interpretó los dogmas principalmente desde su aspecto vivencial. Los dogmas son verdades que propone el Magisterio eclesiástico de dos maneras: bien mediante enseñanza ordinaria y universal o bien mediante definición solemne del Papa o de un Concilio. Estos se presentan como verdades reveladas que los fieles están obligados a creer y que sirven para su salvación. El P. Arintero insiste en este punto en que la Revelación, la Tradición y el Dogma son realidades vitales dirigidas a la transformación del hombre en su totalidad, llamado a la deificación y unión con Dios, sin olvidar por ello el aspecto noético de la Revelación, de la Tradición y del Dogma.

El P. Arintero, siguiendo a santo Tomás de Aquino, ve la fe como el fundamento de nuestra vida espiritual, que va

más allá de los enunciados. Dice santo Tomás: «*La fe no termina en los enunciados, sino en la realidad a la que remiten*»<sup>1</sup>. En otro lugar dice también: «*El hombre se une a Dios por la fe*»<sup>2</sup>. La fe, animada y hecha vida por el amor, posee una luz que otorga al creyente la capacidad de discernir en relación con las cosas de Dios y, además, el amor le concede capacidad para operar una especie de *contacto personal y afectivo* con Dios, que es lo que se propone como objetivo último el P. Arinterro con su teología.

SATURNINO PLAZA AGUILAR  
Madrid



**OBRAS.  
EXEMPLAR Y CUATRO  
SERMONES ALEMANES**  
BEATO ENRIQUE SUSÓN

Páginas: 626      Precio: 45 €

Para comunicar la vida de fe y contribuir a la construcción de la relación del creyente con Dios. El volumen, cuenta con dos obras del Beato Enrique Susón, que también pueden adquirirse por separado. Estas obras son:

- **Autobiografía espiritual**  
Páginas: 276      Precio: 15 €
- **Diálogo de la eterna Sabiduría**  
Páginas: 237      Precio: 15 €

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

1. *Suma de Teología*, II-II, q. 85, a. 5c.  
2. *De veritate*, 9. 14, a. 8c.

# Cristo, consuelo eterno y esperanza gozosa

## TIEMPO, CONSUELO Y ESPERANZA

En este tiempo de crisis económica-política-social que nos ha tocado vivir, y que afecta a todo el mundo en general, todos se afanan por salir a flote de esta especie de *naufragio humano* que hunde sus raíces en una crisis más profunda: una *crisis de lo humano* y con ella una *crisis de la esperanza*. El hombre de hoy, *Prometeo moderno*, se ha enaltecido de tal manera que se considera prácticamente *dios*, confiado sólo en su razón instrumental, con la esperanza puesta en el progreso<sup>1</sup>. El mundo actual está desesperanzado por haber confiado demasiado en su propia capacidad y haber dejado de lado toda trascendencia y referencia al Absoluto. El ateísmo y el relativismo nihilista impiden de raíz la esperanza<sup>2</sup>.

Hoy vemos, de manera preocupante, cómo la religiosidad de muchos hombres es puesta a prueba por una sociedad bien asentada en el bienestar, satisfecha por los adelantos científico-tecnológicos y entregada al consumismo –como síntoma de un desmesurado afán de tener y placer–. ¿Para qué Dios, si vivimos tan bien que no lo necesitamos? Esta pregunta, que se hacen muchas personas –explícita o

1. Un esperanza mesiánica agazapada en la propia capacidad de crear el reino del hombre: «un mundo perfecto que parecía poder lograrse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una política fundada científicamente». BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, Roma 2007, n. 48.

2. Cf. A. LUIS FERRERA, «Spe Salvi: cuatro claves metodológicas», *Communio* 8 (2008) 37.

implícitamente–, no es, obviamente, el planteamiento de toda la sociedad, pero dibuja el perfil del pensamiento del hombre contemporáneo, y es muy significativa. Tampoco, esta pregunta viene a decir que es imprescindible pasar necesidad para acordarnos de Dios. Tanto una como otra cuestión responden a una religiosidad interesada, si se puede decir así, e incluso consumista, que trata a Dios o a lo sagrado como objeto de satisfacción personal o como bálsamo de alivio temporal para subsanar los remordimientos de conciencia.

El esquema del *eterno retorno* –hoy todo comienza, para volver a ser lo mismo mañana– que plantea el libro del Eclesiastés, característico de la filosofía griega, propone el futuro como un devenir de lo ya pasado (cf. Qo 1, 2ss.). De ahí que Qohélet plantee la vanidad del tiempo y la insatisfacción de las cosas y acontecimientos del presente. Según esto, el hombre es invitado a vivir *a tope* el presente –porque lo que ha sido será (volverá a ser)– y todo tiene su tiempo bajo el sol, pero nada más, considerando que las cosas serán en el futuro como lo han sido en el pasado, sin la posibilidad de la esperanza por lo absolutamente nuevo.

Cuando en la vida no se atisba ni pizca de un futuro esperanzador, el hombre vive en una continua desolación. Desolación que puede provocar en él esencialmente dos actitudes: una, la de *vivir a tope*, vivir el momento sin miras al futuro; o, dos, dejarse invadir por el temor e ir abandonando a cada paso la vida en la finitud de las cosas y la insatisfacción de los acontecimientos, *dejar pasar la vida*. Las dos actitudes son, en el fondo, una falta de responsabilidad ante la vida y el tiempo, enraizada en la *des-confianza*. El hombre (con un horizonte sin futuro, o con un futuro sin horizonte) no es capaz de vivir si no es en la fatalidad.

El reverso de estas posturas ante la vida, el tiempo y el futuro, se encuentra también en el eco del presente que vivimos: «hay muchos que consideran el futuro como un panorama incitante y fascinador. En esos casos se vive un clima

de optimismo»<sup>3</sup>. Pero aún ese optimismo que apuesta por la técnica y el progreso, por la conservación del medio ambiente, por el avance científico que brinda más y nuevas oportunidades a la calidad de vida humana, no basta y no responde totalmente al anhelo fundamental de vida y salvación. Porque «quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida»<sup>4</sup>.

Sí, *hay un tiempo para cada cosa bajo el sol* (Qo 3, 1), pero también es verdad que si fijamos los ojos sólo en esas cosas es natural que sobrevenga la desolación, por la que las cosas nos saben amargas, porque no están traspasadas *por* ni tienden *hacia* un horizonte que las trascienda y les dé sentido. Si el objetivo focal de nuestra mirada se centra sólo en esas esperanzas finitas (aunque sean legítimas y hasta necesarias) y dejamos de lado la trascendencia (y con ella la esperanza de una vida plena y eterna) estaremos rechazando la esperanza fundamental y el consuelo permanente<sup>5</sup>.

El tiempo cristiano está preñado de una esperanza personificada: el Cristo resucitado. Todo el tiempo tiene un sentido y una forma desde la fe en Jesucristo, el Verbo encarnado. El tiempo está tensado desde tres acontecimientos claves: la creación (*kronos*), la encarnación del Verbo (*kairós*) y la escatología (*parusía*). La consolación de Dios y la esperanza están ancladas en estos tres acontecimientos. Acontecimientos que son un don de Dios y que están puestos al alcance de la mano del hombre –creado a imagen de Dios–, es decir: son don y tarea.

La esperanza cristiana es una mirada gozosa puesta en el futuro (como verdad reveladora de plenitud). Es mirada

3. J. R. FLECHA ANDRÉS, «Esperanza y responsabilidad ética», *Communio* 8 (2008) 12.

4. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n.º 27.

5. Cf. L. RODRÍGUEZ DUPLÁ, «El eclipse de la esperanza», *Communio* 8 (2008) 60-61.

contemplativa del pasado desde el que se vive el presente y se aprende para el futuro. Es mirada activa en el presente donde se realiza el pasado y se proyecta el futuro. La esperanza cristiana se fundamenta en la fe y se realiza en el amor. La esperanza cristiana no tiene nada que ver con –y supera– el pesimismo que afirma: «Lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso se hará. Nada nuevo hay bajo el sol. Si algo hay de que se diga: “Mira, eso sí que es nuevo”, aun eso ya sucedía en los siglos que nos precedieron» (Qo 1, 9-10).

Cada día hay *algo nuevo* o *algo de lo Nuevo* en los que esperan desde la fe, porque las dificultades del camino no pueden ser la medida de nuestra esperanza sino el *kairós* en el que se nos ofrece el consuelo de Dios, consuelo en el que es Dios mismo quien se ofrece. «Es importante saber que yo todavía puedo esperar, aunque aparentemente ya no tenga nada más que esperar para mi vida o para el momento histórico que estoy viviendo. Sólo la gran esperanza-certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor y que, gracias al cual, tienen para él sentido e importancia, sólo una esperanza así puede en ese caso dar todavía ánimo para actuar y continuar»<sup>6</sup>.

El cristiano que vive de la esperanza no vive el tiempo y las circunstancias como generadores de desconsuelos cuando se topa con la fugacidad de lo vivido y la incertidumbre de lo vivible. El cristiano no queda a merced de la nostalgia causada por lo que no se pudo retener entre las manos. El *consuelo del tiempo* nace en el enraizamiento de la libertad en una esfera de sentido más allá de la temporalidad. El hombre tiene la capacidad de enraizarse en lo Eterno y, adherido a Dios, participa en su señorío sobre el tiempo<sup>7</sup>.

6. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 35.

7. Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Raíz de la esperanza*, Sígueme, Salamanca 1995, p. 30s.



El tiempo de la desolación se contrapone al *tiempo de la consolación* (Hch 3, 20), pues la esperanza radica en Cristo, el Mesías enviado por Dios, que inaugura la restauración del universo (Hch 3, 20-21). El Verbo encarnado, el Emmanuel, el Dios con nosotros, da sentido al tiempo, lo fecunda de eternidad, de manera que toda acción del hombre tiene consecuencias en lo humano, en la creación y en el mundo. En esto se fundamentan los sacramentos y la acción sacerdotal y santificadora de la Iglesia. La eternidad no viene propiamente después del tiempo sino que, cuando la eternidad llega (por la obra de Cristo), es temporalizada como el fruto en el que se conserva todo lo que fuimos y lo que llegaremos a ser<sup>8</sup>.

Es verdad que estamos hechos de pequeñas esperanzas, de metas cortas y finitas, que van configurando nuestro camino y nos brindan alivio, sosiego, consuelo temporal e histórico, a nuestra vida; pero también es verdad que si nuestra existencia, nuestra fe, nuestros deseos más profundos se diluyen en esas pequeñeces no seremos *salvados en esperanza*. Nuestra fe, nuestra religiosidad ¿están realmente fundamentadas, ancladas, sostenidas en el encuentro personal con Jesucristo? Sólo en ese evento radican la apertura y la mirada hacia el pasado, el presente y el futuro; en ese evento se fundamenta el sentido de todo, porque sólo Cristo –dado por el Padre como consolación eterna y esperanza gozosa (2Ts 2, 16)– es capaz de conferir al hombre su propio ser en plenitud<sup>9</sup>.

#### SUFRIMIENTO, CONSUELO Y ESPERANZA

Hay un dicho popular que dice: «mal de muchos, consuelo de tontos». Muchos son los que sufren a nuestro lado

8. Cf. K. RAHNER, «Consuelo del tiempo», *Escritos de teología* 3 (1961) 165-184.

9. Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Raíz de la esperanza*, pp. 47-48.

y el dolor es una realidad humana que conmueve pero cuando nos toca de cerca y al *com*-partirlo con otro, se pone al descubierto *la actitud de muchos corazones* (Lc 2, 35b). Benedicto XVI nos dice que «una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir con la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana»<sup>10</sup>.

Por eso, aquel dicho popular se aleja total y absolutamente de la consolación cristiana, que tiene como fundamento-fuente a Dios y como horizonte de sentido la esperanza evangélica. Consolar significa *com*-padecerse (padecer con el otro), asumir de algún modo el sufrimiento del otro, hacerlo propio. No hay más que contemplar la cruz de Cristo para comprender la esencia del verdadero consuelo de Dios. De allí que la Iglesia exprese en toda su actividad un amor que busca el bien integral del ser humano y la acogida misericordiosa para los pobres y necesitados de consuelo y ayuda.

Compartir el sufrimiento del otro es el mayor acto de consolación y la mayor inyección de esperanza para quien vive unido a la pasión de Cristo (aún sin saberlo). Tanto el consolar (actuar) como el sufrir (padecer) son ejercicios de esperanza, y de esperanza compartida, pues el cristiano que sufre con el prójimo no se siente nunca solo. Desde esta perspectiva, el Papa Benedicto XVI subraya la situación del sufrimiento como un lugar de aprendizaje y de ejercicio de la esperanza y, dentro de este *lugar* está la «consolación», como el acto concreto por el cual podemos compartir el sufrimiento del otro<sup>11</sup>.

El choque con el mundo del sufrimiento nos coloca delante de la propia debilidad y limitación, pero a la vez, la solución del problema es tarea profundamente humana. Dar sentido al dolor hoy significa, para nosotros los cre-

10. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 38.

11. Cf. *Ibid.*, nn. 35-40.

yentes, contextualizarlo en la teología y la vida teologal cristiana, ya que la cultura laica (laicista, secularización absoluta) no tiene respuestas antropológicamente válidas (sus presupuestos son iluministas)<sup>12</sup>.

Por otra parte, hay un tipo de dolor que da sentido y dirección al sufrimiento del hombre, el llamado «dolor vicario» (redentor), y que será explicitado directa y profundamente en Cristo. Este es el rostro más íntimo de la *consolación de Dios*: Dios, que no puede padecer (*impassibilis*), por amor al hombre y a sus criaturas, se compadece de nosotros (*compassibilis*) y se hace uno de nosotros para poder *com*-padecer con el hombre. Por eso en cada sufrimiento humano *ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer*; de allí que la *con-solatio* del amor participado de Dios sea una *estrella de esperanza*<sup>13</sup>.

La consolación es un camino por el que se limita el sufrimiento. Compartiendo la soledad del otro, el sufrimiento se hace más llevadero. En nuestro ser cristiano llevamos impresa esta certeza: tanto nuestros sufrimientos como nuestros consuelos son de Cristo –pues, están en él, él los llena de sentido y de un horizonte nuevo (cf. 2Co 1, 5)–. El cristiano no sufre ni goza independientemente de Cristo y de los hermanos (cf. 2Co 1, 6). Llevamos siempre en nuestro cuerpo los sufrimientos y la muerte de Cristo para que la misma vida de Cristo se manifieste también en nosotros (cf. 2 Co 4, 10). El sufrimiento compartido tiene sus propios modos: sufrir *con* y *por* los otros (sufrimiento solidario); sufrir por amor de la verdad y de la justicia (misericordia); y sufrir a causa del amor (compasión)<sup>14</sup>. El

12. Cf. A. GALINDO GARCÍA, *Esperanza y solidaridad con las víctimas*, J. GARCÍA ROJO, J. R. FLECHA (Coord.), *Salvados en esperanza. Comentarios a la encíclica de Benedicto XVI Spe salvi*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2008, pp. 182-190.

13. Cf. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 39.

14. Cf. A. GALINDO GARCÍA, *Esperanza y solidaridad con las víctimas*, pp. 199-201.

prefacio de la unción de los enfermos del *Misal Romano* se expresa diciendo: «Porque has querido que tu único Hijo, autor de la vida, médico de los cuerpos y de las almas, tomase sobre sí nuestras debilidades, para socorrernos en los momentos de prueba y santificarnos en la experiencia del dolor».

La intercesión vicaria de Cristo no nos libra absolutamente del sufrimiento, pero sí nos llama a unirlo totalmente al suyo, pues es allí donde cobra todo su sentido y nos alcanza la salvación. Según dice Juan Pablo II: «Este es el sentido del sufrimiento, verdaderamente sobrenatural y a la vez humano. Es sobrenatural porque se arraiga en el misterio divino de la redención del mundo, y es también profundamente humano porque en él el hombre se encuentra a sí mismo, su propia humanidad, su propia dignidad y su propia misión»<sup>15</sup>. Por eso el cristiano descubre en el sufrimiento una posibilidad ascética y espiritual para compartir el sufrimiento redentor de Cristo en la cruz e identificarse místicamente con él. San Pablo dirá: «estoy crucificado con Cristo» (Ga 2, 19).

Esta experiencia se orienta hacia la mística pero no desdice ni mengua en modo alguno la búsqueda incesante de formas para luchar contra el dolor y encontrar el remedio adecuado para la enfermedad. El enfermo no debe sentirse solo en su pesar y no debe decaer en él la esperanza de la salud (consuelo humano que participa de la gran Esperanza que nace de la Presencia vivificante de Dios Salvador). Que el enfermo se vea asistido en el lecho del dolor, es tarea de todos (familiares o los más cercanos y de los mismos agentes sanitarios) manifestarle cercanía, afecto y una palabra desde la fe, para que se sostenga en la esperanza<sup>16</sup>.

15. Cf. JUAN PABLO II, *Salvifici doloris*, n. 31.

16. Cf. *Ibid.*, n. 185. Para descubrir el sentido del dolor es necesario aceptar que la vida tienen continuidad ontológica (contra el nihilismo) y es preciso también tener la certeza y la esperanza de la solución y mirar la meta, cf. *Ibid.*, n. 188.

## CONCLUSIÓN

«El Dios de todo consuelo nos consuela en toda tribulación para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios. Pues, así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación» (2Co 1, 4-5). Esta experiencia con la que Pablo inicia su segunda carta a los corintios pone de relieve todo lo que hasta aquí hemos ido diciendo sobre la estrecha relación que hay entre la esperanza y la consolación.

Hemos visto claro que así como existen esperanzas pequeñas o finitas también hay consolaciones pequeñas y débiles. La esperanza y la consolación cristiana tienen la mirada puesta en la persona y la obra de Cristo, nuestro consuelo eterno y nuestra esperanza gozosa, como lo describe también Pablo (2Ts 3, 20). Cristo ha dado sentido al sufrimiento; con su presencia vivificante, sanante y santificadora, no quita el sufrimiento sino que lo encauza y lo propone como medio de salvación. Contemplando al Traspasado en la cruz y al Resucitado, nuestra esperanza se revitaliza y podemos experimentar un consuelo profundo que va más allá de un alivio superficial.

Cristo, compartiendo nuestro sufrimiento, no sólo es nuestra *con-solatio*, el Emmanuel que no nos deja solos, sino que a través de esa consolación nos invita a ser también nosotros cauce de esa misma consolación y esperanza. Sostenidos en la tribulación, con el consuelo y la esperanza que no defraudan, podemos ser también nosotros instrumentos de la misericordia y la compasión divinas. Es Dios, fuente de paciencia y de consuelo, quien puede ayudarnos a tener los mismos sentimientos de Cristo (Rm 15, 4), sólo en él podremos poner nuestra esperanza (Rm 14, 12).

Para concluir recordemos las siguientes palabras de la *Plegaria IV del Misal Romano*:

«Tanto amaste al mundo, Padre santo, que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo. El cual se encarnó [...] y así compartió en todo nuestra condición humana, menos en el pecado; anunció la salvación a los pobres, la libertad a los oprimidos y a los afligidos el consuelo».

MARCELO BARVARINO  
*Zaragoza*



## ENCARNACIÓN CONTINUADA

JESÚS ESPEJA

Páginas: 252      Precio: 20 €

La reflexión teológica, empeño por comprender mejor la fe cristiana que nunca se da fuera de la historia, tampoco puede abstraer del tiempo tal como lo percibe quien hace la reflexión. En mi caso, el cambio cultural ha sido tan amplio, tan complejo y tan alborotado, que la primera reacción es callar. Pero los cuestionamientos de la propia fe cristiana vienen desde distintos flancos, y uno se ve confrontado sin remedio a la nueva situación cultural que está emergiendo.

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

# Espiritualidad de la encarnación.

## 9. Con qué divinidad estamos dialogando

1. En la espiritualidad de Jesús hay una clave decisiva: su intimidad singular con Dios, experimentado como esencialmente bueno, que no sabe más que amar. Pero con frecuencia los discípulos andamos por la vida con cara de poco redimidos, atemorizados por miedo al juicio final y lanzando amenazas contra todos. Esos cristianos, «profetas de calamidades», no presentan el rostro del Dios verdadero que se ha manifestado en la conducta histórica de Jesús: compasivo, liberador; que sana enfermos y dignifica a los pobres, que abaja de sus tronos a los arrogantes, que con nosotros y en nosotros va construyendo una sociedad en misericordia y en justicia. Ya san Juan en una de sus cartas dice que «el amor perfecto desecha el miedo», y el que tiene miedo no conoce a Dios que es amor (1Jn 4, 18).

2. A veces otros fabrican una imagen de la divinidad como un señor que permanece por encima de las nubes, sentado en su palco de preferencia, como el director del gran teatro del mundo, para ver cómo cada uno representa su papel y al final ajustar cuentas. O como un diestro relojero que pone en marcha la máquina y se desentiende de su funcionamiento. Y no faltan quienes piensan que Dios está descansando y sólo interviene cuando rezamos mucho y hacemos sacrificios; el compromiso por una sociedad más humana y más justa le interesan muy poco.

Estas y otras imágenes de la divinidad que continuamente nos fabricamos nada tienen que ver con la percep-

ción de Dios que podemos barruntar en la conducta humana de Jesús. El Padre está siempre a nuestro lado y de nuestra parte; más íntimo a nosotros que nosotros mismos, como dice una oración litúrgica, «su omnipotencia se manifiesta como misericordia». Hacemos oración no para despertar a la divinidad y convencerla para que actúe, sino para descubrir su presencia en nuestra intimidad, entrar en sintonía con su palabra y disponernos a cambiar nosotros. Jesús mismo denunció una posible manipulación de la divinidad tranquila en la estratosfera mientras los seres humanos se destrozan: «no todo el que dice Señor, Señor», sino «el que hace la voluntad del Padre»; y esta voluntad o querer de Dios es que todos tengamos vida «en plenitud». Dar gloria y honor al Dios verdadero implica el compromiso desinteresado para que los otros, comenzando por el que está a mi vera, tengan vida en plenitud.

3. Hablando sobre el ateísmo, ya el Vaticano II hizo una saludable llamada de atención: «en la génesis del ateísmo los cristianos hemos tenido nuestra parte de culpa, pues con nuestra conducta religiosa, moral y social, más que revelar, hemos ocultado el verdadero rostro de Dios y de la religión» (GS 19).

Estamos viendo cómo en la sociedad española muchos, incluso bautizados, se han ido alejando de la Iglesia y de la divinidad que muchas veces han percibido en la conducta de los mismos cristianos. Hay conductas religiosas que en vez de manifestar a un Dios misericordioso y compasivo, rezuman agresividad y amenazas. Hay conductas morales que responden a una visión de la divinidad cuya justicia no deja lugar al amor. Y hay conductas individualistas de cristianos que nada tienen que ver con la solidaridad incluida en la caridad cristiana. Tan contrarios al cristianismo son el teísmo que habla de una divinidad alejada e insensible a los problemas de los seres humanos, como el ateísmo que niega la existencia de Dios. Sólo el encuentro



personal con Dios revelado en la conducta histórica de Jesús –eso que llamamos fe cristiana– puede responder adecuadamente al ateísmo y al teísmo. Sólo amamos a Jesucristo en serio y somos sus discípulos, cuando experimentamos a Dios como nuestro Padre, «*Abba*».

*Para reflexionar:* ¿qué imágenes más falseadas de la divinidad –porque también falsean al ser humano– crees que tenemos metidas en la cabeza? ¿qué importancia tiene en tu vida el encuentro personal con Dios revelado en Jesucristo?

FRAY JESÚS ESPEJA, O.P.  
*Madrid*



## SEIS DÍAS EN BUSCA DE LA FELICIDAD

JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA

Páginas: 190      Precio: 14 €

Sólo una visión positiva,  
esperanzadora del existir humano  
merece ser considerada

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

# El desierto quedó atrás y el horizonte está cerca. Dos Himnos para Cuaresma

Los grandes Tiempos litúrgicos despliegan una gran riqueza de textos y gestos, conmemorativos de acontecimientos del pasado y profecía del futuro que esos gestos anticipan.

El género «himno» no ha sido demasiado desarrollado en la Iglesia Católica en Occidente, y esto es una pena grande, porque los himnos han sido un vehículo tradicional para la transmisión de la fe, a nivel popular.

Vamos a transcribir en este artículo dos himnos que compuse recientemente para Laudes y Vísperas de Cuaresma, dando un comentario espiritual y pastoral para el mejor aprovechamiento de su recitación y para una posible catequesis cuaresmal a partir de su texto.

### *Laudes*

1. Que el sol ilumine nuestros rostros  
al pisar nuestros pies duro desierto;  
desnudos cruzamos el mar Rojo,  
vestidos ingresamos en lo incierto.
2. Llenos de temor se mueven nuestros pasos,  
cansados por el peso de la arena.  
Llenas de esperanza palpitan nuestras almas,  
conociendo el don de la alegría plena.

3. Falsos dioses se esconden, aterrados,  
ante el rostro de Moisés y sus amigos;  
el Señor de la Alianza va ocupando  
hasta el último y recóndito escondrijo.
4. Arenas hirvientes detienen nuestra marcha,  
y postergan los tiempos elegidos.  
Sin embargo, más fuerte que ese peso  
es la llamada que hiciste a tus hijos.
5. El monte Sinaí ya nos convoca,  
truenos y relámpagos a todos enceguecen;  
con la Ley de Dios firme en nuestras manos,  
ante el fulgor de la gloria que amanece.
6. Padre, jefe de desiertos antiquísimos,  
por tu Hijo, Palabra que ilumina,  
no te olvides de infundir tu Santo Espíritu  
sobre el pueblo que hoy canta y camina.

El primer Pueblo de Dios va caminando rumbo al Este: el sol golpea en sus caras y los inunda de luz. Hoy, nosotros, nuevo Pueblo del Señor, Iglesia de Cristo, sale al encuentro del Señor que volverá como «sol que nace de lo alto».

A pie desnudo la multitud conducida por Moisés cruzó el mar Rojo, pero tanto ese pueblo como nosotros, caminamos revestidos del don de Dios, del poder que otorga la elección, de la vocación de cristianos que –como peregrinos– caminamos con la vestidura blanca del cristiano, con la ropa de los resucitados.

¿Qué pasó a nuestros primeros padres? ¿Eran temerarios o intrépidos que desconocen el peligro, que no sufren el grito de alerta del miedo? Nada más lejano que eso. La esperanza no excluye el temor ante los peligros y ante lo desconocido. El pueblo de Dios tenía a sus espaldas al poderoso ejército enemigo. El desierto era eso: ¡desierto!, «lugar donde habitan los demonios», al decir de los antiguos.

Meterse en el desierto era sumergirse en el calor del día y el frío de la noche. Era meterse de lleno en la vida. Era comenzar a vivir la Cuaresma. Lo que hoy hacemos en la Cuaresma es dejar atrás Egipto, ingresar en un desierto bautismal, pisar con los pies desnudos arenas hirvientes, sufrir la tentación, caer, levantarse, llorar... Pero, aun en los momentos más difíciles y en los que el ánimo y la fe son puestos a prueba, saber que «lentos de esperanza palpitan nuestras almas». ¿Motivo de esta actitud? Que caminamos a trompicones «conociendo el don de la alegría plena», alegría que posiblemente no gozamos ahora, pero que está «allí», en el horizonte señalado por Dios a su pueblo.

Moisés y sus amigos eran líderes en lo humano y, sobre todo, hombres puestos por Dios con una vocación singular, para guiar al pueblo con la certeza de que «la nube y la columna de fuego» no eran otras sino el mismo Dios. Por eso, «falsos dioses se esconden, aterrados», porque no hay otro Dios sino el de Israel. Ante este hecho, Dios ocupa «hasta el último y recóndito escondrijo», porque el desierto es suyo y porque su pueblo debe conocerlo, poseerlo, dominarlo, como tierra que Dios ha dispuesto providencialmente, permitiendo que los hombres tropiecen, por su propia debilidad, para que sepan que Dios los levanta y restaura, por el poder que tiene sobre todo y sobre todos.

¿Fue fácil la marcha por el desierto? Fue tan difícil como nuestro tránsito por la vida. Fue todo menos un *tour* o un crucero de placer. Sus arenas no eran las de una playa, con carpa y sombrilla, con baños y seguridad, con algunos *tragos largos* para calmar la sed y fomentar la charla amistosa. El pueblo dejó su sangre en las arenas, «arenas hirvientes» que frenaron el peregrinar. «Arenas hirvientes» que postergaron el ingreso a la patria prometida, a la bendita tierra de las promesas. Todo esto fue doloroso y causa de llanto. Muchos apostataron. No estuvieron «a la altura de las circunstancias», dirían las noticias de hoy. Fueron débiles y no confiaron. Pero, quienes conservaron la esperanza,

sabían quién los llamaba y para qué los llamaba; para los que gustaron el sabor de la aventura (pues el desierto fue hecho para quienes son de esta raza...), para ellos y sólo para ellos, fue hecho el desierto, no cerrado en sí mismo como lápida que aplasta, sino como un puente entre la esclavitud y la libertad, como el precio que tienen que pagar los que desean ser libres. No es cualquier llamada. No es un aviso publicitario para que compre tal o cual cosa, sino «la llamada que hiciste a tus hijos», la vocación que da el Padre. Tal llamada no puede caer en saco roto ni ser desoída. Reclama la respuesta que le dio «el resto de Israel». Reclama la respuesta bautismal que nosotros podemos y, por lo tanto, debemos darle. ¿Es difícil? Sí... ¿Me cuesta mucho? Sí... ¿Me parece algo que va más allá de mis pobres fuerzas? Sí... Pero lo que *para mí* es imposible, no lo es para Dios, para un Dios que todo lo puede.

Pero hay algo que marcará a fuego al Pueblo de Dios: la entrega de la Ley en el monte Sinaí. Es una Ley que otorga una vocación. Para un israelita fiel, «cumplir la Ley», no era observar disciplinadamente una ordenanza de tránsito. Era ser fiel al Dios autor de la Ley que da al pueblo, como quien da en custodia un tesoro a guardar.

Esa Ley fue dada de modo espectacular, entre «truenos y relámpagos (que) a todos enceguecen». Y sabemos que podemos estar ciegos tanto por falta de luz como por exceso de la misma. Moisés retorna al pueblo «con la Ley de Dios firme en sus manos», con esa Ley por la que tantos dieron su vida, vida entregada al Dios justo que, con su Ley, busca la felicidad de su Pueblo. La noche quedó atrás... El día ya despunta... Somos testigos de esa entrega «ante el fulgor de la gloria que amanece».

Creo de importancia destacar el valor de la Ley de Dios para el Pueblo que Él eligió. No era un Código con artículos e incisos. Era Dios mismo que así se manifestaba. Esa Ley se sintetizó en un núcleo esencial: los Mandamientos, comenzando por el del amor a Dios y al prójimo.

«La gloria que amanece» es Dios que vuela a salir, día a día, como sale el sol en el Este, para iluminar la jornada, para dar alegría a los corazones, para vivificar lo que despunta a la vida, para hacer huir al frío y a la noche...

«La gloria con nosotros» es Dios-con-nosotros y en-nosotros. El sol que no tendrá ocaso. Eso será «el cielo»: la luz sin fin...

Las Vísperas de Cuaresma, ese «sacrificio vespertino» en el que la luz descansa para volver a brillar unas horas más tarde, quiere indicarnos la necesidad del reposo, no sólo para «descansar» y reponer fuerzas, sino para saber en qué punto del camino nos encontramos; cuánto trecho hemos recorrido y cuánto nos falta por recorrer; qué obstáculos encontramos y cómo los salvamos.

Deben tener un tono reflexivo y, si bien harán alusión al momento del día, a *la hora* en que se celebran, no son, necesariamente, algo matemático que siempre debe ser observado.

Algo así veremos en el Himno sobre el que meditaremos. Luces y sombras van entremezclándose, no sólo en la materialidad de las mismas, sino en lo más hondo: nuestras luces y nuestras sombras, tonalidad que marca nuestra marcha cuaresmal, nuestra vida bautismal.

### *Vísperas*

1. Lo oscuro ya dejó de ser tinieblas,  
pues las luces de la gloria lo iluminan;  
ya las horas han pasado, presurosas,  
acortando los pasos del camino.
2. Cuarenta años fueron como un soplo  
para tu pueblo peregrino en rauda marcha;  
sus pasos titubeantes se cambiaron:  
constancia del que siempre y siempre avanza.

3. Poco a poco la luz se va encendiendo  
en las tiendas de campaña de tu pueblo;  
poco a poco la luz de los fogones  
anticipa el brillo de los cielos.
4. Rebeldías sin fin se sucedieron,  
se diezmaron corazones elegidos;  
prefirieron ser esclavos de la noche,  
a la libre aventura de los hijos.
5. ¿No será esto cansancio, muerte y vida,  
sacrificio de pasos peregrinos,  
huella de tu pueblo en el desierto,  
que en nuestra historia, tus hijos repetimos?
6. Danos, Dios Padre, la fuerza y el aliento,  
para no renegar de tu bautismo;  
y que tu Hijo nos muestre el horizonte  
señalado por el soplo de tu Espíritu.

Aun en los momentos más oscuros la luz ilumina. Esto es claro en los viajes por avión. En el aeropuerto, cielo cerrado, nubes plomizas, lluvia densa, apenas el avión atraviesa esa capa de nubes, el sol encandila y se hace dueño y señor de la situación. «Las luces de la gloria» iluminan nuestras tinieblas y, por esto, los pasos del camino que nos falta recorrer, son menos... Se acerca el horizonte.

La marcha no fue en avión supersónico, sino a pie y zigzagando. El pueblo tenía que ocupar espacios hostiles. Hubo titubeos: esto es innegable. Como los hay en nuestra vida. No siempre el camino es camino ni se muestra claro. No siempre la distancia más corta entre dos puntos es una recta. Vivir es el arte de lo posible. A veces lo será caminar en línea recta. Otras daremos vueltas sobre un mismo punto. En ocasiones tendremos que dar largos rodeos para sortear obstáculos y hacernos un camino que, si bien no es

recto, es el único camino posible. Sólo el que sale y camina, llega. La constatación de este hecho y la constante perseverancia en seguir caminando, más allá de la desgana o de las pocas fuerzas, será clave para llegar al término de la senda.

Estamos celebrando Vísperas. Ya anochece. Y precisamente porque anochece, debemos encender lámparas, innecesarias cuando reina el día. En nuestra vida necesitamos luces, para poder ver. Serán luces de lo alto: la luz de Dios. Serán luces de la tierra: lámparas en los fogones. Luz que me da el hermano. Luces que la misma vida y la experiencia cotidiana me regala, para que lo oscuro se haga claro. Toda luz procede de un Dios que es Esplendor. Por eso, cualquier luz, venga de donde venga, «anticipa el brillo de los cielos».

No somos diferentes a los hombres de todos los tiempos. No somos diferentes a quienes emprendieron el Éxodo desde Egipto a Canaán. ¿Ellos fueron rebeldes y obstinados? Nosotros también lo somos. Somos de la misma pasta. Más de una vez Dios apareció cansado ante nuestra corta inteligencia. Más de una vez debe haber lamentado habernos lanzado a la aventura de la libertad y hubiera preferido que nos quedáramos en Egipto, fabricando ladrillos y sufriendo duras pruebas. No fuimos libres porque elegimos mal. Preferimos el estómago más o menos lleno en Egipto, a la libertad a la que Dios nos invitó en el desierto.

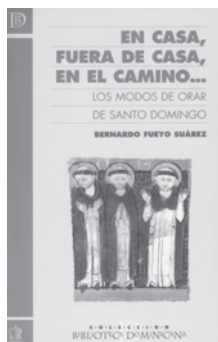
Pero, en el desierto hay viento, hay frío, hay calor, no hay agua, el alimento llega de modo incierto y escaso. Hay protestas y reclamos de todas partes. Hay rebeldía... ¡Pero hay libertad! ¿No nos pasará a nosotros que necesitamos un amo duro, fuerte y cruel, que nos imponga su parecer? ¿No nos da esto «seguridad», la seguridad de que cada día pasará sin sobresaltos, aunque esa tranquilidad sea a costa de dolorosas pruebas? El día en que prefiramos la esclavitud a la libertad, ese día habremos renunciado a nuestra vocación de hombres.



La Pascua a la cual la Cuaresma nos prepara, no es «vida», sino «muerte y vida», paso de la muerte a la vida. Nuestro paso cuaresmal por el desierto, la vida que llevamos a diario –a veces a la rastra– es cansancio, muerte, sacrificio y también vida. Es, Señor, «huella de tu pueblo en el desierto». Es volver a dar los pasos que, desde Adán, dieron nuestros antepasados. Son historia conocida y repetida. No hay nada nuevo bajo el sol. Los hombres de mi tiempo no inventaron ni la fidelidad ni la apostasía: existían mucho antes, desde el albor de la Creación. ¿Qué nos queda? Caminar. Caernos. Levantarnos. Pedir ayuda. Ayudar. Llorar. Secarnos las lágrimas y secar las lágrimas del hermano. Buscar a Dios. No desesperar si no lo hallo. Vivir y dar vida. Ser feliz y hacer felices a otros. Compartir solidariamente el pan nuestro de cada día y los minutos de cada día y los afanes de cada día.

Al final de la larga senda, desde la Tierra prometida, poder decir: ¡Llegué! Y sólo podré pronunciar esa corta palabra si salí, caminé y no desistí del esfuerzo que la senda reclamaba. La Cuaresma nos ayuda a no perder la esperanza, aunque todavía falte mucha senda por recorrer.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.  
*Mendoza (Argentina)*



## EN CASA, FUERA DE CASA, EN EL CAMINO...

BERNARDO FUEYO

Páginas: 232      Precio: 20,00 €

Se describe las formas y gestos que Domingo usaba en la oración. Muy acorde con la búsqueda de nuevas expresiones de orar

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

## Testigos

# Sor Josefa Antonia Nabot (1740-1773)

### 1. DATOS BIOGRÁFICOS

Monja de coro del monasterio de agustinas de Bocairente (Valencia), moría el 11 de diciembre de 1773, dejando en manos del agustino Fray José Lorca, capellán y confesor del monasterio, y su director espiritual durante los tres años de su vida religiosa, los escritos de conciencia que éste le mandó escribir, desde el 10 de junio de 1772 al 4 de agosto de 1773.

El P. Lorca recibió una carta, fechada el 27 de diciembre de 1773, del secretario provincial de los agustinos, fray Agustín Carbonés, comunicándole una orden del provincial, el P. Fray Xavier Agustín, en la que se le pedía recoger todos los manuscritos de sor Josefa y enviarlos al superior del convento de San Agustín de Valencia, el P. Fray José Mollá, para ser examinados por el mismo.

El P. Lorca realizó lo mandado en fecha 16 de enero de 1774, viendo necesario, para que fuesen interpretados en su justo juicio, hacerlos preceder de una breve reseña biográfica de sor Josefa y algunas notas. Gracias a ello contamos ahora, aunque brevemente, con la vida de esta hermana singular en su virtud.

Antes que nada da razón de los escritos, que fueron redactados por sor Josefa por mandato del mismo para darle cuenta de lo que por ella pasaba, creyendo ella que tras su lectura los quemaba, de ahí que se exprese con toda libertad en lo que toca a fenómenos místicos.

Sor Josefa nació el 23 de agosto de 1740 en la ciudad de Valencia; fue bautizada el mismo día en la iglesia de San

Juan del mercado. Su padre se llamaba José Nebot y su madre Josefa María Coscollá. Ésta, a la muerte de la hija, seguía con vida y casada en segundo matrimonio con Felipe Ferrer.

A la muerte del padre, dada la escasez en la que se vieron ella y su madre, Josefa se puso a servir en distintas casas, así varios años. En los últimos lo hizo en casa de la viuda de Cardona y del canónigo Cebrián, en Valencia. De esta última casa salió para hacer su ingreso como religiosa de coro en el monasterio de la Virgen de los Dolores y los Santos Reyes de Bocairente, donde el mismo P. Lorca le dio el hábito el 17 de junio de 1770. En esta ceremonia añadió a su nombre de pila el de Antonia, en atención a san Antonio de Águila, venerado en la orden de san Agustín. La profesión la hizo el 18 de junio de 1771.

El P. Lorca, cuando debía tomar el hábito, quiso ver cómo andaba en lectura y escritura. En ese momento alcanzaba justo a deletrear y, según propia confesión de sor Josefa, en lo tocante a escribir sabía formar algunas de las letras. Poco pudo aumentar su caudal en este asunto con la ayuda de la maestra de novicias que sólo sabía leer. Sor Josefa deseaba aprender y siguiendo las indicaciones del P. Lorca, como él mismo declara, al cabo de algunos días ya leía alguna calenda o lición en el coro, a fuerza de estudiarlas. Hecha la profesión, pidió a una hermana más diestra en la lectura que le fuera enseñando, y bajo su dirección, y el empeño puesto, fue progresando hasta el punto de poder leer por su cuenta algunas cosas en romance, pero dado que le sobrevino pronto la enfermedad de la que murió, nunca llegó a dominar la lectura. De hecho, en el coro, nunca pudo leer los puntos de oración que solían leer las jóvenes, y sólo en el refectorio leyó algunas veces, con notable dificultad, que buenamente disimulaban las hermanas para animarla en su empeño. En lo que toca a escribir, por su insistencia, el P. Lorca le puso en un papel el alfabeto en mayúsculas y minúsculas, y en otro las normas

generales de cómo empezar y terminar una carta, para que así pudiera escribir alguna vez a su madre. Todo esto lo declara el director para que se comprendan las muchas faltas de los manuscritos y los giros de las expresiones, dado que ella poco practicó el castellano, pues siempre habló en valenciano, su lengua materna.

La manera como se llevaban a cabo estos escritos era siempre la misma, tras su conversación en el confesionario, si el padre juzgaba que lo hablado le era conveniente verlo por escrito se lo indicaba, él mismo quedaba admirado sabiendo su dificultad para escribir, y sus muchos trabajos en comunidad, además de ser enfermiza, cómo siempre que él le indicaba escribir lo dicho, al cabo de seis o siete horas le llevaba su escrito de 5 ó 6 hojas, donde quedaba reflejada con gran exactitud lo mismo que le había dicho de palabra. El inicio no fue fácil, cuando ella le fue comunicando los favores que recibía del Señor en la oración. Él le indicó el ponerlos por escritos para poder examinarlos mejor, pero ella se resistió a ello y sólo por obediencia accedió, pero repitiéndole en cada entrega lo que el padre le había asegurado, que serían quemados. Para ella era no pequeña inquietud la duda de si ello lo realizaba el P. Lorca, y así aparece en el folio 13 su súplica de que por la Sangre de nuestro Señor no le haga escribir más al respecto y que si aún conserva algo lo quemé. La misma noche antes de su muerte, tras darle la unción de enfermos, permaneciendo el P. Lorca a su lado, ella suplicó a las hermanas se apartasen un tanto para poder hablar en secreto con el padre; sus palabras fueron a este respecto: «Padre, ya sabe V. P. que me ha dicho que quemaría aquellos papeles, si V. P. no lo ha hecho, hágalo por Dios». No lo hizo el P. Lorca, y hoy contamos con las 124 hojas manuscritas que se conservan en el monasterio.

A falta de más datos biográficos vamos a tratar de entresacar, por una parte, a modo de ejemplo, la primera de las gracias que describe, y luego a modo de “letanía” vamos a

enumerar los distintos nombres con los que continuamente alude a Jesucristo, que sorprende por la variedad y la frecuencia con que los utiliza.

## 2. NARRACIÓN DE LA PRIMERA GRACIA

*Alabado sea el nombre de Jesús. Día 10 de junio (1772). V. P. me manda que diga todo lo que me pasa, y yo en el nombre de Jesús y la santa obediencia digo: esta tarde estando en la oración me he hallado de repente dentro del corazón de mi Amado dueño, pero sin saber quién me ha llevado; lo que sé es que me iban entrando, y mi Amado me ha hecho ver claramente dentro de su corazón 5 puertas, y a cada una que llegaba se me abría sin dificultad alguna, y al abrirse la última me hallé presente de un bien tan hermoso y tan afable, que no hallo palabras para expresarlo.*

*Vi al mismo tiempo que estaba sentado con grande Majestad y hermosura, y que de su corazón salían 3 caños muy hermosísimos, dos de agua y el de en medio de sangre. Delante del Señor había un ramo con 3 flores, al cabo muy hermosísimas, la una de color de malva, la otra blanca y la otra de nácar, aquí es donde mi alma le parecía estar en el cielo, y por otra parte muy turbada por no saber ni entenderse lo que era.*

*Y al volver a la oración, cuando V. P. me envió, me hallé clara de todo lo que había visto, porque me parece que su altísima Majestad lo declaró todo, y es a saber, que las 5 puertas eran 5 virtudes para llegar al corazón de Jesús perfectamente; que son, la primera, humildad; la segunda, obediencia; la tercera, pureza; la cuarta, paciencia; la quinta, un amor al Señor perfectísimo. Entendí que las 3 flores eran: la de color de malva la humildad, la blanca la pureza, y la de nácar es el amor, donde el Señor más se regala y se entretiene, que son las almas humildes, castas y amorosas. Los 3 caños: los dos del agua, el uno es agua que nos ha limpiado el pecado de nuestro padre Adán con el santo bautismo, el otro el agua que*

*nos limpia con la confesión, y el de la sangre es el amor que nos tiene tan grande.*

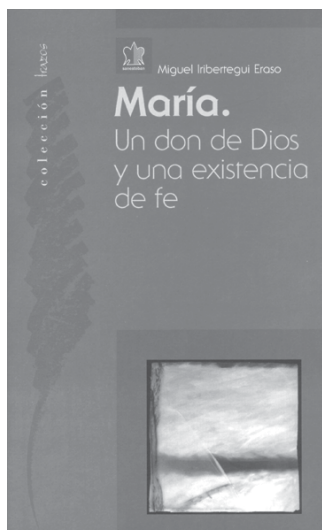
*Sea para siempre alabado mi Amado Esposo y todo sea para mayor honra y gloria suya, y a Usted Padre le pido que no me deje, que todo me falla para llegar perfectamente al corazón de mi Esposo. Y si todo lo dicho es así aún no he llegado a la primera puerta, pero pongo todas mis esperanzas y confianzas en su corazón, que si mis pecados son muchos, su misericordia y amor es doblado mucho más.*

3. «LETANÍA» DE LOS NOMBRES DADOS A JESÚS  
POR SOR JOSEFA EN SUS ESCRITOS

*Mi Amado dueño  
Sol de mi corazón  
Único bien de mi alma  
Hechizo de mis amores  
Hermosura de los cielos  
Alegría de los ángeles  
Luz del mundo  
Bondad inmensa  
Sabiduría eterna  
Vida de mi vida  
Alma de mi alma  
Amor de mi corazón  
Niño de mi alma  
Amado de mi vida  
Esposo de mi alma  
Aliento y fortaleza mía  
Sustento y mantenimiento mío y de mi corazón  
Dios y Señor mío  
Amado esposo Jesús  
Soberano Señor y Dios de mi vida  
Única esperanza mía  
Dulzura mía*

*Sol de mi alma*  
*Hechizo de mis ojos*  
*Imán de mi corazón*  
*Soberano y Señor mío*  
*Mi Amado bien*  
*Mi dulce bien*  
*Sabiduría del eterno Padre*  
*Bien mío de mi vida y de mi corazón*  
*Mi dulcísimo Jesús*  
*Esposo querido de mi alma*  
*Mi Amado Jesús*  
*Sol mío*  
*Mi amado dueño*  
*Vida mía de mi alma*  
*Señor de mi corazón*  
*Luz de mis ojos y luminar de mi alma*  
*Dios mío y vida mía*

SOR GEMMA DE LA TRINIDAD, OSA  
 Valencia



**MARÍA. UN DON DE DIOS  
 Y UNA EXISTENCIA DE FE**  
 MIGUEL IRIBERTEGUI

Páginas: 136      Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,  
 una visita guiada por las trazas  
 de la mariología

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

# Panegírico de san Pablo Apóstol. Sexto discurso: Los reproches dirigidos a Pablo acrecientan su grandeza<sup>1</sup>

Dejando de lado las grandes y maravillosas virtudes de Pablo, les animo hoy a ustedes, mis estimados amigos, a observar con detalle lo que para algunos parece justificar un cierto reproche, y veremos que estos mismos rasgos, tanto como los otros, le hacen ilustre y grande. ¿Qué es entonces lo que justifica dicho reproche? Lo hemos visto anteriormente, y lo podríamos definir de este modo: el temor a los golpes. Sí, lo hemos visto cuando se le emplazó para ser flagelado (cf. Hch 22, 25). Y no sólo en ese momento, sino también en otra ocasión, en relación a la comerciante de púrpura, cuando causó dificultades a aquellos que querían hacerle salir de la cárcel (cf. Hch 16, 14-40). Verdaderamente, actuando de este modo, no tenía otro propósito que asegurar su propia seguridad y evitar volver a caer en seguida en las mismas adversidades. Por tanto, ¿qué podemos responder? Que nada muestra tanto su extraordinaria grandeza como las circunstancias que acabamos de recordar. La prueba de ello es que, teniendo un carácter como el suyo, desprovisto de audacia pero lleno de sentido común, y un cuerpo que ofrecía tan poca resistencia a los golpes y que tanto temblaba ante el látigo, despreció, como lo harían

1. Traducimos el texto de la versión francesa que encontramos en: JEAN CHRISOSTOME, *Panégiriques de Saint Paul* (Sources Chrétiennes 300), Cerf, París 1982, pp. 261-291.



unos Poderes incorpóreos, todo lo que es considerado como terrible, cuando la ocasión lo exigía. Cuando le veas protestar con fuerza y muerto de miedo, recuerda sus famosas palabras gracias a las cuales penetró en el cielo y rivalizó con los ángeles: «¿Qué nos separa del amor de Cristo?: ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿el miedo?, ¿o la espada?» (Rm 8, 32). Recuerda estas palabras, cuando afirma que eso no es nada: «Sí, nuestras ligeras tribulaciones de un determinado momento nos preparan, más allá de toda medida, un abundante caudal de gloria eterna, a nosotros, que no miramos las cosas visibles, sino las invisibles» (2 Co 15, 31). Suma a esto, además, las tribulaciones de la vida cotidiana, los peligros de muerte que soportaba cada día (cf. 1Co 15, 31) y, meditando en ello, admira a Pablo y no te desanimes más.

Pues lo que parece ser una debilidad de la naturaleza, es precisamente la más fuerte prueba de la virtud de este hombre, ya que, sin estar exento de sus normales miserias, ha llegado a ser tan grande. La sobreabundancia de peligros habría hecho creer a muchos, y quizás lo han sospechado realmente, que, si él era tan grande, es porque estaba por encima de los seres humanos: he aquí la razón por la cual le fue dado sufrir, para que te percaes de que, si bien en lo que se refiere a la naturaleza estaba al mismo nivel que el común de los mortales, en lo que se refiere a la voluntad estaba no sólo por encima de ellos, sino al nivel de los ángeles. En efecto, con un alma como la nuestra y un cuerpo como el nuestro, él sobrellevaba innumerables peligros de muerte y despreciaba las pruebas presentes o por venir. Por ello pronunció aquellas palabras extraordinarias e incluso, para muchos, increíbles: «Desearía ser yo mismo maldito, separado de Cristo, por mis hermanos, los de mi raza según la carne» (Rm 9, 3).

Pues, con el poder de la voluntad, y siempre que lo queramos, nos es posible dominar cualquier agitación de la naturaleza, no habiendo nada imposible a los seres huma-

nos en lo que Cristo nos ha mandado. Si nosotros ponemos de nuestra parte todo el celo dentro de nuestras posibilidades, Dios hará inclinar la balanza claramente hacia nuestro bien, y así llegaremos a ser invulnerables a todos los peligros que nos asedian. No, no es el miedo a los golpes el que merece condenación, sino el hecho de conducirse a causa de ese miedo de una manera indigna de una persona religiosa. Sin embargo, el miedo a los golpes hace al que permanece invencible en los combates más admirable que el no los teme. En efecto, en estas condiciones, la voluntad brilla más: si el temor a los golpes proviene de la naturaleza, el hecho de conducirse siempre como conviene, a pesar del miedo a los golpes, proviene de la voluntad, que corrige la inferioridad de la naturaleza y triunfa sobre su debilidad. Por ello, el hecho de estar triste no ha de ser tampoco condenado, sino el hablar o actuar de acuerdo a esta tristeza de una manera que Dios no aprueba. Seguramente, si yo dijera que Pablo no fue un simple ser humano, muy probablemente tú me mostrarías las deficiencias de su naturaleza, con la intención de refutar así mi discurso. Pero si yo digo y afirmo enérgicamente que él fue un simple ser humano, y que sin tener una naturaleza superior a la nuestra, tuvo una voluntad más fuerte que la nuestra, es en vano que sostengas esta objeción. O, mejor dicho, no, no es en vano, sino a favor de Pablo. Tú muestras ahí mismo a qué grandeza ha llegado este hombre, hasta poseer, en una naturaleza semejante a la nuestra, una fuerza superior a la nuestra. Y, así, no sólo le exaltas a él, sino que a la vez callas a los que se han dejado desmoralizar; no dejándoles apoyarse en la superioridad de su naturaleza, y empujándoles, al contrario, a esforzarse con su voluntad.

Pero se dirá, ¿habrá tenido también miedo ante la muerte? Sin ninguna duda, y es esa una reacción natural. Es, sin embargo, el mismo hombre que temía y que contrariamente decía: «Sí, los que estamos en esta tienda, gemimos abrumados» (2Co 5, 4), y aun más: «Nosotros mismos gemimos

interiormente» (Rm 8, 23). ¿Te has dado cuenta de cómo presenta, como contrapeso a la debilidad de su naturaleza, la fuerza que da la voluntad? Es la razón por la cual, a menudo, muchos mártires, camino del suplicio, han palidecido ante la muerte y se han llenado de miedo y angustia. Pero precisamente son admirables a causa de eso, pues temiendo la muerte, ellos, por amor a Jesús, no han huido de ella. Paralelamente, Pablo, temiendo a la muerte pero poniendo su corazón en su amado Jesús, no rehusaba incluso a la gehena (cf. Rm 9, 3) y, temblando ante la idea de su fin, deseaba abandonar este mundo (cf. Fil 1, 23). Por otra parte, no es él el único que experimentaba tales sentimientos, también lo hace san Pedro, el jefe de los apóstoles: después de haber declarado a menudo que estaba preparado a dar su vida (cf. Mt 26, 33.35; Mc 14, 29.31; Lc 22, 33; Jn 13, 37), temió con fuerza a la muerte. Escucha, por ejemplo, en qué términos Cristo se dirige a él acerca de este tema: «Cuando tengas más años, extenderás las manos, y otro te pondrá el cinturón y te conducirá a donde no quieras» (Jn 21, 18). Hace así alusión a la deficiencia de la naturaleza, y no a la de la voluntad.

La influencia de la naturaleza aparece siempre, incluso a pesar de nosotros, y nadie puede triunfar sobre sus deficiencias, ni tan siquiera el que se mueve con una gran fuerza de voluntad y un celo ardiente. Ello no resulta para nosotros nada malo, sino una materia de mayor admiración. ¿Es que se puede ser acusado por temer a la muerte? ¡Todo lo contrario, qué motivo de elogio es el temer a la muerte y no consentir, a pesar de este temor, a ningún ruín sentimiento! Pues no es el hecho de tener una deficiente naturaleza lo que es condenable, sino el ser esclavo de sus deficiencias. Pero, sin ninguna duda, es grande y admirable corregir con la fuerza de voluntad el mal que la naturaleza puede hacernos. Se muestra así cuál es el poder de la voluntad y cómo calla a los que dicen: «¿Por qué no somos virtuosos por naturaleza?». ¿En qué reside la importancia, a decir verdad, de lo que es por naturaleza o de lo que es por voluntad?

¿Cuál es, con mucho, la superioridad de este último estado?: Él nos proporciona honor y una fama radiante.

Pero, ¿es sólido lo aportado por la naturaleza? ¡Vaya!, mejor será para ti poseer una voluntad generosa que lo que la naturaleza te pueda aportar. ¿No ves que el cuerpo de los mártires es traspasado por la espada y que, si bien su naturaleza retrocede ante el hierro, sin embargo su voluntad no cede y no se deja vencer? ¿No te has dado cuenta de que, en lo referido a Abraham, la voluntad obró más que la naturaleza, cuando recibe la orden de degollar a su hijo (cf. Gn 22, 1-18), y que, manifiestamente, la primera ha sido más fuerte que la segunda? ¿No has observado lo mismo en los tres jóvenes hebreos (cf. Dn 3, 8-30)? ¿No entiendes aquel proverbio tan usual entre los paganos, según el cual, con costumbre, la voluntad llega a ser una segunda naturaleza? Lo que es yo, me inclino rápidamente por la primera, como los anteriores ejemplos citados han mostrado. ¿Comprendes que es posible adquirir igualmente la firmeza de la naturaleza, siempre que la voluntad sea generosa y vigilante, así como de obtener un elogio más bello, cuando tomamos partido por ser virtuosos y por lo que queremos, antes que si en ello estamos forzados?

En efecto, eso es lo más bello, como cuando Pablo dice: «Castigo mi cuerpo y lo esclavizo» (1Co 9, 27). Es sobre todo entonces cuando yo lo elogio, viendo que su buena práctica de la virtud no era sin esfuerzo, y lo realizaba de tal manera, que los que vinieran después no pudieran alegar su facilidad para justificar así su blandura. Cuando incluso dice: «Estoy crucificado para el mundo» (Ga 6, 14), yo trenzo una corona en honor a su voluntad. Ello, pues, es posible, sí, y es posible imitar la fuerza de la naturaleza por una rigurosa disciplina de la voluntad. Y cuando nos fijamos con detalle en este hombre que fue, él mismo, la personificación de la virtud, constataremos que las cualidades que poseía gracias a su voluntad, tubo a bien hacerlas tan firmes como si fueran naturales.

Él, ciertamente, sufría los golpes, pero, lo mismo que los Poderes incorpóreos que no sufren, despreciaba estos sufrimientos, como se puede ver en sus palabras, que parecen incluso insinuar que él no compartía nuestra naturaleza. En efecto, cuando dice: «El mundo está crucificado para mí, así como yo lo estoy para el mundo» (Ga 6, 14), y otra vez: «Yo vivo o, más bien, ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20), ¿qué es lo que ello quiere decir, que él mismo había abandonado su cuerpo? Y en otra ocasión dice: «Me ha sido puesta una astilla en la carne, un ángel de Sata-nás...» (2Co 12, 7). Esta expresión no tiene otro sentido que mostrar que su sufrimiento residía sólo en el cuerpo. No es que dicha astilla no intentara introducirse en su alma, pero con la sobreabundancia de su voluntad la rechazaba y la prohibía entrar. Y, más aun, cuando pronuncia otras muchas palabras más admirables que éstas, ¿cuándo se alegra de los golpes de látigo y se vanagloria de las cadenas? (cf. 2Co 11, 24-25; Fil 1, 12-14) ¿Qué podemos añadir a aquello que yo afirmaba, a saber, que cuando dice: «Mortifico mi cuerpo y lo esclavizo temiendo que, tras haber predicado a los demás, acabe yo mismo descalificado» (1Co 9, 27), indica la debilidad de su naturaleza, pero que, cuando pronuncia las palabras que he recordado, muestra la nobleza de su voluntad?

Por eso estos dos elementos se encuentran a la vez en él, para que, ante sus grandes cualidades, no te desanimes pensando que era de otra naturaleza, ni, por otra parte, le condenes al observar sus reacciones menos elevadas, sino que, al contrario, ante este ejemplo, destierres el desánimo y te comprometas personalmente en favor de tu salvación, caminando por la senda de la esperanza. Por eso habla de la gracia de Dios con una sobreabundancia de términos, –o, más bien, no es sobreabundancia sino sabiduría–, para invitarte así a pensar que nada viene de él. Pero reafirma también su voluntad, para evitar así que te limites a poner todo en manos de Dios y te pongas a dormir y a roncar. De esta forma encontrarás exactamente en él la medida y la norma de todo.

Pero se objetará, entonces, que ha maldecido en cierta ocasión a Alejandro el herrero (cf. 1Tim 1, 20). ¿Y eso qué importa? Este lenguaje, en efecto, no estaba inspirado por la cólera, sino por el dolor y la defensa de la verdad. De hecho, su sufrimiento no estaba causado propiamente por este hombre sino por su resistencia a la predicación del Evangelio: «Se resiste con fortaleza, no a mí, sino a mis palabras» (2Tim 4, 15). Así, esta maldición no sólo probaba su apasionado amor por la verdad, sino, aun más, reconfortaba a los discípulos. En efecto, todos estaban escandalizados viendo que aquellos que buscaban perjudicar a la Palabra no sufrían ninguna prueba, siendo ello la razón de que hable así. Pero, en otras ocasiones, ha maldecido a otras personas diciendo: «Es justo a los ojos de Dios que sean atribulados los que nos atribulan» (2Ts 1, 6). No es que deseara castigarlos, a Dios no le gusta, pero se esforzaba en consolar a los que estaban maltratados, por eso añade: «En cuanto a los atribulados, que encuentren reposo» (2Ts 1, 7). Pues, fíjate en su sabiduría cuando es él quien está pasando una prueba desagradable, y observa cómo responde a las adversidades diciendo: «Se nos insulta, y nosotros bendecimos, se nos persigue, y nosotros aguantamos, se nos calumnia, y nosotros consolamos» (1Co 4, 12-13). Además, si pensabas que sus palabras y sus actos respecto a otros estaban inspirados por la cólera, tendrías entonces que afirmar que Pablo, bajo el efecto de la cólera, volvió ciego a Elimas y le insultó (cf. Hch 13, 9-11), o, más aún, que fue la cólera de Pedro la que provocó la muerte de Ananías y Safira (cf. 5, 3-5.9-10). Pero nadie con inteligencia y sentido común lo sostendría. Nosotros, incluso, constatamos que Pablo, en muchas otras circunstancias, se comportaba aparentemente de un modo difícil de soportar y, sin embargo, es ahí sobre todo cuando muestra su bondad. Por ejemplo, cuando entrega a Satanás al corintio culpable de fornicación (cf. 1Co 5, 3-5), actúa con gran caridad y con un corazón lleno de ternura, y así lo muestra en su segunda

epístola. Así mismo, cuando amenaza a los judíos, diciendo: «La cólera (de Dios) les ha devastado» (1Ts 2, 16), no lo hace lleno de cólera –de todas formas, le oyes rezar continuamente por ellos–, sino porque quería inspirarles temor y una elevada sabiduría.

Pero se dirá que ha insultado al gran sacerdote en estos términos: «Dios te va a golpear, pared blanqueada» (Hch 23, 3). Sé bien que algunos, por justificar esta expresión, afirman que era una profecía, y yo no les censuro. En efecto, este acontecimiento sucederá, y de esa forma morirá. Sin embargo, si un adversario quisquilloso que no estuviera de acuerdo y que quisiera buscarle las vueltas, retomara esta expresión diciendo: incluso admitiendo que fuera una profecía, ¿por qué Pablo se defiende añadiendo: «Yo no sabía que este hombre fuera el gran sacerdote» (Hch 23, 5)?, nosotros responderíamos diciendo que era para instruir a los otros, y advertirles que, de cara a los que detentan la autoridad, tengan los sentimientos que convienen, como así hizo Cristo. En efecto, aunque el Hijo de Dios haya pronunciado respecto a los escribas y fariseos una gran cantidad de expresiones, de las que no todas son como para ser repetidas, declara: «Los escribas y los fariseos están sentados en la cátedra de Moisés. Poned en práctica lo que os digan» (Mt 23, 3). Así actúa también Pablo: salvaguarda la dignidad del personaje y, al mismo tiempo, predice su muerte.

Es cierto que Pablo se separa de Juan (cf. Hch 15, 38) pero lo hace pensando, como debía, en el interés de la predicación evangélica. Es necesario, en efecto, que quien ha asumido tal servicio no muestre ninguna blandura y no se deje desmoralizar, sino que sea valeroso y fuerte, y quien no sea capaz de ello, no estará listo para arriesgar mil veces su vida, como Cristo lo declara expresamente: «Si alguien quiere seguirme, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y me siga» (Mt 16, 24; Mc 8, 34; cf. Lc 9, 23). Pues, si no está dispuesto a ello, abandonará cobardemente a muchas otras personas. Por ello es más útil que esté tranquilo y no se

ocupe de ello, a que tome la tarea y acepte un fardo que sobrepasa sus fuerzas: así se pierde a sí mismo y, a su vez, a los que se le han confiado. ¿Te resultaría extraño que un hombre que ignora el oficio de piloto y el arte de combatir contra las olas, se opusiese a tomar el timón de la nave, aun teniendo una muchedumbre que quiera obligarle? Y, a la inversa, ¿qué te parecería que alguien que parta para predicar el Evangelio se comprometiera a ello fácilmente y sin importarle cómo, y acepte desconsideradamente tan arriesgada tarea? No, ni el piloto, ni el que lucha contra las bestias, ni el que ha elegido el oficio de gladiador, ni ningún otro tienen un alma tan dispuesta a la batalla contra toda suerte de riesgos de muerte y de suplicios como aquél que se encarga de la predicación del Evangelio. Pues los peligros son más grandes, los adversarios más difíciles a vencer, y no se trata de suplicios ordinarios. Lo que está en juego es el cielo como recompensa y la gehena como castigo para los que fracasan. Es decir, la pérdida o la salvación del alma. Por otra parte, no es sólo el que se encarga de la predicación del Evangelio el que debe estar así de preparado para librar la batalla, sino incluso el simple fiel, pues es a todos sin excepción a los que Cristo ha pedido tomar la cruz y seguirle. Ahora bien, si es para todos, cuánto más a los doctores y a los pastores, de los que formaba precisamente parte en ese momento Juan, llamado igualmente Marcos. He aquí por qué fue suprimido, y con justicia: porque tras ser emplazado en la línea de batalla, en pleno frente, se condujo con mucha cobardía, y por ello Pablo lo apartó de los otros, de manera que su indolencia no entorpeciera el impulso de sus esfuerzos.

Y si Lucas dice que entre ambos hubo irritación (cf. Hch 15, 39), no veo ahí un motivo de reproche. En realidad, el hecho de irritarse no es signo de malevolencia, sino sólo cuando ello se practica sin razón ni motivo legítimo. «Un enfado injusto –dice la Escritura– no quedará impune» (Eclo 1, 22). Como vemos, aquí no se habla escuetamente



de un enfado, sino de un enfado injusto. Y Cristo dice por su parte: «El que se enfada contra su hermano sin razón...» (Mt 5, 22), y no simplemente: «Quien se enfada». Y el profeta dice también: «Enfadaros y no pequéis» (Sal 4, 5). En efecto, si no podemos hacer uso de esta pasión, incluso cuando las circunstancias lo piden, es inútil y vano que forme parte de nuestro ser. Pero no, no es en vano. Por ello el Creador ha puesto en nosotros esta pasión, para corregir a los pecadores, despertar la pereza y la pasividad del alma, y estimular al que duerme y vive en el relajajo. Como el filo de una espada, ha puesto en nuestro corazón el vigor del enfado, para que saquemos partido de él cuando sea necesario. Por ese motivo, Pablo recurría a menudo a él y, cuando se enfadaba, era más digno de alabanza que aquellos que acompañan la conversación con dulzura, porque él actuaba siempre pensando en el interés de la predicación del Evangelio. Pues la dulzura por sí misma no es una virtud, sino cuando es requerida por las circunstancias. Si no existen tales circunstancias, la dulzura pasa a ser indolencia, y el enfado arrogancia.

No he hecho este discurso para defender a Pablo. No son necesarias nuestras palabras, pues él no recibe el elogio de los seres humanos sino de Dios. Por el contrario, nuestra intención era enseñar a los oyentes a servirse de todo ello en el momento oportuno, como ya he dicho con anterioridad. Así podremos utilizar toda circunstancia para nuestro provecho, atracar llenos de riquezas en el puerto que no conoce las olas y obtener intactas las coronas de honor. Que todos podamos ser dignos de ello, por la gracia y el amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien pertenece la gloria y el poder, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

## Bibliografía

JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU, *El camino espiritual de Carlos de Foucauld* (Colección Llama viva), Editorial San Pablo, Madrid 2008, 183 pp.

Los libros de esta colección nos ofrecen la oportunidad de conocer más de cerca la biografía, el camino espiritual y alguno de los textos de los grandes maestros de la espiritualidad cristiana. Todos ellos tienen una estructura similar: primero se presenta su biografía; luego los rasgos más sobresalientes de su experiencia espiritual; y, finalmente, se recogen algunos textos significativos del autor biografiado. También se ofrece una breve bibliografía para seguir profundizando en el tema. Por lo que se refiere a la primera parte del presente libro, en ella podemos encontrar una biografía de Carlos de Foucauld en la que se recorren las grandes etapas de su vida, comenzando por el final, es decir, por su asesinato. El interés del autor de este libro se centra especialmente en la última etapa de la vida de Foucauld, por encontrarse ahí la fuente para entresacar los «nervios espirituales de su existencia», con el fin de que sirvan de inspiración para el creyente de hoy. Los dieciséis años vividos por Foucauld en tierras argelinas, y especialmente los once años vividos entre los tuaregs hasta el día de su muerte, vivida como el acto supremo imitación y entrega a Jesucristo. El autor de estas páginas dedica también un capítulo a Luis Massignon, a quien califica como «el eslabón perdido entre Carlos de Foucauld y el nacimiento de las Fraternidades» inspiradas por la espiritualidad foucauldiana.

La segunda parte de este libro se centra en los tres pilares de la espiritualidad foucauldiana: el Evangelio (imitación de Cristo, espíritu de Nazaret, la importancia del desierto), la Eucaristía y la Evangelización. La selección de textos que encontramos en las últimas páginas toca los temas de la conversión, el desierto, el valor de la cruz, la predicación con el ejemplo, el amor a la Iglesia, etc.—*Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.*

JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU, *Vivir Nazaret. Un mes con Carlos de Foucauld*, San Pablo, Madrid 2008, 325 pp.

La expresión «vivir Nazaret» resume en pocas palabras el empeño vital que caracteriza la espiritualidad evangélica de Carlos de Foucauld. El autor de estas páginas pretende dejar hablar al mismo Foucauld, extrayendo pasajes de sus propios escritos con el fin de ayudar al lector a vivir su propio Nazaret, ya sea en medio de las actividades corrientes de la vida, o en un día de oración, en una semana de retiro

o en lo que en los ambientes foucauldianos se denomina «el mes de Nazaret». Para alcanzar este objetivo el autor ha distribuido los textos de Carlos de Foucauld en dos partes. En la primera incluye cuatro retiros de una semana cada uno, que conforman el «mes de Nazaret». Estos cuatro retiros semanales giran en torno a cuatro temas, un tema por semana: Nazaret, Evangelio, Eucaristía y Evangelización. Cada tema está estructurado en los siete días de la semana, y cada día se divide en cinco partes, que corresponden a la oración de la mañana, del mediodía, de la tarde, de adoración y de la noche; pero siempre dejando que sea el mismo Carlos de Foucauld el que anime esta oración a través de sus palabras. Cada día va precedido por un texto de autores de la familia espiritual del hermano Carlos. La segunda parte de este libro está estructurada en torno a siete días de desierto, y cada uno de estos días está dividido en cuatro momentos fuertes de oración, precedidos por algún texto del hermano Carlos y por alguna introducción de alguna persona significativa de su familia espiritual.

Los textos del hermano Carlos que se recogen en el presente libro están extraídos de la antología publicada por esta misma editorial San Pablo. En el apéndice se recoge el retrato sintético que Carlos de Foucauld hizo de Jesús con frases tomadas del Evangelio y que él mismo releía sin cesar con el fin de tener siempre en su mente ese retrato al que él mismo tituló «modelo único».

Por su objetivo, claramente señalado, este libro no es para leerlo, sino para orar con su ayuda.—*Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.*

PALOMA CASTILLO, *El camino espiritual de Tomás Moro* (Colección Llama viva), San Pablo 2009, 207 pp.

Tomás Moro ha sido calificado como «la persona de mayor virtud» que produjeron las islas británicas (Samuel Johnson), y como uno de los «escogidos especímenes de la sabiduría humana y virtud» (Macaulay). El también humanista Erasmo de Rotterdam hizo un gran elogio de su personalidad en 1519, cuando todavía le quedaban a Moro 16 años de vida. Dicho elogio se recoge en las páginas de este libro (145-156). Entre otras muchas cosas, Erasmo dice de Moro que «parece haber nacido y haber sido hecho para la amistad; nadie tiene un corazón más abierto y sincero para hacer amigos o más tenacidad para conservarlos» (p. 147); «nadie se deja dominar menos por la opinión pública, y sin embargo nadie tan cerca de los sentimientos del hombre de la calle» (p. 149); «todo lo dirige al bien de la sociedad y de sus amigos» (p. 154); «su propia disposición siempre ha estado preparada para hacer el bien a todos, y maravillosamente inclinada a la misericordia» (p. 154); «podrías decir que Moro es el patrón público de todos los necesitados. Se cree afortunadísimo si tiene ocasión de aliviar al oprimido,

de ayudar al que está perplejo y metido en algún embrollo, o de reconciliar a quienes pelean. Nadie disfruta tanto teniendo un gesto amable y nadie exige menos agradecimiento por hacerlo» (p. 155).

El presente libro, siguiendo el esquema de los otros libros de la misma colección, se divide en tres partes: la primera es una presentación biográfica; la segunda trata de sintetizar sus enseñanzas espirituales, no sólo recurriendo a sus escritos, sino teniendo muy presentes sus experiencias donde la meditación de la agonía y la pasión de Cristo le ayudó a vivir su propia pasión; en su propio camino hacia el calvario su vida espiritual, siempre viva y profunda, alcanzó su momento álgido; la tercera nos ofrece una selección de los textos más significativos de Tomás Moro y de algunas personas de su entorno, como el mencionado elogio de Moro escrito por Erasmo y dirigido a Ulrich von Hutten. El conjunto del libro nos permite –como desea la autora– adentrarnos en el alma moreana para comprender mejor la personalidad de este gran humanista y santo.—*Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.*

*La Biblia. Introducción y meditaciones de Anselm Grün. Textos de la Sagrada escritura: Antiguo y Nuevo Testamento* (Colección Biblioteca Manual Desclée 62), Desclée De Brouwer, Bilbao 2008, 553 pp.

En el presente libro se nos ofrece una amplia selección de textos esenciales tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, que son brevemente introducidos por el conocido monje benedictino Anselm Grün. En la introducción general del libro A. Grün hace una invitación a practicar la *lectio divina*, método de lectura de la Escritura desarrollado por los primeros monjes, y que consta, como es sabido, de cuatro pasos: la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. El objetivo de este método es llegar a una profunda experiencia espiritual, es decir, a la experiencia de Dios y a la experiencia de la propia liberación de toda angustia y apego superficial. Para hacer que la Palabra de Dios llegue a nuestro corazón, nos asegura A. Grün que no es necesario conocer su trasfondo teológico e histórico. No obstante habría que añadir que cuanto mayor sea nuestro conocimiento de ese trasfondo teológico e histórico más avanzaremos en la *lectio divina*, comprenderemos mejor lo que Dios nos quiere decir. Para A. Grün las palabras de la Escritura son imágenes que nos abren una puerta al cielo. Estas palabras, además, nos proporcionan consuelo en medio de la inconsistencia y la desorientación, en la oscuridad y el abatimiento. Son palabras que sanan, liberan, redimen, transforman, llenan nuestra vida de esperanza. El texto de la Escritura que se reproduce en estas páginas está tomado de la *Biblia de Jerusalén. Nueva edición revisada y aumentada*, Editorial Desclée De Brouwer, Bilbao 1998.—*Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.*

ROLANDO CAMOZZI, *Las tentaciones de Jesús y otros relatos* (Colección Betel 39, San Pablo, Madrid 2009, 150 pp.

Como él mismo declara en la introducción, el autor de estas páginas no es un especialista en Sagrada Escritura ni en teología, sino un cristiano preocupado por la racionalidad de su fe y por dar razón de su esperanza. En ellas se reflexiona sobre algunos pasajes evangélicos que ejercieron sobre su persona una gran fascinación desde su infancia a causa de su esplendor y belleza. El libro se divide en tres capítulos. El primero está dedicado a las tentaciones de Jesús, centrándose principalmente en la tentación del poder entendida aquí como compendio de todas las demás; antes de nada hace una distinción entre el «diablo» y los «demonios»; luego examina la praxis de Jesús y su actitud ante las distintas formas de mal, describe el proceso psicológico de la tentación a partir del célebre pasaje del Génesis, para entrar en los relatos de las tentaciones de Jesús. El segundo capítulo se centra en la incomprensión de Jesús por parte de sus discípulos y del resto de oyentes; incomprensión que le lleva a una cierta soledad a pesar de ser una persona de comunión. Esa incomprensión se explica aquí porque el modo que Jesús tenía de entender el mesianismo no coincidía con el de sus contemporáneos, a pesar de que se mueve siempre en la más pura tradición bíblica, otra causa es la novedad de las enseñanzas y de las actitudes de Jesús. El tercer capítulo trata sobre las acechanzas de Jesús, es decir, sobre la persecución a la que se vio sometido desde el primer momento de su predicación evangélica y desde el instante mismo de su primera acción liberadora. Desde ese primer momento los letrados, escribas, fariseos y doctores de la Ley agudizaron sus sospechas sobre Jesús e iniciaron una acechanza que fue creciendo hasta culminar en claras acusaciones con la intención de condenarlo a muerte.—Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.

ANNETTE COLIN-SIMARD, *Las apariciones de la Virgen. Su historia, su mensaje* (Colección Arcaduz 75), Palabra, Madrid 2005<sup>4</sup>, 233 pp.

La autora de este libro se propone describir 17 apariciones de la virgen María ocurridas a lo largo de los siglos y tal y como las vivieron sus testigos, haciendo una presentación lo más honradamente posible y evitando los comentarios. La mayoría de las que figuran en este libro han sido reconocidas por la Iglesia después de profundas investigaciones. Todas esas apariciones nos remiten a Cristo y a su mensaje evangélico. La autora omite, excepto en una o dos ocasiones, las curaciones milagrosas que han provocado cada una de las apariciones y las enormes peregrinaciones que han suscitado. Tampoco trata de averiguar los «secretos» que María ha confiado a algunos videntes. Su principal preocupación a la hora de estudiar estas apariciones fue la de

responder a los siguientes interrogantes: «¿Quién? ¿Cuándo? ¿Qué? ¿Cómo?» El libro está escrito desde la perspectiva de una periodista, aplicando a los acontecimientos del pasado los métodos de investigación actuales. Entra las apariciones aquí presentadas podemos destacar las siguientes: la de la virgen del Puy (siglos I a V); la de Notre-Dame-des-Ardents (1105); la traslación de Loreto (1291); la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe (España 1323 y México 1531),... El libro es interesante, muy bien escrito y muy ameno de leer.—*Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.*

IRMA PFEIFER, *Vía crucis de María. Caminando con la madre de Jesús*, San Pablo, Madrid 2009, 68 pp.

El texto de este vía crucis fue compuesto por Irma Pfeifer durante un retiro en Schoenstatt, en Vallendar, junto al valle del Rin, en Alemania. Tiene la peculiaridad de que en cada estación la autora conversa con la virgen María. La hermana Daniela Raab completó estas reflexiones añadiendo después de la oración para comenzar las estaciones y después de cada estación unos versos poéticos inspirados en el conocido himno de Cuaresma *Stabat Mater Dolorosa*. Hacia 1991 este vía crucis iba ya por la tercera edición en lengua alemana. Por entonces casi 10.000 mujeres pertenecientes al movimiento Schoenstatt habían orado estas estaciones. Se tradujeron y adaptaron primero al inglés para los peregrinos de lengua inglesa, y ahora se publican en español. Según nos dice Irma Pfeifer en la introducción, «ahora María nos ayuda a dominar las ansiedades y limitaciones con que nos encontramos en nuestro vía crucis vital, y por medio de ellas creemos en el amor. Quienes recorran las Estaciones del *Vía crucis con María* las sentirán como un sendero de bendiciones, como un viaje liberador en el camino que conduce a Dios» (p. 7). Estas meditaciones –como aquí se nos sugiere– pueden usarse como reflexiones personales o como oraciones en comunidad. El texto va acompañado de ilustraciones realizadas por Charlie Craig.—*Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.*

JUAN DEL CARMELO, *Mosaico espiritual. Cometarios sobre la vida espiritual* (Espiritualidad 13), Dagosola, Madrid 2009, 252 pp.

El autor de este libro ha querido recopilar en él una serie de pensamientos y temas que son, en su mayoría, fruto de la lectura de otros libros, y que los ha ido recogiendo sin orden en un diario de carácter espiritual. Entre los temas aquí tratados destacamos los siguientes: el valor de la lectura espiritual como un medio del que Dios se sirve para tocar el corazón del ser humano (preámbulo); la búsqueda de Dios (introducción); la singularidad de cada ser humano ante Dios y la tendencia negativa a la uniformidad; las tendencias demoníacas; la perseverancia como cualidad

inherente al amor; el monoteísmo y el misterio de Dios como trinidad de personas; la llamada de Dios y la elección de algunas personas concretas para realizar alguna misión especial en la historia de la salvación; la relación de Jesús con Lázaro y sus hermanas; la agonía de Jesús en Getsemaní, etc. Como el mismo autor reconoce en el preámbulo, falta orden en el desarrollo del libro. También es de lamentar las erratas de imprenta y la mala colocación de los signos de puntuación, cosas ambas que entorpecen la lectura.—*Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.*

**BENEDICTO XVI, *En los orígenes de la Iglesia. Los apóstoles y los primeros discípulos de Cristo*** (Colección Pensar y creer 15), San Pablo, Madrid 2009, 182 pp.

Este libro recoge las catequesis pronunciadas por Benedicto XVI desde el miércoles 15 de marzo de 2006 hasta el 14 de febrero de 2007. Después de haber presentado los salmos y los cánticos de Laudes y Vísperas en las catequesis precedentes, se centra ahora en el misterio de la relación entre Cristo y la Iglesia, a partir de la experiencia de los apóstoles y de la misión que Jesús les encomendó. A través de los Apóstoles nos remontamos a Jesús mismo. Su objetivo es mostrar cómo la luz del rostro de Cristo se refleja en el rostro de la Iglesia, a pesar de los límites y las sombras de nuestra humanidad frágil y pecadora. Benedicto XVI subraya la convicción de que «no podemos tener a Jesús prescindiendo de la realidad que él ha creado y en la cual se comunica» (p. 10). La presencia de Cristo en la comunidad en la que él mismo se da siempre a nosotros es el motivo de la mayor alegría. Se trata de considerar los orígenes de la Iglesia para entender el plan originario de Jesús, y comprender así lo esencial de la Iglesia, lo que en ella permanece aunque vayan cambiando los tiempos. Se busca también entender el porqué de nuestro ser en la Iglesia y cómo debemos esforzarnos por vivirlo al inicio del nuevo milenio cristiano. Estas 31 catequesis tratan temas capitales como la tradición y sucesión apostólica, el don y el servicio de la comunión, y nos ofrece una breve biografía de cada uno de los apóstoles y de otras figuras importantes de los orígenes de la Iglesia como Timoteo y Tito, Esteban el protomártir, Bernabé, Silas y Apolo, Áquila y Priscila. La última catequesis de esta serie versa sobre las mujeres al servicio del Evangelio. El estilo catequético y claro de Benedicto XVI nos acercan al misterio de la Iglesia desde sus orígenes y nos permiten comprender mejor lo sustancial de su estructura.—*Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.*

**José Luis Díez Moreno, *Historia del ecumenismo en España*** (Colección Pensar y creer 18), San Pablo, Madrid 2009, 590 pp.

Estas páginas, calificadas en cierta ocasión por su propio autor como *Apuntes para la historia del ecumenismo en España*, nos ofrecen

una interesante y rica información sobre personas, acontecimientos y hechos fundamentales para comprender la trayectoria del ecumenismo en España. José Luis Díez Moreno, que asistió como periodista a algunas sesiones del concilio Vaticano II, entiende el ecumenismo según la definición del decreto *Unitatis redintegratio* que aplica a España.

Aunque se acepta el año de 1954 como el inicio del ecumenismo en España, para el autor de estas páginas hay que retroceder al año 1939 con la llegada a Madrid del jesuita Santiago Morillo, quien realizó una profunda e intensa labor en pro de la causa de la unión entre ortodoxos y católicos.

La primera etapa del movimiento ecuménico en España es calificada aquí como clandestina y apasionante; en ella intervienen contadas personas. En la segunda etapa, situada entre los años 1960-1980, la acción ecuménica estalló a lo ancho de todas las diócesis españolas. De 1980 a 2005 –se nos dice– el movimiento ecuménico no conservó la misma frescura, aunque se realizaron importantes actuaciones en este ámbito, incluso hacia el exterior de España. Según opina Díez Moreno, «desde mediados de los años noventa da la impresión de que las actividades ecuménicas están ahogadas, se nota que la Iglesia católica en España, a pesar de los claros signos ecuménicos de Juan Pablo II, se desinteresa cada día más de la marcha ecuménica y las relaciones interconfesionales, con protestantes y ortodoxos, se torna más premiosa» (pp. 15-16). Desde el punto de vista geográfico este movimiento se reduce principalmente a tres ciudades: Barcelona, Salamanca y Madrid, con tres formas de ecumenismo muy distintas, pero que persiguen el mismo objetivo: la unidad de los cristianos desunidos. El recorrido por la historia del ecumenismo en España llega hasta la V Conferencia de «Fe y Constitución» celebrada en Santiago de Compostela. Como insinúa Inmaculada González Villa en el epílogo, quizás la raíz de la crisis por la que atraviesa este movimiento reside en la debilidad de la experiencia creyente que, en su fragilidad, hace oídos sordos a las insistentes e irreversibles llamadas del Espíritu a construir la unidad de los cristianos (cf. p. 578).

A juicio de Pedro Langa Aguilar, autor del prólogo, el mensaje de este libro coincide con la frase lapidaria que tanto repiten los ecumenistas: «Debemos hacer juntos todo aquello a lo que la propia conciencia no nos obligue a hacer por separado» (p. 6). Esta historia del ecumenismo en España puede ayudar a que no se apague la llama de esta importante labor a favor de la unidad de los cristianos.—*Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.*



---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### La Cuaresma y la pureza de corazón

Parece que de todas las bienaventuranzas, el sabio abad Moisés consideraba que la quinta era la más importante: *“Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios”* (Mt 5, 8). Cuando san Juan Casiano y su compañero, el santo abad Germán, se dirigieron a él para que les hablase sobre la vida de los monjes del desierto, les dijo que el fin de todo monje es alcanzar el reino de los cielos, pero para conseguirlo necesita purificar su corazón (cf. *Colaciones*, I, IV).

Ciertamente, la clave de la santidad se halla en nuestro corazón. Jesús nos dice: *“suponed un árbol bueno, y su fruto será bueno”* (Mt 12, 33), pues bien, lo mismo pasa con nuestro corazón: *“porque de lo que rebosa el corazón habla la boca”* (Mt 12, 34). Nuestros actos serán santos y puros cuando nuestro corazón también lo sea. Es más, nuestros actos nos definen ante Dios y las personas, *“porque por el fruto se conoce el árbol”* (Mt 12, 33).

Esforcémonos por tener un corazón puro, trasparente, limpio, dulce. Un corazón digno de Quien lo mora. Un lugar en el que, como María en Betania, podamos sentarnos a los pies de nuestro Amado y escucharle tiernamente mientras el tiempo pasa sin darnos cuenta (cf. Lc 10, 39). Qué bueno

es tener un corazón puro y enamorado de Dios. Qué felices somos.

Pero la pureza de nuestro corazón depende de aquello que más valoramos en la vida, *“porque donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón”* (Mt 6, 21). ¿Dónde, pues, ponemos nuestro corazón? ¿Cuál es nuestro gran tesoro? ¿Lo pueden roer las polillas? ¿La herrumbre puede corroerlo? ¿O nuestro tesoro lo estamos amontonando en el cielo? (cf. Mt 6, 19-21).

Estas son buenas preguntas para meditar en Cuaresma, el tiempo en el que la Iglesia nos invita a purificar nuestro corazón para vivir y celebrar la Pascua de Resurrección, cuando Jesús da su vida para abrirnos las puertas del Reino de los cielos, de la vida eterna.

La vida perdurable, la vida que no pasa, que no cambia, que permanece siempre constante. Jesús nos dice que sólo su Palabra no pasará (cf. Mt 24, 35). Su Palabra es inamovible, fuerte, sólida. Quien llena el corazón con su Palabra *“es como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca”* (Mt 7, 24).

En eso consiste la Cuaresma: en purificar nuestro corazón con la Palabra de Dios. Ella es nuestro tesoro celestial, la sólida roca que nos sostiene.

¿Pero cómo podremos hacerlo con tantos falsos –pero apetecibles– tesoros que nos rodean, con tantos quebradizos –pero cómodos– cimientos donde podernos asentar? Para lograr vencer tantas y tan fuertes tentaciones la Iglesia nos invita a hacer tres ejercicios purificadores: la oración, el ayuno y la limosna. Con ellos preparamos nuestro corazón para recibir la Palabra de Dios. Hacen de nuestro corazón una tierra fértil para la simiente divina, un lugar fecundo donde crece el amor.

Aprovechemos la Cuaresma para purificar nuestro corazón. Es mucho lo que nos jugamos. Por de pronto, vivir intensamente la Pascua de Resurrección. Pero, sobre todo, un lugar en el Reino de los cielos.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.  
*Prulla (Francia)*

## *In memoriam* Fray Pedro Blanco García, O.P.

En la tarde del día uno de enero del presente año recibimos con sorpresa la triste noticia del fallecimiento repentino de fray Pedro Blanco, O.P., gran colaborador de la revista *Vida Sobrenatural*. Desde hace casi dos décadas era él quien se encargaba de embalarla y enviarla por correo, así como de atender los pedidos que llegaban de todas partes; pero, además, también contribuyó con dos artículos en la sección de «Testigos», dedicados a presentar la biografía de dos dominicos del siglo XX: «El P. Girotti, un dominico en Dachau», 77 (1997) 446-452; «El P. Enrique Rossetti y el Rosario» 83 (2003) 366-369.

Fray Pedro había nacido el 7 de mayo de 1925, en Monterrubio de la Sierra (Salamanca). De niño vivió algún tiempo en Linares de Riofrío (Salamanca) con un tío sacerdote. Luego pasó a estudiar al seminario de Salamanca. De sus años de seminarista conservó, aparte de la buena amistad con sus compañeros, un buen conocimiento del latín. Abandonando el seminario por un tiempo, pronto se sintió llamado a la vida religiosa, y el 22 de diciembre de 1944 comenzó el noviciado como hermano cooperador en el convento dominicano de San Estaban de Salamanca. Un poco después del noviciado fue enviado a la Escuela Apostólica de Corias (Asturias), en 1947, donde trabajó duramente atendiendo a la Comunidad y a los niños que allí estudiaban. De esta época él recordaba con frecuencia cuando la guardia civil le llevó a la Comisaría de León, junto al fraile que le acompañaba, por haber comprado un camión de

patatas sin autorización del gobierno, y siempre urgido por la necesidad de alimentar a los niños del Colegio.

En 1949 fue destinado a Roma, a la curia generalicia de la Orden, establecida en el convento dominicano de Santa Sabina. Allí, el 23 de septiembre de 1951 hizo su profesión solemne. En ese convento residió hasta 1990. Además de numerosas personalidades de la Iglesia, por Santa Sabina pasaron durante su estancia en ese convento muchos frailes de la Orden. Con todos entró en contacto y a todos ofreció su ayuda generosa. Quienes lo necesitaban encontraban en él una palabra de aliento y consuelo, así como una actitud siempre dispuesta a ayudar. Pero su generosidad no se detuvo únicamente en los frailes. Todo el mundo acudía a él para solucionar algún problema: las monjas, las hermanas dominicas y de otras congregaciones, los laicos,... Nunca negaba un favor si estaba de su mano. Los años que pasó en Santa Sabina fueron de incansable servicio a los intereses de la Orden y de la comunidad. Él se sentía feliz en este servicio.

Desde su llegada a San Esteban en 1990, el convento se vio enriquecido con su grata presencia. En este convento trabajó incansablemente como Sacristán, atendiendo a la iglesia; fue adjunto a la dirección y administración de la editorial San Esteban, miembro del Consejo conventual, y realizó muchos otros servicios a la Comunidad y a cada fraile en particular. Es importante recordar el cariño y la generosidad con que cuidaba a los frailes enfermos, y las muchas noches que pasó en vela atendiéndolos. Aparecía para ayudar allí donde era necesario echar una mano. Fue un compañero magnífico y un fraile ejemplar. Todos se sentían bien a su lado. Su sola presencia daba seguridad a los que le rodean y hacía que los problemas perdieran parte de su peso.

Con su carácter abierto y alegre, y su sentido del servicio mostró un rostro amable de la comunidad a las numerosas personas que acudieron al convento de San Esteban.

Su modo de ser y actuar brotaba de un profundo amor a la Orden y de una espiritualidad que le conducía a hacer de su vida un servicio continuo a los demás. Tuvo una gran devoción al Rosario, colaborando a su difusión haciendo él mismo miles de rosarios para todo el mundo. Era también muy devoto de santo Domingo de Guzmán, del que recogió y publicó numerosas imágenes iconográficas, plasmadas luego en tarjetas postales. Publicó en español *Los nueve modos de orar de santo Domingo* y, reuniendo de forma original algunas pinturas del beato Angélico, publicó *Los modos de orar de santo Domingo según el beato Angélico*, acompañando las ilustraciones del célebre pintor dominico con sus propias meditaciones. Su amor a la Orden de santo Domingo se expresó de muchas maneras, especialmente en la preparación de la edición de la *Liturgia de las Horas Propio O.P.*

Entre los muchos testimonios de condolencia que llegaron a la comunidad de San Esteban al conocer la triste noticia de su fallecimiento, podemos recordar aquí las palabras del actual Maestro de la Orden, Fray Carlos Aspíroz Costa, quien convivió con fray Pedro varios años en el convento de Santa Sabina de Roma; en su correo dirigido al Prior del convento lo define como otro santo Domingo, porque como este santo patriarca, también fray Pedro amaba a todos y por todos era amado... «*todos habían en la inmensidad de su caridad*». Fray Carlos Aspíroz fue testigo de «*su delicadeza, su tesón, su laboriosidad y su gran competencia en tantos frentes*». También afirma que «*no había fraile que no dejara de reconocer la bondad de su trato, la afabilidad, y su mano generosa para cualquier favor...*».

Que el Dios que no se deja vencer por nadie en generosidad recompense todos los trabajos y desvelos con los que fray Pedro nos obsequió a todos los que tuvimos la gracia de conocerle y convivir con él.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.  
Salamanca

# Tomás de Aquino y la cuestión de la mujer

### UN TEMA MAL COMPRENDIDO

Uno de los temas del pensamiento de Tomás de Aquino que en la actualidad con frecuencia es objeto de interpretaciones incorrectas es la cuestión de la mujer. Se ha presentado al teólogo dominico como un representante del pensamiento de la inferioridad femenina. Esta imputación solamente tiene sentido si se aísla alguna de sus frases del conjunto de su pensamiento o si se pasa por alto el contexto social y cultural en el que vivió.

El pensamiento medieval es heredero de las concepciones biológicas de la Antigüedad y de una lectura literal de la Biblia. Las primeras sostenían la inferioridad biológico-física de lo femenino respecto a lo masculino. La tradición cristiana, a pesar de proclamar la igualdad fundamental entre varón y mujer, podía concluir con frecuencia la subordinación de la mujer al varón a partir de algunas lecturas literales de relatos bíblicos, como el de la procedencia de la mujer de la costilla del varón. Tomás de Aquino elabora su pensamiento en esta tradición cultural. Ella constituye el punto de partida para desarrollar sus ideas propias. Por muy extrañas que resulten a nuestra mentalidad, las concepciones de aquella época no sólo eran las comúnmente aceptadas, sino que muchas de ellas procedían de lo que en aquel tiempo se consideraban conclusiones de la ciencia. Tomás reproduce en sus escritos las ideas sobre la mujer de su tradición cultural. Pero su equilibrada concepción antropológica y la perspectiva de fe, hacen

que esas ideas recibidas sean situadas en un nuevo marco, en el que la inferioridad biológico-física de la mujer es rebasada en una concepción que afirma la igualdad fundamental en la naturaleza de ambos sexos.

Hay quienes gustan recurrir a la biografía para explicar determinados rasgos del pensamiento de un autor. En el caso de Tomás de Aquino se ha dicho que apenas tuvo relación con las mujeres, que las conocía por los libros o que estaba marcado por experiencias negativas en su relación con ellas. Afirmaciones de este tipo pueden responder más a la imaginación que a los hechos de su vida. Con los datos biográficos que poseemos se puede suponer que el trato de Tomás con la mujer fue el normal en un hombre de su tiempo. No vivió encerrado en el convento. A causa de su trabajo residió en importantes centros urbanos de la época, acometió viajes largos y diversos, visitó cortes y residencias de nobles. En todas esas salidas del convento Tomás se encontró con mujeres con las que desarrolló un trato normal. Algunos de los testigos de su vida nos hablan de una persona sociable, y hasta destacan su atractivo físico. La madre de su compañero Fr. Reginaldo decía que *“cuando Tomás pasaba por el campo, la gente que se encontraba ocupada trabajando las tierras, abandonaba sus tareas y se precipitaba a su encuentro, admirando la estatura imponente de su cuerpo y la belleza de sus trazos humanos. Se acercaban a él más por su belleza que por su santidad o su noble origen”*.

#### EL ORIGEN NATURAL DE LA DIFERENCIA DE GÉNEROS

Tomás de Aquino vivió en una época en la que la cuestión de la mujer no tenía la importancia cultural que tiene en nuestro tiempo. Por eso no es un tema que estudiara a fondo dedicándole un tratamiento sistemático. En la *Suma Teológica* dedica un apartado al origen de la condición femenina (cuestión 92 de la primera parte). También se pueden

encontrar alusiones aisladas a la cuestión de la mujer en el *Comentario a las Sentencias* y en sus comentarios a los diferentes libros de la Biblia.

En la *Suma Teológica*, Tomás se pregunta por la razón que explica el origen de la diferencia de géneros. Y la encuentra en la reproducción de la especie. En este sentido su pensamiento realiza una primera corrección a la tradición teológica recibida que en gran parte atribuía la diferencia de sexos a los efectos del pecado. Tomás, antes de recurrir a una explicación estrictamente religiosa, busca siempre la respuesta en la naturaleza de las cosas. Puesto que Dios es el autor de esa naturaleza, ella constituye el primer ámbito de toda posible explicación teológica. El orden natural ofrece en la actividad reproductiva una explicación del origen de la diferencia de sexos. Al asumir esta perspectiva natural, Tomás se veía libre de las valoraciones morales que tenía la explicación que situaba en el pecado el origen de la diferencia de género, y a partir de la cual algunos tendían a concluir la imperfección natural de lo femenino.

En la explicación del origen de la diferencia de géneros, Tomás dice que *“era necesario que la mujer fuese creada para la ayuda del hombre,...para ayudarle en la obra de la generación.”* Quienes entiendan el término “ayuda” en sentido de inferioridad y subordinación de la mujer al varón, tienen que tener en cuenta que aquí Tomás recurre a las concepciones biológicas de su tiempo. El rasgo más renovador de su forma de pensamiento se encuentra en atender en primer lugar a la naturaleza de las cosas. Para atender a la naturaleza tiene que recurrir a los conocimientos que la ciencia de su tiempo tenía de esa naturaleza y que eran muy diferentes de los nuestros. Esos conocimientos remiten sobre todo a la biología de Aristóteles, que entendía la reproducción de las especies a partir de la conjunción de un principio activo con un principio pasivo. En algunos seres vivos, como en las plantas, ambos principios se dan unidos porque en ellos no existe ninguna actividad más alta que la



reproductiva. En cambio, el ser humano realiza actividades más altas, como lo es comprenderse a sí mismo y a su mundo. Para liberar energías para esas funciones más altas, en el ser humano los principios de la reproducción se encuentran divididos. El varón es el principio activo, que actúa sobre la mujer, principio pasivo que colabora con el varón ofreciendo la materia para la reproducción.

Tomás recoge esta concepción biológica, pero nada de su pensamiento permite concluir la inferioridad o subordinación de la naturaleza femenina respecto a la masculina. En el acto de la generación humana distingue tres momentos: la preparación a la formación del cuerpo del nuevo ser, la formación de ese cuerpo y lo que le sigue a la formación de ese cuerpo. Tanto en el primero como en el último, la mujer desempeña una función principal y no sólo de colaboración.

Aunque Tomás de Aquino atribuye la diferencia de géneros fundamentalmente a la función reproductiva, no reduce a biología las relaciones entre los dos sexos. La unión del varón y de la mujer no responde sólo a la “*necesidad de la generación*” sino que se unen “*para formar un hogar*”. Y aunque defiende que en la vida familiar la mujer deba someterse al varón, también indica que las relaciones entre ambos no son relaciones serviles sino relaciones de amistad, que en la concepción aristotélica quiere decir relaciones de igualdad. La mujer está asociada al marido y éste no tiene sobre ella una relación de dominio ni de propiedad.

#### UNA EXPLICACIÓN BIOLÓGICA Y NO UNA CUALIFICACIÓN DE LA NATURALEZA FEMENINA

Una de las concepciones biológicas más extendidas de la época es la que describe a la hembra como un “*macho defectuoso*” (“*mas occasionatus*”). Esta expresión es reco-

gida por Tomás de Aquino para dar una explicación biológica de la diferencia de géneros, pero no es utilizada para expresar la imperfección natural de la mujer.

La doctrina procede de Aristóteles, que entendía que en la naturaleza todo principio agente tiende a producir un efecto igual a sí mismo. Como en la actividad reproductiva el principio activo es el macho, la naturaleza tiende a reproducir ejemplares machos. Por consiguiente, si surge una hembra se debe a una alteración en el proceso de generación. Aplicado a la especie humana, se dirá que la mujer es resultado de alguna alteración en el proceso de generación. Puede ser producida por la debilidad del semen del padre, por un menstuo más húmedo o por la influencia de factores externos en el momento de la concepción, como puede ser la dirección del viento. El viento del norte favorece el surgimiento del varón y el viento austral el de la mujer.

Tomás reproduce esta concepción de la biología aristotélica pero incorporándola en su visión cristiana, donde es modificada fundamentalmente. La concepción de Aristóteles le sirve para dar una explicación biológica de la existencia de lo femenino, pero no para entender el origen último y el valor de la naturaleza de la mujer. Ésta procede de la voluntad creadora de Dios y en ese sentido no puede ser entendida como un defecto de la naturaleza. El teólogo dominico lo dice con toda rotundidad: *“Si consideramos a la mujer en relación a toda la naturaleza no es algo ocasional, sino algo establecido por la naturaleza en orden a la generación. Ahora bien, la intención de toda la naturaleza depende de Dios, autor de la misma, quien por ello, al producirla, no sólo produjo al hombre, sino también a la mujer”*. La mujer no puede ser entendida como una desviación o disfunción de la naturaleza, sino que debe su origen último a la voluntad divina, que dispone que en la naturaleza no haya solamente varones sino varones y mujeres. Por tanto, la expresión *“mas occasionatus”* no es utilizada por Tomás

de Aquino para cualificar la naturaleza de la mujer sino para explicar el origen biológico de lo femenino.

Puesto que la existencia de la mujer es resultado de la voluntad divina, Tomás afirma la igualdad fundamental de su naturaleza con el varón. En su concepción antropológica, la naturaleza humana no viene determinada por la biología sino por la capacidad intelectual. Tanto el varón como la mujer tienen alma racional, es decir, capacidad intelectual, y por tanto son iguales en naturaleza. El alma humana está orientada a la búsqueda de la perfección y de la felicidad y ambos sexos comparten esta orientación fundamental. Por consiguiente, para Tomás de Aquino el varón y la mujer tienen la misma naturaleza, la misma orientación y los mismos deseos.

#### LA MUJER COMO EL VARÓN IMAGEN DE DIOS

La concepción fundamentalmente igualitaria que Tomás mantiene en el ámbito de la naturaleza será continuada en la dimensión de fe. En este aspecto sus juicios son rotundos reconociendo que *“ante la gracia de Cristo no hay macho ni hembra”*. El bautismo nos hace a todos iguales y por eso *“el sexo no es causa de diferenciación en cuanto a la participación de los efectos del bautismo”*, siendo tanto varones como mujeres miembros del cuerpo místico de Cristo.

La condición de imagen de Dios corresponde tanto al varón como a la mujer. Hay que tener en cuenta que para Tomás el ser imagen de Dios se asienta en la capacidad *“para conocer y amar a Dios”* que es una capacidad de la naturaleza intelectual. Puesto que tanto el varón como la mujer tienen capacidad intelectual, ambos son imagen de Dios. Sosteniendo esta afirmación, va a salir al paso de un texto de San Pablo en el que el Apóstol parece subordinar la condición de imagen de Dios de la mujer a la del varón, pues dice que *“el hombre... es imagen y gloria de Dios, pero*

*la mujer es gloria del hombre*" (1Cor 11,7). Tomás afirma que *"la imagen de Dios se encuentra en el hombre en su espíritu, en el que no hay diferencia entre macho y hembra, como dice Col. 3,11. Por tanto, no debe decirse que el varón es más imagen de Dios que la mujer."* Y manteniendo su interpretación de que ambos son imagen de Dios, comenta que en el texto *"si el Apóstol dice del hombre que es imagen y gloria de Dios, sin embargo, no dice que la mujer sea imagen y gloria del hombre, sino solamente que es gloria del hombre precisamente para dar a entender que el ser imagen de Dios es común al hombre y a la mujer"*.

La afirmación de la igualdad en la vida cristiana llega a expresiones enfáticas cuando Tomás se refiere a algunas mujeres de la Biblia como la Samaritana o María Magdalena. A esta última la llama *"apóstol de apóstoles, pues se le encarga a ella anunciar la resurrección del Señor a los apóstoles"*.

#### ALGUNAS DESCRIPCIONES AISLADAS

En algunos comentarios bíblicos, Tomás caracteriza las mujeres como fundamentalmente sensitivas, inestables en sus pensamientos, curiosas y habladoras. Pero hay que tener en cuenta que estas descripciones abundan en algunos libros de la Biblia, como en los sapienciales. Además, Tomás no presenta nunca esos rasgos como rasgos esenciales ni concluye de ellos la inferioridad de la mujer. De hecho, cuando considera las virtudes humanas nunca introduce la diferencia de género como un factor determinante de una determinada virtud.

Concluyendo, se puede decir que Tomás de Aquino vivió en un época en la que la cuestión de la mujer ni era una cuestión central ni era entendida como lo es en nuestros días. Elaboró su pensamiento en una tradición en la que determinados elementos inclinaban a suponer la inferiori-

dad de la mujer. Pero el principio de su pensamiento de atender los datos de la naturaleza y de ver en ellos la acción de Dios, lleva a Tomás de Aquino a superar las concepciones de inferioridad de la mujer, presentando la igualdad de naturaleza de los dos sexos.

RICARDO DE LUIS CARBALLADA, O.P.  
*Salamanca*



LOS MODOS DE ORAR  
DE SANTO DOMINGO  
SEGUN EL BEATO ANGELICO

**LOS MODOS DE ORAR  
DE SANTO DOMINGO  
SEGUN  
EL BEATO ANGÉLICO**

PEDRO BLANCO GARCÍA

Páginas: 28

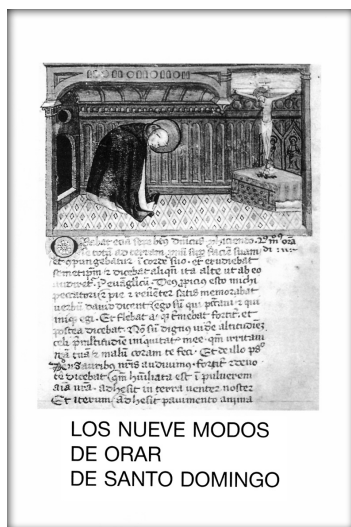
Precio: 4 €

**LOS NUEVE MODOS  
DE ORAR  
DE SANTO DOMINGO**

PEDRO BLANCO GARCÍA

Páginas: 32

Precio: 4 €



LOS NUEVE MODOS  
DE ORAR  
DE SANTO DOMINGO

# San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, sistematizadores de la mística

Dentro del espíritu de sumisión a la Iglesia se desarrolló plenamente la Mística española. Sencilla, clara, precisa, completa, la concepción de la Santa de Ávila subyugó todas las inteligencias e iluminó con inmortal resplandor los más profundos arcanos de la teología espiritual. No hay operación divina en el alma que no sea por San Juan de la Cruz sometida a riguroso análisis en el que se define con admirable seguridad lo que en todo hay de materia o de espíritu, de naturaleza o de Dios. Con ellos queda la mística definida como rama aparte de la teología.

Nada a primera vista es más refractario de reducirse a sistema y método que la mística, porque siendo en su esencia intuición y en su aspecto ético superación extraordinaria de la moral, apenas cabe sujetarla a principios fijos y menos aún encarrilarla por el camino donde la actividad común del espíritu se desarrolla. De aquí que haya sido siempre campo abierto donde acamparon y se defendieron las mayores extravagancias y herejías. Y aún hoy, la simpatía del racionalismo por la mística se funda, en gran parte, en esa independencia y propensión a la rebeldía que en ella creen ver; como lo atestigua con su no reciente escrito *Esprit et liberté* Nicolás Berdiaeff, para quien la mística es la única realidad viva que se impone como una selección sobre todo dogmatismo, lo mismo católico que socialista.

Sin embargo, la mística, que en realidad es unión y trato íntimo, inteligente y amoroso con Dios, no puede, so pena

de extravío y esterilidad, sustraerse al influjo de la Iglesia Católica, única que tiene en el mundo la misión plena e infalible de conducir las almas a Dios. El camino para esto es Cristo, Luz y Vida; y el secreto de esa Luz y Vida sólo fue confiado a aquellos a quienes Él mismo dijo: “*Id y enseñad y yo estoy con vosotros en esta misión y oficio hasta la consumación de los siglos*” (Mt 38, 26); es decir, hasta el momento en que no haya ni un alma a quien aplicar el beneficio de la redención.

En la Iglesia, pues, se han de encontrar las bases y el marco de toda elevación a Dios por sublime que sea; y el haberse apoyado en aquéllas y no haberse salido de éste, ha caracterizado siempre la verdadera mística y la hizo segura y fructífera. Y sólo por esto es ya hoy un postulado de sincera y leal psicología religiosa, como lo ha reconocido M. de Montmorand en su *Psychologie des mystiques catholiques orthodoxes*, que el hecho místico católico ha de estudiarse en sí sólo y como categoría aparte de todos los otros que, como tales, se nos ofrecen.

#### LA MÍSTICA ESPAÑOLA SOMETIDA A LA IGLESIA

La mística española, que en sus comienzos tuvo algunas influencias no del todo ortodoxas, una vez que comenzó a andar por sí sola, se desarrolló plenamente dentro del espíritu de sumisión al catolicismo. Y este carácter se destaca, entre cualquier otro, en la experiencia y enseñanza de los dos más grandes representantes de España y de la Iglesia en esta vida y ciencias secretas.

Santa Teresa buscó siempre la seguridad que da la Escritura y la teología en los más sabios teólogos de su tiempo, y aconseja con frecuencia esto mismo a sus hijas, para que toda su vida la funden en la verdad y ley divina, y muere en un éxtasis de amor, exclamando: “*Gracias, Dios mío, porque, al fin, muero hija de la Iglesia Católica*”.

A San Juan de la Cruz nos lo ha querido presentar Baruzi como un intelectualista que, por la negación de todo lo concreto y categórico, camina constantemente a la intuición pura del ser indefinido, sin limitación ni determinación ninguna; mas, para justificar esta falsa posición psicológica y metafísica, ha tenido que suprimir con frecuencia, o interpretar de un modo caprichoso, el sentir de nuestro gran Doctor cuando habla de Dios vivo y determinado, de su Trinidad y Encarnación y Eucaristía y de la Virgen María y de los ángeles. ¿Cómo pudo prescindir y menos negar todo esto, quien dijo que en esta vida el único medio real de unión de nuestra inteligencia con Dios es la virtud teologal de la fe, a la que se subordina la misma acción directa del Espíritu Santo en las almas?

Completamente embebidos en la práctica y espíritu del catolicismo, cuando los dos grandes maestros, obligados una por la obediencia y otro por las apremiantes súplicas de quienes habían seguido su magisterio oral, se decidieron a exponer de manera clara y sistemática las vías del espíritu, que “de visu” conocían, no pudieron menos de proponer como principio supremo de toda su enseñanza aquel que el autor del *Cántico Espiritual* así expuso: “*Lo cual quiero sujetar al mejor juicio y totalmente al de la Santa Madre Iglesia*”.

Aún puesta la base del pensar y sentir con la Iglesia Católica, no cabe duda que la sistematización de la experiencia mística tenía para ellos grandes dificultades, porque había que sujetarla a una expresión verbal en gran parte nueva y luego proponerla en cierto modo racionalizada, a fin de que ofreciese la certidumbre y necesidad de una exposición científica. Y en este sentido podemos decir que estaba casi todo por hacer en la literatura cristiana. No decimos que ésta dejase de recoger la correspondiente experiencia, que nunca faltó en la Iglesia, pero se hallaba toda ella en fragmentos sin cohesión ninguna, mezclada las más de las veces con especulaciones metafísicas o reflexiones ascéticas y morales, como gota de agua en un inmenso mar. También



se hallaban envueltos los fenómenos y estados místicos entre las nieblas de metáforas, alegorías y simbolismos, sin haber llegado a la precisión ni caracterización, fruto de una introspección y psicología despierta y sagaz.

La empresa, pues, no era tan sólo para la erudición y discurso, que hubieran creado a lo sumo, una adaptación arbitraria y sutil. Era para quien uniese la experiencia a la ciencia, como los grandes reformadores del Carmelo. ¿Cómo llegaron a realizarla y qué huella dejaron de su obra en la teología mística?

#### SISTEMATIZACIÓN DE SANTA TERESA

Apenas podemos considerar en Santa Teresa otro elemento que el experimental, pues sus conocimientos teológicos son casi exclusivamente reflejo de la ciencia de sus directores espirituales y su psicología se confunde por completo con su experiencia mística. Pero ésta es tan completa, que con razón se ha dicho: “*Después de Santa Teresa, la mística descriptiva ha progresado muy poco; no se han descubierto nuevos hechos*” (POULAIN, *Des grâces d’oraison*, 30, 1).

Basta hojear un poco los libros más recientes de mística, tanto elementales como magistrales, para convencerse de esta verdad; porque si es cierto que algunos prólogos y opusculillos han pretendido ofrecernos nuevos descubrimientos, sus inventos no han sido aún analizados en el laboratorio de la ciencia mística ni catalogados en ella.

Toda la experiencia teresiana, reunida en su *Autobiografía y Relaciones* y de un modo más completo y mejor definida en las *Moradas* o *Castillo interior*, se halla ordenada según un progresivo aniquilamiento de potencias en sus operaciones connaturales, que comienza por los sentidos en el recogimiento infuso, sigue por la voluntad en la quietud

y termina por el entendimiento en la unión, donde todas las potencias son elevadas y puestas en Dios.

Dura esta unión a veces poco tiempo, se presenta luego con más frecuencia y acompañada de éxtasis, revelaciones y locuciones y llega a su perfección suprema en una entrega mutua del alma y Dios, seguida de un acompañamiento casi continuo de la Santísima Trinidad, que va dirigiendo al alma, obrando en ella y por ella, transformándola en sí.

He aquí cómo queda sistematizada la experiencia mística por la gran Doctora y maestra del espíritu. Sencilla, clara, precisa, completa, propia de una inteligencia despierta y que vivió como pocos en la más viva luz de la realidad mística. Esta concepción subyugó enseguida todas las inteligencias e iluminó con claridad inmortal los más profundos arcanos de la teología espiritual.

El mismo maestro insuperable de ésta y Doctor de la Iglesia, San Juan de la Cruz, la tendrá en cuenta, la aprobará con su fallo superior y pasará a tratar otras cosas, por creerlas éstas ya suficientemente esclarecidas (*Cántico Espiritual*, canc. 13, 7). Si algo cabe añadir a la experiencia tan completa de Santa Teresa, es aquel estado traslúcido y casi beatífico que cantan las cinco últimas estrofas del *Cántico* y, sobre todo, aquellas casi divinas de la *Llama de amor viva*.

#### ENSEÑANZA ESPIRITUAL DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Llevaba consigo San Juan de la Cruz, junto con la experiencia propia de las recónditas moradas del alma y la que adquirió en una dirección espiritual, que cuenta entre sus hijas a la misma Doctora mística, una exquisita cultura literaria y una ciencia filosófico-teológica tan completa como cabía en su tiempo y perfectamente madurada en una meditación continua.

Él mismo establece las fuentes de toda enseñanza espiritual, que quiso fuese lo más general posible, cuando nos

dice que se aprovechará tanto de la experiencia como de la ciencia y más aún de la Divina Escritura, sin apartarse del sano sentido y doctrina de la Santa Madre Iglesia Católica. En estas fuentes bebió toda su ciencia y de ahí la derivó para los demás.

En su exposición escalonada de las ascensiones del alma a Dios, como la de Santa Teresa, aunque muy ceñida a su objeto, campean cualidades excepcionales de método y ciencia: claridad y precisión perfectas en las definiciones de los fenómenos místicos, solidez en las pruebas a que invariablemente sujeta sus capitales aseveraciones y orden riguroso en las fases que tan seguramente va describiendo, hasta el punto de que unas a otras se dan luz y, una vez perdido el hilo de su discurso, no se puede seguir sin confusiones.

Por su orden, vienen ante todo, como preparación negativa, pero indispensable, las purificaciones activas del sentido en todos sus apetitos, de los que ha de quedar en privación, a fin de no impedir la acción del espíritu, y de las potencias superiores del alma, para ponerlas en pura fe, esperanza y caridad, únicos medios de elevarnos a Dios y unirnos con Él.

Siguen a éstas las purificaciones pasivas, obra principal de la contemplación incipiente, obra de acrisolamiento, la última mano que Dios mismo desciende a dar en su criatura, en que primero purifica el sentido, lo fortalece y va adaptando al espíritu, a fin de que no desfallezca en arrobamientos ante las inefables comunicaciones de éste.

Luego esa misma contemplación se desarrolla en una serie de modalidades gozosas, paréntesis de la purgación comenzada, en que el alma se recobra y prepara al amargo purgatorio de la parte espiritual que la espera. Por fin, pasado éste, se verifica la ansiada unión, según canta: “*¡Oh noche que guiaste, / Oh noche amable más que el alborada. / Oh noche que juntaste / Amado con amada, / Amada con el Amado transformada!*”.

A partir de la canción 13<sup>a</sup> del *Cántico Espiritual* y en toda la *Llama de amor viva*, sin disminuir en nada la inspiración poética, va exponiendo con claridad y precisión las etapas de esta unión y transformación, escalonadas como grados de luz y amor, hasta llegar a aquella aspiración de bien y gloria llena, en que el Espíritu Santo enamoró al alma “*de sí sobre toda lengua y sentido en los profundos de Dios*”.

No hay operación divina en el alma que no sea por San Juan de la Cruz sometida a riguroso análisis, en el que se define con admirable seguridad lo que en todo hay de materia o espíritu, de naturaleza o de Dios. Nadie, que sepamos, ha llegado en cosas tan difíciles a la precisión y claridad de nuestro Santo. Quien le sigue, de verdad, no anda en tinieblas.

## CONCLUSIÓN

Con Santa Teresa y San Juan de la Cruz queda la mística doctrinal completa y para siempre definida como rama aparte de las disciplinas teológicas. El siglo XVII, floración copiosa de experiencias y exposición místicas, seguirá sus pisadas y consolidará su obra en innumerables escritos, que no podemos ni siquiera indicar. La propensión exagerada a medirlo todo con un criterio de escuela, degeneró en el siglo XVIII, y mató la espontaneidad en la teología mística.

Hoy, ante un renacimiento poderoso de los estudios místicos, de desear sería que no nos perdiéramos en laberínticas discusiones partidistas, y que volviéramos los ojos a estos dos soles que continúan iluminando los caminos secretos de Dios.

P. DAVID PÉREZ MATA  
*Sacerdote de la Diócesis de Burgos*

# Dios míos, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

El grito de la desesperación haitiana  
a la luz del Salmo 22

¡Cómo se hace difícil escribir sobre la tragedia! Sea por respeto al dolor que desborda los sentidos, sea por las sacras memorias de vidas truncadas o por las lágrimas santas que salan el Caribe. Es preferible callar. Pero, en el silencio se escucha el grito de Jesús crucificado (Mt 27,46) absorbiendo los gemidos de la tierra haitiana. Y la misma pregunta susurra en el lamento: ¿por qué nos abandonaste? (v. 2).

El cuestionamiento se gesta en la desolación. Cuando experimentan a Dios lejos de las súplicas y de los rugidos (v. 2), cuando le hablan y no responde, cuando le imploran y no atiende (v. 3). Gestan la pregunta en la desesperación, en la tribulación (v. 12), en el momento en que sus huesos se dislocan y su existencia se derrama, cuando sus corazones se derriten (v. 15) y sus gargantas se secan como una teja, sintiéndose reducidos al polvo (v.16). Es aquí donde testimonian la aparente destitución de su condición humana reduciéndose a la categoría de gusano (v. 7). Haití vive la oscuridad entre las horas sexta y nona (Mt 27, 45); con sus manos y sus pies atrapados (v. 17) y enterrados, tragando la muerte amarga y prematura.

¿Qué gente es esa? Empobrecidos con desgracias repetidas (v. 25), alucinando comida y agua (v. 27). ¿Qué gente es esa? Todavía en el fondo de la cueva, y con la piel pegada a los huesos confían: *Mas tú, Dios, no estés lejos, corre en*

*nuestra ayuda, ¡Oh fuerza nuestra!* (v. 20). ¿Qué gente es esa? Aunque arrastrándose sobre y bajo el polvo profesan la dignidad que le distingue (v. 11).

Y su Palabra dice: *¿Soy un Dios sólo de cerca... y no soy Dios de lejos?* (Jr 23, 23). Él está en todo lugar y, por las dudas, se revela en Haití vistiendo rostros universales. ¡El mundo despierta! Especialmente tú, América Latina, y vemos a los hambrientos compartiendo su pan y sus dones, venciendo prejuicios baratos para rescatar la dignidad humana: Dios no está lejos cuando el ser humano está cerca. Con razón el Salmo dice: *Los pobres comerán y quedarán hartos, los que buscan a Dios le alabarán* (v. 27). Porque Él no ha despreciado ni ha desdeñado la angustia de los pobres, no les ha ocultado su rostro y cuando le invocan les escucha (v. 25).

El terremoto en Haití no es causalidad de la vida. Nunca antes esta generación sintió la muerte como sombra del cuerpo. Si en el Salmo 22 los generadores del sufrimiento son perros innumerables o los malvados bandoleros (v. 17), en este contexto lo serían las emisiones de gases invernadero que disminuyen la salud de la tierra. Todos somos responsables. Principalmente el G8: Estados Unidos, Rusia, Alemania, Japón, Francia, Canadá, Gran Bretaña e Italia. Hacen tentativa para modificar la superficie terrestre, pero los intereses económicos dominan, “el acuerdo es insuficiente. Se necesita tiempo para negociar”. Dios no hará nuestra tarea y es una pena que la cuerda se rompa por el lado flaco.

ÁNGELA CABRERA, O.P.  
Brasil

## La pasión de Jesús

El tiempo no es algo uniforme, lineal, sino que tiene sus altibajos. En la Biblia aparecen tiempos distintos o años diversos, años sabáticos... En la liturgia hablamos del tiempo de Cuaresma, del tiempo de Navidad, del tiempo de Pasión, de Pascua... Hablamos también de tiempo laboral y tiempo festivo.

Uno de los tiempos que preceden a la Resurrección es el tiempo de Pasión.

La palabra “pasión” está muy asociada al dolor y a la muerte de Jesús. Pero la palabra “pasión” también tiene otros significados. Es ardor, audacia, apasionamiento. Hace falta mucha pasión para vivir empresas, para vivir gestos sublimes, heroicos. El tiempo de pasión de Jesús no es solo tiempo de dolor sino de gran audacia, de gran enardecimiento. Decía Jesús: *“He deseado enormemente comer esta comida pascual, que llegara este momento”* (Lc 22, 14). Hablar de las pasiones de Dios es imposible, pero sí podemos hablar de las grandes pasiones de Jesús.

Entre los hombres hay seres apasionados por los deportes, por los toros, por la literatura, por el arte, por la música, por la naturaleza, por la astrología... Hay muchos tipos de apasionamiento. Pero, ¿cuáles han sido las grandes pasiones de Jesús?: en primer lugar, su Padre. Hay diversos pasajes que hablan de ello: *“Yo te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra porque has ocultado todo esto a los sabios y entendidos y se lo has revelado a los sencillos. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie sabe quien es el Padre sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo quiera revelárselo”* (Mt 11, 25-27). *“Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre”* (Jn 14, 9). A Jesús no se le caía de los labios otra palabra

que su Padre, no podía hacerse presente sin nombrar a su Padre. Ésta es la gran pasión de Jesús. El Evangelio no refleja rasgos superficiales de Jesús. Podemos sospechar que tenía una gran naturaleza ya que descansaba en cualquier sitio y que tenía una voz maravillosa porque le oían multitudes. Pero no dice si tenía un aspecto sonriente o serio. Se sobreentiende que el rostro de Jesús debía ser muy feliz, sobre todo cuando hablaba de su Padre. Todo su semblante se volvía una llamarada al hablar de su Padre. Tanto gozo debía ver Felipe en el rostro de Jesús, que le dice: *“Muéstranos al Padre porque eso nos basta”* (Jn 14, 8). Aquello fue la ocasión de una preciosa revelación: *“El que me ve a mí, ve al Padre”* (Jn 14, 9). He ahí toda su bondad, toda su paz, toda su armonía. Incluso los que no sentían por Él una gran simpatía decían: *“Nadie ha hablado como este hombre”* (Jn 7, 46). Reconocían su veracidad, que siempre era justo, que era un ser fuera de lo normal. En las catacumbas hay un relieve de Jesús rodeado de sus discípulos, todos embelesados mirándole, y debajo hay una inscripción que dice: *“Te pasaste la vida hablándonos de tu Padre y ya vemos que Tú eres todo un Padre”*.

Otro pasaje: *“Vino uno que le dijo te seguiré adonde quiera que vayas... pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza... nadie que mire hacia atrás es apto para el reino de Dios”* (Lc 9, 57-62). Lo que podemos destacar de aquí es la pasión de Jesús por el Reino, que es en realidad la pasión por su Padre. Aunque dice: *“Deja a los muertos enterrar a los muertos”* (Lc 9, 60). Se sirve de esta expresión para poner de relieve que lo primero en la vida es Dios. La gran pasión de la vida no puede ser otra que Dios. Si queremos seguir las huellas de Jesús, por aquí ha de andar nuestra personal pasión. De modo que todo lo demás pasa a segundo plano. En este mundo todo es secundario al lado de la primacía, de lo superlativo que es el Reino de Dios en nuestra vida.



En la Biblia no hay demostraciones de Dios, sólo hay testigos. El silencio interior, en el fondo, no es nada más que una pasión por Dios. Por eso debemos estar vigilantes para no quedarnos en la superficie, en lo que es secundario y superficial. Pero el silencio interior –lo mismo que Dios– no se puede demostrar. Vive en silencio el que se siente atraído, seducido. Pero no se puede justificar, porque, en el fondo, en el silencio interior sólo está Dios. Por eso no se puede justificar ni demostrar. San Agustín decía que él tenía muchas justificaciones para quien creyera en Dios pero no para el que no creyera. A aquel que no cree, ¿qué le vas a decir? Es otra dimensión y ahí las palabras ¡quedan tan huecas! Por eso lo primero en nuestra vida es Dios.

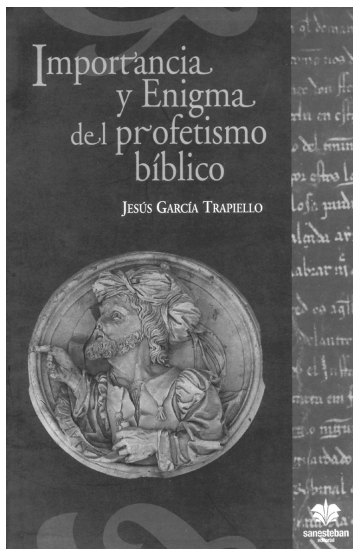
Hoy se habla mucho de la comunidad y de la misión, pero la pasión de la vida no es ni la comunidad ni la misión, sino que es Dios. No es desinflar ese compromiso, sino que todo el mundo comunitario, todo el mundo de la misión, brota de esa pasión por lo divino. En la Iglesia todo el mundo de la evangelización brota de ahí.

Nuestro silencio interior sólo se puede vivir en atención a esto que es lo esencial de nuestra vida. Nos callamos, no sólo en el aspecto verbal, sino que todas nuestras tendencias van entrando en una especie de silencio porque, en lo más hondo, está Dios, y Dios nos basta, Dios nos es suficiente. Cuando Dios empieza a resplandecer en nuestro corazón, nos es suficiente.

La otra gran pasión de Jesús es el ser humano. La pasión por el Padre no sería verdadera sin la pasión por el ser humano. Hay muchos pasajes. Traigo a vuestra memoria el del samaritano: “*Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó*” (Lc 10, 30). Señala Jesús este cariño o esta dedicación por el otro, que pone de manifiesto la veracidad de la primera pasión. Jesús alaba a este samaritano que deja sus deberes por atender al otro. Tenía sus encargos, sus compromisos, sus proyectos, pero todo queda en suspenso

porque su gran deber es estar cerca del otro. Los demás pasan de largo. El samaritano es un gran contemplativo. Hoy con mucha facilidad hablamos de contemplación, pero la verdad es que la contemplación no es ni una decisión personal ni tampoco algo que está cobijado en una institución. El ser contemplativo es la desembocadura de un largo camino. Es la desembocadura de una larga andadura, porque contemplativo es el que vive siempre en su templo. Dentro todo está iluminado por esa luz. Por eso el samaritano baja y no puede por menos de ver esa situación humana. Ve bajo la luz de su templo. Esto no se nos da por pertenecer a un grupo o a una estructura. Para ser contemplativos no hay que ser “ocupas” de monasterios. Es suficiente con que uno esté en su templo.

Fray JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.  
*Escuela del Silencio*



## IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276      Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

# Espiritualidad de la encarnación

## 10. Compromiso contemplativo en el mundo

1. Hace años, cuando el populoso y popular barrio de Vallecas estaba en plena ebullición, pude observar algo muy significativo. Unos iban a las manifestaciones por la avenida de La Albufera reclamando satisfacción a derechos fundamentales de los pobres, pero no frecuentaban mucho las iglesias ni pasaban largos ratos junto al sagrario. En cambio los religiosos más practicantes miraban esas manifestaciones un poco de lejos y con cierto escepticismo. Me contaron de un sacerdote que un domingo, en vez de celebrar la misa, se fue con todos los fieles a una de esas manifestaciones; no conocí directamente el caso, pero el gesto es significativo.

2. Ante esta disociación, es ocurrente la pregunta del profeta Elías: “¿cuánto tiempo vais a estar andando a la pata coja, primero de una pierna y luego de la otra?”. Porque, si creemos y vivimos la presencia real de Jesucristo en la eucaristía, nuestro encuentro con Él, implica también un compromiso por la llegada del reino que se verifica en la liberación de los pobres. Y si un cristiano hace gestos y emprende estrategias para liberar a los pobres, la inspiración primera que le da firmeza para no quedarse a medio camino, es la experiencia de Dios revelado en Jesucristo.

Todos andamos cojeando entre lo secular y lo religioso, lo terreno y lo celestial, las liberaciones intrahistóricas y la salvación eterna, compromiso social y encuentro personal con Dios. Y esta cojera que va directamente contra

la novedad de la encarnación, se da con frecuencia entre los cristianos. Bien porque nos aislamos y cerramos los oídos a lo que está sucediendo en el mundo al que consideramos profano y ajeno a nuestra vida espiritual. Bien porque, al implicarnos en el dinamismo social, olvidamos que ese dinamismo está ya habitado por Alguien que se autocomunica con amor, “el Dios del reino”, que nos precede, nos impulsa y garantiza nuestra fidelidad en el compromiso.

3. Durante las últimas décadas está emergiendo una cultura –forma de interpretar y organizar la existencia– que valora sólo tener mucho, y gozar a costa de lo que sea y de quien sea. Cada vez más se va configurando un modelo de hombre productor y consumidor. Se ha impuesto la racionalidad instrumental: sólo tiene crédito lo útil y rentable. Y así, gracias a los medios de comunicación que sirven a quien paga, nos van instalando en la superficialidad. Nos quedamos en la cáscara de las personas y de los acontecimientos. Nos dedicamos a trabajar y producir, quedándonos en la rutina de cada día y en la superficialidad que nos mata. Es un mal que afecta incluso a los religiosos, sin excluir a las congregaciones llamadas contemplativas.

4. Dos referencias pueden hacernos pensar que Jesús de Nazaret no vivió en ningún convento ni huyó al desierto. En los lirios del campo, en los acontecimientos de cada día, en las noches oscuras, en los pobres, y hasta en la prueba final de una muerte injusta, fue contemplativo, descubrió la cercanía del Padre. Fue un contemplativo con los ojos abiertos para vislumbrar en todo, y en todos, el amor de Alguien que a todo da vida y aliento. Descubrir a Dios en todas las cosas y en todas las personas “amándolas”; gustar la densidad teologal del mundo. Eso significa la contemplación cristiana. El evangelio sugiere la presencia real de Dios en los pobres, que parecen lo más opuesto a nues-

tra imagen de la divinidad: “tuve hambre y me diste de comer...” Necesitamos ese talante contemplativo para ser nosotros mismos y no morir en la superficialidad. En los primeros años del cristianismo, San Pablo anunciaba en Atenas la novedad cristiana: el Dios revelado en Jesucristo, no está lejos de nosotros pues “en él vivimos, no movemos y existimos”. Mirar con y desde los ojos de ese Dios, que a todo da consistencia, es el único modo de vivir con verdad nuestra misma condición humana.

Otra referencia: conviene articular bien acción, contemplación y oración. Actuamos para transformar el mundo y sobrevivir. Y podemos actuar superficialmente, llevados sólo por motivaciones de rendimiento y gozo inmediato, sin ninguna trascendencia; o pensando y actuando desde nuestra relación con Dios, que mira con amor y quiere la vida en plenitud para todos. Descubriendo en todas las cosas a Dios y a Dios en todas las cosas, amándolas. Ese descubrimiento es posible con la mirada contemplativa, en profundidad. Un talante que acompaña e infunde dinamismo nuevo a toda la existencia y actividad cristiana. Claro está que para alimentar y mantener este clima contemplativo, necesitamos tiempos de oración, cuantos más mejor. Todos los cristianos, incluidos los religiosos y religiosas de clausura, debemos ser contemplativos en el mundo, como miembros de la humanidad habitada por Dios y partícipes del dinamismo creacional alentado ya por el Espíritu.

*Para reflexionar:* ¿qué evoca para ti la palabra “contemplación”?; ¿cómo relacionas contemplación y compromiso en la transformación de la sociedad?; ¿tiene que ver algo la contemplación con la vida comunitaria de la familia o de los religiosos?

FRAY JESÚS ESPEJA, O.P.  
Madrid

## Espiritualidad sacerdotal en la obra de Antonio de Molina

En este año sacerdotal es importante recordar una de las figuras que ejercieron una gran influencia en la configuración de la espiritualidad sacerdotal durante varios siglos; nos estamos refiriendo a Antonio de Molina, nacido en Villanueva de los Infantes (Ciudad Real) hacia 1550, en el seno de una familia noble. Estudió en Salamanca, e ingresó en la Orden de San Agustín, en el convento agustiniano de esta ciudad. En la Universidad de Salamanca tuvo como profesor a fray Luis de León. Ejerció el cargo de lector en el convento de Burgos y, más tarde, fue elegido prior del convento de Soria. Deseoso de vivir una vida más contemplativa, en 1589 ingresó en la cartuja de Miraflores (Burgos). Allí realizó una gran labor como director espiritual y consejero teológico, tanto en su comunidad como con las autoridades de Burgos. Su actividad literaria es de esta época.

Se cuenta que cuando alguien le preguntó por su nueva vida de cartujo, él le respondió diciendo: «Hombres dejé y hombres encontré». Palabras que muestran una cierta desilusión respecto de lo que él andaba buscando. En 1605 fue elegido prior de la cartuja de Jerez, pero no aceptó el nombramiento. Murió en la cartuja de Miraflores el 21 de septiembre de 1612, con la misma fama de santidad que le había caracterizado a lo largo de su vida. Contrariamente a las costumbres de la cartuja, se puso una piedra sobre su tumba, y aunque su cadáver se depositó en la tierra, fue encontrado incorrupto mucho tiempo después con

ocasión de otro entierro. Muchos fieles acudieron a venerar su sepulcro<sup>1</sup>.

Se conservan once de sus obras. Las más conocidas y difundidas son: el *Tratado de la oración mental*, los *Ejercicios espirituales*, y la *Instrucción de sacerdotes, en que se les da doctrina muy importante para conocer la alteza del sagrado oficio sacerdotal y para exercitarle deuidamente* (Burgos 1608). Nos vamos a detener únicamente a señalar algunas enseñanzas de esta última.

Antonio de Molina comienza su voluminosa obra con las siguientes palabras: «Entre las muchas y graves calamidades que hacen miserables estos tiempos, una muy grande, y no sé si la mayor de todas, es el abuso y desorden que hay en el ejercicio y ministerio del oficio sacerdotal». Esta se debe a su juicio a «la poca estimación que los mismos sacerdotes hacen de sí mismos, y de la poca noticia que tienen de la alteza de su estado, y de la dignidad y excelencia que en él se encierra, y de las obligaciones que lo acompañan, y de la cuenta que de ellas se ha de pedir, y de otras muchas cosas de este género tan necesarias de ser sabidas, que no puede dejar de hacer mucha lástima verlas tan ignoradas o tan inconsideradas»<sup>2</sup>.

Aunque desde el siglo XIV no faltaban obras dedicadas a renovar la vida sacerdotal, la mayor parte de ellas, en lo que se refiere a su procedimiento, no se diferenciaban en nada de los tratados consagrados a los otros estados de vida. La originalidad de Molina fue la de convertir los breves párrafos sobre la espiritualidad sacerdotal

1. Para una breve nota biográfica remitimos a: A. DEVAUX, «Molina (Antoine de)», en *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 10, Paris 1980, cols. 1478-1481; y a la introducción de la edición de su libro: *Instrucciones sacerdotales*, t. 1, preparada por Emilio García, O.P., Editorial San Esteban, Salamanca 1961, pp. 7-12. Esta es la edición que citaremos a continuación. En la mencionada introducción se nos recuerda que el nombre de Molina fue incluido en el *Catálogo de Autoridades de la lengua* de la Real Academia Española, por la elegancia y pureza de su estilo.

2. *Instrucciones sacerdotales*, pp. 15-16.

que se encuentran en esas obras, en un tratado entero, y en hacer de la dignidad sacerdotal la base de la espiritualidad del sacerdote<sup>3</sup>.

Su obra se divide en siete tratados. En el primero habla del honor rendido al sacerdote en las religiones paganas, en el judaísmo y en el Nuevo Testamento. Después de desarrollar brevemente la dignidad sacerdotal según el Nuevo Testamento, Molina recoge numerosas sentencias de los Padres de la Iglesia, analiza los nombres que se dan a los sacerdotes y habla del poder que se les ha otorgado. Entre las frases que recoge de los Padres podemos recordar la siguiente de san Juan Crisóstomo: «¿Con qué pureza no debe acercarse el que participa de este sacrificio? Las manos que fraccionan esta carne, la boca que se llena de este fuego espiritual, la lengua que se enrojece con la sangre tremenda, ¿no deben ser acaso más esplendentes que los rayos del sol? Piensa de qué honor has sido investido, de qué convite participas: aquello de que los ángeles se horrorizan al verlo y no se atreven a mirar por el resplandor que irradia, esto mismo nosotros lo comemos, nos unimos a ello y nos hacemos un mismo cuerpo y una misma sangre con Cristo. Oigamos los sacerdotes y los súbditos de qué alimento hemos sido hechos dignos, oigámoslo y estremecámonos; nos ha dado a comer su santa carne, a sí mismo inmolado. ¿Qué excusa podremos hallar, pues, si nutridos con tales alimentos, perpetramos semejantes pecados, si nos convertimos en lobos que devoran al cordero?»<sup>4</sup>.

El segundo tratado –el que más nos interesa aquí– versa sobre la santidad y perfección de vida de los sacerdotes, que se deriva, como hemos dicho, de su dignidad. A. Molina se detiene a presentar las virtudes que deben caracterizar la vida espiritual del sacerdote: el retiro, la libertad inte-

3. Cf. A. DEVAUX, «Molina (Antoine de)», col. 1479.

4. A. DE MOLINA, *Instrucciones sacerdotales*, p. 80.



rior, la asiduidad en la celebración cotidiana de la misa y en la oración mental, la castidad perfecta y la pobreza.

Molina condena fuertemente no sólo el fasto como medio de alcanzar prestigio, sino también la apropiación de los beneficios del ministerio, exceptuando lo necesario para vivir. Respecto de la pobreza de los sacerdotes podemos leer las siguientes palabras: «Verdaderamente es muy propio a los sacerdotes evangélicos estar despegados de los bienes del siglo. Ser pobres de espíritu y contentarse con lo que baste para pasar la vida sobria templadamente. Y es cosa muy monstruosa y ajena de toda razón un sacerdote avariento y codicioso de enriquecer [...] quien tiene a Dios, en Él sólo tiene todas las cosas y ninguna le hace falta; como, por el contrario, sin Él todas las riquezas y bienes del mundo dejan pobre y vacía el alma y no la satisfacen»<sup>5</sup>.

Respecto a la santidad de los sacerdotes, Molina dice que deben ser personas totalmente dedicadas y consagradas a Dios, es decir, *hombres totalmente de Dios*. Citando a san Juan Crisóstomo nos dirá también que la santidad del sacerdote no consiste solamente en abstenerse de hacer el mal, obrar el bien y tener virtudes ordinarias, sino en poseerlas todas en grado excelente: «La sola abstención en pecar no crea al santo, sino que se requiere cierta eminencia y prestancia en la virtud, presencia de espíritu y opulencia de buenas obras»<sup>6</sup>.

Molina nos habla igualmente de la importancia de la oración en la vida del sacerdote. Éste debe ofrecer continuas oraciones a Dios, porque lo propio de su oficio es interceder por el pueblo. Su oficio propio y su ocupación ordinaria debe ser la oración. Molina basa estas afirmaciones en las sentencias de los santos. Recoge a este propósito las palabras de san Ambrosio de Milán donde dice:

5. *Ibid.*, pp. 268-269.

6. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Epistolam ad Hebraeos* homil. 17, n. 5, MG 63, 133. Tomado de A. DE MOLINA, *Instrucciones sacerdotales*, p. 218.

«Es necesario que los sacerdotes oren día y noche por el pueblo a ellos encomendado». El oficio de intercesor le exige vivir en amistad, familiaridad y trato continuo con Dios por medio de la oración, como ya decía san Gregorio Magno: «¿Con qué garantía me acerco a Dios como intercesor por los pecados ajenos, si no estoy seguro por los míos propios? Si por ventura alguien me comisionase como intercesor suyo ante un poderoso que está airado contra él y a mí me es desconocido, inmediatamente le respondería: no puedo interceder ante quien no conozco con suficiente familiaridad». Por el continuo ejercicio de la oración el sacerdote vive una relación de familiaridad con Dios que hace posible la intercesión.

No hay que conformarse con rezar el Oficio divino, hay que ejercitarse también en la oración mental y en los ejercicios de piedad. El sacerdote –dice Molina– debe tener siempre su entendimiento y su afecto orientado hacia Dios por medio del trato y la comunicación con Él. La Iglesia los ha liberado de otras tareas para que puedan vivir siempre en oración.

Los cinco tratados siguientes versan sobre la misa, el oficio divino, la manera de confesarse, la atención requerida para celebrar la misa y la frecuencia de esta celebración.

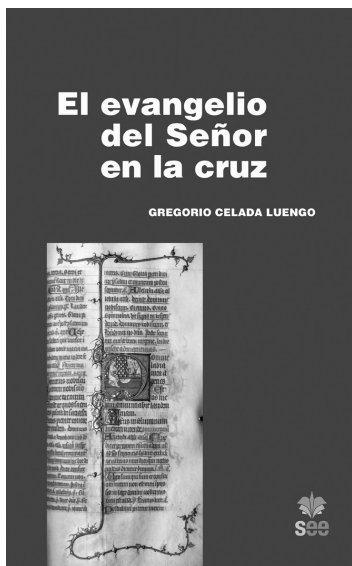
Molina no trata de la función pastoral del sacerdote, dado que su concepción del sacerdocio está centrada principalmente en la celebración de la misa.

La influencia de esta obra fue inmensa, de tal manera que todos los que escribieron sobre el sacerdocio después de él se inspiraron en ella. En los diez años posteriores a su publicación se tradujo a las principales leguas occidentales. Esta influencia se acrecentó por las medidas que se adoptaron en algunos lugares. Así, el cardenal Antonio Zapata, arzobispo de Burgos, prescribió la compra de este libro en todas las iglesias de su diócesis. A. Godeau, obispo de Grasse, ordenó a todos sus sacerdotes que se procurasen un ejemplar. San Vicente de Paul lo utilizaba para la lectura del

refectorio en todos los retiros que predicaba a los ordenandos. Estas medidas desaparecieron en el siglo XVIII, pero no por ello disminuyó su influencia. La celebración cotidiana de la misa que se aconseja en este libro se generalizó en ese mismo siglo. Sin embargo, la comunión frecuente de los fieles, que también recomendaba Molina, no tuvo éxito, entre otras razones por la fuerte oposición de los jansenistas.

Hoy podemos seguir encontrando en este libro una riqueza de elementos para vivir de la espiritualidad sacerdotal.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.  
*Salamanca*



**EL EVANGELIO  
DEL SEÑOR  
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95      Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz  
son de gran trascendencia para  
los cristianos.

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

# En la Eucaristía está el corazón

### 1. EUCARISTÍA E INSTITUCIÓN

1. Los temas en que se divide este artículo bien se pueden comparar a nueve satélites que giran en torno al gran Astro *Eucaristía-Corazón*. O dicho de otra manera, son expresión de la riqueza inagotable del misterio *Eucaristía-Corazón*. El primero de estos satélites o la primera de estas riquezas nos lleva a reflexionar sobre la *Institución de la Eucaristía*. Entremos para ello en el Cenáculo de Jerusalén, en el atardecer tenso de aquel jueves, víspera de la pasión y muerte del Señor. Jesús y los suyos estaban celebrando la cena de pascua. Sólo Jesús sabía que aquella cena sería de hecho *la última cena*. Sólo Jesús sabía lo que a las pocas horas iba a ocurrir. Sólo Jesús sabía que entre aquella cena y los acontecimientos del día siguiente había una relación directa. En este contexto tuvo lugar la *Institución de tan admirable Sacramento*. Fue el mismo Cristo quien tomó la iniciativa y quien realizó esta genial invención divina, al pedir a los suyos allí presentes: *Haced esto en conmemoración mía*. Así fue cómo quedó *instituida la Eucaristía por el mismo Cristo*.

2. ¿Pero qué hizo Cristo en concreto, antes de pedir a los suyos que eso mismo en el futuro no dejaran nunca de hacerlo? Realiza unas determinadas acciones, acompañadas éstas de unas palabras bien definidas. Toma pan de trigo y, según lo va partiendo, dice que tomen todos de él, porque eso es su Cuerpo que se entrega por ellos. Toma luego una copa con vino, fruto de la vid y, según lo va repartiendo entre ellos, les aclara la identidad profunda de lo que

les ofrece: ésta es mi Sangre, derramada para el perdón de los pecados del mundo. Estas *acciones* y estas *palabras* y el *mandato* de repetir las hasta el final de los tiempos son los pilares sobre los que se asienta la *Institución del Santísimo Sacramento de la Eucaristía*.

3. Nos recuerda Juan Pablo II en su encíclica sobre la Eucaristía que la *institución* de ésta por Cristo no fue una invención fortuita, accidental o de escaso peso específico. Su *institución* está unida a los momentos más dramáticos de la vida de Cristo. La Iglesia recibe la Eucaristía como el don por excelencia que Cristo nos ha dejado, porque con ella Cristo no nos da cosa distinta de sí, se nos da Él mismo, en cuanto Dios, Hombre y Salvador de los hombres. En la Eucaristía nos encontramos con ese Cristo, que fue entregado por nosotros los hombres y por nuestra salvación. Es poco decir que la Eucaristía es la *presencia* de Cristo; lo propio sería decir que es su *presencia salvadora*. Y esto es así porque la Eucaristía está indisolublemente unida al Misterio Pascual, a la Muerte y Resurrección de Cristo, gracias al cual fuimos redimidos y salvados. Por ello, cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, que es memorial del Misterio Pascual de Cristo, su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y *se realiza la obra de nuestra salvación*.

4. Según el Papa Pablo VI es imposible comprender *el don de la institución de la Eucaristía*, si no se piensa que en la noche de su *institución* todo el ambiente respiraba amor. Hay que entrar en la dinámica del amor del Corazón de Cristo para comprender este don que nos hace de sí mismo. Dice el apóstol San Pablo: “*Me amó y se entregó por mí*” (Gál. 2, 20). Y afirma entusiasmado Pablo VI: “*Estamos perseguidos por este inefable, por este irrefrenable amor. Somos conocidos, recordados y asediados por este poderoso y silencioso amor, que no nos da tregua, que quiere comunicarse*

*con nosotros, que quiere ser comprendido, aceptado y correspondido por nosotros. Aquí está todo el cristianismo. El cristianismo es la comunión de la vida divina en Cristo con la nuestra. El cristianismo es la apropiación de Dios, y Dios es caridad, amor”* (AAS 60, 1968, 253-256: Homilía en la misa de Jueves Santo, 11 de abril de 1968). Después de todo lo dicho, qué fácil se entiende que lo que fue instituido por Cristo, movido por el amor de su Corazón, no esté al arbitrio ni de la Iglesia ni de ninguno de sus miembros. Ni la Iglesia, ni ningún miembro de ella, puede alterar ni uno solo de los elementos que son esenciales a la *institución* de este Sacrosanto Misterio. Se nos ha dado la Eucaristía, no para ser manipulada, sino como precioso legado, para ser acogido con amor, agradecimiento y respeto religioso.

## 2. EUCARISTÍA Y SACRIFICIO

1. Cada tema de este artículo pone de relieve alguna de las ricas facetas que encierra el misterioso binomio *Eucaristía-Corazón*. O dicho de otra forma, los temas escogidos se podrían comparar a nueve satélites que giran en torno al gran Astro *Eucaristía-Corazón*. El segundo de estos satélites o la segunda de estas riquezas nos lleva a reflexionar sobre la dimensión *sacrificial de la Eucaristía*. Nos dejaremos llevar en esta reflexión por la mano experta de Juan Pablo II, en su Encíclica sobre la Eucaristía. Aunque en algunos ambientes de Iglesia se silencia esta verdad sobre la Eucaristía, la fundamentación de tal verdad es clara: si el Misterio Pascual de Cristo, su Muerte y Resurrección, fue un *verdadero sacrificio*, por el que Él mismo se ofrece libremente al Padre, la Eucaristía, que contiene dicho *sacrificio*, conlleva por lo tanto una *dimensión sacrificial* clara. En la Eucaristía *no recordamos* sin más el *sacrificio de Cristo*; tampoco lo volvemos a *repetir*, lo que hacemos es *hacer presente hoy y aquí el único sacrificio de Cristo en la Cruz, para salvación de los que no estuvimos entonces allí*.

2. En el número 11 de su Encíclica escribe Juan Pablo II: *“Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotables. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas”*. Fue el mismo Cristo quien puso de manifiesto el carácter sacrificial de la Eucaristía en el momento mismo de su institución. Cristo no se limitó a decir: Esto es mi Cuerpo... Ésta es mi Sangre. A lo dicho añadió: entregado por vosotros... derramada por vosotros. Fue voluntad expresa de Cristo no dar simplemente a los suyos su Cuerpo y su Sangre, a modo de comida y de bebida, sino impregnar esta entrega y donación de una clara dimensión sacrificial. Y lo que Cristo ha unido, no debemos separarlo nosotros.

3. La Eucaristía tiene, por lo tanto, un *valor sacrificial* claro, del cual están llamados a beneficiarse todos los hombres. Nos recuerda Juan Pablo II que estamos ante un *sacrificio* de amor y de misericordia; es el *sacrificio* que sólo se explica desde el amor del Corazón de Cristo. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? En la Eucaristía Jesús nos muestra un amor que llega *hasta el extremo* y que no conoce medida. Nos recuerda también el Papa que la Cruz y la Eucaristía no son *dos sacrificios*. Estamos hablando de un *único sacrificio*. Afirma San Juan Crisóstomo: *“Nosotros ofrecemos siempre el mismo Cordero, y no uno hoy y otro mañana, sino siempre el mismo. Por esta razón el sacrificio es siempre uno sólo...”* Ni se multiplican los sacrificios ni se recuerda meramente *el sacrificio*. Lo que acontece en cada Eucaristía es un *memorial*, palabra clave que significa que lo que ya sucedió una vez y para siempre, se actualiza, se hace presente para beneficio y salvación de todos nosotros.

4. Que la Eucaristía sea *sacrificio* no puede ser entendido como si fuera algo aparte e independiente de la Cruz o con una referencia solamente indirecta al misterio de la Cruz. En *el sacrificio* de la Cruz, que se perpetúa en el de la Eucaristía, Cristo mismo se ofrece al Padre. Afirma el Papa Juan Pablo II en el número 12 de su Encíclica: “*Por su íntima relación con el sacrificio del Gólgota, la Eucaristía es sacrificio en sentido propio y no sólo en sentido genérico, como si se tratara de un mero ofrecimiento de Cristo a los fieles como alimento espiritual*”. El *sacrificio* de la Cruz es el ofrecimiento por parte de Cristo al Padre del don de su vida, de su amor y de su obediencia en beneficio nuestro y de toda la humanidad. En cada celebración de la Eucaristía, en que se hace presente dicho ofrecimiento, la Iglesia entera está llamada a ofrecerse a sí misma con Cristo. Cristo es uno y uno es también su *sacrificio*. Ese *sacrificio* de la cruz se hace presente de forma sacramental en el *memorial de la Eucaristía*. Se ofrece Cristo al Padre por nosotros y nosotros podemos ofrecernos al Padre, uniéndonos al *sacrificio* de Cristo. Las misas no son repeticiones de lo que ocurrió de una vez para siempre o meros recuerdos del mismo. Las misas son *memorial del sacrificio de la Cruz*: ello implica que dicho *sacrificio*, superadas las barreras del espacio y del tiempo, se hace presente hoy y aquí para nuestro bien.

### 3. EUCARISTÍA E IGLESIA

1. Al Corazón de Cristo se le encuentra en el Sacramento de la Eucaristía. Y si damos con el Corazón, hemos dado con la entraña más profunda de Cristo. Centramos ahora la reflexión en la relación estrecha y profunda entre la *Eucaristía* y la *Iglesia*. Las reflexiones que siguen están inspiradas en la Encíclica de Juan Pablo II sobre la Eucaristía. Comenzamos destacando una primera idea: *El Cuerpo de Cristo Eucarístico edifica su Cuerpo Místico que es la Iglesia*. No es un juego de palabras. Comulgar el Cuerpo de



Cristo es venir a ser más *Iglesia*. Se convierte así la Eucaristía en el centro y motor del crecimiento de la misma *Iglesia*, realidad que no es algo distinta de nosotros mismos. Y señala el Papa que esto es así desde el mismo principio: *pues se da un influjo causal de la Eucaristía en los orígenes mismos de la Iglesia*. Instituida la Eucaristía, quedó constituida la misma *Iglesia*. En la última cena nació la nueva comunidad de la *Iglesia*. Diremos entonces que la Eucaristía funda, edifica y construye la *Iglesia*. Es verdad que por el bautismo nos incorporamos a la *Iglesia*; pero esta incorporación se renueva y se consolida por el Sacramento de la Eucaristía. Abstenerse de la Eucaristía es hacer que los vínculos con la *Iglesia* se tornen cada vez más débiles. Y, al contrario, *pues en la Eucaristía no solamente cada uno de nosotros recibe a Cristo, sino que también Cristo nos recibe a cada uno de nosotros*.

2. La comunión con Cristo conlleva, y pasamos ya a otra idea, estrechar los lazos de comunión con la *Iglesia* y con cada uno de sus miembros. *Asociarnos a Cristo en la intimidad de la comunión es asociarse a los miembros de Cristo, que forman su Cuerpo Místico*. Pero es una constatación diaria que la unidad entre los que somos de Cristo se suele romper con frecuencia. El pecado pone en nuestros corazones gérmenes de disgregación; pero la Eucaristía contrapone la fuerza generadora de la unidad. Los que comemos el mismo pan venimos a ser un solo Cuerpo. Es Cristo el que hace posible este milagro: ha roto el muro que separaba a judíos y griegos y ha hecho de todos un solo y único pueblo, el pueblo de los hijos e hijas de Dios. Recuerda Juan Pablo II que la unidad en el seno de la *Iglesia*, causada por la Eucaristía, se consolida por el culto de adoración que este Santísimo Sacramento recibe del pueblo cristiano, fuera de la celebración de la Misa como tal. La presencia eucarística fortalece nuestra consistencia eclesial.

3. Comunión con Dios y Comunión con la *Iglesia* son magnitudes que se implican mutuamente. No por casualidad la misma palabra *Comunión* sirve para expresar la que se da con Dios y con la *Iglesia*. De ahí el deseo constante de recibir con frecuencia la Eucaristía, porque de esa misma recepción quedan fortalecidos los lazos de unión con Cristo y con los que somos miembros de Cristo. Señala Juan Pablo II que hay una *comunión visible* y *otra invisible* con la *Iglesia*. *La segunda* es cuando uno vive en la gracia de Dios, practicando las tres virtudes teologales. Sin esta comunión de gracia con Dios, podemos tocar el Cuerpo de Cristo una y mil veces, pero no entraremos en comunión con Él. De ahí que, junto al Sacramento de la Eucaristía, haya que hablar siempre del Sacramento de la Reconciliación. Si hablamos de *la comunión visible*, nos referimos a estar en comunión con la fe de la *Iglesia*, con su disciplina sacramental, con sus disposiciones morales, con la Jerarquía de la *Iglesia*. Queda claro que *la Eucaristía crea comunión y educa a la comunión*.

4. Sobre este mismo tema, Pablo VI escribió en 1963 (cf. *L'Osservatore Romano* del 28 de Agosto de 1963), citando un texto de la Sagrada Escritura: “*Ya no hay más que un solo pan, somos nosotros, aunque numerosos, un solo cuerpo; ya que todos nosotros comemos un único pan*” (cf. 1Cor. 10, 17). Y acto seguido añade Pablo VI: “*Verdad muy consoladora, pero al mismo tiempo digna de la más alta consideración, puesto que jamás habrá una perfecta y segura unión espiritual entre los hombres si no se acercan, también corporalmente, al Salvador divino, que es camino, verdad y vida; y que, proclamado Príncipe de la paz, es el único que puede dar a los hombres la paz de Dios: paz sincera, profunda, duradera, bien diferente de la paz que da el mundo*”. Hemos aprendido a ver siempre unidas Eucaristía e Iglesia. La primera ejerce un efecto causal sobre la segunda y la segunda vive de la primera.

#### 4. EUCARISTÍA Y CARIDAD

1. Destacaremos ahora otro de esos satélites, que giran en torno al Astro *Eucaristía-Corazón*, poniendo en relación, en este cuarto punto del artículo, *la virtud teologal de la caridad con el Misterio de la Eucaristía: Eucaristía y Caridad*. Cuando Jesús nos dejó el mandamiento: “*Amaos los unos a los otros*” (*Jn 13, 34*), nos dejó a la vez su mismo ejemplo, amándonos hasta el extremo de dar su vida por nosotros. En las vísperas de su pasión y muerte, Jesús lavó los pies de los suyos, anticipando el gran servicio que nos haría a todos los hombres, lavando con su propia Sangre nuestros pecados. Pero del mismo Jesús también hemos recibido la razón última por la que debemos amarnos unos a otros: *Jesús está presente en cada uno de nuestros hermanos y hermanas*. Lo que a ellos hacemos, al mismo Jesús se lo hacemos y lo que a ellos dejamos de hacer, es a Jesús mismo a quien no se lo hacemos (cf. Mt 25, 40.45).

2. Amar como Cristo amó, hasta el extremo de dar su vida, ese es y será siempre el modelo a seguir a la hora de vivir la *caridad* cristiana. Si la Eucaristía es el desbordamiento del amor del Corazón de Cristo hacia nosotros, la *caridad* es hacer que la marea llegue a todos, quitando de nuestra parte obstáculos y diques. Si la medida que Dios ha usado con nosotros es amplia y sin tasa, así ha de ser la que usemos con los demás. Ante ellos caben dos actitudes: pasar de ellos, de sus problemas y necesidades; o pararnos y complicarnos la vida en su favor. La primera actitud la solemos justificar de mil formas, que en el fondo no son razones sino excusas. Por otra parte, sabemos muy bien que, cuando nos paramos ante los demás, empezamos a complicarnos la vida y a perder nuestro tiempo, libertad, independencia y dinero. Nada de lo que como seres humanos nos es propio, le es ajeno a Cristo. Por ello el Corazón del Señor se llena de compasión ante toda necesidad humana. De los que

somos miembros suyos, espera el Señor que hagamos propios sus mismos sentimientos y le prestemos nuestras manos y pies, para seguir amando con eficacia a los que lo necesitan.

3. El *Corpus* es la fiesta de Cristo cercano, al alcance de nuestra mano; tan cerca que lo podemos tocar. Dios está ahí. El *Corpus* es la fiesta de Cristo en la Eucaristía y en el Hermano. No son dos cosas independientes: es el mismo Cristo presencializado de dos formas distintas. El *Corpus* nos recuerda que Dios ha querido hacerse presente y a la par cercano a todos los hombres. Nada de lo humano le es ajeno. Tan presente y cercano que se ha hecho de los nuestros: hombre como nosotros. En nuestro campamento humano Dios ha plantado su tienda. Habita Dios entre nosotros. Cristo es la tienda del encuentro que Dios Padre ha querido situar en el campamento: para que Dios se acerque a nosotros y nosotros a Dios. Y lo que Dios ha plantado, no lo ha levantado. Vuelto al cielo, sigue presente entre nosotros, bajo las especies eucarísticas de pan y de vino. Se ha quedado como alimento, porque los seres humanos somos menesterosos por naturaleza. El abanico de nuestras necesidades es bien amplio. Tener hambre es una de ellas y la que mejor resume las demás necesidades. El pan es la mejor imagen de las soluciones que anhelamos conseguir para nuestros problemas.

4. Cuando en la fiesta del *Corpus* Jesús sale por las calles en procesión, recorre los trayectos nuestros de cada día. Ve lo que nosotros vemos cada día: parados, pobres, drogadictos, gente triste, enfermos, ancianos solos, los burlones de todo lo religioso, los ricos de todo y pobres de amor y de Dios. También nos ve a nosotros. Y su mirada penetra hasta el fondo de nuestro interior. Espera de los suyos solución. Pero no olvidemos que la *caridad* hay que vivirla con mentalidad cristiana. La Iglesia no es una super ONG, y aunque

en apariencia, hagamos lo mismo que ellas, la motivación última de nuestra actuación ha de ser distinta. Los rasgos de la mentalidad cristiana a la hora de vivir la *caridad* son éstos: es mejor dar que recibir; en el otro está presente Jesús; tenemos que hacer al otro lo que nos gustaría que nos hicieran a nosotros; el bien que hacemos al otro repercute en nuestro favor; amando, imitamos a Cristo que nos amó primero; amando, obedecemos a Cristo que nos lo pidió; ocupándonos de los problemas de los demás, los nuestros alcanzan su justa medida y proporción; cuanto más damos, más tenemos y cuanto más guardamos, más pobres somos. No separemos nunca el *Corpus* de la *Caridad*; al Hermano de la Eucaristía.

## 5. EUCARISTÍA Y PRESENCIA

1. Éste es el gran hallazgo: *En la Eucaristía está el Corazón*. Ponemos ahora en relación *Eucaristía y Presencia*, para destacar otras de las riquezas del misterio eucarístico. Así canta el himno: *Dios está aquí*. El Sacramento del Cuerpo y Sangre de Cristo fue instituido por el mismo Cristo durante la última cena, que celebró con los suyos la víspera de su pasión y muerte en la cruz. En aquella tarde memorable, Cristo pidió a los suyos que lo que había sido instituido por Él, fuera por ellos repetido hasta su vuelta hasta el final de los tiempos. Sorprendente invención divina, que manifiesta simultáneamente la genialidad y el amor de Dios.

2. Cada vez que se celebra la Eucaristía, Cristo mismo se hace *presente*. Bajo las especies de pan y de vino, de manera verdadera y real, se da la *presencia* misma del Señor. Dice el gran San Justino: “*Este alimento se llama entre nosotros Eucaristía. Estas cosas no las tomamos como pan ordinario y bebida ordinaria. Es la carne y la sangre de aquel Jesús que se encarnó*”. Una vez que el pan y el vino hayan sido consagrados, la apariencia de los mismos

permanece, pero la sustancia se ha cambiado y convertido: allí, delante de nosotros, está Jesús el Señor. Así lo enseña San Cirilo de Jerusalén: *“Lo que parece pan no es pan, aunque al gusto le parezca tal, sino que es el Cuerpo de Cristo; y lo que parece vino, no es vino, aun teniendo el gusto, sino la Sangre de Cristo”*. Esta presencia del Señor entre nosotros es para nosotros y nuestra salvación. El Señor está en la Eucaristía para que nosotros entremos en comunión con Él: comulgando su Cuerpo y su Sangre. Afirma San Juan Crisóstomo: *“No nos concedió solamente verle, sino también tocarle y comerle, e hincar los dientes en su carne y unirnos a Él de la manera más íntima”*. Siendo alimento para el camino, también el Señor se hace presente para ser adorado.

3. Comulgando y adorando al Señor Eucaristía, recibimos una vida que es a la vez plena y eterna. Recuerda San Juan Crisóstomo que *“Cristo hace a menudo mención de la vida, porque ésta es la cosa más ardientemente deseada por el hombre, y nada hay más dulce que no morir”*. Fue el mismo Cristo quien dijo: *“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día”* (Jn 6, 54). Cuando Jesús afirmó esto ante los suyos, muchos de ellos le abandonaron escandalizados, debido a la dureza de esta doctrina. Y es que al Sacramento Eucarístico uno sólo se puede acercar con fe. Siendo Misterio de Fe, se exige fe a quien se acerque a comulgar y a adorar la Eucaristía. El provecho que de la misma se obtenga depende de la fe de cada uno. Por ello el Señor nos amonesta: *“Abre bien la boca y te la llenaré”* (Sal 81, 11). Mientras haya fe y no esté muerta en nosotros la vida de Dios, deberíamos acercarnos con frecuencia a recibir a Jesús, pues la Eucaristía no es una especie de premio para los buenos, sino el apoyo para los que nos vemos débiles. Es la Eucaristía como el pan nuestro de cada día, para ser cotidianamente consumido.

4. Afirma Juan Pablo II que la *presencia* de Cristo en la Eucaristía implica una *presencia* muy real. Es real, por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella se hace *presente* Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro. No se da por lo tanto una *presencia* parcial, mermada o superficial. Esto es lo que definió el Concilio de Trento con la palabra “transustanciación”: “*la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del Cuerpo de Cristo, Señor nuestro, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su Sangre*”. De ahí que cuando comulgamos recibimos al Señor Jesús, Dios y Hombre verdadero en su totalidad e integridad: Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad. El Papa Pablo VI estableció los límites de la investigación de los teólogos en torno a la Eucaristía: “*Toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia en este misterio, debe mantener, para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independientemente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la Consagración, de suerte que son el Cuerpo y la Sangre adorables del mismo Jesús los que están realmente delante de nosotros*”. Por todo lo dicho se entiende que estamos ante un *Misterio de fe*. Ante la verdad de la Eucaristía, todos sentimos la limitación de nuestra inteligencia y de nuestros sentidos. Por ello, lejos de escandalizarnos al oír esta doctrina, creamos y adoremos.

## 6. EUCHARISTÍA Y COMUNIÓN

1. Andamos a la zaga del rojo Corazón de Cristo y lo encontramos en la blanca Hostia de la Eucaristía. Muchas son las riquezas que guarda el sacrosanto Misterio de la Eucaristía y que, llenos de asombro, estamos sacando a la luz. Destacamos en este apartado la relación entre *Eucaristía* y *Comunión*. Como todo en Cristo, la presencia real de Cristo en la Eucaristía tiene una finalidad salvífica. Cristo está ahí y se ha quedado con nosotros *para nuestra salvación*. La Presencia de Cristo mira a la *Comunión* de no-

sotros con Él. Se hace presente Cristo, para ser por nosotros *comulgado*. No tendría mayor sentido contar con una presencia permanente de Cristo entre nosotros y privarnos nosotros, de manera habitual, de poderlo recibir en la *comunión*. O dicho con meridiana claridad: ir a misa con frecuencia, donde Cristo se hace presente para la salvación de cada uno, y no *comulgar* habitualmente, es asistir a una comida para ver a los otros comer, mientras nosotros, que también lo necesitamos, nos quedamos extrañamente en ayunas.

2. Según Juan Pablo II, en el número 15 de su Carta Apostólica *Quédate con nosotros, Señor*, no cabe duda de que la dimensión más evidente de la Eucaristía es la de un banquete o comida. De hecho la Eucaristía nació en la tarde de un Jueves Santo, en el contexto de una cena pascual. Por ello la Eucaristía lleva en sí la estructura de una comida: *Tomad y comed... Bebed todos de él*. Todo ello expresa con claridad que Cristo, invitándonos a recibirlo, quiere entrar en *comunión* de vida con nosotros. Y lo que Cristo ya dejó claro desde el principio y desde el mismo momento en que instituyó la Eucaristía, sigue siendo verdad con el paso del tiempo: *Él está ahí de verdad presente para ser comulgado por nosotros*. Quizá deberíamos pensar con más frecuencia en todo esto, con el fin de conjurar esa costumbre nada saludable de asistir a la celebración de la misa y no participar luego en la comida eucarística de la *comunión*. Quizá nos podría animar a ello el pensar que la Eucaristía no es una cosa muy sagrada sino una persona muy querida. Es la persona misma de Cristo que, en forma de alimento, se nos ofrece para poder entrar en *comunión* de vida y amistad con Él. *Comulgar* también es darle a Cristo la posibilidad de entrar en *comunión* de vida y amistad con la persona de cada uno de nosotros. No estamos hablando de cosas, sino de personas.



3. Nos guía ahora en estas reflexiones la clarividencia de Pablo VI. Es ésta una verdad realmente tonificante. Y aunque este Sacramento sea llamado propiamente *Eucaristía*, popularmente todos lo conocemos como *Comunión*. Aquí, el horizonte se abre, se ensancha y se extiende hasta perder sus límites, porque entrando en *comunión* con Cristo, entramos a la par en *comunión* con todo el Misterio de Dios, Uno y Trino. La mente se pierde porque le resulta difícil entender y los sentidos dudan, porque perciben solamente una realidad común y ordinaria: pan y vino, los dos elementos más ordinarios de nuestra comida diaria. Este es el estilo de actuar de Cristo. La Eucaristía sigue la tónica de Belén, de Nazaret, del Calvario, porque Cristo tiene el poder de esconder las más grandes realidades bajo las apariencias más humildes y, precisamente por esto, más accesibles a todos. Señal clarísima de que Cristo quiere ser nuestra comida y venir a ser un principio interior de vida para cada uno de nosotros.

4. En la *comunión* Cristo se multiplica por amor para poder llegar a todos. Es cierto que se expone a ser ignorado, olvidado, ofendido incluso; pero su amor es más fuerte y es el que le mueve a hacerse cercano, presente y operante para el que cree, para el que espera, para el que ama. Aunque la mente no pueda con el Misterio, podemos, al menos, comprender el amor que se oculta como una llama secreta que nos va consumiendo: la intimidad que quiere Jesús tener con cada uno de nosotros. Cada vez que comemos su Cuerpo y bebemos su Sangre, venimos a vivir en Él y Él en nosotros. Nada hay tan estimulante como ofrecer alimento al que tiene necesidad del mismo. Y al reflexionar sobre esta verdad, reconocemos al mismo Cristo, en forma de pan y de vino, que se nos ha presentado como alimento para ser comido y *comulgado* por los que tenemos necesidad de Él. No tiene sentido ir a las aldeas y pueblos a comprar pan, pues desfalleceremos por el camino. Aquí

en la Eucaristía está el Pan vivo, bajado del cielo, para ser *comulgado*.

## 7. EUCARISTÍA Y ADORACIÓN

1. *En la Eucaristía está el Corazón* y allí se deja encontrar por todos los que lo buscan. Muchas son las riquezas encerradas en tan augusto Sacramento, de ahí que estemos centrando nuestra atención en algunas de ellas. Lo hacemos ahora en la *adoración del Santísimo Sacramento del Altar*. La celebración de la Eucaristía es la fuente de donde manan todas las manifestaciones del culto eucarístico; pero dicho culto no se agota con la celebración de la Eucaristía. El hecho de que en nuestras comunidades parroquiales no se organicen cultos para *adorar* al Sacramento o que nosotros mismos hayamos perdido la costumbre de pasar algún rato *adorando* a Cristo presente en el sagrario, eso simplemente prueba el déficit que se da hoy de *adoración eucarística*, pero ni lo justifica ni lo explica. Con estas reflexiones pretendemos arrojar alguna luz sobre la necesidad de la *adoración eucarística* y animarnos unos a otros a practicarla.

2. La *adoración eucarística* guarda relación directa con la fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Si creemos que dicha presencia real sólo acontece mientras la celebración de la Eucaristía y que no permanece después de la misma, se entiende que no veamos la necesidad de reconocer y *adorar* la mencionada presencia fuera de la celebración de la Santa Misa. La Presencia de Cristo en la Eucaristía permanece después de las celebraciones eucarísticas. El sagrario no es, por lo tanto, una hermosa caja para simplemente guardar las formas consagradas sobrantes. El sagrario, como la misma palabra indica, guarda lo más sagrado que tenemos los creyentes. Pero el Santísimo allí guardado merece ser reconocido como tal y como tal *adorado*. Hacer una sentida genuflexión o inclinación de

cabeza ante el sagrario es hacer un acto de fe en la presencia real de Aquél que allí está guardado. Ir a visitar al Sagrario y estar en silencio delante del mismo es hacer otro acto de fe en la presencia realísima del que vive y mora en él. Desear recibir al Señor espiritualmente en cualquier momento del día, a modo de comunión, es también otra manera de expresar nuestra firme convicción de que lo conservado en el sagrario sigue teniendo la finalidad de alimentar a los que por naturaleza somos débiles.

3. Pero la *adoración eucarística* también guarda relación directa con la *identidad* del que sigue estando presente, aunque haya terminado la celebración de la Eucaristía. Y quizá esto explique más profundamente el déficit de *adoración eucarística* que se da en bastantes comunidades y en no pocos creyentes. No estamos ante una cosa, sino ante una Persona. No estamos ante algo, sino ante Alguien. No estamos ante una lejana divinidad, sino ante un Dios cercano. Si tuviéramos un conocimiento interno de la identidad del que permanece después de cada misa, entonces tendríamos mil razones para la *adoración* y encontraríamos mil ocasiones para practicarla. La falta acusada de *adoración eucarística* guarda relación directa con la falta de amor hacia esa Persona, ese Alguien, ese Dios cercano. No *adoramos* porque no amamos. La pena de todo ello es que dejamos abandonado al que nunca nos deja abandonados. La pena de todo ello es que no amamos al que nos amó hasta el extremo. La pena de todo ello es que nos olvidamos del que nos lleva tatuados en su Corazón. Si creciera un poco más nuestro amor al Jesús de la Eucaristía, siempre tendríamos tema de conversación para hablar con Él, al visitarle, al *adorarle* en la Custodia.

4. El culto y la *adoración* al Santísimo Sacramento es un tesoro de la vida litúrgica de la Iglesia, que no podemos dejar pasar como flor que hubiera llegado ya a su otoño. El

pueblo cristiano sencillo bien lo entiende y lo siente. Con espontaneidad nada artificiosa se arrodilla ante el Sacramento, enciende velas delante del Santísimo, pone flores ante el Misterio de la Eucaristía. Señales externas y sencillas que son expresión de convicciones muy profundas. Grave responsabilidad tendrán los que, por desidia o falta de sensibilidad, dejen morir estas manifestaciones de *adoración* al Santísimo Sacramento y de amor a Jesús Sacramentado. Las cosas hermosas son las que con más mimo deben ser tratadas. Cristo personalmente presente, junto a la luz vacilante de la lámpara solitaria, sigue esperando una respuesta personal e invitando al diálogo a todos los que se acercan a *adorarle*. Dios está aquí, venid, *adorémosle*.

## 8. EUCARISTÍA Y SACERDOCIO

1. Buscamos al Corazón de Cristo y le encontramos con absoluta seguridad en el Sacramento de la Eucaristía. Como una mina que guarda muchísimas riquezas en sus entrañas, así es el Misterio Eucarístico. Destacamos ahora la estrecha relación que se da entre la *Eucaristía* y el *Sacerdocio*. Sin *sacerdotes* no podríamos tener Eucaristía. El pensamiento de Juan Pablo II en su Encíclica eucarística nos guiará en este empeño.

2. Las notas que en el Credo de la fe definen a la Iglesia: *Una, Santa, Católica y Apostólica*, también son notas que se pueden aplicar al Sacramento de la Eucaristía. Pero fijémonos en la última de las notas: *La Apostolicidad de la Eucaristía*. Tres son las razones que fundamentan esta afirmación. *Primera*: Porque la Eucaristía fue confiada a los apóstoles de Jesús y transmitida por ellos y sus sucesores hasta nosotros. La Iglesia ha venido celebrando la Eucaristía a lo largo de los siglos en continuidad con la acción de los apóstoles, obedientes al mandato del Señor. *Segunda*: Porque la Eucaristía se celebra en conformidad con la fe

de los apóstoles. Por ello el Magisterio de la Iglesia no deja de intervenir en este asunto de capital importancia con el fin de salvaguardar la fe apostólica en este excelso Sacramento. *Tercera:* Los fieles participan en la Eucaristía en virtud de su sacerdocio real, pero es el *sacerdote* ordenado quien realiza, como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo cristiano.

3. Centremos ahora nuestra atención sobre el *sacerdote, como ministro de la Eucaristía*. El *sacerdote* actúa *in persona Christi*. Nos quedaremos cortos si pensamos que ello quiere decir *en nombre de Cristo* o *en vez de Cristo*. Lo que realmente quiere decir esta expresión es que el *sacerdote*, por su ordenación, *se identifica específica y sacramentalmente con Cristo Sacerdote, que es el autor y el sujeto principal de su propio sacrificio, en el que no puede ser sustituido por nadie*. El *sacerdote* es sacramentalmente el mismo Cristo, quien por medio del ministro ordenado, perpetúa en el tiempo la eficacia del sacrificio único e irrepetible de la Cruz. La asamblea cristiana no se puede dar a sí misma el *sacerdote*, pues es un don que se recibe por sucesión apostólica: por la imposición de manos del Obispo. Recuerda Juan Pablo II que la Eucaristía nació juntamente con el *Sacerdocio*, en el contexto de la última cena, por ello la Eucaristía es la principal y central razón de ser de los *sacerdotes*. Separar ambas realidades sería un error. Son muchas las cosas que se esperan de los *sacerdotes* y muchas las que deben realizar en razón de su ministerio, pero la principal es *la celebración de la Santísima Eucaristía*, pues sólo ellos están facultados para poder realizar tal acción, en virtud de su ordenación sacramental.

4. Y retomando esta última idea señalada, Juan Pablo II vuelve a repetir que la Eucaristía es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y

a la vez que ella. Son tantas y tan múltiples las actividades que se espera que realicen los sacerdotes, que es fácil entender que estén sometidos al peligro de la dispersión. Pero este peligro queda conjurado si el sacerdote logra hacer converger todo su actuar en la celebración de la Eucaristía. El sacerdote debe hacer todo movido por la caridad pastoral, pero ésta bebe y saca toda su fuerza de la celebración y de la adoración de la Santísima Eucaristía. Entendemos ahora la necesidad vital que tiene todo sacerdote de celebrar diariamente la santa misa, aunque no haya fieles en ella presentes. Sigue siendo una acción de toda la Iglesia. Por esta celebración cotidiana de la misa, el sacerdote será capaz de sobreponerse cada día a toda tensión dispersiva, encontrando en el Sacrificio eucarístico, verdadero centro de su vida y ministerio, la energía espiritual necesaria para afrontar los diversos quehaceres pastorales. Cada jornada será así verdaderamente eucarística. Si tan clave e insustituible es el sacerdote para la celebración de la Eucaristía, se entiende la preocupación por la falta o disminución de vocaciones al sacerdocio. Las comunidades cristianas no dejan de sentir hambre de Eucaristía y comprueban con dolor que no hay sacerdotes suficientes para calmar dicha hambre. Nos queda rezar con mucha confianza para no carecer nunca de sacerdotes.

## 9. EUCARISTÍA Y VIDA

1. En el Santísimo encontraremos al Corazón de Cristo. Cada uno de los apartados de este artículo pone de relieve algunas de las riquezas que se guardan en el Misterio Eucarístico, siendo conscientes de que las mismas no agotan la inagotable riqueza del mismo. Centramos nuestra atención en la relación que se da entre *Eucaristía y Vida*. Hablamos de la *vida*, de la *vida* de Dios, de la *vida* eterna, de la *vida* del cielo, de la *vida* de la gracia. En todo esto estamos pensando cuando decimos *Vida*.

2. Fue el mismo Cristo el que, en su discurso eucarístico del capítulo 6 de San Juan, puso en relación *Eucaristía* y *Vida*. Citemos algunos versículos del mencionado capítulo: “*Trabajad no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna, el que os dará el Hijo del Hombre... (v.27). No fue Moisés quien os dio pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo... (vv. 32-33). Yo soy el pan de la vida... (v. 34). Porque ésta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y yo lo resucitaré en el último día... (v.40). Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; éste es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar es mi carne por la vida del mundo... (vv. 48-51). Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día... (vv. 53-54). Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado, y yo vivo por el Padre, también el que me coma, vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo, no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan, vivirá para siempre... (57-58)*”.

3. Todo este elenco prolijo de citas son más que suficientes para probar que fue el mismo Jesús quien puso en conexión y relación directa *Vida* y *Eucaristía*. Pero no pensemos que cuando Cristo dice que hay que comer el Pan bajado del cielo, esté hablando de algo distinto de sí. No, está hablando de sí mismo: de su carne y de su sangre. Por lo tanto, la relación entre *Eucaristía* y *Vida* es lógica: Cristo es *vida*, da la *vida* y Cristo está ahora en la Eucaristía, como fuente de *vida*. Al oír todas estas palabras, todos hemos pensado en la *vida* plena y eterna del cielo, que se

nos da en arras y en prenda cada vez que recibimos la Eucaristía. La Eucaristía es un rayo de cielo que penetra en nuestro mundo y en nuestra *vida* cotidiana. La Eucaristía nos introduce místicamente en la *vida* del mismo cielo. Si la *vida* nueva de hijos de Dios, comenzada en el Bautismo, tiene su continuación normal y orgánica en el cielo, aunque se pase por la muerte, esta misma ley rige respecto al sacramento de la Eucaristía. Al comulgar adelantamos el cielo, nos metemos en el cielo, porque dejamos que el cielo, Cristo mismo, venga a ser huésped de nuestro mundo interior. Así se entiende que la mayoría de las oraciones que se rezan en la misa después de la comunión, pongan en relación la comunión recibida con el cielo.

4. Pero hay en todo esto otra dimensión importante, que no se nos puede pasar por alto. La Eucaristía tiene una incidencia directa en la *vida* diaria de cada uno de nosotros. Y estamos hablando ahora de la *vida* que llevamos aquí en la tierra. Comulgar nos responsabiliza para hacer realidad los proyectos de Dios sobre la *vida* terrena y sobre nuestro mundo, sobre la sociedad, sobre la creación. La Eucaristía se convierte en la levadura para transformar el mundo según los proyectos que guarda Cristo en su Corazón. Sería una incoherencia comulgar a Cristo, *vida* eterna, y quedarse con los brazos cruzados a la hora de transformar nuestro mundo y la *vida* nuestra de cada día. Comulgar nunca será una excusa para no trabajar; comulgar nunca será una razón para evadirse de las responsabilidades que, como ciudadanos de la sociedad civil, pesan sobre nosotros. Eucaristía y *Vida* es el último apartado de este artículo. Nada hay tan dulce como no morir, porque Dios puso en nosotros ansias de eternidad y de *vida* eterna. Nada hay tan dulce, entonces, como la Eucaristía.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM  
Salamanca



## Testigos

# Sor Agustina de san Vicente.

## Agustina en Ulledecona, mártir de Jesucristo

Vicenta González Ruiz de Herráiz-Alarcón, hija de Vicente González Blanch y Agustina Ruiz Sánchis, nació en Valencia, el 16 de mayo de 1901<sup>1</sup>, en el seno de una familia de profunda raigambre cristiana y muy bien acomodada, “antiguos ricos”. De ella declara sor Miriam Benito Seguí<sup>2</sup>, que la frecuentó en los tiempos de la persecución religiosa: “Esta familia fue muy limosnera, pagó dotes de monjas y le pagó la carrera de sacerdote a un santo... Lo mataron junto con el mismo grupo de Hna. Vicenta”. No fue al único sacerdote al que pagaron los estudios, lo hacían en especial con los misioneros. De la misma familia afirma sor Miriam: “Para que conozcan lo que fue la familia, una niña, un poco mayor que Hna. Vicenta, murió a los 12 años, en olor de

1. Registro civil de Gilet, datos de identidad de la difunta Vicenta Desamparados González Ruiz, nº 16, L. 003178, p. 177. Concuerdan los datos con los que figuran en la partida de bautismo.

2. Sor Miriam Benito Seguí era novicia en el monasterio de las agustinas de Beniganim donde se encontraba la hermana de sor Agustina González, sor Consuelo. Cuando llegó la persecución religiosa fue expulsada como todas sus hermanas del convento. Consiguió un carné de enfermera que le dio libertad de movimiento, que aprovechó para asistir a religiosas ocultas e incluso conseguir documentos de médicos a sacerdotes que ella misma acompañaba para que asistieran a las religiosas y familias perseguidas, como fue el caso de la familia de sor Agustina. Fue descubierta en su actividad, pero antes de que la detuvieran logró escapar a Francia y cruzar de nuevo la frontera para entrar por la zona de los nacionales. Desde allí, terminada la guerra, pudo regresar a Valencia, pero dado que el monasterio de Beniganim estaba en ruinas y los recursos para subsistir eran mínimos, a ella por ser todavía novicia, le pidió la priora que buscara otra comunidad que pudiera tener más recursos para mantenerla. Así fue como ingresó en las clarisas de Játiva.

santidad... Todos ellos son muy, muy buenos, una familia maravillosa". Tuvieron cinco hijas.

Vicenta fue bautizada en la parroquia de San Esteban de Valencia el 26 de mayo, poniéndole los nombres de Vicenta Desamparados Ascensión y Antonia<sup>3</sup>. Creció en este ambiente cuidado, con afecto y buenas costumbres. Desde pequeña destacó por su vivacidad e inteligencia. De este tiempo decía su madre, según testimonia sor Miriam<sup>4</sup>: "fue muy alegre e inquieta, valiente e intrépida. Llegaba y veía apurada de trabajo a su hermana o a su mamá, ella no se acobardaba, lo mismo se ponía a lavar la ropa, guisar y lo que se presentase, sacaba de apuros a todos, inteligente y trabajadora".

A los 27 años hizo su ingreso en la vida religiosa. Desconocemos los motivos por los que, en un primer momento, ingresó en el convento de Clarisas de Casals (Valencia), juntamente con otra joven de origen vasco. Sólo tres días permanecieron ambas en el mismo. Sor Miriam declara: "La hermana Vicenta, por la devoción que tenía a la Beata Inés de Beniganim, quiso ser religiosa de aquella comunidad". En Beniganim tomó el hábito el 2 de septiembre de 1928, tomando el nombre de sor Agustina de san Vicente. Sin embargo tuvo que afrontar una nueva situación que le llevó a tomar una dolorosa decisión, nunca comprendida por su familia. Como sigue narrando sor Miriam: "Entró allí después su hermana Consuelo, muy maja, inocentona y de corazón grande, pero se apegaba a ella, y ella quiso desprenderse y entró en esa comunidad de Ulldecona, donde fue feliz". El sacerdote que la atendía era hijo de Ulldecona (Tarragona) y esto determinó el que fuera esta

3. Partida de Bautismo de Vicenta González Ruiz, Parroquia de San Esteban Protomartir, Valencia, nº 102, libro de bautismos nº 136.

4. Todas las citas de sor Miriam están tomadas de la correspondencia que mantuvo con la comunidad de Agustinas de Ulldecona en la que les iba narrando sus recuerdos sobre sor Agustina.

comunidad la designada para su traslado. Allí realizó la profesión solemne el 16 de septiembre de 1932.

Sólo cuatro años pudo gozar de su dichosa vida, pues a principios de 1936 se inició la persecución religiosa que provocó la exclaustración de las religiosas, forzadas a dispersarse, cada una acudiendo donde sus familias. Sor Miriam sabía “que frente al convento una familia le guardaba un precioso Niño Jesús que ella estimaba mucho, eso lo sé por la misma hermana Vicenta, que dejó su Niño en una casa de una señora frente al convento, y otras cosas”.

Las dos hermanas exclaustradas se juntaron en Valencia, en la casa de los padres; allí pasaron dolorosos momentos de angustia, pues en un principio fue asesinado el padre y el cuñado, los dos hombres de la familia, lo que supuso entrar en una situación de miseria el resto de la familia. Desconocían quienes eran los que tenían arrendadas sus fincas, y en consecuencia carecieron de todo ingreso. En la casa paterna se reunieron, junto con la madre ya mayor y la hermana soltera, las dos hijas religiosas, y sor Clara, la religiosa vasca salida de Beniganim con sor Consuelo, acogida por la familia al no poder trasladarse a su tierra; también la hermana que había quedado viuda, con sus cinco hijos pequeños; todo mujeres y niños sin recursos. A esto se juntaba el que, en la misma finca en que ellos vivían y de la que eran dueños, en la planta baja, había una tienda de armas, que fue requisada por los milicianos; pero, no obstante, con frecuencia sufría nuevos registros que no se limitaban a la planta baja, sino que se llevaban a cabo en todos los pisos de la finca, “de malas formas, registrándolo todo, cajones, armarios, en fin, todos los días con sobresaltos”.

Supieron que se hablaba de matar a toda la familia, esto aceleró la marcha a Rafelbuñol (Valencia), donde tenían una amplia casa de campo con muchas tierras que les fueron incautadas al igual que el resto de fincas alquiladas. Allí permanecieron en situación de catacumbas, sin salir a la calle en tres meses y en extrema necesidad. En

estos momentos fue providencial la ayuda de un casero bueno y fiel, de condición humilde, al que la familia, tiempo atrás, había regalado una buena parcela. En estos tiempos difíciles, de lo que cosechaba en esta parcela, él se cuidaba de hacerles partícipes para aliviar su precariedad y mostrar así su agradecimiento. Sor Miriam fue también otra de las manos amigas que les ayudó, tanto en lo material como en lo espiritual: “Yo me enteré de lo que estaban pasando y, exponiendo mi vida, les llevé al P. Arturo Coronas (exjesuita, pero muy santo). Cuando no podía ir él, solía llevar a un padre carmelita calzado, y yo cada semana les renovaba las formas consagradas y así comulgaban diariamente. Les llevé los sacerdotes con la documentación de médicos y las atendían, alguna vez les dijo (sic.) misa. Algunas veces me cogía del brazo del padre porque el pueblo fue ¡terrible! ¡Tantos mártires! Les recogía alguna limosna y les ayudé en todo lo que de mí necesitaron. Me dieron la dirección de alguna familia, recogía alguna limosna y así se remediaban algún poco. Me pasó por la carnicería del pueblo y al saber que lo compraba para ellos, no me lo cobraban, era gente buena”.

Cuando los milicianos supieron que las dos religiosas estaban en Rafelbuñol fueron a detenerlas, ignoraban que sor Clara fuera religiosa y ella no fue detenida ni antes ni después. Se las llevaron al ayuntamiento –sigue contando sor Miriam– “con otros detenidos de distinto sexo, lo pasaron las dos muy, muy mal, tanto que la hermana Consuelo enfermó y las devolvieron a su casa”. Pero cada mañana debían presentarse al Comité y eran obligadas a trabajar, bien limpiando el mismo Comité u otras zonas de la localidad<sup>5</sup>.

5. A partir de ahora algunos datos provienen de las declaraciones de Saturnino y Maria Consuelo Solano González, hermanos y sobrinos de sor Agustina, que declararon en el proceso de beatificación de sor Francisca Javier.

Sor Miriam afirma: “Sor Agustina tenía vocación de mártir y así solía decirlo. Alma de silencio, de abnegación, fue hermosa en lo físico, ojos grandes bien puestos, transparentes, limpios, puros, una tez fina, blanca como el jazmín, un rostro que resplandecía como un ángel bueno, lleno de bondad, su hablar discreto, afable, de una educación finísima, pero a pesar de haber estado educada en una familia comodísima, donde por lo general las niñas son blanditas y caprichosas, aquí, en esta familia, no ha ocurrido así. Lo demostró. Fue mujer fuerte, valiente, entera, responsable, fue muy inteligente, laboriosa, sabía tocar el piano, sabía labores: bordar, ganchillo y muchas cosas, fue muy trabajadora, pero lo más hermoso es que se olvidaba de ella por los demás. Ella le dijo a su mamá: ‘Mamá, no sufráis, que no os pasará nada, yo me he ofrecido, y sé que a mí me matarán, pero a vosotros no os pasará nada’”.

El 27 de septiembre, sobre las cuatro de la tarde se presentan del Comité llamando con violencia a la puerta y preguntando por las dos monjas. Sor Miriam cuenta: “Pasado un poco de tiempo se presentó un camión lleno de personas, fue la recogida para el holocausto. Llamaron a la puerta; por el modo de llamar temblaron todas. Preguntan por las dos monjas, Hna. Consuelo despavorida se mete en la cama, la mamá cae en un ataque que quedó totalmente inválida, ya no se recuperó. Hna. Vicenta, dueña de sí, firme, heroica, dijo: ‘Mamá, tranquilízate, ten buen ánimo. Yo me voy contenta’. Como preguntaron por las dos, dijo: ‘Mi hermana está en cama y enferma, pero yo me voy muy contenta con ustedes, déjenla a ella’. Así lo hicieron, en el camión lleno de gente para sacrificar, les bajan en el cementerio, con ella iba otra religiosa capuchina (*la ya beatificada Hna. Francisca Javiera –María Fenollosa Alcaina–*), las mataron a las dos abrazadas; bajan a un padre con sus nueve hijos, todos de menor edad, uno seminarista. Sor Agustina no pudo contenerse y dijo: ‘No sacrifiquen a estos niños, ellos son inocentes’ como si ella no fuera tan inocente

como aquellos niños. Todos fueron ejecutados y tirados juntos a una misma fosa. El que la mató dijo: ‘Aquella monja tan guapa, si no hubiese sido monja yo no la hubiese matado... pero como era monja’.

“La hermana Agustina tenía vocación de mártir y dijo que quería morir de cara, se le echó encima abrazándola la franciscana capuchina de la tercera orden que estaba en el colegio de Masamagrey y, abrazadas, cayeron, como no las enterraron enseguida, se enterraron abrazadas porque no pudieron separarlas”. No sólo murió de frente sor Agustina sino que, consciente del momento, dijo a los que les iban a fusilar que les perdonaba de corazón y sus últimas palabras fueron a semejanza del Maestro: “Señor, perdónales, porque no saben lo que hacen”.

El cementerio en donde fueron fusilados era el de Gilet (Valencia). Aunque sus restos fueron enterrados en la fosa común de Gilet, terminada la guerra fueron trasladados al cementerio municipal de Valencia. “Cuando sacaron los restos de sor Agustina –refiere sor Miriam–, su hermana la reconoció enseguida, porque su hermana le dio una saya y por la puntilla la reconoció. Respecto a sus restos, al sacarlos de la fosa común se trasladaron a un nicho, después, al año justo, murió la hermana Consuelo y fue enterrada en el mismo nicho”.

Sor Miriam, presente junto a la familia en el momento de desenterrarla, se adelantó y cogió uno de sus dientes, que tras unos años entregó a la comunidad de Ulldecona. Esta comunidad, por la veneración que siempre ha sentido hacia su hermana mártir, confeccionó un hermoso relicario para el mismo, que hoy día perpetúa entre ellas el recuerdo de su querida hermana sor Agustina, mártir de Jesucristo.

Hna. GEMMA DE LA TRINIDAD, OSA  
*Sant Mateu (Castellón)*

# Panegírico de san Pablo Apóstol

Séptimo [y último] discurso:  
El esplendor de Pablo se funda en la cruz<sup>1</sup>

Cada vez que los que portan los estandartes del emperador, anunciados por el sonido de la trompeta y precedidos por numerosos soldados, hacen su entrada en las ciudades, lo acostumbrado es que todo el pueblo acuda para oír el sonido del instrumento y ver el estandarte que sobresale en lo alto, así como la bravura de quien lo porta. Ya que Pablo hace hoy su entrada, no en la ciudad sino en el universo entero, acudamos todos juntos. A propósito, él también porta un estandarte, no el de un rey de la tierra, sino la cruz de Cristo, el Rey del cielo. Y los que marchan delante de él no son hombres preocupados por honrar el emblema y al que lo porta. En efecto, si las personas que no han de ocuparse más que de su propia vida y que no cumplen ninguna función pública, han recibido del Maestro del universo unos ángeles para guardarles, como dice Jacob: “El ángel que me ha librado desde la juventud...” [Gn 48, 15-16], cuánto más los Poderes celestes estarán al lado de aquellos que han recibido la carga del mundo entero y llevan tal cantidad de gracias. Seguramente, en el orden temporal, los que han sido juzgados de un tal honor llevan unos vestidos y un collar de oro, y toda su persona resplandece. Pablo, al contrario, tiene alrededor de él una

1. Traducimos el texto de la versión francesa que encontramos en: JEAN CHRISOSTOME, *Panégiriques de Saint Paul* (Sources Chrétiennes 300), Cerf, París 1982, pp. 261-291.

cadena que remplacea al oro y carga la cruz: es perseguido, flagelado y pasa hambre.

Pero no te entristezcas por ello, mi apreciado hermano. Pues este último ornato es muy superior al otro, pues es lo que Dios desea: por eso Pablo carga con la cruz. Así pues, es cosa prodigiosa que portar cadenas y latigazos le hicieran más resplandeciente que aquellos que portaban vestiduras púrpuras y diademas. Sí, en ello era más resplandeciente, y mi lenguaje no es exagerado, así lo han testimoniado sus vestiduras. Pues, si colocas sobre un enfermo miles de diademas y una cantidad similar de vestiduras de púrpura, no le bajarás en absoluto la fiebre. Por el contrario, las vestiduras de Pablo [cf. Hch 19, 12], cuando tocaban el cuerpo de los enfermos, hacían huir toda enfermedad, y es con razón. ¿Unos desvergonzados no tomarían la huída sin mirar hacia atrás al ver el estandarte del Príncipe, en vez de desear acercarse? Pues más motivo tienen aún las enfermedades y los demonios para huir viendo este sublime estandarte. Además, si Pablo lo llevaba, no era para ser el único en hacerlo, sino para que todos le imiten y aprendan a llevarlo. Por ello dice: “Sed imitadores míos, según el ejemplo que os damos” [Fil 3, 17], y más aun: “Lo que me habéis oído decir y lo que habéis observado en mí, hacedlo” [Fil 4, 9], y más aun: “Habéis recibido la gracia, no sólo de creer en Cristo, sino también de sufrir por Él” [Fil 1, 29]. De hecho, si las dignidades de la vida presente parecen más grandes cuando se presentan juntas en torno a un mismo personaje, en el plano espiritual es lo contrario: el honor brilla con un resplandor particular cuando muchos están asociados al primer rango, cuando quien allí participa no está solo, y muchos disfrutan con él de los mismos favores. Ves así cómo todos llevaban el estandarte de Cristo, cómo cada cual llevó su santo nombre a pueblos y reyes, y cómo él mismo, Pablo, afrontaba la gehena y el castigo. Pero eso no lo mandó, conociendo las limitadas capacidades de aquellas personas.



¿Has comprendido qué grado de virtud puede alcanzar nuestra naturaleza y cómo no hay nada más valioso que el ser humano, incluso a pesar de su condición mortal? ¿Puedes citarme a alguien que sea superior a Pablo, o incluso igual? ¡Un hombre con tal lenguaje alcanza a los ángeles y a los arcángeles! Quien, en cuerpo mortal y perecedero, sacrificó por Cristo todo lo que poseía, más aun, lo que no poseía –pues sacrificó las cosas presentes, las venideras, la altura, la profundidad y cualquier otra criatura [cf. Rm 8, 38-39]–, aquel hombre, de haber tenido una naturaleza incorpórea, ¿qué no hubiera dicho?, ¿qué no hubiera hecho? Si admiro tanto a los ángeles es porque han sido juzgados dignos del honor que han recibido y no por haber sido privados de un cuerpo. En efecto, el diablo tampoco tiene cuerpo, no se le ve, y sin embargo es el más malo de todos los seres por haber ofendido a Dios, que le ha creado. En consecuencia, nosotros afirmamos igualmente que si los seres humanos son desgraciados, no lo es por estar revestidos de un cuerpo, como podemos constatar, sino porque no se han servido de él como es debido. Pablo también estaba revestido de un cuerpo. ¿De dónde le venía pues tal grandeza?: de él y de Dios, a la vez. Y si venía de Dios es porque al mismo tiempo venía de él, pues “Dios no hace acepción de personas” [Hch 10, 34; cf. Rm 2, 11]. Si tú entonces dijeras: ¿pero cómo es posible imitar a personas como él?, escucha lo que declara: “Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo” [1 Cor 11, 1]. Él se ha hecho imitador de Cristo, ¿y tú no podrías serlo del que era un servidor? Él buscó rivalizar con su Maestro, y tú, ¿no podrías hacerlo con alguien que, como tú, es un servidor? ¿Qué tipo de excusa podrás dar?

Se dirá: ¿pero cómo ha imitado a Cristo? Examina este punto desde el comienzo, remontándote al inicio. Desde que salió de los oleajes divinos, se rehizo con tal ardor que ni siquiera tuvo paciencia para esperar a un maestro. En efecto, sin esperar a Pedro, en lugar de reunirse con San-

tiago o con cualquier otro [cf. Gal 1, 17], llevado por su celo, inflamó de tal manera la ciudad que levantó contra él una guerra violenta [cf. Hch 9, 20-25; 2 Cor 11, 32-33]. Por otra parte, incluso cuando era judío, acometía acciones que sobrepasaban su rango: encadenando, encarcelando y confiscando bienes [cf. Hch 9, 1-2; 22, 4-5; 26, 10-12]. Paralelamente Moisés, sin haber recibido ninguna misión de nadie, detuvo la injusticia de los extranjeros contra sus compatriotas. He ahí el signo de un alma noble y de un corazón generoso, que no es capaz de soportar en silencio las desgracias de otro, no habiendo recibido, además, ninguna misión. Que Moisés estuvo acertado tomando el cargo de defensor, Dios lo mostró asignándole más tarde esta misión. Lo que hace igualmente por Pablo. Pues, también él había actuado adecuadamente poniéndose desde el primer momento a enseñar la Palabra. Y Dios se lo manifestó elevándole rápidamente a la dignidad de doctor.

Si, en efecto, ellos habían decaído en sus tareas buscando obtener honores y prebendas, se les habría acusado con razón de buscarse a ellos mismos. Pero como ellos amaban los riesgos y no rehuían ningún peligro mortal con la intención de salvar a los otros seres humanos, absolutamente todos, ¿quién sería lo bastante miserable como para quejarse de tal celo? En realidad, si han actuado así, es porque ellos deseaban apasionadamente la salvación de los que están en peligro de perderse: esto es lo que muestra la decisión de Dios y lo que también muestra la pérdida de los que estuvieron miserablemente rendidos a la pasión que he mencionado. En otras ocasiones, otros igualmente se han perdido buscando el poder y un puesto de primer plano. Pero todos han muerto, unas veces presa de las llamas y otras engullidos por un terremoto. Pues lejos de desear proteger a los otros, lo hacían por amor al primer rango. Ozias, por ejemplo, decayó y enfermó de lepra. Igualmente Simón decayó, fue declarado culpable y corrió los peores peligros. Pablo también decayó pero ganó la

corona, no la ritual y honorífica, sino la del servicio, las fatigas y los peligros. Y como emprendió la carrera bajo la inspiración de un poderoso celo y un intenso ardor, he aquí la razón por la que se proclama su nombre y por la que fue ilustre desde el principio.

Al igual que cuando alguien que es investido con una responsabilidad de mando y no responde bien a dicha tarea, merece un castigo aún más grande, así, si alguien sin misión explícita ejerce como es debido, yo no digo las funciones de sacerdote, sino las tareas de cuidado de la gente, es digno de todo elogio. Por eso Pablo no dedica ni un día al descanso, teniendo un ardor que sobrepasaba el del fuego. Al volver de la fuente sagrada, una llama muy viva se iluminó en él, y lejos de pensar en los peligros y en las burlas de los judíos que le faltaban al respeto, o incluso en la incredulidad o en otra dificultad semejante, habiendo recibido otros ojos, los de la caridad, y otra inteligencia, se lanzó impetuosamente, como un torrente, y se llevó por delante los razonamientos de los judíos y les demostró por medio de las Escrituras que (Jesús) es Cristo [cf. Hch 9, 20.22]. En realidad, no gozaba todavía de un gran número de favores divinos, ni contaba por entonces con los dones del Espíritu Santo en el grado que más tarde alcanzará, y sin embargo, rápidamente inflamado, se dejó llevar por su sacrificada alma, actuando en todo como queriendo encontrar lo que excusara su pasado, sin ahorrar esfuerzos, ocupando el puesto de combate que más le haría sufrir y repleto de espantosos peligros.

Y, sin embargo, aun manifestando tal audacia y ardor, y estando animado por tal fuego, era, por el contrario, tan dócil y afable hacia aquellos que le guiaban que, a pesar de la impetuosidad de su celo, no se les oponía en nada. Estando pletórico de entusiasmo, vinieron a decirle que era necesario partir a Tarso y Cesarea [cf. Hch 9, 30] y él no se opuso. Le dijeron que se dejara descender dentro de un canasto, y él accedió [cf. Hch 9, 25; 2 Cor 11, 33]. Le

aconsejaron que se afeitara, y él no se resistió [cf. Hch 21, 23-24.26]. Le pidieron que no se presentara en el teatro, y él obedeció [cf. Hch 19, 29-31]. En toda circunstancia se adhería total y únicamente a los intereses de los fieles, a la paz, a la concordia. En toda circunstancia velaba igualmente por sí mismo para anunciar el Evangelio.

En consecuencia, cuando escuches que Pablo envía a su sobrino al tribuno [cf. Hch 23, 16-18] con la intención de evitarse riesgos y cuando, por el mismo motivo, apela al Cesar [cf. Hch 25, 10-11] y se apresura a ir a Roma, yo en ello no veo un signo de cobardía. En efecto, el que se quejaba por seguir en este mundo [cf. Rom 8, 23; 2 Cor 5, 4], ¿no hubiera preferido la compañía de Cristo? Y el que despreciaba el cielo y desdeñaba a los ángeles por Cristo, ¿hubiera querido los bienes temporales? ¿Por qué, pues, actuaba así? Con el fin de consagrarse a la predicación del Evangelio y de salir de este mundo acompañado por un gran número de personas portando la corona. Y de hecho, él temía por tener que abandonar esta tierra como un desdichado, sin haber obtenido la salvación de la mayor parte de las personas. Por ello dice: “permanecer en la carne es más urgente por causa vuestra”.

He ahí por qué, igualmente, viendo que el tribunal proponía una decisión favorable a su propósito –si bien a ese respecto Agripa le dijo a Festo: “Se podría haber soltado a este hombre si no hubiera apelado al Cesar” [Hch 26, 32]–, encadenado como estaba y llevado junto a numerosos prisioneros culpables de muchas fechorías, no se avergonzó de estar encadenado con ellos, sino, al contrario, durante el viaje veló por sus compañeros. Confiando en sí mismo y con gran seguridad, se adentró en los peligros de una forma impresionante, siempre cargado de cadenas, y muy contento, como si hubiera sido enviado a cumplir un encargo muy importante. Y, en efecto, éste no era un combate sin consecuencias, era la conversión de la ciudad de Roma. Y, sin embargo, lejos de descuidar a sus compañeros de viaje,

les dio serenidad narrándoles la visión que había tenido. Y, así, todos los que viajaban con él supieron que él les había salvado [cf. Hch 27, 22-25]. Actuaba así no para vanagloriarse, sino para que fueran dóciles con él. Ese fue el motivo por el que Dios permitió que la mar estuviera agitada [cf. Hch 27, 14-41], para que, así como cuando rehusaron escucharle, como cuando le obedecieron, en toda circunstancia la gracia que estaba en él fuera manifestada. En efecto, cuando aconsejó no hacerse a la mar [cf. Hch 27, 10.21], no se le escuchó, y pasaron los peores peligros. Sin embargo, en una situación así, lejos de ponerse bajo su protección, al contrario, fue él quien veló por ellos como un padre con sus hijos [cf. Hch 27, 22-25.33-36] e hizo lo necesario para que nadie se perdiera. Después, una vez que llegó a Roma, ¡qué dulzura la de su conversación! [cf. Hch 28, 17-20], ¡qué libertad cuando hace callar a los incrédulos! [cf. Hch 28, 25-31]. Y sin pararse en esta ciudad, la abandonó para dirigirse rápidamente a España.

Eso muestra que los peligros aumentaban su confianza y le hacían más intrépido, y no sólo a él, también a sus discípulos gracias a él. En efecto, si ellos le hubieran visto dejar la partida y ceder al miedo, quizás ellos mismos hubieran flaqueado, pero, por el contrario, como ellos mismos habían visto que él, en esos casos, era más valeroso y que, a pesar de las insolencias que él sufría, arremetía aún más, ellos anunciaban el Evangelio con seguridad. Eso es lo que él explica diciendo: “la mayor parte de los hermanos, animados precisamente por mis cadenas, redoblan su audacia al proclamar sin miedo la Palabra” [Fil 1, 14]. Cuando el general hace prueba de su coraje, no solamente degollando y matando, sino también estando herido, hace más intrépidos a aquellos que están bajo sus órdenes y más en razón a las heridas que recibe que a las que produce: pues cuando, inundado de sangre y cubierto de heridas e, incluso estando en este estado, ellos no le ven abandonar delante del adversario, sino al contrario, aguanta con

coraje, blande su lanza y golpea al enemigo, sin dejarse arrastrar por sus sufrimientos, ellos mismos luchan con un ardor más vivo. ¡Vaya! Es lo que ha pasado con Pablo. Cuando (sus discípulos) le veían encadenado y predicando el Evangelio en la prisión o flagelado y ganando a su causa a los que le daban latigazos, sentían con ello más seguridad. Por ello, para darlo a entender, no dice sólo: “alentados”, sino que añade: “redoblan su audacia para proclamar sin miedo el Evangelio” [Fil 1, 14]. Dicho de otra forma: los hermanos hablan ahora con más seguridad que cuando yo estaba en libertad. Y entonces con ello también él experimentaba un ardor más vivo. En efecto, él estaba así más estimulado contra sus enemigos y a medida que aumentaban las persecuciones, aumentaba igualmente su seguridad y esto era para Pablo el punto de partida de una mayor confianza.

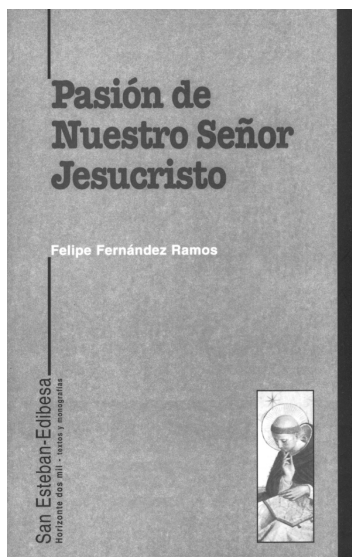
Por ejemplo, un día que le habían encarcelado, sus ojos brillaron con tal brillo que los cimientos se estremecieron, las puertas se abrieron, y el carcelero abrazó la fe [cf. Hch 16, 25-34]. Y si bien el juez no se dejó persuadir, éste le dijo en persona: “un poco más y haces de mí un cristiano” [Hch 26, 28]. Otra vez, le lapidaron [cf. Hch 14, 19; 2 Cor 11, 25], y justo después regresó a la ciudad de los que le habían apedreado, y los convirtió. Fue citado por tribunales para ser juzgado, unas veces por judíos [cf. Hch 18, 12-16; 22, 30-23, 10], otras veces por atenienses [cf. Hch 17, 18-34], y los jueces se convirtieron en sus discípulos y sus adversarios en su causa. Así como el fuego que ha invadido diferentes materiales toma más fuerza y toma la materia que el encuentra para desarrollarse más, así la palabra de Pablo ganaba a su causa todos aquellos con los que estuvo en relación, y aquellos que le hicieron la guerra, cautivados por su discurso, se convertían rápidamente en alimento de este fuego espiritual. Entonces, gracias a ellos, la Palabra tomaba todavía más amplitud y alcanzaba a otras personas. Por eso él decía: “Yo estoy encadenado, pero la Palabra de Dios

no está encadenada” [2 Tim 2, 9]. Se le combatía con una verdadera persecución, pero el resultado era el envío misionero de más apóstoles. Y lo que hubieran hecho unos amigos o unos partidarios, sus enemigos lo hacían con sus trampas y persecuciones, pues al no dejarle instalarse en ningún país, estaban así enviando por todas partes al médico que él era, de tal modo que todo el mundo escuchó la palabra de Pablo. Se le encadenaba de nuevo, y así él se sentía más estimulado. Se expulsaba a sus discípulos, y así se enviaba a un maestro a aquellos que no tenían. Se le conducía a un tribunal superior, y así se daba servicio a una ciudad más importante.

Es la misma razón que hacía decir a los judíos turbados ante los apóstoles: “¿Qué vamos a hacer con estas gentes? Pues se dice que lo que hagamos aumentará su influencia” [Hch 4, 16]. Ellos le confiaron al carcelero para que le guardase con rigor, pero este hombre fue encadenado por Pablo con más rigor aún. Le encarcelaron con los prisioneros para evitar su fuga, pero él enseñó la fe a aquellos prisioneros. Ellos le hicieron embarcar y así, sin querer, pusieron en riesgo su vida. En cuanto al naufragio, fue para él ocasión de instruir a los que navegaban a su lado. Ellos le amenazaban con mil castigos para acabar con la predicación del Evangelio, pero éste se propagaba más. Lo mismo decían los judíos hablando del Maestro: “Matémosle para que los romanos no vengan y destruyan nuestra ciudad y nuestra nación” [cf. Jn 11, 48], y aconteció lo contrario. En efecto, fue por hacerle morir por lo que los romanos destruyeron su nación y su ciudad y, creyendo así poner un obstáculo, ellos favorecieron la predicación del Evangelio. Pues bien, lo mismo sucedió en lo que concierne a la predicación de Pablo: acumulando intrigas para extirpar la Palabra, aquellas gentes aumentaron su influencia y la alzaron a una altura inaudita.

Por todos estos beneficios, damos gracias a Dios, admirable autor de los mismos, y proclamamos a Pablo biena-

venturado, él que fue su instrumento, y oramos para obtener nosotros también los mismos bienes, por la gracia y el amor de Nuestro Señor Jesucristo, por quien y con quien sea glorificado el Padre, al mismo tiempo que el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.



## PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

FELIPE FERNÁNDEZ RAMOS

Páginas: 239      Precio: 20 €

Es una excelente guía para leer, con sentido actual y con actitud creyente, los relatos que nos transmiten la pasión de Jesucristo.

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)



## Bibliografía

MARIE-DOMINIQUE PHILIPPE, *En el corazón del amor. Entrevista sobre el amor, el matrimonio y la familia* (Colección *Fuente viva* 1), Palabra, Madrid 2008, 398 pp.

Éste es el primer número con el que se inaugura la colección *Fuente viva*, de la Editorial Palabra, en la que, en colaboración con la Congregación de San Juan, se van a publicar la mayor parte de las obras teológico espirituales de Marie-Dominique Philippe, O.P., fundador de dicha congregación. Las reflexiones de este fraile dominico se sitúan en la corriente de pensamiento de Aristóteles, santo Tomás de Aquino y la experiencia contemplativa del cuarto evangelista. Como se anuncia en el título, en este libro, escrito en forma de diálogo, se trata de ahondar en el tema del matrimonio y de la familia, respondiendo a las preguntas de Frédéric Lenoir y de algunos amigos. Las respuestas se basan en la sabiduría procedente de la fe, en la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia católica actual y en la propia reflexión de M.-D. Philippe. El objetivo del autor es mostrar toda la grandeza y toda la fragilidad del matrimonio y de la familia, así como todas las dificultades para sacar adelante un matrimonio con un amor que salga vencedor de todas las consecuencias y heridas del pecado. Piensa el autor que tal vez sea en el matrimonio donde más resalte esta victoria, ya que las consecuencias del pecado conllevan una propensión a lo sensible, y donde la sensibilidad es más vehemente es en nuestras pasiones ligadas al instinto natural de la procreación. Pero la gracia del sacramento del matrimonio viene a transformar hasta las relaciones sensibles y sexuales entre marido y mujer, y sus relaciones más personales y profundas de amor y de amistad, infundiéndoles un nuevo significado. Estas reflexiones sobre el matrimonio y la familia comienzan por el tema de

la creación del hombre y de la mujer; luego se centran en el tema de la relación entre el amor y la fecundidad, la finalidad y el desarrollo de la educación humana y cristiana, la vida de la familia cristiana en el mundo de hoy, y en el tema del misterio de la cruz en el matrimonio y en la familia.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

MICHELINA TENACE, *El servicio de los superiores. Custodios de la sabiduría* (Colección Sígueme 23), San Pablo, Madrid 2009, 175 pp.

Al comenzar la investigación sobre el servicio de los superiores, la autora de estas páginas constató la abundancia de literatura sobre el tema de la obediencia y la escasez de libros sobre la autoridad y sobre la fisonomía espiritual de las personas llamadas a ejercer la autoridad en una comunidad religiosa. Con el fin de contribuir un poco a colmar esa carencia, este libro está dedicado a reflexionar sobre los derechos y deberes de las personas que gobiernan en el ámbito de la vida consagrada. Su autora se pregunta: Si falta una reflexión teológica sobre la responsabilidad de gobierno en las comunidades religiosas, ¿cómo se afrontará la fidelidad al carisma en este tiempo en que las dinámicas de las relaciones se transforman y se cuestiona toda forma de autoridad? Su reflexión se realiza desde la actual crisis de todo tipo de autoridad sufrida a nivel mundial. A esto hay que añadir la falta de formación humana y de educación en la fe, la falta de una visión auténtica de la vida religiosa, la escasez de personas maduras para ser responsables de una comunidad, y sobre todo la falta de personas capaces de realizar un acompañamiento en la vida espiritual. Ciertamente, la obediencia se convierte en un riesgo cuando faltan personas maduras capaces de asumir una responsabilidad de gobierno.

El libro consta de cinco capítulos. El primero nos ofrece una presentación rápida de la concepción de la autoridad en algunos fundadores (san Antonio Abad, san Pacomio, san

Basilio, san Benito, santo Domingo de Guzmán, san Francisco de Asís, san Ignacio de Loyola). El segundo capítulo trata sobre el tema de la autoridad y la obediencia a la luz del misterio de la Trinidad. El tercer capítulo centra la atención sobre el pecado de la comunidad (saciedad-idolatría-trabajo). El capítulo cuarto reflexiona sobre la necesidad que toda comunidad tiene de superior. Finalmente, el libro concluye con una reflexión sobre los superiores como custodios de la sabiduría y de la bienaventuranza.

El libro trata sin duda un tema de gran interés para calidad de vida de toda comunidad religiosa.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

JUAN DEL CARMELO, *Santidad en el pontificado. Grandes papas y padres de la Iglesia santificados a lo largo de su historia*, Dagosola, Madrid 2009, 276 pp.

En este libro se presentan las biografías de algunos papas de los primeros siete siglos de la historia de la Iglesia, aunque sin detenerse en todos ellos. Al hilo de esta historia va insertando las biografías de algunos santos relevantes que vivieron en la época de estos papas, muchas de ellas tomadas de las audiencias generales de los miércoles de Benedicto XVI. El primer papa biografiado, aunque muy brevemente, es san Pedro. Luego vienen san Lino, san Cleto y san Clemente romano. Después la atención se detiene en el papa español san Dámaso I. En torno a su pontificado de destacan aquí las figuras de Juliano el Apóstata, Teodosio el Grande, san Ambrosio de Milán, san Jerónimo y san Agustín. Después nos presenta la figura de san León Magno, recordando, como en los otros casos anteriores, el contexto histórico en el que se desarrolló su vida, retomando de nuevo el problema del arrianismo, y aludiendo también a otras herejías de su momento como el monofisismo, el maniqueísmo, el priscilianismo y el pelagianismo. Finalmente, el último papa biografiado es san Gregorio Magno. En torno a su figura se presenta aquí también la semblanza de

los dos hermanos santos: san Leandro de Córdoba y san Isidoro de Sevilla. El libro concluye con dos anexos: el primero es una relación de los 265 papas, que incluye las fechas y una breve reseña de sus pontificados, datos que han sido extraídos del *Anuario pontificio*; el segundo nos ofrece una relación de los emperadores romanos, desde César Augusto, hasta el último emperador romano de Occidente, Rómulo Augusto.

El modo que el autor tiene de referirse a las otras confesiones cristianas es ajeno al contexto ecuménico actual.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

JAVIER MELLONI, *Voces de la mística. Invitación a la contemplación*, Herder, Barcelona 2009, 155 pp.

El jesuita Javier Melloni recoge en este libro 33 breves textos de autores «místicos» procedentes de diversas tradiciones religiosas e incluso de autores contemporáneos que no se adscriben a ninguna tradición. Estos textos son una selección enriquecida de una columna que viene apareciendo desde hace casi diez años en *El Ciervo*, revista de literatura y opinión. Aparecen aquí por orden cronológico. En las últimas páginas encontramos una explicación breve de las sencillas ilustraciones que acompañan al texto y una bibliografía básica sobre la mística y el fenómeno místico. Para Javier Melloni la experiencia mística desborda cualquier delimitación confesional o conceptual. No obstante, a un cristiano le tiene que resultar extraño poner en el mismo plano las diferentes experiencias místicas, pues posee la convicción de que su experiencia mística brota del contacto que establece en la fe con la humanidad de Jesucristo, humanidad de la que no se despega ni en las etapas más elevadas. Es verdad que el Espíritu de Jesús desborda en su actuación el marco de la Iglesia, pero después de la encarnación no la hace inútil ni la convierte en un instrumento más de su actuación, sino en su instrumento privilegiado. Otra de las afirmaciones de la presentación que nos

resultan llamativas se refiere a la consideración de las religiones como marcos interpretativos de las experiencias místicas y como territorios cada vez más cuestionados. Es verdad que las religiones son un territorio cada vez más cuestionado, pero habría que preguntarse si ese cuestionamiento resulta en todos los casos legítimo. De todas formas el cristianismo no puede reducirse a un simple marco interpretativo de las experiencias místicas que se dan en su seno. Las experiencias místicas cristianas tienen su origen en el encuentro con el Dios cristiano tal y como ha sido revelado en Jesucristo; el mismo Jesucristo tiene mucho que ver con esas experiencias.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

FEDERICO M. REQUENA, *Católicos, devociones y sociedad durante la Dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República. La Obra del Amor Misericordioso en España (1922-1936)* (Colección Historia Biblioteca Nueva), Editorial Biblioteca Nueva, Madrid 2008, 359 pp.

La riqueza del mensaje de la *Obra del Amor Misericordioso* es un importante objeto de estudio para conocer la historia religiosa de la España de la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, los estudios anteriores al presente eran de carácter introductorio o se centraban en aspectos parciales. La *Obra del Amor Misericordioso* ha sido casi ignorada en las síntesis sobre la vida espiritual y religiosa de la España de esos años. El autor de este interesante libro califica su estudio de «microhistórico» por su objeto. Ha querido abrir una ventana al mundo religioso y espiritual del período mencionado, convencido de que la historia de esta *Obra* permite acercarnos a la mentalidad, uso y costumbres vigentes en algunos ambientes católicos de aquel momento, y conocer mejor algunas facetas del catolicismo español contemporáneo y constatar algunas interpretaciones que la historiografía española ha llevado a cabo sobre él.

El autor sigue un esquema eminentemente cronológico que responde a la historia interna de la *Obra del Amor Misericordioso*, salvo en el último capítulo, dedicado al desarrollo de esta devoción durante la segunda República, donde se sigue un esquema también cronológico, pero en parte no interno sino externo. El autor ha concentrado expresamente la exposición del período republicano en un solo capítulo para que se puedan apreciar con más facilidad las continuidades y discontinuidades que se produjeron en el desarrollo de esta devoción respecto a las etapas anteriores. Los avatares de la *Obra del Amor Misericordioso* durante la Guerra Civil y los primeros años cuarenta, hasta su total desaparición, se han sintetizado en un epílogo.

Esta historia se aborda en estas páginas desde una triple perspectiva de estudio: 1) las devociones; 2) la literatura espiritual; y 3) el asociacionismo católico con fines espirituales y formativos. Para conectar esta triple perspectiva de análisis y descubrir sus potencialidades, el autor ha considerado de especial interés el acercamiento a la historia religiosa que se ha venido cultivando en Francia desde los años 80.

Con el presente estudio se ha pretendido rescatar una página olvidada de nuestra reciente historia religiosa y prestar una contribución a los estudios históricos en este campo. Una de las conclusiones a las que se llega en esta investigación es que existe una relación muy estrecha entre un mensaje espiritual y su institucionalización. Precisamente la fragilidad de los elementos institucionales condujo a la desaparición de esta devoción. Este recorrido histórico ha permitido también poner de relieve la inconsistencia de las interpretaciones puramente políticas de la devoción católica.

Este libro es sin duda el mejor estudio que poseemos hasta la fecha sobre la *Obra del Amor Misericordioso* con la que tan vinculado estuvo el P. Arintero y la revista *Vida Sobrenatural*.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

CHRISTIAN FELDMANN, *Hidegarda de Bingen. Una vida entre la genialidad y la fe*, Herder, Barcelona 2009, 359 pp.

En este libro se nos ofrece una breve biografía de una de las figuras más fascinantes del siglo XII: Hidegarda de Bingen; aunque pronto se eclipsó y fue redescubierta a mediados del siglo XIX y sobre todo en el siglo XX. La correspondencia que esta monja benedictina mantuvo con papas, obispos, reyes y otros personajes que acudían a ella en busca de consejo, nos da una idea del prestigio que alcanzó en su época. Nunca fue canonizada, pero desde 1941 se celebra en toda Alemania su fiesta. Su vida se desarrolló en varios frentes entre los que destacan la teología, la cosmología, la medicina y la farmacia. Mujer visionaria desde su más tierna infancia, siempre trató de ocultar su yo en cada una de las visiones que narra. Buscó conocer a Dios a través de la creación; en algunos de sus escritos podemos encontrar una interpretación religiosa del universo, entendiendo a éste como un modo de llagar a Dios. Hildegarda nunca habla en sus escritos de su relación puramente personal con Dios.

El autor de esta biografía cita con frecuencia la *Vita* comenzada por el monje Godofredo en 1174 ó 1175, cuatro o cinco años antes de la muerte de Hildegarda, y concluida por otro monje, Teodorico, entre 1180 y 1190. Christian Feldmann busca en estas páginas que el lector aprenda de la célebre benedictina a mirar el mundo a través de su mirada despierta, pero sin absolutizar ninguna de las frases de sus escritos.

Esta biografía no es de carácter diacrónico, sino que comienza por uno de los episodios ocurridos un año antes de la muerte de esta monja benedictina: su desobediencia a las autoridades episcopales de Maguncia. Ella misma se justificó diciendo que habría obedecido humildemente a los requerimientos que le hacían si no se lo hubiera impedido el temor de Dios.

Se trata de una interesante biografía, aunque las erratas de imprenta y la complejidad de algunas construcciones gramaticales no facilitan la lectura.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

HIDEGARDA DE BINGEN, *Libro de las obras divinas*. Traducción de María Isabel Flisfisch, María Eugenia Góngora y María José Ortúzar, Herder, Barcelona 2009, 615 pp.

Esta es la primera versión española del *Libro de las obras divinas*, último libro de Hildegarda de Bingen, y constituye el resultado de un trabajo de investigación iniciado en 1996 por un equipo. La traducción ha seguido la edición crítica de Albert Derolez y Peter Dronke (1996). En esta traducción española se ha querido poner al día el texto fuente y plantear una propuesta de lectura, pero intentando conservar el estilo de la célebre monja benedictina, respetando sus peculiaridades, sus múltiples reiteraciones y la complejidad sintáctica.

El *Libro de las obras divinas* es su obra más madura, y en ella reelabora y reescribe algunos de los temas presentes en el *Scivias* y en el *Liber vite meritorum*. En él se nos quiere mostrar una imagen del mundo y del hombre, del cosmos y de la historia en sus múltiples sentidos y niveles de lectura y en tanto que son obra de Dios. Para Hildegarda el mundo y el hombre son como un texto que hay que descifrar y comprender, son también el libro de las obras divinas.

El pensamiento de Hildegarda se inspira en las enseñanzas de la antigüedad, el conocimiento astrológico y enciclopédico en general, el pensamiento de Séneca y de los estoicos, pero sobre todo en el sentido religioso que ella dio a sus imágenes visionarias.

La presente edición permite a los lectores de lengua española acercarse a esta obra de un personaje medieval tan influyente en su época.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.



---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### A la luz de una vela

El Misterio Pascual desemboca en el envío del Espíritu Santo un día en el que los discípulos oraban en el cenáculo junto a María, la Madre del Señor. Esta experiencia la describe san Lucas hablando de ráfagas de viento y llamas de fuego (cf. Hch 2,1-13). ¿Cómo describir tal experiencia? Ciertamente, no se puede, es un misterio. Y nosotros, ¿podemos acaso mostrar a otros la presencia del Espíritu de Dios en nuestro corazón?

Voy a hablarles de una persona de una profunda experiencia de Dios. Se llama Andrea. No es nadie especial. Es como uno cualquiera de nosotros. Le gusta mucho leer los salmos. Éstos le ayudan a dar sentido a su vida. Le ayudan a comunicarse con Dios.

A Andrea le gusta orar todas las noches sentada en su cama y con las luces apagadas, contemplando la pequeña llama de una vela. En ella ve simbolizado al Espíritu Santo, al Espíritu de Dios ardiendo en el interior de su alma. Cómo desea reunirse a solas con Él. Y acurrucarse a su lado.

*«Como busca la cierva corrientes de agua,  
así te busca mi alma a Ti, Dios mío» (Sal 41,2)*

En esos momentos, antes de dormir, antes de pasar al mundo de los sueños, necesita hacer examen de conciencia ante la suave luz de su Amado. Con agradecimiento, recuerda los buenos momentos con sus compañeros de trabajo, la charla en la cola del supermercado, el gusto del helado que ha tomado de postre, y tantas otras cosas que le han sucedido durante la jornada. Sabe, porque así lo siente, que Dios está siempre con a ella.

*«Tu bondad y tu misericordia me acompañan  
todos los días de mi vida» (Sal 22,6)*

Pero, sobre todo, recuerda con gran pena los errores, las faltas, los pecados que ha cometido y el dolor que quizás ha provocado. A veces tiene ganas de justificarse, de demostrarse a sí misma que no ha estado tan mal, que cualquiera hubiera hecho lo mismo..., pero, en conciencia, sabe que no ha estado bien, y necesita arrepentirse de todo corazón.

*«Mira mis trabajos y mis penas, perdona todos  
mis pecados» (Sal 24,18)*

Andrea va a confesarse regularmente, pero necesitaba pedir perdón todas las noches y sentir el cálido cariño de Dios en su corazón. Eso le deja serena, relajada. Y así, con esa tranquilidad, puede contemplar la vela mientras nota la amorosa presencia de Dios en su interior.

*«Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría» (Sal 50,8)*

Andrea siente cómo entra a una nueva vida cada noche, a la luz de la vela. En la dulce calma de su habitación, cuando el mundo se ha parado a su alrededor, estando a solas con su Amado, su vida entra en otra dimensión. Y aquello lo siente en lo más profundo de su corazón.

*«Señor, yo amo la belleza de tu casa, el lugar donde reside tu gloria» (Sal 25,8)*

Qué a gusto está sentada junto a su Amado, sumergida en aquel sosiego. A veces piensa: «El cielo debe de ser algo parecido a esto». El tiempo pasa sin darse cuenta. Es el momento más deseado de todo el día.

*«Descansa sólo en Dios, alma mía, porque Él es mi esperanza» (Sal 61, 6).*

Y, poco a poco, el sueño le va venciendo, hasta que, con los ojos casi cerrados, apaga la vela, se mete del todo en la cama, y se quedaba totalmente dormida.

*«En paz, me acuesto y en seguida me duermo, porque Tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo» (Sal 4,9)*

La llama del Espíritu de Dios sigue ardiendo en su corazón.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.  
*Prulla (Francia)*

## ESTUDIOS

### Contemplación: «el Padre»

Jesús de Nazaret, en la tierra donde nació y vivió, experimenta el amor del Padre hacia el Hijo y nos revela el amor del Padre hacia nosotros. Jesús fue «experimentando» progresivamente que Dios no era el Ser Inaccesible, el Innominado, Aquél a quien había que tratar con sumisión esclava. Jesús nos revela que nuestro Dios no es un Dios de temor sino de Amor; no es el Dios justiciero, sino el Dios Misericordioso; que el primer mandamiento no consiste sólo en amar a Dios, sino también en dejarse amar por Él.

La intimidad del Hijo con su Padre y del Padre con Jesús fue avanzando, profundizándose hasta el punto de que, un día, el mismo Jesús, en un momento de máxima emotividad, llega a decir: «Abbá Padre» (¡Papá querido!). Tal era la fuerza que Jesús había adquirido en su comunicación y relación con su Padre Dios. La contemplación de Jesús ante su Padre en las noches de oración, la comunicación de Jesús con el Padre, ya desde su infancia, fue de tal magnitud que, el Hijo, Jesucristo, el Maestro, el Señor, el Mesías, el Salvador, el Redentor, se encontró en disposición de proclamar al mundo la realidad de un Padre excepcional e irrepetible. Nuestro Padre Dios.

## JESÚS DE NAZARET ES QUIEN HA ORADO DEL MODO MÁS INTENSO EN LA HISTORIA DE NUESTRA FE

Los discípulos vieron todos los prodigios que realizaba su Maestro; observaron su don de gentes, su autoridad, su dominio sobre la vida y la muerte, sobre las tempestades y sobre el interior del corazón de aquellas gentes con las que vivió. Y surgió en sus discípulos espontáneamente una petición singular: «Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos» (Lc 11,1). Es precisamente al contemplar a su Maestro en oración, cuando los discípulos de Cristo quedan impresionados por la profundidad de la oración del Señor y le piden participar de un modo más intenso en la oración del Maestro.

Es revelador la frase de San Lucas: «Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,52). Es indudable que Jesús «aprendía» en un ambiente familiar sumamente religioso. María y el mismo José fueron artífices del crecimiento en sabiduría de Jesús. María y José oraban en casa, en la sinagoga los sábados, en el templo de Jerusalén. El aprendizaje de Jesús fue rotundo. Siendo niño, a la edad de doce años, es capaz de decir a sus padres: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?» (Lc 2,49)

Los evangelistas narran que, en los cortos años de vida pública de Jesús, él oraba constantemente. *Ora en silencio*, en secreto, contemplando al Padre. No ora como los fariseos en las sinagogas o en las esquinas de las plazas, para ser vistos por los hombres: «Cuando recéis, no seáis como los hipócritas, que prefieren

rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que los vea todo el mundo. Os aseguro que ya recibieron su recompensa» (Mt 6,5).

*Ora al Padre en secreto:* «Tú, cuando reces, entra en tu habitación, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está presente en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará» (Mt 6,6).

*Ora solo:* «Un día que Jesús estaba orando en un lugar retirado y sus discípulos se encontraban con él, y les preguntó: ‘¿Quién dice la gente que soy yo?’» (Lc 9,18).

*Ora por la mañana:* «A la mañana, mucho antes del amanecer, se levantó, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba» (Mc 1,35).

*Ora por la noche:* «Y una vez que les despidió, subió al monte, a solas, para orar; al caer la tarde, estaba solo allí» (Mt 14,23).

*Ora antes de llamar a los apóstoles:* «Por aquellos días fue Jesús a la montaña a orar, y pasó la noche orando a Dios. Cuando llegó el día, llamó a sus discípulos y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles» (Lc 6,12-13).

*Ora después de los milagros:* «Su fama se extendió mucho, y mucha gente acudía para oírlo y para que los curase de sus enfermedades. Pero él se retiraba a los lugares solitarios para orar» (Lc 5,15-16).

*Ora antes de la Transfiguración:* «Unos ocho días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Juan y Santiago y los llevó al monte a orar» (Lc 9,28-29).

*Ora antes de la Resurrección de Lázaro:* «Entonces quitaron la piedra. Jesús levantó los ojos al cielo y dijo: ‘Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo bien sabía que siempre me escuchas; pero lo he dicho por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado’» (Jn 11,41-42).

*Ora por la fe de Pedro:* «Pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe. Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22,32).

*Ora por el envío del Espíritu Santo:* «Yo pediré al Padre que os mande otro defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad, que el mundo no puede recibir porque no lo ve ni lo conoce» (Jn 14,15-17).

*Ora antes de su glorificación:* «Así habló Jesús. Luego, levantando sus ojos al cielo, dijo: ‘Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu hijo, para que tu hijo te glorifique a ti, y que por el poder que tú le has dado sobre todos los hombres, él dé vida eterna a todos los que le has confiado. Y la vida eterna es que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, llevando a término la obra que me encomendaste. Ahora, Padre, glorifícame tú junto a ti con la gloria que tenía contigo antes de existir el mundo» (Jn 17,1-5).

*Ora por todos los creyentes:* «No ruego sólo por ellos, sino también por los que crean en mí a través de su palabra. Que todos sean una sola cosa; como tú, Padre, estás en mí y yo en ti,...» (Jn 17,20-26).

*Ora antes de la Pasión en Getsemani:* «Se postró en tierra orando: “Abba, Padre, si es posible, aparta de mí

este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya”. Jesús fue con ellos a un huerto llamado Getsemaní, y dijo a los discípulos: “Quedaos aquí mientras voy más allá a orar”. Se llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo; y comenzó a sentir tristeza y angustia. Y les dijo: “Me muero de tristeza. Quedaos aquí y velad conmigo”. Avanzó unos pasos más, cayó y se puso a orar así: “Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú”. Volvió a los discípulos, los encontró dormidos y dijo a Pedro: “¿Conque no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no caigáis en tentación” » (Mt 26,36-42).

## EL PADRE

Jesús nos trajo la gran noticia del Padre. Con la venida de Cristo a la tierra ha llegado a cada uno de nosotros un hecho revelador, confortante, enormemente consolador. Tenemos un Padre en el cielo; pero un Padre que vela por sus hijos de la tierra. Tenemos un Padre que se preocupa no sólo por los pajarillos del campo, por los animales, por las plantas, por los buenos y por los malos, sino que la preocupación de nuestro Padre Dios llega al interior de cada uno de nosotros, de tal forma que podemos experimentar su presencia alentadora.

Jesús nos dijo que nuestro Padre Dios actúa en el mundo. No es un Dios lejano, encumbrado en su cielo, sino un Dios cercano que ha querido manifestarse como Padre nuestro. Las comparaciones descritas por Cristo en el Evangelio son de una riqueza excepcional:



«Si tu hijo te pide un pan, ¿le darás una piedra?» (Mt 7,9). ¿Quién da vida a las flores, a los pájaros, a las estrellas...? Y si el Padre se preocupa de todo ello, ¿cómo no va a preocuparse de cada uno de vosotros? «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados» (Mt 10,30).

Dios, nuestro Padre, quiso entregar al mundo a su propio hijo, el cual, naciendo de María, haciéndose obediente hasta la muerte, culminó su misión salvadora en la cruz, resucitando de entre los muertos para darnos motivos de inmensa esperanza. Y el Hijo, con su obediencia al Padre, hizo de cada uno de nosotros un hijo, un hermano, un heredero, un familiar. Desde entonces, el amor del Padre a su Hijo y del Hijo a nosotros se ha convertido en familia. ¡Hemos encontrado una nueva familia!: la familia de Dios, donde el Padre es nuestro Padre, donde el Hijo es nuestro hermano y donde nosotros, hermanos unos de otros, estamos impulsados por la fuerza del Espíritu Santo.

#### ENVUELTOS POR EL AMOR DEL PADRE

El amor del Padre envuelve toda nuestra vida. El Padre no nos vigila, el Padre nos cuida. Por eso, Cristo, el Hijo amado del Padre, no se cansó de animarnos en nuestra relación con ese ser tan entrañable llamado «Padre». Nos decía Jesús: Pedid, llamad, tocad las puertas. Seréis escuchados, se os abrirán las puertas, encontraréis lo que buscabais, recibiréis lo que pedís. El Padre no falla; el hijo puede, un día, con su mal comportamiento, dejar de ser hijo, pero nuestro Padre

Dios jamás dejará de ser Padre, de actuar como Padre y de amar como Padre.

Jesús vino al mundo, estuvo con sus discípulos, nos dejó una doctrina, nos señaló un rumbo, una guía, un destino. Al final, antes de marchar al encuentro con su Padre, nos dejó su Evangelio para que lo viviésemos. Es a partir de ese momento cuando podemos entender la misión del Hijo y la presencia del Padre: debemos dejarnos envolver y amar por el Padre; debemos vivir el Evangelio de Jesús, que consiste en experimentar el amor del Padre; debemos tratar a los demás como el Padre me trata a mí. A partir de esta experiencia, la persona que está a mi lado es mi hermano.

Jesús, en su vida mortal, experimentó intensamente el amor del Padre. Por eso, cuando sale a predicar al mundo, trata de comportarse con todos como el Padre le trata a él. Dirá: «Como mi Padre me amó, así yo os he amado a vosotros» (Jn 15,9). Este es el programa que propone Jesús; Él es su Hijo amado y nosotros somos también sus hijos amados. Jesús quiere, nos lo dice y nos lo atestigua con sus palabras y testimonios, que el Padre sea para nosotros: padre, madre, esposa...; el amor del Padre es ternura, afecto, dulzura, tan fuerte, que opaca las ternuras terrenales y humanas.

#### EL PADRE, MODELO DE NUESTRA VIDA

Jesús constituye una familia itinerante de discípulos, familia que será de formación, perfección y vivencia en el Padre, donde Jesús es el gran Hermano. «Como

el Padre me ha amado, así os amo yo en el Padre» (cf. Jn 15,9). Es la prolongación del amor del Padre hacia Jesús y hacia los que Jesús elige. El modelo de conducta, la referencia buena, la orientación y destino será para siempre el Padre: Sed como el Padre.

Jesús vivió en familia con los doce, pero bajo el enorme influjo del Padre. Les abrió su corazón, corrigió sus defectos, anuncio el fin de su vida en la cruz, proclamó su futura resurrección. Dijo a sus discípulos al final de su vida terrenal que sentía miedo, tristeza y preocupación. Les llamó amigos; fue con ellos exigente y comprensivo corrigiendo soberbias y curando tensiones. Les purificó de su mentalidad mundana, les lavó los pies y se manifestó paciente con todos, pero siempre bajo el amparo de su Padre Dios.

Jesús, al final de su vida, como herencia perpetua, transmite a sus discípulos lo que recibió de su Padre Dios. Yo recibí el amor del Padre y os lo transmití a vosotros; ahora vosotros lo debéis transmitir a los demás. Salió del Padre y vuelve al Padre pero con el mensaje dejado a sus seguidores. Tendrán el distintivo de servicio y la característica del amor fraterno. Jesús parte de este mundo pero no deja huérfanos a sus amigos. El Padre se preocupa y les envía el Espíritu Santo.

Jesús, después de vivir en familia con sus discípulos, poniendo en práctica todas las exigencias del amor (recibido del Padre y comunicado a ellos), se dirigió a sus amigos para llamarles «hermanos». «Anda y di a mis hermanos que subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Jn 20,17). A partir de entonces, y con la presencia del Espíritu, los discipu-

los del Señor ponen en práctica el amor recibido: unidos en el amor, unidos en la oración, unidos en la escucha de la Palabra, unidos en los bienes comunes donde ya no habrá nada de nadie sino que será todo de todos.

## CONCLUSIÓN

La vivencia de Jesús con su Padre, la vivencia de Jesús con sus discípulos y la vivencia de los discípulos entre sí, fue el gran testimonio dejado por Jesús y puesto en práctica por los discípulos. La fraternidad de una comunidad apostólica, la herencia del amor, la pasión por aquel Jesús y la confianza en nuestro Padre Dios ha ido animando a todos hasta nuestros días. El camino está señalado, sólo queda el ponerlo en la práctica.

Es ilustrativo el argumento que nos da Jesús de Nazaret: «Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños, porque en verdad os digo que sus ángeles ven continuamente la faz de mi Padre que está en los cielos» (Mt 18,10-11). Es el misterio de la oración-contemplación; ese misterio en la vida de María cuando, tal como dice el Evangelio, meditaba y guardaba todas las cosas en su corazón. La oración contemplativa es un medio privilegiado para llegar a un conocimiento íntimo y experimental de Jesucristo, que acrecienta y fortalece el amor a Él. La oración contemplativa, o de contemplación, consiste en «hacerse presente» en la escena o el misterio que se contempla. Todo ello nos lleva a la verdadera contemplación del Padre.

MONS. JUAN JOSÉ LARRAÑETA, O.P.  
*Villava (España)*

## El progreso en las fuentes monásticas

En el transcurso del tiempo, la evolución del pensamiento humano tiende a transcurrir en una aceleración más que por un desarrollo madurativo propio de la persona, como lo es una llamada vocacional de Dios a vivir el monacato.

¿Por qué hablamos de «aceleración»? Simplemente porque hoy estamos en un mundo de consumo, un mundo donde hay que correr no sólo para hacer: por desgracia también hay que correr para ser. Y, en consecuencia, ese «ser», actualmente, es un hombre, una mujer con una cierta falta del sentido de responsabilidad.

Es evidente que es un fenómeno que se ha desarrollado en numerosas sociedades y culturas, merced a la facilidad de la comunicación y de la información, que son dos fuentes fruto del progreso, pero que son distintas. Y, sin embargo, sin un proceso de maduración no se llega a profundizar los conocimientos que vamos adquiriendo, por más que estemos informados.

Por lo tanto, es necesario favorecer la comunicación con más hondura, en un sentido cognitivo, personalizado, para recuperar las relaciones interpersonales que hacen que una sociedad sea libre y generadora de humanidad.

## CÓMO SE APRENDE A SER MONJE O MONJA

1.º- Cuando entramos en el monasterio nos reciben muy cariñosamente. Lo primero que las monjas o la Priora –o la Abadesa– hacen, es invitarnos a ir a visitar al Señor en el Sagrario y, de paso, nos enseñan el coro y la iglesia. Nos dan el horario y nos dicen dónde se halla nuestra celda, el refectorio, los baños, etc. Es lo que llamamos «situar a la recién llegada en su lugar en el monasterio».

2.ª- El segundo paso que se realiza al entrar en un monasterio, es «situarnos en la vida comunitaria». Ya sabes, que por ser la recién llegada te toca ir detrás de toda la comunidad en fila. Y la comunidad te estudia a ti. Y tú estudias a las hermanas, individual y colectivamente. Te vas haciendo una idea del temperamento de cada una. Y, así, la recién llegada se va situando. Y la comunidad, que es en definitiva la que más va a observar, también estudia hasta el hilo más fino de la candidata, para situarla donde le corresponda.

Nos van situando. Pero esto no es sólo exclusivo de un monasterio, es propio del ser humano en cualquier trabajo o escuela, en cualquier grupo social. Cuando llegamos a un grupo, nos estudian y lo estudiamos buscando dónde podemos encontrar apoyo, amistad y de dónde debemos huir para que no nos hieran.

Hay que tener en cuenta que posiblemente, *el futuro de la candidata a la vida monástica dependa de cómo sepa situarse como novata y qué es lo que ha de hacer para saberse bien situada en ese papel de desconocida, al formar parte de una comunidad que no la conoce a ella, ni ésta es conocida por ella.*

Cuando decidimos entrar en un monasterio no sabemos si tenemos vocación *si no nos dan de beber de «las fuentes de la Vida Monástica»*.

Es propio de la vida monástica el estudio de las Sagradas Escrituras. Pero para completar una sólida formación, es necesario un estudio sistematizado y bien organizado de distintas materias: teología, psicología, sociología y filosofía. Todo ello adecuado a cada monja –o monje– según sus posibilidades intelectuales.

El Abad san Antonio (251-356) nos ha legado una hermosa herencia a la vida monástica: la *Lectio Divina*. En ella, a través de una profunda meditación y contemplación de los misterios de Dios, el hombre se diviniza.

La vida monástica es siempre un camino de aprendizaje de los dones de Dios.

## LOS INICIOS DEL MONACATO

El monacato apareció dentro del cristianismo como una especial clase social a finales del siglo III. Anteriormente, se tenía a los monjes como a un grupo de personas que libremente se retiraban para vivir en soledad con Dios.

No obstante, siempre han surgido dudas sobre por qué aparecen esas personas que prefieren vivir en soledad. Se les acusa por varios motivos y algunos de ellos son perfectamente válidos. Sobre todo a las mujeres, se les ha etiquetado como personas que huyen de la vida del mundo o bien de un desengaño amoroso, de la pobreza o de la inconformidad con la sociedad.

Pero hay que añadir que desde el siglo XIII existe el agravante de que los padres se deshacían de sus hijas cuando éstas tenían algún tipo de anormalidad, o bien, cuando consideraban que no era conveniente darlas en matrimonio. Entonces, mediante una buena dote, se quedaban acogidas en el monasterio como «legas» o «coristas».

Pero nos inclinamos a pensar que la razón fundamental es, y ha sido siempre, la *búsqueda de Dios*, desde la vivencia de la pobreza, la mortificación corporal, la abstinencia, los ayunos y viviendo en la soledad de Dios.

El historiador del monaquismo García M. Colombás, escribe: «*Los orígenes del monacato están rodeados de oscuras sombras. Tan oscuras e impenetrables, que el tema se está debatiendo, por lo menos, desde los tiempos de San Jerónimo, hace dieciséis siglos*»<sup>1</sup>. Y dice también: «*Los solitarios antiguos conocían muy bien las Escrituras. Descubrieron en ellas el gran tema del desierto. Como es bien sabido, ocupa el desierto un puesto central en la historia y en la misma formación del pueblo escogido*»<sup>2</sup>.

Recopilando un poco la historia del monacato, nos hallamos con el primer documento de la vida monástica: la *Vida de Antonio*. Se trata de la biografía de san Antonio Abad, escrita por san Atanasio de Alejandría (295-373).

1. G. M. COLOMBÁS, *El monacato primitivo*, B.A.C., Madrid 2004 (2.<sup>a</sup> edic., 2.<sup>a</sup> reimp.), 9.

2. *Ibid.* 27.



También contamos con modernos estudios, como el realizado por D. Knowles, quien considera que no hay duda acerca del momento y lugar donde aparece: fue en el Bajo Egipto a finales del siglo III. Más exactamente en aquella iglesia donde, san Antonio, hijo de ricos campesinos, escuchó: «*Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo [Mt 21,30]*»<sup>3</sup>.

Sabemos que, tras un periodo anacoreta, san Antonio se hizo cargo de algunos pequeños monasterios dirigidos por él. Si bien influyó mucho en la vida monástica, san Basilio de Cesarea (ca. 330-379) aportó notables correcciones, sobre todo en lo que se refiere a la convivencia comunitaria. Además, limitó el número de monjes que vivían juntos, insertó sus monasterios dentro del contexto social y eclesial –añadiendo escuelas, hospicios y orfanatos– y, sobre todo, reglamentó la vida para dejar espacios de estudio y oración.

Un personaje muy destacable en la historia del monacato es ama Macrima, quien se anticipó a su hermano Basilio acogiendo antes el carisma del monacato e inaugurando con sus discípulas el floreciente cenobio de vírgenes de Annesi o Annsia, junto a los orillas del río Iris, en el Ponto, actual territorio de Turquía<sup>4</sup>.

Eusebio de Emsa (fallecido en 359) traza el diseño del prototipo ideal del monje que él reproduce con rasgos bastante concretos: «*Vimos a un hombre que no*

3. Cf. D. KNOWLES, *El monacato cristiano*, Ed. Guadarrama, Madrid 1969, 10.

4. S. CARRASQUER y A. DE LA RED, *Matrología*, t. I, Monte Carmelo, Burgos 2000, 153-154.

*había contraído matrimonio, y aprendimos a no casarnos [...]. Vimos a un hombre que no tenía donde reclinar su cabeza, y aprendimos a despreciar todas las cosas. Vimos a un hombre que andaba por los caminos, y no para comprar y poseer cosa alguna, sino para enseñarnos a abandonar los bienes que no nos pertenecían. Vimos a un hombre que ayunaba para enseñarnos a ayunar, no con palabras sino con el ejemplo»<sup>5</sup>.*

Los monjes de la Antigüedad se consideraban continuadores de la genealogía de los grandes amigos de Dios, curtidos en la experiencia del desierto, de tal forma que poseían una viva conciencia de ser pobres eslabones de una larga cadena: «*Esta descendencia ha ilustrado al eremitismo y al monacato en general más que todos los títulos de gloria*»<sup>6</sup>.

Sin duda, el arquetipo permaneció estable en un proceso evolutivo desde la fórmula rigurosa eremítica hasta el cenobio de estilo pacomiano, más equilibrado.

La *imitación de Jesucristo* fue la fuerza poderosa y eficaz que inspiró este género de vida tan exigente.

#### LA VIDA «FILOSÓFICA»

Cuando se inició la vida monástica, ésta no se denominaba «monástica», sino «filosófica». Llevar una vida filosófica era vivir un sistema ordenado donde se estudiaba, se trabajaba y, sobre todo, se disfrutaba en común.

5. Hom. 7, 8, Ed. M. Buytaert.

6. HAUSHERR, «L'hésychasme», *Etudes de spiritualité*.

Este estilo de vida monástica fue creciendo como una de tantas escuelas que existían en aquella época.

Muchas gentes, entre ellos numerosos jóvenes, fueron al encuentro de san Antonio en busca de una determinada escuela cristiana. Muchos de ellos no estaban bautizados, pero les gustó lo que explicaba san Antonio y así, curiosamente, aprendieron antes la vida monástica que la cristiana.

San Juan Crisóstomo (347-407) consideraba a san Antonio «*el Evangelio puesto en práctica*» y san Atanasio de Alejandría, entusiasmado por cuánto sabía, ayudó a difundir su género de vida por medio de sus escritos.

En los inicios de la vida monástica sólo existían «maestros», de tal forma que la gente se adhería a una determinada escuela monástica por el nombre del maestro. San Antonio aprendió de estas escuelas y, posteriormente, directamente de Jesucristo.

Existían distintas tradiciones, pero todas bebían de la misma fuente: Jesucristo. San Antonio enseñó que por encima de pertenecer a la escuela del Padre «tal» o del Padre «cual», ante todo se pertenecía a «*la escuela de Jesucristo*». Éste es el descubrimiento que hacemos siempre. Es el manantial de la Vida de toda persona que sigue los pasos de Jesucristo.

Otro personaje clave fue Pitágoras (ca. 582-507 a. C.), quien decía: «*Os pido que todos los que os presentéis a mi escuela, tenéis que ser desprendidos, de otra forma nunca seréis libres y no podréis progresar espiritualmente, porque el primer deber que tenemos es el de “conocernos a nosotros mismos”*».

## CONOCERSE A SÍ MISMO

Este es el principio filosófico de todas las escuelas.

San Antonio gracias a dejarlo todo para poder disponer de sí mismo, pudo ejercer el voto de pobreza y realizar una de las empresas humanas más heroicas: «*Conocerse a sí mismo para conocer a los demás y conocer a Dios*».

Existen tres campos donde el conocerse a sí mismo se debe aplicar: la vida afectiva, el trabajo y el compartir. Si falla una de estas tres, no existe progreso espiritual.

Quien no es capaz de llenar su parte afectiva y de cuidarla, está rompiendo su unidad personal, el «yo» que Dios desea que conozcamos.

En la vida monástica todo lo hemos aprendido porque nos ha sido dado, regalado. La vida monástica es siempre un aprendizaje de los dones de Dios. De ahí que *un monasterio solamente puede ir bien, no porque tenga vocaciones, sino porque las personas que viven en él den su don personal*. Esto pertenece a la primera «fuente de vida monástica», según fr. Salvador Plans, O.S.B.

Una gran contribución del pensador alejandrino Orígenes (185-254) fue cristianizar los valores filosóficos paganos. Percibió que para que la vida monástica tuviese aliciente para los paganos, debía enlazar con su cultura y con los dioses buenos y los dioses malos de la mitología griega. Y llevarlos, así, a la contemplación de la luz de Dios que es Jesucristo.

El monje de aquellos tiempos percibía intensamente que Dios estaba en él y en todos los demás.

#### LA VIDA MONÁSTICA ES UNA FUENTE DE HUMANIDAD

Aunque para algunos les parezca un desatino, lo primordial en el carisma monástico no es la contemplación. Lo principal, es: *conocernos a nosotros mismos*. Es un *deber*, el *primer deber*, si deseamos conocer a Dios y así alcanzar los distintos grados de contemplación.

Es bien conocida la sabiduría de la filosofía griega. La fuente de los diálogos de Platón (ca. 427-347 a. C.) son las tragicomedias de Homero (siglo VIII a. C.). En ellas aparece la amargura de toda la realidad humana oculta bajo una máscara, porque no nos atrevemos a vernos tal como somos.

Sócrates (470-399 a. C.), otro gran pensador griego, decía: «*Mejor no llevar máscaras y así tendrá más valor tu autenticidad*». Y Orígenes afirmaba que la vida monástica sirve para libertar al hombre de sus máscaras. Decía: «*Yo me amo tal como soy, o no existo*». Es necesario buscar el conocimiento de uno mismo.

Yo siempre he tenido un maravilloso referente en las tentaciones de Jesús (cf. Lc 4,1-13). ¿Qué tentación podía haber tenido? Pues, en mi opinión, la de *no ser hombre*: si eres Hijo de Dios, arrójate al vacío. Pero como los hombres no pueden hacer semejantes prodigios, Jesús quiso ser hombre hasta el final, es decir, hasta la misma Cruz.

La vida monástica es una fuente de humanidad.

Uno de los peores males que podemos hacer en un monasterio, ¿saben ustedes cuál es?: el servilismo, Jesús no quiso tener ningún discípulo servidor, sino auténticos amigos (cf. Jn 15,15). Ser auténtico cuesta mucho.

## CONCLUSIÓN

Nosotras somos hijas de este carisma monacal, que es el primero que surgió en la Iglesia, después del de los mártires, que finalizó con la persecución ordenada por el emperador Diocleciano (ca. 245-311).

Este artículo ha sido fruto del estudio realizado en un cursillo impartido por fr. Salvador Plans, O.S.B. en la Abadía de Montserrat (Barcelona, España). Hubiese deseado extenderme más. No obstante, deseo expresarles que el progreso en las fuentes del monacato sigue vivo, a pesar de no tener vocaciones como en otros tiempos.

Nosotros, monjes y monjas, *debemos ser hoy el agua que mana y corre en la Iglesia.*

SOR CECILIA CODINA MASACHS, O.P.  
*Paterna (España)*

# La importancia del silencio interior en la oración

*«Silencio en la presencia de Dios» (Sof 1,7).*

*«Cuando oréis no seáis habladores como los hipócritas... y tu Padre, que ve lo secreto, te recompensará» (Mt 6,5-6).*

*«...pero él hablaba del templo de su cuerpo» (Jn 2, 21).*

## LA COMUNICACIÓN Y LA COMUNIÓN

La verdad es que no es la palabra el mejor vehículo de comunicación. Dentro de la diversidad de expresiones de la oración, una de ellas es la oración como un encuentro, como una relación, incluso la oración sencillamente como una comunión. Una cosa es la comunicación y otra la comunión. En la comunicación siempre hay dualidad, se hacen presentes dos, pero en la comunión dos se vuelven uno.

En nuestro lenguaje cristiano hablamos del sacramento de la comunión. Una oración siempre es una comunión. Muchas veces en la oración surge esta dificultad, o este inconveniente: «¡es que no sé qué decir!», «¡es que no se me ocurre nada!». Como si en la oración

lo nuestro fuera hablar, fuera decir, fuera expresar. Pero si llegáramos al convencimiento de que la oración es una comunión, entonces no hay nada que expresar, no hay nada que manifestar.

La oración, más que una comunicación, es, sencillamente una comunión. En este sentido el silencio puede ser el sendero, el camino, la expresión de una comunión. La palabra es equívoca, casi todas las palabras tienen diversos significados.

En el pasaje del evangelista Juan, Jesús habla del Templo: «*Destruid este Templo y en tres días lo levantaré*» (Jn 2,19) y se crea una discusión: «*“Resulta que este Templo tardamos cuarenta años en levantarlo, ¿y tú en tres días lo vas a levantar?”*». Pero Él hablaba del Templo de su cuerpo» (Jn 2,20-21).

Con una misma palabra se habla de una cosa y de otra. La palabra «león» no sólo habla del felino por antonomasia sino también significamos a la persona que lleva ese nombre y, así mismo, a una región, un paisaje, una provincia. Por eso es tan importante estar atentos a lo que la persona que habla con nosotros nos quiere comunicar.

Tenemos la tendencia a quedarnos con la palabra, pero la palabra no hace más que apuntar, hay que estar atentos a las vibraciones, al semblante de la persona que habla para darnos cuenta de lo que la persona nos quiere decir. La palabra no es lo que está en el diccionario, sino lo que vibra en el corazón, lo que bulle y se expresa desde dentro del corazón. Una cosa es lo que dice el emisor, en este caso Jesús, y otra lo que entienden los receptores. Y entonces no hay modo de entenderse.



Paradójicamente a esta era nuestra se la ha llamado «la era de los medios de comunicación» y sin embargo es cuando más abunda la enfermedad del aislamiento. Los medios de comunicación son muy sofisticados y en fracciones breves de tiempo sabemos lo que pasa en el extremo del planeta. Los medios son para dar una noticia o transmitir una información y sin embargo la gente se siente incomunicada.

Se contaba de un presentador famoso de un programa de la televisión americana que había caído en una depresión porque le había faltado comunicación. Tenía mucha comunicación en el programa, pero él, personalmente, no entraba en comunicación con nadie.

Otra cosa es la apertura interior, la entrega de los latidos, de las vibraciones de dentro.

Hablemos de la diversidad de significados de la palabra «silencio». Existe un silencio *positivo* y un silencio *negativo*. Éste último son los ruidos que van dentro de nosotros y entorpecen la comunión. Los silencios negativos son aquellos que prohíben o niegan o no facilitan o bloquean nuestra relación, nuestro encuentro. Cuando hay comunión, no hay que preocuparse de hablar nada. Delante de Dios, como dice Sofonías, que todo calle (cf. Sof 1,7). El mejor talante, el mejor ademán es el silencio.

#### EXISTEN CIERTOS SILENCIOS NEGATIVOS

*El silencio de angustia.* Se hace presente cuando nosotros ante un episodio, un acontecimiento, se nos «hace un nudo en la garganta». Angustia viene de

angosto, que algo se cierra. Nudo no sólo evoca algo duro, una dureza, sino también algo retenido. Hay silencio, pero no hay ninguna relación, no hay ningún encuentro. No proporciona ningún acercamiento. Más bien provoca aislamiento y un modo de escaparse de lo que hay.

*El silencio de indiferencia.* Es el silencio del bostezo. Realmente cuando algo no nos interesa no cabe un acercamiento, no cabe una relación. Es un silencio que no facilita ninguna relación con las personas.

*El silencio de impotencia.* Cuando uno se considera demasiado poco importante y se culpa de su impotencia: «no tengo nada que decir». Es un silencio negativo, donde uno se culpa a sí mismo. Unido a él va el *silencio del miedo*: uno teme que no va a ser escuchado, que su palabra va a desconcertar. Entonces se imagina... El miedo es frecuentemente fruto de una fantasía, de una imaginación. Uno se imagina que los demás, el grupo, no le van a acoger, que su mensaje no va a ser entendido. Es un silencio pero no crea ninguna relación y, por supuesto, no crea ninguna comunión.

*El silencio de envidia.* La envidia todos la podemos padecer. La envidia desaparecería de nosotros si nunca nos comparáramos con nadie. Jesús nunca se comparó con nadie. Cuando hablamos de Jesús como «hijo único» eso se puede decir de cada uno de nosotros, cada uno es «hijo único», en su singularidad, en su individualidad, en su manera de ser. Si uno se sabe único, no hay comparación.

Siempre que hay comparación, cabe sentir orgullo o una especie de complejo de inferioridad. Si uno se

siente mejor que los otros, brota euforia o cierta vanidad, y si uno se siente peor, se siente a disgusto o inferior. La envidia se diluye si nos sabemos hijos únicos, si no nos comparamos con nadie, hijos inmejorables. Dios no ha podido hacer cosa mejor. Al roble le hizo roble, al eucaliptus, eucaliptus...

No siempre el ser humano está contento consigo mismo, la envidia es señal de ello. Una de las urgencias de la vida es asumirse así mismo, aceptarse así mismo, acogerse a sí mismo, sino surge siempre la tendencia a pretender algo de otra manera, a poseer otras cualidades...

Cuenta la leyenda *que había unas flores diminutas que casi no se veían y Dios les preguntó: «¿Y vosotras qué queréis?» Y todas cantaron a una: «¡Somos felices siendo así!».*

Ser como una flor que se abre por la mañana y no teme cerrarse por la tarde. Se abre de repente, pero no teme que al llegar la tarde se mustie.

La envidia normalmente nos deja en silencio. La envidia no sabe reconocer los valores, las obras del otro. No sabe dar un aplauso o un reconocimiento, o una evaluación positiva. Es un silencio negativo que no crea encuentro.

Llamo la atención sobre todo esto porque no está al margen de la oración. Todo lo que nos entorpece en la relación, nos entorpece en la relación con el Señor. Cuando bloqueamos nuestras relaciones, queda entorpecida la relación con los hermanos. Cuando nos liberamos de esos miedos, de esa angustia, cuando nos

liberamos de esa envidia, uno queda más suelto para comunicarse con los demás, por supuesto, pero también para vivir esa comunicación o esa comunión con el Señor.

*El silencio del orgullo.* Los antiguos situaban las pasiones en zonas determinadas del cuerpo y al orgullo lo situaban en la cabeza. El dicho popular lo expresa así: «A fulanito se le han subido los humos a la cabeza».

Cuando el orgullo nos invade, eso nos aleja mucho más. Cuántas veces las relaciones quedan rotas por el orgullo: «¡Que venga el otro y se encuentre conmigo!». ¡Como si dar el primer paso fuera una pérdida! Y es entonces cuando no entramos en la lógica del evangelio.

Jesús, en la encarnación, lo que hace es perder. La encarnación es el sendero, el camino de una comunión de Dios con el hombre, es la gran oración. Dios que entra en comunión con el hombre y resulta que, como canta el himno de san Pablo a los filipenses (cf. Fil 2,6-12), Jesús en su encarnación pierde hasta su categoría de Dios. La encarnación es pérdida, pero es comunión total con el hombre.

Si no sabemos perder, nunca sabremos estar juntos, no sabremos relacionarnos. Cuántas veces nuestras relaciones quedan entorpecidas por no saber perder, cuántas veces, después de un conflicto, creemos que perdemos prestigio, reconocimiento... ¡Más perdió Jesús en un empeño de comunión con nosotros, que perdió hasta la vida! No hay que acudir demasiado a los derechos para protegernos. Lo que hay que proteger es una buena relación, un buen encuentro.

En este sentido, el silencio puede ser un sendero magnífico para que la relación mejore. *¡El saber perder!* El saber vivir un poco la «cultura de la idiotez». Hemos aprendido a vivir la cultura de los derechos, y está bien. Pero también hay que aprender a vivir la cultura de la idiotez: saber perder.

Es un poco la cultura del Evangelio el saber perder. Por nuestro orgullo, a veces no sabemos perder. Pero, por favor, dad crédito a Jesús: eso agilizará nuestra relación y nos pondrá en camino de un encuentro silencioso.

Dentro del cúmulo de ruidos que se despiertan en nuestro silencio, en las fantasías, ciertos recuerdos aparecen: los recuerdos en los que uno sospecha que ha sido maltratado, que no ha sido valorado... Y por eso se generan esos diálogos internos: «¡Él me ha dicho...!», «¡yo le he dicho...!». Entonces dad crédito a este mensaje que encontramos en la vida de Jesús: *orar es saber perder*. No se puede orar sin perder. Es una constante en nuestra aventura espiritual.

*El silencio del malhumorado*. En un momento, en nuestros gestos y palabras aparece un silencio negativo que no facilita la relación. Pero, felizmente, el silencio del malhumorado es un silencio pasajero. Como se suele decir: «¡déjale, que no está el horno para bollos!».

*El silencio del rencor*. Es el silencio del malhumorado que ha cristalizado, que se ha calcificado, que se ha endurecido. Es un silencio bloqueador de nuestra relación y obstaculizador de nuestros encuentros.

*El silencio del odio*. San Juan, en la primera carta, recuerda: «*El que no ama a su hermano es un homici-*

da» (1 Jn 3,15). Que se podría traducir de esta manera: «el que no habla a su hermano, el que no lo toma en cuenta, el que no lo considera, el que no entra a formar parte de su vida, es un homicida».

Hay silencios asesinos, «hay miradas que matan», decimos, pues hay silencios que son una especie de asesinato psicológico. Se expresa hasta con el gesto. Decimos: «a éste le he tachado».

Estos son como los «silencios cardinales». Está bien tomarlos en cuenta, reconocerlos, porque todos podemos, en ciertos momentos, sentirnos afectados por ellos. Y está bien que reconozcamos que todo lo que entorpece nuestra relación con los demás disminuye nuestra relación con el Señor.

Cuando no se dan nada más que los «mínimos», cuando salvamos los «mínimos», realmente salvamos poco.

Nuestra comunión fraterna es el reflejo de nuestra oración.

#### LA ORACIÓN SILENCIOSA

*«...oyó palabras inefables que el hombre no puede decir» (2 Cor 12,4).*

En la andadura de la oración silenciosa, pronto uno se da cuenta de lo que sucede en su mente, en su sensibilidad...

Una página de Cervantes cuenta que don Quijote se acercó al mesón y la mesonera estaba en jarras. Al preguntarle: «¿Qué hay de comer?», la mesonera le dijo:

«¡Pues lo que traiga mi Señor!». ¿Qué hay en el silencio?: pues en el silencio hay lo que uno lleva. No hay que meter nada en el silencio.

Hay una palabra que se oye mucho al referirse a la oración: interiorizar, «¡vamos a interiorizar!». Se considera que en la oración se mete algo dentro, pero, en realidad, en la oración, lo que hay que dejar es que lo de dentro salga. Permitir que Dios, que está dentro, Dios, que habita en el corazón, aflore y se haga presente en nosotros.

La oración, propiamente, es silencio. Si hacemos lectura, ya es otra cosa. En el silencio, lo que hacemos es liberar a Dios que está dentro. *De la oración silenciosa podemos decir que es la liberación de Dios que mora dentro.* Todo el mundo del silencio es en atención a esa presencia oculta, a esa presencia misteriosa.

La gran oración que es la Eucaristía, es el sacramento de la Presencia: lo nuestro es hacernos presentes a esa Presencia misteriosa. En la vida no es fácil hacerse presente, muchas veces nuestras patologías entorpecen ese hacernos presentes. Muchas veces nos tratamos unos a otros, pero podemos reconocer que no nos hacemos presentes. Hablamos de cosas. Casi siempre hablamos de los demás, pero no de nosotros mismos. Hablamos de los ausentes: juicios, comparaciones, analizamos, valoramos... En cambio, no nos hacemos a nosotros mismos presentes. El hacernos presentes es una excepción. Pero es una felicidad que nos negamos.

La presencia es una urgencia para que en la vida vayamos adiestrándonos, vayamos haciéndonos pre-

sentés. Cuando nos hacemos presentes, Dios se hace presente.

Nunca el silencio es una evasión. Evasión puede ser una lectura, una imagen. Pero el silencio nunca es una evasión porque nos pone en contacto con nuestra propia verdad. La verdad se hace presente cuando desaparece lo falso, y falso es nuestra exterioridad. Lo sabemos, pero estamos muy adheridos a ella. Y por eso no permitimos que se quiebre o mengüe o se rompa. ¡Cuánta gente llena su habitación de música, o de lo que sea, por no saber estar solo!

Es un arte saber estar solo, saber convivir consigo mismo, saber convivir con el mayor secreto de la vida. No convivir con la falsedad, convivir con nuestra propia verdad. Sería evasión si nosotros huyéramos de nosotros, si nosotros nos escapáramos. Pero no es evasión si vamos a nuestro centro y en él recorremos el sendero para encontrar, en lo oculto, en lo misterioso, la verdad.

«Verdad» etimológicamente es «desnudez». La verdad se hace presente cuando lo falso, la exterioridad, se va quebrando y deja que se desvele la verdad.

#### LOS SILENCIOS POSITIVOS QUE FAVORECEN LA RELACIÓN

*El silencio de cortesía, de humildad.* Es el que ofrecemos a la persona que desconocemos, que nos hace una visita. Viene a nuestra casa y nos interesamos por esa persona, por su mensaje. Es un silencio que no va muy lejos, pero ofrece la posibilidad de que la otra persona se exprese, se comunique y se nos haga presente.



*El silencio de admiración.* Es un silencio más cálido. Algo de esa persona nos atrae: o su mensaje, o su presencia, o su bondad, o su saber, o su modo de comportarse... Algo nos atrae. Algún gesto con el que se hace presente a nosotros. Es un silencio válido porque, cuando algo admiramos, ya lo escuchamos de otra manera. Algo acogemos con otro ánimo o con otro tono.

*El silencio de asombro.* Cuando uno se asombra queda como ensimismado. Uno contempla un cuadro, un Greco, y queda maravillado. Un cuadro puede despertar un cierto asombro. El silencio de asombro es una gran experiencia. En el silencio de asombro hay como un gran vacío, porque uno se queda sin preguntar nada, sin averiguar nada. Se queda uno como sin saber. Sólo dejando que el asombro se adueñe de nosotros.

Se inicia con un gran vacío pero hay también una gran plenitud. El asombro colma nuestro conocimiento. Es como canta san Pablo de Jesús: es un vacío pero a la vez es un ascenso, una plenitud (cf. Fil 2,7-9). La pelota, para que ascienda hay que darle muy fuerte contra el suelo, cuanto más fuerte le das, más asciende. Pues cuanto mayor es el vacío, cuanto mayor es el despojo. Cuanto más uno se queda como sin saber nada, mayor es también la plenitud.

El fruto de la muerte es, como dice Jesús, la vida (cf. Mt 16,25/Mc 8,35/Lc 9,24). El fruto del vacío es la plenitud. El fruto del silencio es la palabra que se hace presente. El fruto de la nada es el todo. Cuando te quedas sin nada entonces es cuando el Todo puede hacerse presente y ser una maravillosa relación con nosotros.

La verdad es que en este silencio no hay palabras, si hubiera palabras se rompería.

El Maestro Eckhart cuenta de *uno que iba frecuentemente a la Iglesia y oraba ante un Cristo. Un día el Cristo desclavó el brazo y él se preguntó: «¿Y por qué a mí?»*. Y entonces el Cristo de nuevo subió el brazo.

El riesgo nuestro es que siempre estamos tentados a preguntarnos.

Nuestra tendencia es reducir todo a lo ya conocido. Un encuentro verdadero siempre es algo inédito, algo no sucedido. Pero la tendencia del ser humano es reducir lo que en ese momento vemos, a lo ya conocido. Por eso dice Jesús que *«a vino nuevo, odres nuevos»* (Mt 9,17/Mc 2,22/Lc 5,38). Nosotros siempre estamos tentados a meter lo que escuchamos en los odres viejos, en las formas viejas, en las maneras viejas. Lo nuevo, lo inédito siempre nos desconcierta.

Una persona siempre nos puede desconcertar. No habíamos descubierto esa dimensión de la persona, no habíamos intuido la riqueza, o el océano de su corazón. Eso nos puede hacer dudar o interrogar, pero siempre tememos lo desconocido.

En el silencio uno siempre se mueve en un terreno desconocido. Nunca podemos hacer una previsión. En la oración nos gusta saber el itinerario, somos así los humanos. No permitimos que el misterio, que siempre es novedoso, que siempre es desconcertante, genere en nosotros una experiencia inédita. Una oración es siempre algo inédito, nunca es una reedición sino una edición nueva.

Solemos definir al hombre como el «homo sapiens». Pero sólo se asombra el que no sabe. Si no os hacéis como niños, se podría decir, no disfrutaréis del asombro (cf. Mt 18,2).

*El silencio de la alegría.* Es el silencio del que se queda boquiabierto. El silencio de la alegría es el silencio en el que uno se ha quedado sin nada. Eso significa «alegría». En su etimología significa estar aligerado. Cuando uno va dejándolo todo, se vuelve más ligero y más alegre. Por eso el silencio aligera y es una fuente de alegría.

*El silencio del amor.* Es el silencio de la comunión. Hay fusión, hay una profunda unidad, ya no hay ninguna separación, ninguna división. Cuando ese amor nos invade, las palabras son innecesarias. Cuando el amor impregna el encuentro, ese espacio, ese tiempo, las palabras son innecesarias. Es el silencio de la comunión. Es la oración que sugiere Jesús: entra en tu habitación..., en lo secreto..., en tu corazón (cf. Mt 6,6). Ahí sobran las palabras.

San Juan Bautista de la Concepción, un santo trinitario, cuenta que, *yendo a Andújar, pasó la noche en Alcázar de San Juan, donde estaba su madre. Y dice que «pasaron la noche mirándose a los ojos y restregándose las manos» (acariciándose).*

Lo que no se dice mirándose, lo que no se dice con una caricia: ¡cómo se puede decir!

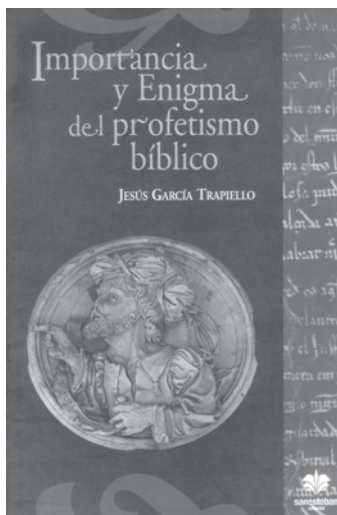
Hay un proverbio que dice: «eran tan amigos, tan amigos, que podían pasar el día entero sin hablarse». Los profundamente enamorados no hablan.

El amor es silencio, porque el amor es presencia. Donde hay presencia sobran los demás vehículos. Una presencia, como dice san Pablo, que es tan inefable que no se puede decir, no es necesario decir (cf. 2 Co, 12,4).

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

Por eso una oración es todo lo contrario de una exhibición, de una exuberancia. Hay que reconocer que el silencio es muy austero, que la liturgia del silencio es muy austera. Pero, si es un camino de comunión, es un aroma que se derrama. Si nos lleva de la mano al encuentro, vale la pena, merece todo nuestro gozo.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.  
*Escuela del Silencio*



### IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276      Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

## El Padrenuestro y las siete campanadas

*Bellegarde du Razès* es un bello y antiguo pueblo situado a unos diez kilómetros al sur de Fanjeaux y setenta al norte de Andorra. Su encantadora iglesia posee un bonito carillón. Pocos campanarios pueden enorgullecerse de poseer unas campanas tan variadas y de tan bella sonoridad.

Pongo como prueba de ello la melodía que se toca a las siete de la mañana y a las siete de la tarde, pues la composición es particularmente original. Como es lógico, todo el pueblo disfruta de ello (salvo, quizás, aquellos que están muy cerca del campanario).

Veamos cómo está constituido el toque de las siete, porque hay algo en él que no va bien: a esta hora tenemos el tañido de siete campanadas, seguido de una cantinela puntuada por tres campanadas, luego, de nuevo, una cantinela y... ¡nada más! Es evidente que a este tañido le falta una batería de cuatro campanadas. Sino, ¿cómo justificar el hecho de que a las siete se toquen siete campanadas, lo que es normal, después, tras una bonita cantinela, suenen otras tres campanadas, y después, de nuevo, la cantinela y, seguidamente... ninguna otra campanada? ¿Qué hacen estas tres campanadas sin sucesión? ¿Qué las justifica?

Hay un hecho importante a resaltar: la hora séptima de la mañana marca el comienzo de la jornada de una persona en esta región, así como las siete de la tarde indica el fin de ésta. En efecto, el ritmo de la jornada de una persona, sobre todo en el campo, antes de la existencia de los relojes de pulsera, estaba marcado por el tañido del campanario que señalaba las horas y las medias horas, las cuales invitaban a la oración y a la reflexión, al trabajo o al reposo.

Nos preguntamos si, quizás, los más ancianos del pueblo se acordarán del tañido de las siete en una época en la que, indefectiblemente, las siete campanadas eran repetidas, no por siete golpes consecutivos, sino por *tres* primeramente, seguidos de otros *cuatro*, mostrando que la preocupación de su jornada debía articularse en torno a dos consideraciones que se entrelazan: la una espiritual: *la oración* y la otra material: *el trabajo y las preocupaciones de la vida terrena*.

En una época menos agitada que la nuestra y más próxima a la naturaleza y a la fe, el ser humano tenía muy presente su condición de criatura de Dios. Y sabía bien que, como tal, le debía una devoción particular a su Creador, tanto al comienzo como al final de la jornada de trabajo. Es así cómo, simbólicamente, y a través del campanario, la oración enseñada por Jesús era recordada por los fieles por un simple pero astuto juego de campanas. Esta oración cristiana tiene vocación universal y es, claro está, el *Padrenuestro*.

¿Pero qué relación existe, dirán ustedes, entre el Padrenuestro y el tañido de las campanas? Ahí iremos ir. Primeramente, y a fin de apreciar mejor la

temática de la que estamos tratando, nos es preciso considerar la estructura del texto del Padrenuestro. Veamos esta oración:

«Padre nuestro que estás en los cielos:

1. Santificado sea tu nombre,
2. Venga a nosotros tu reino,
3. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo;
4. Danos hoy nuestro pan de cada día,
5. Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden,
6. No nos dejes caer en la tentación,
7. Y líbranos del mal».

Vemos que esta oración comporta siete peticiones que se reparten en dos grupos. El primero se compone de tres y el segundo de cuatro. Constatamos que las *tres* primeras peticiones son de orden espiritual y se refieren a Dios. Mientras que las *cuatro* siguientes son de orden material y conciernen al ser humano.

Ahora bien, en numerología, el *tres* simboliza lo espiritual, lo divino (Padre - Hijo - Espíritu Santo), mientras que el *cuatro* se refiere a lo material, a lo humano (los cuatro puntos cardinales). De esta forma, sumando en el Padrenuestro lo *espiritual* de las tres primeras peticiones a lo *material* de las cuatro siguientes, obtenemos el siete, que simboliza la *totalidad*.

Una de las explicaciones dadas para afirmar que *siete* simboliza la *totalidad* es que Dios creó y organizó el cosmos en 6 días y se reservó el séptimo para Él: así, Dios forma parte de este conjunto, pero distinguiéndose de él.

Ello es confirmado por su otro aspecto que ya hemos apuntado anteriormente: siete como suma de *tres* (la Divinidad trinitaria) y *cuatro* (la materia). En efecto, en el cosmos, la materia es animada constantemente por el Espíritu de Dios.

Podemos también hacer alusión a las *siete virtudes*: las tres teologales: fe, esperanza y caridad; y las cuatro cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. En esta distinción vemos cómo se subraya también el *tres* como número relacionado con lo espiritual y divino y el *cuatro* con lo material y lo humano.

Todo este razonamiento lo hemos hecho para explicar que hay motivos de orden espiritual que muestran la falta de cuatro campanadas cuando el campanario de nuestra bella iglesia marca las siete de la mañana y las siete de la tarde. Por ello desearíamos que se pudiesen restituir dichas campanadas a la finalización de la segunda cantinela. De ese modo, la lógica espiritual del «tres más cuatro», propia del Padrenuestro, se mostraría de nuevo, y el sonido del campanario no nos dejaría a la espera de esas últimas cuatro campanadas que no llegan jamás.

FRANÇOIS CARRÉ  
*Bellegarde du Razès (Francia)*



## El encuentro con Dios

«Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, escuchadle» (Mt 17,6).

El encuentro con Dios siempre es un encuentro dispar. Al encontrarte con él debes comenzar *escuchando*. Escucha su voz que te invita a abrir el corazón al *Hijo muy amado*. Es el Padre quien te invita y quien guía tu oído con las mociones del Espíritu. Es a través de la acción del Espíritu como puedes mantener la tensión, «fijos los ojos en Jesús» (Hb 12,2). Son todos los sentidos los que se ponen a la escucha, pendientes de la dulzura de sus palabras y del esplendor de su luz.

«Como un niño en brazos de su madre» (Sal 130,2), fundido en su regazo, acogido en el corazón de quien te ama profunda y eternamente; *modera tus deseos*, para que toda la tensión de tu ser y de tu vida se dirija a él. Sostenido bajo su mirada, plena de gracia y de amor, para que te llenes de su paz infinita.

«El Espíritu, que es bueno, te guía por tierra llana» (Sal 142,10), animando tus deseos con sus mociones, desbloqueando tus resistencias, sosteniéndote, mientras vas rindiéndote a él, desarmado; impulsado a responder: «Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras, sea lo que sea te doy las gracias»<sup>1</sup>.

1. Oración del beato CARLOS DE FOUCAULD (1858-1916).

Desarmado de tus caprichos, desnudo de rebeldías, sin resistencias, el encuentro con Dios se torna siempre acción de gracias y entrega sin límites. ¿Quién mejor que él conoce tus rebeldías? ¿Quién mejor que él sabe lo que necesitas y deseas profundamente? En él hay libertad, sin máscaras ni tapujos, plena conciencia de ti y de tu ser en relación.

Cuando sientes que alguien te conoce profundamente, que sabe de tus aciertos y fracasos, de tus deseos inexpresados y de lo que se mueve por dentro, de tu verdad más honda y de tus miserias, de tus dones y pecados, sientes que no te queda otra que rendirte ante él. Ciertamente, quien puede saber de todo eso y seguir siendo tu amigo incondicional sólo tiene un nombre: Dios.

Así lo entendió y experimentó Ignacio de Loyola cuando su corazón expresó, con dulzura y delicadeza, en su contemplación para alcanzar amor: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y voluntad, todo mi haber y mi poseer, Vos me lo disteis Señor, a Vos lo torno, todo es vuestro. Disponed de todo a vuestra voluntad, dadme vuestro amor y gracia que esto me basta»<sup>2</sup>.

Que en tu mente y en tu corazón resuenen el consejo del Maestro: «cuando quieras orar entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que ve en lo secreto» (Mt 6,6). Es tiempo de entrar en *tu habitación*, allí donde eres tú mismo, donde, desnudo de toda vanidad, ríes y te echas a llorar, donde callas y

2. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 234.

puedes gritar sin miedo; donde guardas los secretos más íntimos y los recuerdos más hermosos o los más dolorosos; allí donde no hay resistencias porque es de tu dominio, donde te sientes totalmente independiente. Sí, desde allí puedes orar de verdad, porque oras desde tu verdad, desde lo que eres y deseas ser, desde tu realidad más cruda y desde tus sueños más atrevidos. Oras desde el corazón.

Entra en la habitación de tu interior y cierra la puerta. Es la hora de la intimidad, del tú a tú con Dios, no necesitas nada ni a nadie más. *Sólo Dios basta*, rezaba una letrilla que santa Teresa de Jesús llevaba en el breviario. Porque *quien a Dios tiene nada le falta*. Te basta su presencia y su amor, su gracia purificadora y fortificadora; te basta su mirada llena de misericordia y sus brazos de Padre amoroso. Te basta su corazón apretando el tuyo y latiendo a tu ritmo y tú al suyo. Es hora de la gracia y de la entrega incondicional. Por si te sirve, comienza a orar conmigo, pero luego: silencio y escucha.

*Aquí estoy ante ti, Señor. ¿Cómo estoy?  
¿A qué he venido? ¿Qué busco, qué espero de ti?  
Desnuda mis deseos de toda pretensión, vanidad  
y capricho.*

*Que no desee nada más que desearte a ti y a tu  
gracia.*

*Todas mis resistencias las rindo a tus pies, todas  
las barreras;*

*que tu Espíritu sondee mi corazón libremente.*

*Siéntete como en tu propia casa,  
todo lo dispongo para que te sientas cómodo.*

*Y si comienzo a hablar yo, no me hagas caso.  
Silénciame con tu mirada, que todo lo apacigua y  
lo libera.  
Tu mirada me llene de tu paz.*

*Quiero dejar que seas más tú  
y todo lo mío se centre más en ti.  
No deseo una libertad en la que reine el yo  
sino el Tú y el nosotros.*

*Porque ¿en qué consiste la libertad sino en la acep-  
tación  
de mi propia dependencia creatural de ti y de tu  
amor?  
Líbrame de mi yo poseedor, egoísta y hedonista;  
líbrame de mí mismo  
para que renazca el verdadero yo unido a ti.*

*Sondéame, Señor, tú todo lo conoces;  
tú sabes de mis miedos y rebeldías,  
de mis dolores y alegrías, de mis fracasos y aciertos;  
míralo todo con tus ojos compasivos.*

*Visita mi tierra  
y derrama sobre ella el agua de tu presencia,  
porque en tu presencia todo se renueva y florece,  
todo se ablanda a tu amor.  
Gracias por el don de la vida.  
Te amo y deseo amarte cada día más.*

CARLOS MARCELO BARVARINO, DIÁCONO  
Zaragoza (España)

# El corazón de Cristo y las mujeres

(Primera meditación del octavario)

LA MUJER ENCORVADA (Lc 13, 10-17)

LA PROSTITUTA EN CASA DE SIMÓN (Lc 7, 36-50)

La primera reflexión del *Octavario* gira en torno a estos dos pasajes: el de la mujer que vivió encorvada durante muchos años (*cfr. Lc. 13, 10-17*) y el de aquella prostituta que en casa de Simón el fariseo, mientras lloraba, besó y perfumó los pies de Cristo (*cfr. Lc. 7, 36-50*).

Recordemos lo que el texto evangélico dice sobre el primero de los casos aludidos. Un sábado Jesús estaba enseñando en una sinagoga. Entre los que le oían, se encontraba una mujer, que llevaba 18 años encorvada sin poderse enderezar. Jesús se fija en ella. Ella no dice ni pide nada. Jesús le impone las manos diciendo: *Mujer, quedas libre de tu enfermedad*. La mujer se endereza y empieza a glorificar a Dios. El jefe de la sinagoga se indigna porque Jesús ha curado en sábado. Y Jesús se explica: *Aunque sea sábado vosotros lleváis el ganado a beber; ¿no voy yo a liberar de su enfermedad a esta hija de Abraham, aunque sea sábado?* Al escuchar esto, los enemigos de Jesús se quedaron confundidos; pero la buena gente se llenó de alegría. ¿Cuál es la enseñanza que podemos sacar de este pasaje?

Pensemos en aquella mujer encorvada y sin poderse enderezar durante 18 años. Esclavizada por la enfermedad, esta mujer había pasado media vida mirando hacia el suelo. Pero esta mujer estaba llamada a mirar de frente a la vida, a vivir enderezada y erguida para alabar a Dios y poderse relacionar con los otros. Dios la creó abierta a la vida, pero debido a su dolencia, vivía como encerrada. ¿No nos parecemos, a veces, a esta mujer? Hemos sido llamados a vivir erguidos, mirando hacia el cielo, mirando de frente, y resulta que nos pasamos la vida doblados sobre nosotros mismos, preocupados sólo por lo nuestro; atentos únicamente a lo que pueda alcanzar nuestra mirada miope. Pongámonos ahora, como lo hizo aquella mujer, a tiro de la mirada del Corazón de Cristo. No hace falta decirle ni pedirle nada. Es suficiente que Él nos vea y, respondiendo a un impulso de su propio Corazón, Cristo nos podrá sanar, ya que tiene el poder de liberarnos y restituir en nosotros la libertad de los hijos. Alegrémonos si esto nos ocurriera y hagamos que esto mismo no deje de acontecer en la vida de los que lo necesitan. No seamos tan mezquinos de no alegrarnos con el que se levanta, se recupera, se reforma o se libera. Todos estamos llamados a vivir con la cabeza bien alta. El título más grande de nuestra dignidad reside en que somos hijos de Dios y hemos sido redimidos por la Sangre de su Hijo.

Recordemos ahora lo que dice el texto evangélico acerca del otro caso sobre el que hacemos girar esta primera reflexión del *Octavario*. Jesús es invitado a cenar en casa de un fariseo llamado Simón. Una prostituta del lugar toma la iniciativa de presentarse en

aquella casa y, sin mediar palabra, se acerca a los pies de Jesús para llorar sobre ellos y luego se los seca con su pelo. Los besa a la par que los unge con perfume. Mientras ocurre todo esto, aunque no se pronuncien palabras, no por ello deja de haber pensamientos. El fariseo piensa que Jesús es un profeta de muy poca categoría, pues si fuera un profeta de los grandes, ya se hubiera dado cuenta de qué clase de mujer era aquélla. Jesús lee el pensamiento de aquel fariseo y le cuenta la historia de dos deudores, a los que se les cancela la deuda. Como es lógico, está más agradecido aquel deudor al que se le perdona más. Y Jesús dice al fariseo: *Simón, amas poco, porque crees que es poco lo que se te puede perdonar. A esta mujer se le ha perdonado mucho y lógico es que, por ello, ame mucho.* Con sólo haber recordado, en cuatro trazos, el relato que ahora nos ocupa, ya intuimos que hay mucho que aprender del mismo. Acabamos de ver cómo dos personas se encuentran con Jesús en un mismo lugar. El fariseo parece un hombre bueno: invita a comer a Jesús. Incluso se cree tan bueno que parece que nada necesita pedir o esperar de Jesús. En su autosuficiencia se olvida de dispensar a Jesús los más elementales gestos de hospitalidad: ni agua para lavarse, ni toalla para secarse, ni un beso de bienvenida, ni un poco de perfume. Jesús le hace ver que esta falta de detalles es señal clara de no necesitar nada del mismo Jesús y, en el fondo, indicio de muy poco amor. El otro personaje del relato es la mujer. Se ve y se sabe pecadora. No necesita que nadie se lo recuerde. Supera la vergüenza de presentarse allí sin ser invitada. Con una serie de gestos en cadena: lágrimas vertidas, cabellos para secar, besos y perfu-

me, demuestra a Jesús su deseo de perdón y su amor agradecido por el perdón recibido. Jesús la defiende y le concede lo que, sin palabras, le ha pedido: el perdón de sus pecados. Pertinente es ahora la pregunta: ¿Quién salió ganando de aquel encuentro con el Corazón de Cristo? Ciertamente la mujer pecadora y no el hombre fariseo. A Cristo nos debemos acercar siempre necesitados para poder acoger todo lo que Él está queriendo darnos. Si nos acercamos llenos de nosotros mismos, ¿qué más nos podrá dar Cristo, si ya no nos cabe más? En el fondo, pedir perdón es la única posibilidad de enriquecernos de verdad. El pecado nos empobrece; pero aún más la soberbia de no pedir perdón. El Corazón de Cristo, rico en misericordia, tiene la inmensa capacidad de enriquecernos. Sólo espera, para hacerlo, algún gesto de nuestra parte; porque aunque nada tengamos que ofrecerle, siempre está a nuestro alcance demostrarle con algún gesto nuestro amor hacia Él.

Así terminamos esta primera reflexión del *Octavario*. Hemos visto cómo dos mujeres concretas, una enferma y otra pecadora, han tenido un encuentro de gracia con el Corazón de Cristo. Y ambas quedaron libres: la una de su enfermedad y la otra de su pecado. El Corazón de Cristo fue para ambas fuente de salud y de salvación; y eso mismo quiere seguir siéndolo para cada uno de nosotros. Podemos hacer que Él nos vea o tener algún gesto para con Él. Eso será suficiente para que Él nos dé, a manos llenas, lo que necesitamos.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM  
*Salamanca*



## LITURGIA

# Salmo 133: Procurando la resurrección comunitaria

### EL PLACER DE ESTAR JUNTOS

«¡Qué bueno, qué dulce habitar los hermanos todos juntos!» (v.1). Ésta es la conclusión de una comunidad peregrina que se detiene para reflexionar. Constata que los frutos de su unión son útiles y favorables para la vida del grupo. Ella ha escogido, entre muchas posibilidades, el camino del compartir. Su fraternidad, además de ser buena, es dulce. Sienten placer y deseo de estar juntos continuamente, habitando, conviviendo, permaneciendo todos y cada uno al mismo tiempo, en un único plano de igualdad y responsabilidad. Sin palabras para describir tal gratificación, recurren a comparaciones.

Estar juntos es «*como un unguento fino en la cabeza, que baja por la barba... la barba de Aarón*» (v.2). La comunidad recuerda un personaje sacerdotal, importante en su historia (Ex 19,24). Pero, el énfasis recae en el unguento que, en su cultura, también representa hospitalidad (cf. Sal 23,5). Él alivia la piel deshidratada de quien llega, reconfortando y restaurando el cansancio del camino recorrido.

Y, además, estar juntos es «*como el rocío del Hermon que baja por las alturas de Sión...*» (v.3). Interpreto que de la unión brota el verdor de la esperanza. La tie-

rra fértil en las manos de los campesinos es la realización de la justicia del Señor. Él es llamado «Bueno» (cf. Sal 25,8) por su disponibilidad al servicio de la vida. Quien hace germinar se convierte en Aquel que sacia el hambre y la sed del pueblo (cf. Sal 36,19).

En la actualidad, Dios sigue congregando comunitariamente. Y, en su sensible bondad, pregunta a los comensales sobre los ausentes alrededor de la mesa: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9). La cuestión resuena fuerte en nuestros oídos: ¿Dónde están los que emigraron? ¿Los niños vendidos para explotación sexual? ¿Los despojados de sus órganos sin un sistema judicial que los defienda? ¿Dónde están las voces de los que reclaman por tierras? ¿Y los que son burlados exigiendo democracia ciudadana? ¿Dónde están las mujeres víctimas de la violencia, especialmente las más de doscientas asesinadas en Ciudad Juárez, de México? ¿Dónde están los que faltan en esta mesa? ¿Los indios y también los negros? ¿Dónde están los que marcharon porque la deforestación los dejó a la intemperie? La desigualdad social aumenta y creativas formas de exclusión siguen impidiendo la resurrección comunitaria.

Para convertir el continente en una comunidad de hermanos es necesario, como dijo Marcelo Barros, focalizar la economía al servicio de la comunión<sup>1</sup>. Estamos afanándonos por dinamizar signos visibles de resurrección y, en el caminar, bellas señales van sur-

1. MARCELO BARROS, Video - Campaña de la fraternidad: «Economía solidaria», Mundo Joven, Brasil 2010.

giendo, pero aún no son suficientes. Vamos, pues, a continuar el cultivo del placer de estar juntos en la misma utopía, en el mismo trillo de justicia. El grupo de los socialmente insignificantes, organizado recobra fuerza y autoridad. Cuando llenemos la mesa de pan, y en ella estemos todos sentados, habremos resucitado.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.  
*São Paulo (Brasil)*



**EL EVANGELIO  
DEL SEÑOR  
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz son de gran trascendencia para los cristianos.



[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

## TESTIGOS

### Madre Concepción Granelli, OSA (1904 - 1985)

El 28 de noviembre de 1904 nacía en San Esteban de Gormaz (Soria) Gregoria Evelia, siendo la pequeña de cuatro hermanas. Creció en un hogar feliz y piadoso. Esto último aumentado por la influencia de su hermana Ángeles, dos años mayor, pero de un espíritu que ya desde la niñez se manifestó sumamente atraído por Dios. *«Dios me dio dos ángeles, dirá M. Concepción, uno espiritual y otro de carne y hueso. Sí, mi hermana Ángeles ha sido para mí un ángel. De ella se sirvió Dios para ponerme en el camino de la verdad».*

Evelia se define a sí misma en su primera edad como *«joven frívola; me atraían los encantos del mundo. Fui un poco Teresa en su primera etapa».* Era extraordinariamente alegre, ocurrente. Desbordando simpatía, sabía divertir y divertirse. La broma y el chiste siempre a flor de labios. Los bailes, los disfraces, las escenificaciones teatrales eran parte de sus diversiones. Ángeles siempre estaba a su lado velando, inclinándose hacia Dios sus impulsos:

*«¡Cuánto trabajó por hacerme piadosa como ella y qué lejos estaba yo de buscar entonces la verdadera felicidad! Aún recuerdo su triste sonrisa, cuando en día de fiestas y sobre todo en carnavales me presentaba ante ella, para que me viese*

*ataviada y disfrazada. Entonces creía ver en su actitud una sonrisa de aprobación, pero bien pronto comprendí que todo el cariño y compasión se reflejaba en sus miradas y que mientras yo corría desenfrenada a los bailes, ansiosa de aplausos y de placeres, ella quedaba orando en el altar de su corazón, para que el mío no quedase ahogado en las corrientes impetuosas de aquel mundo corruptible y corruptor».*

Ángeles, que por su enfermedad no pudo consagrarse a Dios (moría tuberculosa a los 34 años), fue quien poco a poco abría el corazón de Evelia a Dios. *«En el mes de septiembre, durante la novena de la Virgen del Rivero, consiguió llevarme a comulgar tres días seguidos, lo que fue para ella un triunfo. ¡Con qué fervor procuraba prepararme para recibir a Jesús! Desbordaba en pláticas llenas del amor divino del que estaba abrasado su corazón».*

Ella fue también quien le preparó para la confirmación, que ambas recibieron juntas: *«Hizo que me preparara con una confesión general y me dio algunas explicaciones sobre este sacramento de gracia. A ella debo las disposiciones, los consuelos, las alegrías con que me acerqué a recibirle».* Y ella tuvo, finalmente, una influencia indudable en la transformación espiritual del corazón de Evelia que hizo que ésta se determinase, a sus 19 años, a consagrarse a Dios.

El 7 de junio de 1930 ingresa en el Convento de Santa María Magdalena, Madrid, (hoy trasladado al nuevo Convento del Beato Alonso de Orozco). Desde ese día se llamará sor María Evelia de la Concepción,

o sencillamente sor Concepción. Ya en su «nuevo nombre» se destaca un rasgo característico de su espiritualidad: su devoción a la Santísima Virgen, a ella dedicó sus mejores poesías, a ella se consagró ya en los primeros años de su vida religiosa renovando solemnemente esta consagración en las principales fiestas marianas: 1 de enero, 2 de febrero, 25 de marzo, 15 de agosto, 8 de septiembre y 8 de diciembre. En estos días escribía de forma espontánea su renovación a los pies del Sagrario o ante una imagen de la Virgen.

Tomó el hábito el 7 de diciembre de 1930, viéndose turbado su noviciado por la situación política del país. Proclamada la República el 14 de abril de 1931, y quemados algunos conventos en algunas capitales españolas, fue enviada a su casa por razones de seguridad. Dos meses y medio permaneció con su madre, pero, ante las palabras de Pío XII, asegurando que las novicias que volvieran no tendrían que iniciar de nuevo el noviciado, se incorporó rápidamente a su Comunidad, profesando de temporales el 27 de febrero de 1932 y de solemnes el 27 de febrero de 1935.

Como toda la Comunidad, los difíciles años de la Guerra española los pasó fuera del Convento, al que no pudieron regresar hasta 1939. Vuelta a la normalidad, fue nombrada maestra de novicias y consejera de la Comunidad hasta el 17 de octubre de 1955, en que marchó para el convento de Villadiego, junto con sor Teresa del Valle, para prestar la ayuda que por tanto tiempo estaba pidiendo aquella Comunidad.

Ella, como Priora, y sor Teresa, como vicaria, se volcaron en el empeño de sacar adelante aquel convento

del siglo XIV que carecía de lo más imprescindible. Ella nos cuenta cómo *«se comenzó la obra de restauración uniendo esfuerzos, vigorizando la vida de observancia, con ánimo generoso por parte de todas las religiosas que mostraban una sumisión, humildad y alegría edificantes, de tal forma que nosotras, en algunos momentos nos sentíamos confundidas y anonadadas al ver cómo se sometían, empezando por las más ancianas»*. A los tres años, en 1958 se inauguraba ya un colegio de nueva planta.

Pero en 1963 iba a dar un nuevo giro su trayectoria, fue nombrada Maestra de novicias en el Noviciado Común que la Federación abrió a tal efecto en Ávila. Nueve años permaneció en el cargo; no era empresa fácil pues por primera vez se unían novicias de conventos autónomos sin casi ninguna relación hasta esas fechas.

Entre sus apuntes del comienzo de esta tarea dice: *«Lejos de portarme como amiga, debo ser madre. No querer inquirir cosas de conciencia. No ir más allá de lo que sabes y entiendes. Prudencia en cosas que no sepas. Vigilancia, sin ser exagerada. Naturalidad. Estudio de carácter. Base fundamental: el conocimiento de Dios y la inhabitación de Dios en el alma. Vida interior»*. Tanto en el noviciado como en la vida de comunidad, fue siempre modelo de virtudes y de vida religiosa, según atestiguan las mismas que con ella convivieron:

*«Era para nosotras Jesús personificado. Sí, Jesús, cuando nos amaba “como un pastor a su rebaño”. Jesús, cuando dulcemente nos miraba y adivinaba en nuestros rostros alguna duda, lucha o*

*angustia y nos decía: “No temáis, Él está con vosotras, si no hay lucha, no hay victoria, y mucho menos corona”. Jesús, cuando con un amor tierno de madre nos invitaba a despojarnos del hombre viejo, con todos sus defectos y a revestirnos de Cristo. Y aquí su tacto delicado, extraído de la ternura del Corazón de Cristo, se evidenciaba. Al corregir nuestras deficiencias venía a cada una de nosotras, no como juez legislador, sino como el mismo Jesús, con la bondad suprema del amor misericordioso y de quien conoce bien nuestra arcilla, animándonos, ayudándonos a dejar nuestros egoísmos y a volcarnos por completo en Él, porque sólo en Él, nos decía, “podéis encontrar vuestra paz y quietud”».*

Este cargo le trajo muchas satisfacciones y no pocos sinsabores. Allí acrecentó su devoción teresiana como ella misma cuenta: «*Para mí, fue una gracia especial el poder vivir en Ávila, en el mismo convento en que ella [santa Teresa] vivió como educanda bajo la formación de la Madre Briceño... Leo mucho a Sta. Teresa y la quiero cada vez más*».

En 1972, con 68 años, volvía a su convento. 17 años de ausencia hace que inevitablemente muchas cosas se encuentren cambiadas; cuánto más cuando incluso se había cambiado materialmente de casa y, cuánto más aún, si se tiene en cuenta que son los años del Concilio Vaticano II, con todas las transformaciones que éste trajo consigo. Esto le supuso al principio una difícil adaptación y algún que otro sufrimiento que supo superar con su elegancia característica. Al año de llegar fue



elegida Priora por un trienio y, luego, hasta su muerte, fue siempre consejera de la Comunidad.

En toda la trayectoria de M. Concepción se mostró su temple espiritual y humano. Poseía una desbordante simpatía personal, alegría y buen humor, que la acompañaban siempre. Esto la hacía fácil a la amistad y la disponía para la comprensión y el diálogo. Era sencilla y humilde, acogedora y entrañable (a pesar de que, por su porte, quien la conocía sólo de vista pudiera pensar lo contrario). Para todas tenía el consejo, la palabra y el chiste oportuno. Tenía una gracia especial para deshacer con naturalidad las situaciones tensas o los roces que inevitablemente surgen en la convivencia.

Era mujer de Comunidad. Se sentía feliz con las hermanas. Hacer felices a las demás era una de sus ilusiones. Los recreos los gozaba y los cuidaba para que fueran realmente un momento de esparcimiento para el cuerpo y el espíritu; quería que fueran alegres. En las grandes solemnidades organizaba veladas recreativas con sainetes y comedias que ella misma componía. Su humor proverbial se desbordaba en estas ocasiones.

Tenía gran cuidado en no molestar nunca a nadie, siempre disponible para cualquier servicio que se le pidiera o ella adivinara: *«Qué alegría siento cuando puedo prestar algún servicio a otra hermana, aunque tenga mis cosas sin hacer»*.

Entre sus propósitos encontramos anotaciones como estas: *«Pensar en la Comunidad hasta olvidarse de sí. Sea poco o mucho lo que pueda, ponerlo a disposición*

*de la Comunidad... No hablar mal jamás de nadie, absolutamente de nadie; sonreír siempre y con toda clase de personas, especialmente con aquellas por quienes sienta alguna antipatía o aversión, y esto hasta contagiar la sonrisa y la afabilidad. Ser servicial, y al hacerlo, purificar la intención para agradar únicamente a Jesús y alejar el deseo de ser estimada... Amabilidad, condescendencia, ceder en discusiones..., procurar que no se trasluzca al exterior ni el despecho ni el mal humor en los días o ratos difíciles». Y las que convivieron con ella nos hablan del fiel cumplimiento de éstos.*

Cuando notaba que había ofendido a una hermana o creía haber dado mal ejemplo a la Comunidad, pedía perdón con gran humildad y franqueza. En ocasiones lo hacía en el silencio del examen de completas.

La obediencia fue también una constante en su vida. Obedecía a sus superiores con gran espíritu de fe. Los respetaba y respaldaba siempre, sin tolerar nunca que se hablara mal de ellos. Dentro de este espíritu de obediencia entendía ella el fiel cumplimiento de sus obligaciones.

Hablaba con entrañable cariño de la Comunidad y de la Orden: *«En la vida de Comunidad he podido realizar mi vocación. ¡Soy feliz! ¡Gracias a Dios!».*

Tenía gran cuidado por adquirir nuevos conocimientos humanos y teológicos. Con interés tomaba apuntes en las conferencias y charlas que recibía la Comunidad. Tenía gran afición a la lectura. Le gustaba leer sobre todo las biografías, especialmente de mujeres. Igualmente leía con frecuencia a san Agustín

y a santa Teresa de Jesús. Sentía un atractivo especial por la literatura y la poesía.

Teniendo ella misma gran facilidad para la versificación, llegó incluso a escribir piezas teatrales todas en verso, como la que realizó estando en Ávila, con motivo de la proclamación de santa Teresa como Doctora de la Iglesia. Sabía organizar sus ideas y exponerlas con brillantez y agilidad de palabra, impregnando todo de un sentido sobrenatural, de ahí que su conversación fuera a la vez amena y profunda. De ello dan abundantes testimonios sobre todo las novicias a cuya formación dedicó los mejores años de su vida.

Con las personas que venían a visitarla ejercía un verdadero apostolado, empezando por sus familiares, que acudían a ella en busca de fuerza moral, consejo y ayuda espiritual. Tenía gran cuidado de darles a Dios. Ella misma apunta para sí: *«Locutorio: las visitas tienen un concepto muy elevado de las religiosas. Por eso hemos de dar testimonio de unión y alegría, y que nuestras conversaciones y modales edifiquen a quien nos visite»*.

Amaba el silencio y la vida interior. Sentía gran atracción por la humanidad de Jesucristo, meditando con frecuencia los misterios de su vida, en especial los de la pasión, muerte y resurrección. Amaba entrañablemente la Eucaristía. Frecuentes eran sus visitas al Señor en el Sagrario y frecuentes sus largos ratos de oración a sus pies. Entre sus muchos apuntes, en este sentido, escribe: *«La entrega total es la mayor prueba de fe en Jesús vivo. Mirar a Jesús, estar con Él. La santidad no es más que conformar mi vida con la de Jesús. El supremo gozo es el encuentro con Cristo»*.

Tenía una sensibilidad especial para todo lo relacionado con el culto y la liturgia. Cuidaba las celebraciones para que resultaran dignas. No admitía precipitaciones ni improvisaciones.

Como todas las almas de altura, pasó por duras pruebas interiores a través de las cuales el Señor la fue purificando y desprendiendo. El recuerdo de su pasado, en no pocos momentos le era fuente de verdadero sufrimiento espiritual: *«...las angustias de mi espíritu triturado por el recuerdo del pasado... Dios mío, arrojó mi pasado en vuestra misericordia y mi porvenir en vuestra amorosa providencia y sólo pensaré en el momento presente, quiero amaros en cada momento»*.

Sus apuntes reflejan otras de estas situaciones dolorosas: *«¿Qué es esto Señor? No tengo nada de nada. Todo me da hastío. Hago las cosas por hacerlas, sin sentido. Madre mía, tú que sabes de soledad, de angustias, de dolor..., tú que sabes de fe oscura... ¡Ayúdame! En ti confío. No me dejes..., Señor, tengo una angustia como de muerte. Trato de recordar las parábolas de la Misericordia: la oveja perdida, el hijo pródigo; y no levantan mi ánimo. Me veo tan distante de ti. Me parece que me empeño en verte como juez y no como Padre»*.

El Señor le concedió llegar a edad madura: morirá el 10 de enero de 1985, con 80 años y 54 de vida religiosa. M. Concepción mantuvo siempre una conciencia clara de la brevedad de la vida y la rapidez del tiempo, a la vez que vivía cada momento con un claro valor de eternidad que marcaba todas sus acciones. Estaba bien preparada para el encuentro deseado y vivió este momento con plena lucidez y dominando la situación.

Por las molestias que padeció el mes anterior a su muerte, se le hicieron unas radiografías que mostraban unas vértebras desechas que tuvieron que causarle grandes dolores a juicio del médico, aunque nunca se quejó de ellos. La última visita de sus sobrinas al convento transcurrió normal, aunque con un acento especial y frases como de despedida.

A una de las hermanas de Comunidad, que fue novicia suya, la llamó y, sin más, le empezó a hablar: «*Creo que el Señor me va a llevar pronto y quería recordarle algunas cosas, repetirle otras y aconsejarla una vez más cómo debe ser su conducta en la Comunidad*». No se detuvo ante las lágrimas de emoción de la hermana, sino que continuó sus consejos hasta el toque de la campana.

Al comienzo de la Eucaristía del día 8 se desmayó y tuvo un primer vómito de sangre. Recibió los Santos Sacramentos con rostro sereno y lucidez envidiable, respondiendo a todo con voz clara. Se la llevaron para ingresarla y, al salir de su habitación, comentó con su conocida espontaneidad: «*¡Pero qué cosas tiene el Señor! ¡Fiat!*». Ya en el hospital dijo a las hermanas: «*Se me va la vida a chorros. Encomiéndenme al Señor. Ayúdenme a hacer actos de fe, de amor y de arrepentimiento. No se cansen de decirme jaculatorias*». Como apenas veía sin las gafas, preguntó: «*¿Hay Crucifijo en la habitación? Indíquemenme dónde está para mirarlo*».

Se le hicieron muchas transfusiones que le provocaban terribles reacciones y sufrimientos, pero su preocupación era las molestias y el trabajo que podía ocasionar. Sumamente agradecida a médicos y enfer-

meras que la atendían, con su fino humor les decía: «*¡Cuánta guerra estoy dando! Tengan paciencia conmigo y todo se lo pagaré*». En un momento dijo a las hermanas que le atendían: «*Si telefonéan a casa, digan que me traigan el crucifijo que tengo en la mesilla, que tiene la indulgencia plenaria para la muerte*». Al traérselo, ¡con qué honda devoción lo besó! Con la mano que tenía libre se asía al escapulario y al rosario que siempre llevaba al cuello y decía: «*Estoy en manos de la Virgen como un niño en brazos de su madre. Aquí, en el altar del sacrificio, ella me ofrece al Padre*».

El día 9 ya no admitía más transfusiones, el desenlace era inminente, vinieron tres sobrinas a visitarla y, sacando fuerza de debilidad, después de saludarlas, les dijo: «*Vamos a rezar el Rosario juntas y al final nos despedimos*». Cuando se despedían, viéndolas no poder contener la emoción, les decía: «*No lloréis, me voy al cielo, pero seguiré con vosotras. Vivid con fe y esperanza en la otra vida, ésta se acaba pronto, la otra es eterna. Y ahora dadme un beso de despedida y marchar a casa tranquilas antes que se haga de noche*». Minutos después entró en coma, del que ya no se recuperó. A mediodía del día 10 fue llevada a su Convento, donde moría al poco de llegar a su celda.

Para concluir esta breve reseña biográfica nada mejor que sus mismas palabras:

*«Despedirse es separarse  
lo dice el común sentir  
pero ésto no puede darse  
en las hijas de Agustín.*

*Y no se da, porque ausente  
formamos un alma sola  
y el corazón vive y siente  
donde ama, no donde mora.*

*Por eso, mi despedida  
no implica separación  
que en esta mansión querida  
se queda mi corazón.*

*El punto de unión será  
una continua plegaria  
que Jesús recibirá  
en la comunión diaria.*

*Si os ofendí, perdonadme,  
si me ofendisteis, perdono,  
¡Ah! No queráis olvidarme  
si es que este suelo abandono».*

SOR GEMMA DE LA TRINIDAD, OSA  
*Sant Mateu (Castellón)*

## ESCUELA DE VIDA

### Comentario introductorio a las *Homilías sobre la creación en seis días* de san Basilio de Cesarea

Esta obra, denominada generalmente «*In Hexameron*», fue escrita por san Basilio de Cesarea (ca. 330-379) y recuperada siglos más tarde por Erasmo de Róterdam (ca. 1466-1536) en la Iglesia latina. Se trata de una de las más importantes obras en las que se desarrolla la *espiritualidad naturalista*. Ésta nos conduce hacia el conocimiento y la experiencia de Dios por medio del conocimiento y la experiencia de la naturaleza.

La espiritualidad naturalista tiene una profunda raigambre bíblica. Recordemos el texto del libro de *Daniel* que rezamos en laudes todos los domingos y días festivos: «*Rocíos y nevadas, bendecid al Señor; témpanos y hielos, bendecid al Señor. Escarchas y nieves, bendecid al Señor, noche y día, bendecid al Señor*» (Dn 3,68-71). Pensemos cómo Dios le muestra su omnipotencia a Job: «*¿Quién cerró el mar con compuertas, cuando escapaba impetuoso de su seno, cuando le ponía nubes por mantillas, nubes tormentosas por pañales, cuando le marcaba las lindes poniendo puertas y cerrojos?*» (Job 38,8-10). Y recordemos también cómo Jesús nos invita a observar las aves, los lirios (cf. Mt 6,26-28/Lc 12,24-27) o el grano de mostaza (cf. Mt 13,31-32/Mc 4,30-32/Lc 13, 18-19).



El *In Hexaemeron* de san Basilio es un comentario al primer capítulo del *Génesis*, uno de los textos bíblicos que mejor nos hablan de Dios por medio de la creación.

San Basilio de Cesarea es un gran representante de la escuela teológica de Capadocia. Influenciado por el pensamiento estoico, y, sobre todo, por las Escrituras, este autor había experimentado cómo Dios habla a los seres humanos por medio de su obra, la creación. Ésta tiene el sello de la sabiduría divina. Por eso, observando y estudiando la naturaleza, podemos ver fácilmente la mano providente de su Creador. Él da sentido a cuanto existe. Con su Palabra, Dios llena de actividad y alegría la creación. Y ha elegido al ser humano para que le ayude a regir responsable y cuidadosamente la naturaleza. San Basilio nos dice que no debemos quedarnos impasibles ante lo que la naturaleza nos muestra<sup>1</sup>.

En su carta a los *Romanos*, san Pablo nos dice: «*Lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras*» (Rm 1,20). La naturaleza nos muestra a su Creador. Por eso, experimentados maestros espirituales como san Basilio nos animan a contemplarla, a disfrutarla, a estudiarla. Así, dice este autor en su *In Hexaemeron*: «*La belleza de las cosas visibles nos dará una idea de Aquel que está por encima de toda belleza*» (I, 11). Pero para llegar a ello, hay que contemplar la naturaleza con un corazón cre-

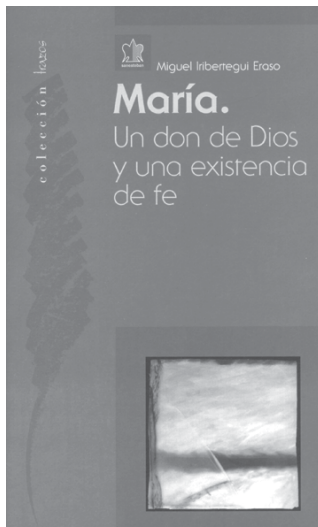
1. Cf. T. SPIDLÍK, *La oración según la tradición del oriente cristiano*, Monte Carmelo, Burgos 2004, 213-215. 239.

yente y orante, que busque abiertamente el encuentro con su Creador y Redentor.

Así mismo, desde el punto de vista naturalista, resulta muy interesante cómo ve san Basilio la creación. Cómo la describe, cómo la clasifica. Si bien dista mucho de los modernos estudios de flora y fauna, su forma de hablar de la naturaleza es muy sugerente (y amena).

A continuación les ofrecemos el primero de una serie de textos del *In Hexaemeron* que iremos publicando en los próximos números. Hemos escogido concretamente las homilías que tratan sobre las plantas y los animales. Les animamos a leerlas y a meditarlas. Pensamos que pueden serles de gran ayuda en su camino espiritual.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.  
*Prulla (Francia)*



**MARÍA. UN DON DE DIOS  
Y UNA EXISTENCIA DE FE**  
MIGUEL IRIBETEGUI

Páginas: 136      Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,  
una visita guiada por las trazas  
de la mariología



[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

# Homilías sobre la creación en seis días: las hierbas

## La tierra se cubre de plantas, 1.<sup>a</sup> parte

ES LA TIERRA Y NO EL SOL QUIEN PRODUCE LAS PLANTAS

*«Y Dios dijo: “Que la tierra engendre brotes de hierbas que den semillas según cada especie, y árboles frutales que den, según su especie, fruto que contenga su semilla”» (Gn 1,11).*

Tras la creación de la tierra y el mar, era normal que la tierra, después de haberse reposado, y liberada del peso del agua, recibiera la orden de germinar jóvenes brotes y, a continuación, un bosque, tal como nosotros vemos hacer ahora todavía. Pues aquella palabra y este primer precepto, ha llegado a ser como un mandato para la naturaleza, y reside en la tierra con el fin de darle en el futuro el poder de engendrar y fructificar.

*«Que la tierra engendre».*

Primero viene, en el génesis de las plantas, la germinación. Luego, cuando las plantas comienzan a nacer, se forma un brote. Después, una vez desarrollado, es

1. Traducimos el texto de la versión francesa que encontramos en: BASILE DE CÉSARÉE, *Homélies sur l'Hexaéméron* (Sources Chrétiennes 26), Cerf, París 1949, pp. 278-301. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

una planta. Los vegetales se llenan poco a poco de nuevas articulaciones y así llegan al perfecto desarrollo necesario para la formación de la semilla. Pues el ver-dear y crecer de una hierba es, de hecho, similar a todas las plantas.

*«Que en la tierra germinen brotes verdes».*

Que en la tierra nazcan plantas, sin necesidad de ninguna ayuda exterior. Como algunos consideran que el sol es la causa de lo que produce la tierra, y que la atracción ejercida por el calor es lo que lleva a la superficie la fuerza venida de la profundidad del suelo, hay que decir que antes de la creación del sol aparecieron los productos terrestres, para que aquellas personas que han caído en el error, dejen de adorar al sol, como si él fuera la causa de la vida.

Así, si ellos están persuadidos de que antes de la creación del sol fueron creados todos los productos terrestres, ¿no será necesario que ellos renuncien a su excesiva admiración por él, teniendo en cuenta que su creación fue posterior a la de las hierbas y otras plantas?

#### LA TIERRA ESTÁ CUBIERTA DE PLANTAS PARA NOSOTROS

Entonces, ¿está previsto el alimento para el ganado, mientras que el nuestro no parece digno de ninguna previsión? Es necesario decir primeramente, que procurando forraje a los bueyes y a los caballos, el Creador te da riqueza y gozo. Pues el que nutre con solicitud tus rebaños, enriquece por eso mismo tu existencia. Y además, ¿no es el nacimiento de las semillas una premisa para tu vida? ¡Sin contar con que hay en

la actualidad muchas hierbas y legumbres que son alimento para los seres humanos!

«*Que la tierra engendre brotes de hierba, dice la Escritura, con las que producir semillas según cada especie*». Así, aunque ciertas hierbas sirven a otros seres, el beneficio que producen llega a nosotros. Y las semillas se han reservado para nuestro uso.

El sentido de estas palabras sería el siguiente: «*Que la tierra engendre brotes de hierba y semilla que produzca según su especie*». De esta manera, en efecto, el texto cobra más sentido, y evita esa cierta incoherencia que parece tener. Así, será salvado el orden necesario del desarrollo natural: germinación primero, después nacimiento de la planta nueva, crecimiento y, por fin, consumación –gracias al germen de la planta– de los seres así desarrollados.

#### PLANTAS SIN GERMEN

Pero, se dice, ¿cómo es que todo lo que crece sobre la tierra, nos es presentado por la Escritura portando semilla, cuando ni la caña, la grama, la menta, el azafrán, el ajo florido, y miles de otras plantas no parecen tener semilla?

He aquí nuestra respuesta: muchas plantas terrestres tienen en el interior de su tallo y en su raíz la virtud seminal. Así lo encontramos en la caña, que después de su crecimiento anual, emite sobre su raíz una yema que más adelante hace las veces de semilla. Así hacen miles de otras plantas que, dispersadas a través de la tierra, poseen en sus raíces la virtud de reproducirse.

Por eso nada es más cierto que decir esto: cada planta tiene su semilla o posee una virtud seminal. Y es esto lo que significa: «*según su especie*». Pues la excrescencia de la caña no es apta para producir un olivo. Sino que de la caña nace otra caña, y de las semillas echadas a tierra, plantas de la misma especie. He ahí cómo lo que la primera creación ha hecho surgir del seno de la tierra, se ha conservado hasta el día de hoy, por una serie de reproducciones que salvaguardan la especie.

#### LA TIERRA FECUNDA

«*¡Que la tierra engendre!*»

Imagina, te lo pido, cómo por el efecto de una palabra, de una orden así de breve, la tierra, infecunda y fría, da a luz a la vez, y se apresura en producir frutos, como si ella hubiera tirado lejos de ella alguna sombría ropa de duelo, para ponerse su brillante vestido, adornado con sus aderezos, y presentar, así, las mil especies de plantas.

#### LA FLOR, EN SU FRAGILIDAD, ES LA IMAGEN DE LA VIDA HUMANA

Quiero inculcar en ti la profunda admiración por la obra creada, afín de que en todo lugar, y frente a todo tipo de plantas, tengas un vivo recuerdo del Creador.

Primeramente, cuando veas brotes de hierba o una flor, que ello te recuerde la naturaleza humana: acuérdate de la comparación del sabio Isaías: «*Que toda*

*carne es como la hierba, y toda gloria humana como la flor del campo»* (Is 40,6). Pues la brevedad de la vida, la alegría tan corta y el júbilo de la prosperidad humana, han encontrado bajo la pluma del profeta la imagen más apropiada.

Hoy, he aquí un hombre con un cuerpo floreciente, cebado por la indolencia. La pujanza de su edad alegra su tez. Es vigoroso, ardiente, de una irresistible impetuosidad. Mañana, este mismo personaje pasará a ser un objeto de piedad, marchito por el tiempo o quebrado por la enfermedad.

Alguien así atrae las miradas por la profusión de sus riquezas. Alrededor de él se junta una multitud de aduladores. Una muchedumbre de parientes, no menos hábiles para fingir. Un enjambre de servidores, que se ocupan de su alimentación y sus necesidades, y que, en sus idas y venidas, él arrastra consigo, bajo la mirada envidiosa de los transeúntes. Suma a su riqueza algún poder en la ciudad, los honores que recibe de los señores del Imperio: gobierno de pueblos, mando sobre ejércitos. El heraldo que le precede grita a alta voz, los escoltas a cada lado infunden en el corazón de los súbditos un profundo favor evocando los golpes, las confiscaciones, el exilio, las prisiones: todo eso que inspira en el pueblo sumiso un terror inaguantable.

¿Y que sobreviene después? Basta una noche, una fiebre, una pleuresía, una neumonía que se apodere de nuestro hombre, que se lo lleve del mundo humano, para que deje rápidamente vacía toda la escena dónde él se movía, y esta gloria quedará convencida de no ser más que un sueño. Por eso el profeta ha tenido razón

en ver en la flor, en su extrema fragilidad, la imagen de la gloria humana.

#### LA EVOLUCIÓN DE LA PLANTA

*«Que la tierra engendre brotes de hierba y semilla que produzca según su especie y semejanza».*

Ahora todavía, las plantas se desarrollan siguiendo un orden que testimonian esta primera disposición. La germinación, en efecto, precede a todo brote y a toda hierba.

¿Y si una planta nace de una raíz por un brote interior, como el azafrán o la grama? Entonces es preciso que ella germine, y que se produzca el germen de la planta en el exterior. ¿Y si la planta viene de una semilla? En ese caso también es preciso que haya primero un germen de la planta, después un brote, una hierba verdeante y, por fin, el fruto que madure sobre un tallo grueso y ya seco.

*«Que la tierra engendre brotes de hierba».*

Cuando la semilla cae en una tierra con una adecuada proporción de humedad y calor, se ablanda y se hace porosa. Después se instala en la tierra de su entorno y toma para sí los alimentos que le son apropiados y gustosos. Penetrando e infiltrándose por sus poros, las minúsculas partículas de tierra aumentan el volumen de la semilla, y así ella produce raíces hacia abajo, y se alarga hacia lo alto, haciendo brotar tallos tan numerosos como las raíces.

A medida que el germen de la planta se calienta, la humedad que aspiran sus raíces arrastra con ella, por



acción del calor, los alimentos de la tierra en su justa medida. Y ella los reparte entre el tallo, la corteza, las envueltas de la semilla, la semilla misma y las barbas de la espiga. Así, creciendo poco a poco, cada planta alcanza la medida que le es propia, ya se trate de cereales, de vainilla, de leguminosas o de maleza.

Basta con una planta, con una hierba, para ocupar totalmente tu pensamiento en la contemplación del arte que ha hecho tales obras: observa cómo el tallo del trigo está ceñido de nudos, para que esta especie de ligaduras le permitan soportar fácilmente el peso de las espigas, cuando éstas, llenas de granos, se inclinan hacia la tierra. Por eso, mientras que la avena loca está hueca en toda su longitud, pues nada recarga su cabeza, la naturaleza refuerza sólidamente con estas ligaduras el tallo del trigo.

Luego la planta deposita el grano en un estuche, para impedir que sea presa fácil del picoteo de las aves. Por fin, mediante las barbas de las espigas, que ella dispone hacia adelante a modo de jabalinas, aleja los daños de los pequeños animales.

#### LAS PLANTAS VENENOSAS

¿Qué decir? ¿Qué podemos silenciar? En los ricos tesoros de la naturaleza, es difícil encontrar aquello que es más valioso. Y esto no es algo fácil a solucionar, pues corremos el riesgo de omisión.

*«Que la tierra engendre brotes de hierba».*

Inmediatamente, junto a las plantas comestibles, nos fueron entregadas las plantas venenosas: con el

trigo, la cicuta; con las otras plantas comestibles, el eléboro, el acónito, la mandrágora y el jugo de la amapola.

¡Qué!, ¿no agradeciendo nosotros merecidamente al Creador las plantas útiles, le vamos a reprochar las que perjudican nuestra vida? ¿Y no nos damos cuenta de que no todo ha sido hecho para nuestro estómago? Sin embargo, los alimentos que se nos han otorgado, están al alcance de la mano, y son bien conocidos por todos. Y cada ser de la creación cumple con su propia función.

Si la sangre de toro fuese para ti un veneno, ¿debería o no debería existir este animal? ¿O quizás debería existir, pero sin sangre, este animal que de tantas maneras responde con su fuerza en las necesidades de nuestra vida?

Pero cuentas con la razón que hay en ti para evitar funestos encontronazos. Sin duda no puede decirse que las ovejas y las cabras eviten lo que las alimenta, a pesar de no tener más que sus sentidos para distinguir el peligro. Mientras que tú, con la razón, con la maestría del médico que te procura lo que es para ti saludable, con la experiencia del pasado que te invita a evitar lo que te hace daño, ¿encuentras difícil evitar los venenos?

Sin embargo, entre ellos, no hay ninguno que haya sido hecho en vano, ninguno es inútil: o bien proporcionan alimento a algún animal, o bien la medicina los ha encontrado aptos para curar alguna enfermedad. La cicuta sirve de alimento para los estorninos, que, por la constitución de su cuerpo, escapan al efecto

nocivo del veneno. Pues gracias a los finos conductos que tienen debajo del corazón, digieren el veneno absorbido antes de que el frío que éste ha liberado alcance los órganos vitales. El eléboro es el alimento de las codornices, cuya complexión particular las pone a salvo de su daño.

Pero ocurre que, en ciertas ocasiones, estas plantas nos son útiles a nosotros mismos: con la mandrágora, los médicos nos procuran sueño, y con el opio adormecen la violencia de los dolores corporales. Y, ciertamente, lo que es más importante, han conseguido calmar con la cicuta el furor de los deseos carnales y a constreñir con el eléboro gran número de empedernidos males. De suerte que, eso que tú pensabas reprochar al Creador, ha llegado a ser para ti una nueva ocasión para darle las gracias.

#### EL CRECIMIENTO DE LAS PLANTAS Y LA INMUTABILIDAD DE LAS ESPECIES

*«Que la tierra engendre brotes de hierba».*

¡Qué alimentos no son designados por su Autor con estas palabras, que no sean espontáneamente producidos por las raíces, en la misma hierba o, ya, en los frutos! ¡Qué se suma a ellos con nuestros cuidados y con el cultivo del suelo! Dios no ha ordenado que fuesen producidos semillas y frutos en el acto, sino que tenga unos gérmenes de plantas, que la tierra se cubra de vegetales, y las plantas tengan en la semilla su culminación, con el fin de que este primer mandamiento instruya a la naturaleza para la sucesión de los seres venideros.

Se objeta: ¿cómo, pues, la tierra produce las semillas «*cada una según su especie*», cuando sucede a menudo, que sembramos trigo candeal, y recogemos trigo negro? Pero a esto se responde diciendo que no es cambio de especie. Es un tipo de enfermedad y debilidad de la semilla. Pues no ha dejado de ser trigo candeal. Sino que se ha ennegrecido a causa del calor, como el mismo nombre trigo negro indica. Quemado por los fríos extremos, el trigo cambia de color y gusto. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando retorna a una tierra favorable y con un aire templado?: se sabe que recobra su forma primitiva.

En efecto, no encontrarás nada en el mundo de las plantas que se realice fuera de las normas divinas. En cuanto a eso que llamamos «cizaña», y a todas esas otras semillas bastardas que se mezclan con las plantas comestibles, plantas que la Escritura acostumbra a llamar «*zizanie*», no vienen de una alteración del trigo candeal, sino que deben su existencia a un principio que les es propio, constituyendo una especie particular. Y son imagen de aquellos que corrompen los preceptos del Señor, y, no conociendo bien la Palabra divina, halagados, por el contrario, por la escuela del mal, se mezclan con los cuerpos sanos de la Iglesia, a fin de inspirar en secreto sus perniciosos dogmas a los sencillos.

Cabe añadir, incluso, que el mismo Señor compara la perfección de los que creen en Él, con el crecimiento de las semillas, cuando dice que el Reino de los cielos es «*como un hombre que siembra la semilla en la tierra, duerme, amanece y anochece, y la semilla se desa-*

*rolla sin que él lo sepa. Pues la tierra produce primero espontáneamente hierba, después espiga, y luego abundante trigo candeal en la espiga» (Mc 4,26-28).*

*«¡Qué la tierra engendre brotes de hierba...!».*

En menos de un instante, la tierra que ha comenzado a producir gérmenes de plantas, y, cumpliendo la ley del Creador, ha franqueado todos los estados de su crecimiento, las ha llevado de inmediato a su completo desarrollo. Había exuberantes praderas cubiertas por espeso césped, fértiles planicies repletas de grano, que ofrecían con el balanceo de las espigas la imagen de un mar ondulante.

Toda hierba, toda leguminosa, y todo lo que en realidad existe de maleza y de plantas que producen granos, se levantaba entonces de la tierra con toda su abundancia. Pues las producciones de este tiempo inicial no encontraban obstáculo: ni la impureza de los agricultores, ni las inclemencias, ni nada que perjudicase a las plantas nacientes. En verdad, la condena-ción no entorpecía la fecundidad de la tierra. Pues este tiempo precedió a la falta por la cual hemos sido condenados a *«comer nuestro pan con el sudor de nuestro rostro»* (Gn 3,19).

# Bibliografía

WILLIAM MENNINGER, *El proceso del perdón*.  
Editorial Desclée De Brouwer, Bilbao 2009, 213 pp.

El perdón es un mandamiento fundamental. Forma parte del núcleo de las grandes concepciones religiosas, filosóficas y éticas. No cabe duda de que constituye una absoluta necesidad para el hombre de hoy y de todos los tiempos. Esto es lo que fr. Willian Menninger, monje trapense y profesor de Teología y de Sagrada Escritura, expone en esta obra. En ella nos da pistas para que podamos asumir en nuestra vida espiritual la necesidad que tenemos de sentirnos perdonados y, a su vez, de perdonar.

Para ello se sirve copiosamente de los Textos Sagrados, de su propia experiencia como contemplativo y de los testimonios que ha conocido en su servicio pastoral como miembro del movimiento «Oración Centrante» (fundado en 1974).

La obra está dividida en 3 secciones: I) *Proceso*: donde se nos muestra la importancia del perdón y las fases necesarias para poder alcanzarlo; II) *Nueve experiencias*: con ellas se nos ayuda a identificar nuestras heridas, que están muchas veces bien enmascaradas; III) *Claves para perdonar*: gracias a las cuales el autor nos ofrece un camino hacia la curación mediante ejercicios de meditación y de oración.

Esta obra está escrita con un lenguaje cotidiano y se apoya en experiencias concretas. Ello la hace comprensible y amena. Pero lo que más destaco en ella es

su fundamento bíblico, pues la da una gran profundidad teológica.

En definitiva, *El proceso del perdón* es una buena guía que nos ayuda a realizar nuestro propio proceso de sanación y a recorrer el camino de libertad interior para el que todos hemos sido creados.

SOR M.<sup>a</sup> EUFEMIA PINEDO OCHOA, O.P.  
*Prulla (Francia)*

IGNACIO BERCIANO, *Aprendiendo a morir*.

Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2009, 121 pp.

Ignacio Berciano, médico de profesión, Máster en Valoración del Daño Corporal y Diplomado en Criminología, nos presenta su último libro, dentro de la conocida colección *Serendipity*. En sus 21 apartados, escritos de una manera muy amena, el autor pretende, como él mismo dice, desdramatizar en lo posible lo que no es sino un hecho natural: la muerte.

Berciano nos anima a aceptar con tranquilidad de espíritu aquello que, en algunos momentos, no queremos ni siquiera imaginar. Lo único que nos tiene que provocar la muerte es un ansia irrefrenable de aprovechar mejor el tiempo que nos ha sido concedido, hasta el último minuto. Porque cada minuto que ha pasado es un minuto que se ha ido irremisiblemente. Debemos amar la vida que nos ha sido dada como el más hermoso regalo.

*Aprendiendo a morir* nos presenta diferentes realidades en torno a la muerte. Entre ellas podemos destacar: el duelo por el fallecimiento de nuestros seres queridos; la relación entre la muerte y la medicina, y entre la religión y la sociedad; y los problemas morales que presentan la eutanasia y el testamento vital.

El autor plantea una serie de preguntas fundamentales, a las cuales trata de hacerles frente. Pongamos unos ejemplos: «¿*Qué hay más allá?*», «¿*Hacia dónde es el viaje?*», «¿*Por qué mientras vivimos nos pasamos tan malos momentos cuando pensamos en la muerte?*», «¿*Será para tanto?*», «¿*Por qué todo el mundo quiere ir al cielo pero nadie quiere morirse?*».

Leyendo esta obra, pensamos que cada lector tendrá también sus propias respuestas, pues la muerte es una parte esencial de nuestra existencia.

SOR LILIANA AYASTA BURGA, O.P.  
*Prulla (Francia)*

LUIS BOLLAÍN, *¿Qué significa ser cristiano?*  
Ediciones Palabra, Madrid 2009.

Libro en edición de bolsillo, que es un sencillo compendio de once claves de la fe cristiana. El autor en sus primeras líneas introductorias parte de aquellas primeras preguntas del catecismo tradicional: *¿Sois cristianos?... ¿Qué quiere decir cristiano?* En realidad, el libro es como un pequeño catecismo práctico y sencillo de la vida cristiana.

Con estilo ameno, Luis Bollaín, presenta la vida cristiana con mucha esperanza y muchos estímulos para vivirla en cada instante de la existencia diaria. Se lee muy bien y estamos seguros que puede ser una ayuda para encontrar la luz y el sentido de todos los acontecimientos y quehaceres que en el recorrido de nuestra vida se nos presentan. No faltan en este pequeño libro, citas de los dos últimos Papas y del fundador de Opus Dei, San Josemaría Escrivá, que respaldan con su autoridad todo lo que nos manifiesta en él.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.  
*Peña de Francia (España)*



---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### Sobre lo poco prudente y la mucha fe

Últimamente se han puesto de moda los llamados «deportes de riesgo» en los que el deportista se juega la vida. Hay quienes, por ejemplo, bajan con balsas neumáticas por tramos de río muy revueltos, otros se tiran por un puente atados a una larga cuerda de goma y otros bucean en aguas llenas de tiburones. A pesar de ser deportes que podríamos calificar como «poco prudentes», a algunas personas les gusta practicarlos para divertirse.

Pero no sólo la diversión puede ser un motivo para hacer algo arriesgado. Hay un motivo mucho mejor: seguir fielmente a Jesucristo. En efecto, en nuestro camino espiritual Él nos pide en ocasiones dar pasos arriesgados y aparentemente poco prudentes: *«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará»* (Mc 8,34-35). Pero nosotros en muchas ocasiones, como el joven rico (cf. Mt 19,16-22), prefe-

rimos conservar lo que tenemos. Nos parece más «prudente» seguir con nuestra vida. Y surge entonces la pregunta de Jesús dentro de nosotros: «¿*Por qué tenéis tanto miedo, hombres de poca fe?*» (Mt 8,26).

Efectivamente, la falta de fe nos hace ser demasiado prudentes y cobardes en nuestro caminar espiritual.

Cuando pensamos en la fe, solemos pensar en algo que se tiene o no se tiene: en términos de creer o no creer en Dios. Sin embargo, la fe de la que nos habla Jesús es algo que puede aumentar o disminuir. Algo de lo que se tiene mucho o poco (o nada). La fe no consiste en creer simplemente en la existencia de Dios, sino también en todo lo que Él nos ha revelado por medio de su Hijo y, claro está, en ser coherentes con ello.

Tras la Transfiguración, al bajar del monte Tabor, Jesús se encuentra con que sus discípulos no son capaces de expulsar el demonio de un epiléptico. Tras curarle, sus discípulos le preguntan por qué ellos no pudieron hacerlo. Y Jesús les contesta: «*Por vuestra poca fe. Porque yo os aseguro: si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: "Desplázate de aquí allá, y se desplazará, y nada os será imposible"*» (Mt 17,20). Como vemos, Jesús no les recrimina su falta de conocimientos o no haber procedido de un modo correcto. Jesús les habla de algo mucho más profundo e importante: de su poca fe.

Hace unos años escuché en Radio Nacional de España un reportaje sobre un grupo de investigadores que se adentraron en la selva amazónica para hacer un importante estudio. Uno de los componentes de la expe-

dición nos contaba con cierto detalle cómo debieron utilizar los medios más sofisticados para llegar a la zona de estudio. Pero al llegar allí se llevaron una gran sorpresa, pues se encontraron con las ruinas de un antiguo convento de franciscanos. Aquello les desconcertó: ¿Cómo llegaron allí aquellos frailes? ¿Con qué medios? ¿Y cómo pudieron, además, construir un convento?

La respuesta para nosotros es sencilla: con mucha fe. Jesús les pidió a aquellos franciscanos que llevaran la Palabra de Dios hasta el centro de la selva y, a pesar de lo arriesgado de la misión, a pesar de ser poco prudente, confiaron en la Providencia divina y se pusieron en marcha. Cuando Jesús nos dice que con mucha fe se pueden mover montañas o caminar sobre las aguas (cf. Mt 14,22-33), se refiere a esto, a que podemos hacer lo imposible por el Reino de Dios.

La fe es maravillosa. Cambia totalmente nuestra vida. Con ella no tememos *«el espanto nocturno, ni la flecha que vuela de día, ni la peste que se desliza en las tinieblas, ni la epidemia que devasta a mediodía»* (Sal 90,5-6). Sabemos que Dios está con nosotros.

Y los riesgos que tomamos gracias a tener mucha fe tienen su premio, pues ésta nos hace ver que Dios no es meramente un lúcido mensaje o una bella imagen, sino un Ser que nos ama (cf. 1 Jn 4,8). La fe nos hace ver a Dios como a Alguien, no como a algo. Gracias a ella podemos vivir una profunda historia de amor con Dios. ¿Puede haber mayor felicidad?

*«Señor, auméntanos la fe»* (Lc 17,5).

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.  
*Prulla (Francia)*

## ESTUDIOS

### La *Passion de Christo* de la Madre Juana de la Encarnación, OSA

«¡Señor Jesús, rogáis por los que os crucifican,  
y crucificáis a los que os aman!»<sup>1</sup>

El esplendor alcanzado por la mística española a lo largo del siglo XVI, ubérrimo en frutos espirituales, se vio severamente opacado en el último cuarto del siglo XVII por la condena del quietismo en la persona del sacerdote aragonés Miguel de Molinos. El 20 de noviembre de 1687, en la Bula *Coelestis Pastor*, Inocencio XI reprobaba 68 afirmaciones heréticas extractadas de sus innumerables cartas de dirección y de la *Guía espiritual*, su obra cumbre. Con ello se inauguraba un período de rigurosa persecución antiquietista, aunque la sombra de la sospecha se extendió sobre cualquier manifestación de misticismo. La represión llegó a tal extremo que especialistas como Tellechea Idígoras la han calificado de «terrible poda de la fronda mística»<sup>2</sup>. Pero si las consecuencias de la condena del quietismo resultaron funestas para el fenómeno místico, la aparición en escena de la nueva mentalidad ilustrada, con su fuerte propuesta de secularización de

1. LÉON BLOY, *Diarios*, Acantilado, Barcelona 2007, p. 88.

2. MIGUEL DE MOLINOS, *Guía espiritual*, Fundación Universitaria Española, Madrid 1975, introd., p. 39.

la cultura, incluso religiosa, acabó convirtiéndolo en un hecho marginal. Los manuales de historia de la espiritualidad, al abordar el siglo XVIII, apenas destacan a unas cuantas figuras, por lo demás prácticamente desconocidas salvo para los especialistas.

En este contexto, se hace comprensible el silencio casi absoluto que ha rodeado a la *Passion de Christo* de la Madre Juana de la Encarnación. En el extenso catálogo que ofrece Melquíades Andrés en su excelente *Historia de la mística de la Edad de Oro en España y América*, donde recoge mil doscientas obras espirituales escritas entre 1485 y 1750, aparece registrado únicamente un opúsculo de la mística murciana titulado *Despertador del alma religiosa*, publicado en Madrid en 1723 y conservado en la Biblioteca Nacional. Ni siquiera una mención a la *Passion de Christo*, a pesar de las tres ediciones que de ella se hicieron en el siglo XVIII (1720, 1726 y 1757).

Las dos primeras ediciones, de 1720 y 1726, publicadas en Madrid, corrieron a cargo del jesuita P. Luis Ignacio Zevallos. La que actualmente está en proceso de ser publicada<sup>3</sup> es la tercera reimpresión de la de 1720, publicada en Valencia por el P. D. José Molero, presbítero de la Congregación del Oratorio en Murcia, en el año de 1757. El texto de la *Passion*, tras las aprobaciones y licencias de rigor, va precedido de un resumen de la vida y virtudes de la religiosa agustina debido a la pluma del propio Zevallos. Cierra la obra, a

3. MADRE JUANA DE LA ENCARNACIÓN, *La Passion de Christo comunicada por admirable beneficio a la Madre Juana de la Encarnación*. Aún no se ha decidido qué editorial va a publicar esta obra.

modo de apéndice, un breve escrito titulado «*Singular beneficio de María Santísima a la Madre Juana de la Encarnación, manifestandola un Alma en culpa mortal*».

Un acercamiento directo a la *Passion de Christo* permite descubrir en ella una experiencia de unión con Dios en línea con la tradición más auténtica de la mística de la Pasión, que desde la Edad Media adquirirá entre las religiosas un notable carácter nupcial. Más allá de las visiones de las diferentes escenas de la Pasión de Cristo descritas por la Madre Juana, el núcleo de su profunda experiencia de Dios hay que buscarlo en el generoso despliegue de efusiones amorosas que llenan las páginas de la obra y que constituyen un hermoso canto al amor de Dios. El corazón de la Madre Juana, deslumbrado por la *kénosis* de un Dios despojado de su omnipotencia hasta encarnarse en un hombre cualquiera y morir en la cruz en un acto supremo de amor, desborda en expresiones de alabanza y sentimientos de gozo al tiempo que lamenta la indiferencia y el desvarío del ser humano, incapaz de reconocer tan admirable prueba de amor. Por todo ello, conviene situar esta obra en el contexto de la denominada «mística de la cruz» o «mística de la Pasión», expresión genuinamente cristiana del misterio de la unión del alma con Dios.

En la historia de la espiritualidad cristiana, la experiencia profunda de despojamiento de sí mismo, de renuncia absoluta al *ego* hasta la identificación con el Crucificado, se ha denominado «mística de la Pasión». En realidad, toda mística cristiana es *via crucis*, Pasión encarnada en lo cotidiano. Cristo, camino, verdad y

vida, es la puerta de acceso a la intimidad trinitaria de la Divinidad; es el puente –como diría Santa Catalina de Siena– tendido entre la finitud de la criatura y la trascendencia infinita de Dios: «Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6). En Cristo, Dios se hace inmanente: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,9). Tal es la paradoja del Dios cristiano: su divinidad se manifiesta en su debilidad.

Los místicos cristianos, más que insistir en la dimensión expiatoria de la muerte de Cristo, han contemplado las escenas de la Pasión como una prodigiosa demostración del amor de Dios, que ha amado hasta el extremo de dejarse matar por aquellos a quienes estaba salvando. Amar hasta la locura de la cruz. Dios elige perder para que gane el hombre. Sólo Dios encarnado era capaz de prodigio semejante. Aquel Dios inaccesible y majestuoso del Antiguo Testamento, cuyo rostro no se podía contemplar y seguir con vida (cf. Ex 33,20); aquel Yahvé inspirador de un sentimiento de temor reverente, podía ser contemplado ahora clavado en una cruz, la muerte más ignominiosa, ofreciendo ante el mundo una imagen de absoluta impotencia.

El discípulo de Cristo, al enfrentarse al escándalo de la cruz, comprende que ésta no es sólo prueba incomparable de amor, sino también camino hacia Dios: «El que no toma su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,27). Desde esta perspectiva, amar es morir; el que ama verdaderamente, da la vida para encontrarla (cf. Mt 10,39; 16,25; Jn 12,25). En el interior del místico que experimenta volunta-

riamente este dulce martirio se produce una insospechada revolución: su interior se convierte en un manantial de agua viva que brota para la vida eterna (cf. Jn 4,14). Como Pablo, advierte la fuerza de Cristo resucitado, que vive en él (cf. Gal 2,20).

La Madre Juana de la Encarnación estructura su obra como sigue: con algunas excepciones, cada capítulo de la *Passion* comienza con el relato de una escena del drama de Pascua, al que la mística agustina asiste como espectadora por una gracia especial, seguida de una extensa meditación interrumpida a cada paso por intensas expansiones afectivas. Pero esas descripciones de la Pasión de Cristo narradas por la Madre Juana, en comparación con el volumen total de páginas de que consta la obra, ocupan una parte muy pequeña, lo que demuestra, sin duda, que no es la pieza más importante. Por eso conviene tener en cuenta el verdadero sentido del título *La Passion de Cristo comunicada por admirable beneficio a la Madre Juana de la Encarnación*. Lo que Cristo «comunicaba» a la vidente no eran datos históricos o detalles desconocidos de la Pasión, que sólo lograrían despertar la curiosidad del lector. Lo verdaderamente original, el significado de esa «comunicación», reside en el trasvase o impregnación en el sujeto pasivo de los sentimientos que tuvo Cristo durante las amargas y dolorosas horas de la Pasión. La mística agustina, durante sus visiones, experimenta en carne y alma propias los padecimientos físicos, psicológicos y espirituales de Cristo al modo como ocurría a Santa Catalina de Ricci, convirtiéndose por obra de la gracia en «otro Cristo».



La *Passion de Christo* de la Madre Juana de la Encarnación ocupa, por todo lo expuesto, un lugar merecido dentro de la tradición secular de la espiritualidad de la Pasión. La experiencia mística de esta monja agustina se desarrolla al pie de la cruz y su punto de partida es un sentimiento abrumador de la propia indignidad frente a la santidad y majestad de Dios. A la luz de la gracia, la Madre Juana conoce la terrible realidad del pecado y el estado deplorable de la naturaleza humana, sumida en un abismo de oscuridad que ni siquiera es capaz de sospechar; pero también la locura del amor de Dios, inconcebible para la inteligencia humana: el Creador, que ama apasionadamente a la criatura, es correspondido por ésta con frialdad e indiferencia. Y cuanto más despreciado, más ama. «*No, Señor de mi vida, no se puede negar que estais apasionado por los hombres*» (p. 339), escribe nuestra mística admirada por tamaña desmesura.

En la Madre Juana de la Encarnación, el itinerario místico hacia la cruz está jalonado de diversos dones sobrenaturales con que ella había sido distinguida con cierta frecuencia. En varias ocasiones, Dios le concedió la gracia de conservar en su pecho las especies sacramentales más tiempo que el ordinario, «*por una hora, y alguna por medio día mas, ò menos*» (p. 53). Durante ese tiempo, ella gozaba, «*en el centro de mi espíritu*» (p. 54), del trato dulce e íntimo con su Señor. El lenguaje se revela como una herramienta muy precaria para describir los gozos del alma que vive abismada en Dios. Pero esta agustina, como otros muchos místicos antes y después que ella, se atreve a balbucir, aun reconociendo la imposibilidad de explicar en tér-

minos humanos «la gloria de aquella vida», el misterio del alma unida a Dios:

*«Assi se goza el alma viviendo en su misma vida, que es Dios, se confunde, y aniquila, conoce su nada, y en ella se complace, porque Dios lo sea todo. A nada desto puede mi alma resistirse, porque entonces solo Dios es el dueño absoluto, y su voluntad Santísima la que reyna en mi alma, que solo vive en la voluntad de Dios, porque en sí no reconoce otro querer, teniendole unido con el del Señor»* (p. 54).

El Domingo de Ramos siguiente a una de estas experiencias, la Madre Juana siente aumentarse en ella «*indezibles ansias de padecer, y acompañar aquellos dias al Señor, y à su Santissima Madre en los dolores, penas, y afrentas de la Passion. Manifestè mis deseos a su Majestad [...] suplicandole me concediesse parte de sus dolores, ò templasse mis deseos, si no le eran agradables*» (pp. 57-58). Estando en estas ansias encendida, y hallándose en un intenso estado de recogimiento interior, en el centro de su alma oye una voz dulce, clara e inteligible, *que no podía dudar ser del Señor*, que le decía:

*«Alma mia, aceptables me han sido tus ruegos; te haré participante de mis penas, y dolores, y de los de mi Madre Santísima: dispon tu corazon [...]. Me diò allí el Señor un entrañable deseo de padecer, y de ser despreciada de todas las criaturas, y conocida por la peor de los nacidos»* (pp. 58-59).

Sor Juana acepta con alegría y prontitud la invitación a cargar con su cruz, pues sabe que ésta purifica

el alma, la embellece a los ojos del Amado y la torna apta para la unión:

*«Aquí me tienes, castiga, quema, abrasa, consume, corta, hiere, con tal que yo no te desagrade. Muero en ansias insufribles por verte, y gozarte eternamente»* (p. 90).

El alma que conoce su miseria a la luz de Dios, se goza de ser nada y de que Dios lo sea todo. El sentimiento de la propia nihilidad frente a la infinita majestad de Dios, lejos de hundir a la criatura en el abismo de la desesperación, le otorga una mirada nueva sobre el mundo, que ante ella aparece ahora transfigurado, y le infunde una fuerza y una esperanza inusitadas. El hombre así iluminado, sale de la caverna y descubre la Belleza escondida tras la apariencia de las cosas. En definitiva, abre los ojos a la verdadera realidad, que no es otra que Dios mismo. La Madre Juana descubre la enorme distancia entre Dios y la criatura no por conocimiento de fe, sino por la certeza del que toca, ve y experimenta esta verdad *«con una luz muy clara, sin sombra, ni oscuridad»* (p. 132), y lo expresa recurriendo a comparaciones de gran belleza plástica: el que está de noche en su casa, no duda de que está en su habitación ni de los objetos que hay en ella; pero cuando el sol la ilumina, no sólo no duda, sino que ve claramente aquellos objetos, *«y también el polvo, vasura o telarañas que tienen. Esto le sucede a mi alma cuando la entra la luz del Sol, que no solo se halla creyendo ser nada, como antes, sino es que lo ve, y las telarañas de sus defectos no se le esconden, y el polvo que ha echado en sus obras»* (p. 132). De la tristeza origi-

nada en la mirada hacia sí mismo se pasa a la alegría y el gozo de la mirada hacia Dios, que muestra a sor Juana, «*con una vista brevísima, y ligerísima, pero muy clara, y penetrante, con luz especial, [...] y con el modo posible à esta vida, las felicidades no imaginadas del entendimiento humano, que el alma goza en el Reyno del Señor, cuando entra a vivir en su gozo con una eterna, y dulce posesión*» (p. 133).

En esta visión, se le representaron los gozos de la vida eterna comunicados por Dios a las almas de un modo inexplicable. Del seno de la Trinidad, nos refiere la mística agustina, salía como un sol de extraordinaria claridad cuyos rayos inundaban y embellecían las almas de los bienaventurados, que unidas al Sol divino se convertían en su mismo fuego (cf. pp. 134-135), aunque «*no ay, ni puede aver en esta vida explicacion que dè à entender lo que esto es*» (p.135).

Cuando Dios toma posesión del alma, la voluntad del místico queda anulada para hacerse una con la de su Señor. Este aniquilamiento interior es *conditio sine qua non* para la unión: la voluntad del hombre ha de desaparecer porque es un impedimento para la acción de Dios. Desaparecida aquella, Éste actúa libremente operando en el alma una transformación ontológica que la hace partícipe de la naturaleza divina. Sor Juana se sirve de imágenes clásicas en la literatura mística para intentar explicar este estado de beatitud:

«*No es facil decir lo que estos ratos passava por mi alma: estava mi Redentor tan poseído de ella, tan dueño de mi voluntad, la tenia tan unida à si mismo por el afecto, que la suya tenia yo por mia:*

*y como el hierro sin perder su naturaleza se haze una cosa con el fuego, si està encendido en la fragua; assi estava mi alma tan anegada en aquel Mar infinito de Dios. Y si por acà se echasse en el Mar una china, que se fuera à lo profundo, no pudiera ella salirse de alli, assi quedava mi alma estos ratos gozando de las misericordias de Dios, que si su Magestad no me sacàra, fuera yà eternidad de gloria. Y como si en el Mar se echasse una gota de agua (que son exemplos que aora se me ofrecen para explicarme) se unirìa sumamente con ella; esta gota de agua era mi alma, en quien el Señor avia derramado su gracia uniendola à sî, y reciendola en aquel Mar infinito de misericordias indecibles» (p. 278).*

Pero Dios, antes de unirla a sí, purifica al alma por medio de la cruz de la noche oscura. Madre Juana no es ajena a esta purificación. Antes de otorgarle la gracia de la visión, Dios conduce al alma al desierto, donde le muestra su realidad de imagen de Dios rota por el pecado y perdida en la región de la desemejanza. El alma llora su deplorable situación y la invaden temores horribles de haber perdido la fe y el amor de su Dios. Una agudísima conciencia de pecado la conduce hasta las mismas puertas del infierno y el miedo de que la muerte la sorprenda sin haberse enmendado amenaza con ponerla en estado de desesperación. «*Todo es indezible*», exclama transida de dolor la Madre Juana:

*«Su Magestad se retira, y oculta à mi alma, dexandome à mì sentir en las puertas del Infierno, y à*

*vezes muy dentro, según es mi aflicción de si tengo ofendido al Señor, y si estoy en su desgracia. Esta es la mayor pena, y dolor, que puede aver, sin que pueda tener resignacion para aver ofendido al sumo Bien de mi alma»* (p. 110).

Es la noche oscura, la travesía del desierto que, en la admirable pedagogía de Dios, representa la antesala de la visión.

Por todo esto, la Madre Juana de la Encarnación invita continuamente a la conversión: *«Yà es hora de despertar, ò resucitar à una nueva vida. Yà es tiempo de abrir los ojos, para que vean la luz del sol»* (p. 160). El amor de Dios urge al hombre a mortificar las viles pasiones que le esclavizan y vuelven a crucificar a Cristo cada día. Espoleada de un enorme celo apostólico, sor Juana denuncia con voz profética la vida negligente y corrupta de los católicos, religiosos y laicos, que viven de espaldas a Dios y abrazados al mundo:

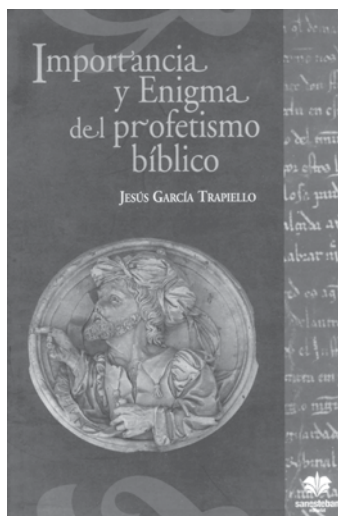
*«Que assi obran los Catholicos! Los que se precian de muy Christianos! O Justissimo Juez, assi se desprecian los pobres, se ultraja vuestra obra, la imagen de vuestras manos! Dònde està el juìcio, y la razon?»* (p. 160) .

*«Los pocos que de vèras le avian de servir, y los muchos que avian de pecar, y malograr el fruto de su Sangre, bolviendo à ser azotado por los Catholicos, que solo muchos lo son en el nombre, y no en las obras»* (p. 207).

Con la reedición de esta obra de la agustina murciana los buenos degustadores de literatura mística

están de enhorabuena. Se les ofrece, después de más de dos siglos olvidada, una obra que puede aportar luz y conocimiento en esta época de tinieblas e ignorancia, un manual de vida espiritual que posee la actualidad de lo bien fundamentado. Y el fundamento de esta obra no es otro que Cristo crucificado, epifanía del Dios que es Amor.

DON SALVADOR SANDOVAL MARTÍNEZ, O.P.  
*Murcia (España)*



## **IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO**

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276      Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

# La Vida Consagrada:

## 1. ¿Dónde estamos?

Discerniendo el presente a la búsqueda de un futuro para la Vida Consagrada

### INTRODUCCIÓN

*«La Vida Religiosa está llamada a manifestar la pasión por el Dios del Reino y por el Reino de Dios [...]. La desilusión y la rutina no pueden tener cabida en ella. La comprensión y la vivencia de la identidad, comunidad y misión de la Vida Religiosa se vieron convulsionadas a partir del Vaticano II; esto ha exigido de los religiosos un trabajo de análisis, discernimiento y conversión»<sup>1</sup>.*

Compartiendo esta idea, este estudio sobre la Vida Consagrada, que publicaremos en tres partes –«¿Dónde estamos?», «Los caminos recorridos», «El camino por delante»–, toma para sí el objetivo general del *Congreso Internacional de la Vida Consagrada* celebrado en Roma en noviembre del 2004, y se deja inspirar por su dinámica, aún no superada. El Congreso pretendió ser un momento orante e intenso de discernimiento, un esfuerzo por dar luz, un punto de inflexión en el camino, una señal marcando la dirección del horizonte.

1. Cf. J. V. PEINADO, *Pasión por el Reino*, PCL, Madrid 1992, p. 7.



Dado que «*la Vida Consagrada es vista como viviendo un periodo de transformación profunda y de transición en vista de otro modo de ser y de actuar*»<sup>2</sup>, lo reflexionado en dicho evento será tomado como luz que ilumine una pregunta vital: *¿qué nos dice el Espíritu y hacia dónde nos conduce en nuestro tiempo?*

## NUESTRO CONTEXTO

No podemos pensar en nuestros caminos sin antes discernir, francamente, en qué contexto vivimos. ¿Facilita o dificulta nuestro ser y misión? ¿Tenemos algo que ofrecerle, si es que necesita algo? ¿Cuáles son sus carencias y sus fortalezas? ¿Quiénes son nuestros interlocutores? Nuestro interlocutor es el mundo en que vivimos, la Iglesia que tenemos y somos y, por supuesto, nuestros hermanos y hermanas de comunidad consagrada.

Vivimos una *post-modernidad globalizadora*, al mismo tiempo señora y sierva de los medios de comunicación de masas. Sin embargo, esta red no engloba a todo el mundo, de manera que la distancia entre los que están dentro, los que «creen que están» –sin estarlo–, y los que quedan definitivamente fuera de cualquier posibilidad, es cada vez mayor, hasta el punto de que en un solo globo existen mundos diferentes.

*«Vivimos en la impresión de que el espacio no existe, y al mismo tiempo nunca estuvimos tan separados*

2. Palabras de la comisión organizadora, en CIVC: *Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*, San Pablo, Madrid 2005, p. 11.

*unos de otros*»<sup>3</sup>. Subjetividad y necesidad de seguridad forman dos polos de una situación que envuelve al hombre y a la sociedad. Es interesante mirar a los religiosos más jóvenes, y ver en ellos estas características, con niveles de subjetividad e inmediatez acentuados.

Por otra parte, *nuestra Iglesia* puede ser considerada, en cierto modo, como el prototipo de institución fallida desde el punto de vista humano. Los errores del pasado, reconocidos en el presente para asumir positivamente su propia fragilidad, parecen dificultar todavía más su credibilidad porque, así como erró, puede volver a errar.

El Vaticano II abogó por una *eclesiología de comunión*. La Vida Consagrada quiere ser don para la Iglesia y recibirla como tal; es consciente de la necesidad de estrechar los lazos con la Iglesia universal y local, armonizando sus planos pastorales y facilitando el diálogo con la jerarquía. Esta necesidad de comunión es causa también de los movimientos e iniciativas euménicas.

Sin embargo, hay quien ve un contrasentido en la realidad eclesial actual, en la que la Iglesia pierde miembros lúcidos y comprometidos y se ve dividida entre grupos fundamentalistas extremos, incapaces de diálogo, al tiempo que corre un marcado riesgo de «sacralización». Además, en ocasiones parece tener poco interés por la Vida Consagrada y su carisma, y también

3. T. RADCLIFFE, *La Vida Religiosa después del 11 de septiembre. ¿Qué señales podemos presentar?*, en *Pasión por Cristo...* pp. 315ss.

parece desconfiar de sus modelos de obediencia y discernimiento. Todavía confiamos en que un día la ecle-siología de comunión se haga realidad en una sociedad que, sedienta de una espiritualidad que ella no sabe buscar, necesita más que nunca de un auténtico Pueblo de Dios.

Por su parte, la Vida Consagrada está también marcada por contrastes: por el cansancio y por el miedo, pero también por un profundo deseo de discernir marcas de novedad. Como en toda crisis, la falta de perspectiva histórica impide medirla con exactitud. Tal vez el principal problema sea la falta de definición de la situación, pues en la Vida Consagrada vivimos realidades contradictorias.

Pongamos tres ejemplos: las obras sociales *todavía* son fuente de prestigio, pero *ya* ocasionan serios problemas. Mientras en Europa parece que los religiosos perdemos el aliento, en otros continentes la Vida Consagrada está llena de ideales, pero *todavía no* adopta modelos inculturados. Aunque aparentemente la Vida Consagrada sea muy consciente de su posición en el mundo, y se sitúe en la solidaridad, se pueden ver aún señales de aburguesamiento.

Con sus incoherencias, tenemos que reconocer que la Vida Consagrada puede ser una señal profundamente evangélica o, por el contrario, escandalosamente anti-evangélica. Se nos llama a la conversión, a no dejarnos arrastrar por el «profesionalismo» de lo divino. Desolada, pero vitalizada, no podemos dejar que el mero análisis social nos engañe: lejos de la muerte, la mirada de fe nos manifiesta la presencia activa de Dios en

nuestros límites y fragilidades. La Palabra nos habla de encuentros, de elegidos, de profetas; la teología nos habla de virtudes. Utilizando los mismos símbolos que fueron utilizados en Roma, *la fe, la esperanza y la caridad* alimentan la existencia de una vida que no tiene sentido en sí misma, sino en el servicio gratuito y pleno al Reino.

#### PROFETAS: LA FE Y EL TESTIMONIO EN UN DIOS QUE SALVA

El profetismo es una de las funciones del Pueblo de Dios, junto con el sacerdocio y la realeza. Es verdad que «*la Vida Consagrada no tiene el monopolio del profetismo, pero su estilo de vida lleva a subrayarlo*»<sup>4</sup>.

En la profecía es unificado el proceso de fe. No es suficiente *sabernos* proféticos; se nos piden unas cualidades que encarnen esa dimensión: el deseo, ocasionado por la elección y transformado en búsqueda, y una fuerte sensibilidad que se deje impactar por la realidad, que afronte el sufrimiento y que esté dispuesta a denunciar. El verdadero hombre de Dios es capaz de transformar el dolor en gracia y la denuncia en anuncio de esperanza. La Vida Consagrada es profética si lee los signos de los tiempos, los acoge y actúa con audacia porque sabe que en el presente hay «semillas de futuro»<sup>5</sup>.

No podemos tener mejor ejemplo de profeta que Santo Domingo (ca. 1270-1221), el fundador de la

4. C. MACCISE, «Realidades y esperanzas en el congreso», *Testimonio* 208 (2005) 43.

5. B. SECONDIN, D. PAPA, *op. cit.*, p. 101

Orden de Predicadores, que supo ver en su tiempo la Verdad encerrada en cada acontecimiento, incluso en aquellos más negativos, y transformarlos en positivos. Él supo ver la miseria y el sufrimiento en Palencia, y los transformó en *compasión*, dejándonos así una de las características más importantes de la Orden; en su Iglesia supo ver la necesidad de volver a los orígenes y plantó en ella la semilla de la *Orden*; en la herejía contempló el deseo de un cristianismo auténtico, aun cuando confuso en su doctrina, y gracias a ella nació para nosotros la *búsqueda de la Verdad*. Así fue la profecía de Domingo: lúcida y realista, audaz y compasiva.

El profeta –la Vida Consagrada– anuncia la esperanza *realizando* en sí los valores del Reino como auténtica «profecía corporal»<sup>6</sup>: Dios se hace visible *en ella* cerca de los excluidos, en el compromiso concreto, en el cuidado por la vida y en la libertad auténtica.

«*Los profetas no dicen el futuro, dicen la verdad*», y la verdad que la Vida Consagrada dice es que padece, como el hombre actual, una profunda sed de Dios, sed que pretende saciar en la superabundancia del encuentro. Busca a través de la vivencia de los valores del Reino, y se expresa en la misericordia porque «*la fidelidad al espíritu profético pasa por el servicio a la vida amenazada [...]. Los profetas auténticos son [...] los que prestan su aliento esperanzado*»<sup>7</sup>.

6. *Ibid.*, p. 107.

7. J. R. FLECHA, *Los profetas, buscadores de Dios*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 13.

## LA PLENITUD DEL REINO, MOTIVO DE NUESTRA ESPERANZA

La esperanza es fundamental e inherente a la Vida Consagrada. Así se expresa SS. Juan Pablo II en la exhortación *Vita Consecrata*: «Hay personas que dedicaron su vida a Cristo y no pueden dejar de vivir en el deseo de encontrarlo, para estar finalmente y para siempre con Él [...]. La persona consagrada recuerda que “no tenemos aquí ciudad permanente” (Hb 13,14) porque somos ciudadanos del cielo (Sant 3,20)» (n. 26). Los religiosos, «que hicieron del futuro la propia profesión de fe y de la esperanza escatológica el motor de la propia existencia»<sup>8</sup> necesitan ser aguijón que anuncie el futuro, testimoniando sin miedo la preeminencia del Otro, que hace explotar nuestros pequeños límites.

Los votos testimonian esta esperanza. Ya lo hace el propio estilo de vida, pero por los votos acogemos una manera incierta de vivir, abierta a las sorpresas de Dios, y establecemos un mundo alternativo. Por la *castidad* somos testigos de cómo en el corazón humano siempre hay un vacío que sólo puede ser llenado por Dios. Por la *pobreza* anunciamos que toda propiedad es provisional, y nuestro ser es proyectado a los cielos donde ni la polilla ni el óxido lo destruyen (cf. Mt 6,19s). Por la *obediencia* renunciamos al propio querer, abriendo caminos para la realización. Nuestra vida comunitaria, además, anuncia que es posible la existencia de una comunidad no jerárquica, apoyada en la comunión con Cristo resucitado. «Estando en casa en

8. Cf. F. RODÉ, *La Vida Consagrada en la escuela de la Eucaristía*, en *Pasión por Cristo...*, p. 304.

*la inmensidad de Dios, entonces podemos sentirnos en casa en cualquier sitio»<sup>9</sup>.*

Somos testigos de auténtica esperanza, aquélla que no acaba, porque *«tenemos la firme convicción de que, al final, comprenderemos que toda nuestra vida tiene un significado»<sup>10</sup>.*

#### EL ENCUENTRO CON CRISTO, ORIGEN DE LA CARIDAD

Vamos a utilizar aquí las dos figuras que estuvieron presentes en el congreso de Roma. El samaritano (cf. Lc 10,25-37) y la samaritana (cf. Jn 4,1-42) son protagonistas de un encuentro con un «*Dios Alternativo*», que se presenta delante de quien no tiene agua y de quien busca la vida eterna, y en lugar de dar respuestas hechas, es Él quien se hace carente y *pide*. Y es que el verdadero encuentro surge de la carencia mutua, en lugares profanos y situaciones cotidianas. Los samaritanos, dos excluidos, realizan el encuentro con Cristo y nos recuerdan que nada somos si no tenemos caridad, la caridad que surge de *ese* encuentro en que nos sabemos *ya* amados.

La samaritana, mujer y extranjera, rompe con los formalismos religiosos y sociales de quienes se aproximan a Jesús. Ella rompe barreras. En presencia de Jesús desaparecen nuestras categorías, porque la verdadera adoración es aquélla que es fiel a la fuente del amor. El encuentro casual e inesperado, que conduce

9. T. RADCLIFFE, *El manantial de la esperanza*, Ed. San Esteban, Salamanca 1998, p. 231.

10. *Ibid.*, p. 247.

a profundizar en la propia sed y a una entrega personal y radical a la novedad de Jesús, expresa bien nuestro deseo: una profunda experiencia de encuentro que sea fuente de la evangelización, pues el propio Jesús es quien nos pide que demos de beber, saliendo de nuestro egoísmo y mediocridad. Los «maridos» de la post-modernidad forman parte de nuestra vida y los cargamos a nuestra espalda; es necesario el discernimiento conjunto que nos ayude a identificarlos y nos estimule a abandonarlos a cambio de otra experiencia, la experiencia del encuentro con Cristo.

La parábola del samaritano responde a la pregunta del doctor de la ley: *¿quién es mi prójimo?* Jesús, en lugar de entrar en la controversia legal, enseña el modo práctico de la cuestión, la perspectiva del hacer, que da nuevo sentido al tiempo cotidiano y al lugar profano. El amor pasa a ser medido, no por la ley o la religión, sino por la necesidad del otro, reconociendo en él la voluntad de Dios. En la figura del samaritano vemos cuál es la frontera de nuestra misión: ser misión sin fronteras. En él descubrimos también los verbos que deben guiar nuestro actuar: *mirar* con compasión; *cuidar* en calma las heridas del otro. La Vida Consagrada es el samaritano que mide su acción según las necesidades, pero es también el semimuerto que, recuperado por Jesús, podrá amar cumpliendo en los pequeños proyectos aquellos grandes planes que cambian «alguna cosa». La nuestra debe ser la «espiritualidad de las intemperies», que retome la práctica silenciosa del amor concreto.



## CONCLUSIÓN

No hemos dejado de ser necesarios, no estamos parados, y mucho menos medio muertos. Ante nosotros se presenta el desafío de un mundo que cree estar perdiendo la necesidad de espiritualidad, una espiritualidad que le oriente en medio de una sociedad científica y tecnologizada, un mundo engañado por la globalización. Y tenemos *esa* espiritualidad para dar, *ésa* que estamos buscando, una espiritualidad de comunión.

Nuestra espiritualidad está marcada por la Palabra que nos desafía, por la promesa de la vida eterna y por la fuerte presencia de Jesús en medio de nosotros, que sostiene nuestra fe, esperanza y caridad precisamente al hacérsenos presentes bajo la forma de los más pobres. En los límites nos espera el encuentro con Jesucristo.

En enero de este mismo año fr. Felicísimo Martínez, O.P., habló para la Asamblea del CODALC, reunida en São Paulo. Presentó un hito en la predicación dominicana: el contexto y contenido de la famosa homilía de Pedro de Córdoba en 1511, ante las no pocas dificultades contempladas por ella en esos primeros momentos de evangelización en La Española. Nuestra historia nos trae responsabilidades. ¿No somos nosotros herederos y continuadores de las palabras de fr. Antonio de Montesinos? Como tal, Felicísimo presenta los retos para los religiosos de América Latina y Caribe en nuestro presente: intensificar la experiencia de fe, tanto en la contemplación como en la predicación; recuperar la dimensión comunitaria de nuestra predicación; asumir el desafío de la justicia y la paz, auténtico signo de fe de nuestro tiempo.

Sin duda también podemos adoptar para nuestra realidad europea las palabras de Felicísimo<sup>11</sup>. Si la situación de hace 500 años puede enseñarnos algo, también el discernimiento surgido en iniciativas como la de América Latina y Caribe nos enriquece. Nuestros ojos están puestos en el mundo. Fe, esperanza y caridad son puestos a prueba en él y para él.

Toda esta reflexión está hueca si queda aquí. ¿De qué sirve una lúcida mirada al presente, una lectura creyente de los signos de los tiempos, un estudio del contexto... si no es de cara al futuro? ¿Acaso la comunidad religiosa puede limitarse a mirarse a sí misma?

Las dos siguientes partes de nuestro estudio sobre la Vida Consagrada –«Los caminos recorridos» y «El camino por delante»– tratarán de enriquecer lo dicho hasta ahora. Describiremos los caminos ya recorridos y que han quedado atrás, y los que en este mismo momento estamos pisando. Finalmente, propondremos la dirección que el discernimiento va marcando, el discernimiento de religiosos y religiosas, el discernimiento «inter» (inter-generacional, inter-racial, intercultural), el discernimiento *creyente, esperanzado y amante*.

HNA. ELOÍSA MARÍA BRACERAS GAGO, O.P.  
*Burtzeña (España)*

11. La conferencia íntegra puede ser extraída de la página [www.codalc.org](http://www.codalc.org).

# La espiritualidad dominicana según fr. Edward Schillebeeckx

La reciente muerte de este renombrado teólogo dominicano es ocasión oportuna para presentar unas ideas sobre espiritualidad de la Orden de Predicadores que expuso en un artículo que nos ha llegado a través de Internet<sup>1</sup>.

Edward Schillebeeckx (1914-2009) tiene una visión dinámica de las fuentes y componentes de nuestra fe: la revelación y la tradición. La historia no es un accidente o un simple contexto en el que la salvación del ser humano se realiza. Tiene algo que decir, que construir. En esta línea no se puede hablar de una espiritualidad dominicana instituida en un momento dado, que todos los integrantes de la Orden tienen que reproducir. Es verdad que el Vaticano II ha exigido a religiosos y religiosas volver a la inspiración fundacional, al carisma que origina la fundación del instituto religioso. Siempre ha de estar presente dicho carisma para no traicionar la razón de ser del instituto. Pero el carisma tiene su dimensión histórica. A lo largo de ella se modela en busca de purificación y de ser significativo a los hombres y mujeres de cada momento.

1. <http://www.op.org/international/english/Documents/Articles/schillebeeckx.htm> (del año 2002).

Si nosotros creemos en la espiritualidad, hemos de aceptar que es ella la que define lo hondo y verdadero de cualquier instituto religioso. En realidad la espiritualidad expresa la verdad de lo que uno es. Pues bien, lo que es esencial al ser humano ha de participar de la dimensión histórica de éste. De este modo, los cambios que se fragüen en la historia no serán cambios de formas, de apariencias, sino que reflejarán cambios hondos. Toda fidelidad a algo noble ha de ser creativa. La fidelidad no se identifica con la rutina ni con la terquedad.

*«Sin historia perderíamos la memoria, fracasaríamos al querer ocupar un lugar en el presente y no tendríamos esperanzas para el futuro. Nuestra historia está incluida en amplias historias de la Iglesia y de la humanidad. Somos reconocidos como familia con nuestras propias características más o menos destacadas, ninguna queda oculta»*, dice Schillebeeckx.

La Orden ha ido modelando su espiritualidad a lo largo de la historia. En sus comienzos y en los siglos posteriores, la espiritualidad de la predicación, propia de la Orden, ha insistido sobre todo en ofrecer la verdad de la fe frente a desviaciones de ella. No ha tenido el carácter misionero que adquirió al hacerse presente la Orden en América. A la tradición de la Orden no pertenecía ofrecer catecismos, sino tratados de Teología, interpretaciones de la Sagrada Escritura o aplicaciones morales de la doctrina católica. Los primeros dominicos en el Nuevo Mundo tuvieron que escribir catecismos para llevar a cabo su misión evangelizadora. A su vez, tuvieron que buscar en la Teología y la Filosofía razones para hacerse presentes en tierras que

no eran tuyas, sin pertenecer al grupo de los invasores. La espiritualidad de la Orden, como apunta nuestro teólogo, no puede ser estudiada simplemente por historiadores, sino que se ha de ahondar en ella desde la realidad de cada momento histórico.

No se trata, por supuesto, de prescindir de la idea fundacional de quien marcó el estilo que la Orden tuvo en sus orígenes; ni tampoco de olvidar su historia. Al contrario a ello es necesario volver para iluminar el presente. Iluminarlo no sólo con las luces, sino también con las sombras que aparecen en esa historia.

La espiritualidad de Domingo bebe directamente en el Evangelio. Él es «*vir evangelicus*». Está animado por la misma espiritualidad de Jesús de Nazaret. La espiritualidad que se manifiesta en sus sentimientos –como pasa con toda espiritualidad–. En concreto, el de tener lástima de quienes se encuentra en su camino, desfallecidos de hambre y desorientados como ovejas sin pastor. En esa sintonía con los necesitados, en esa compasión, surge la idea fundacional de Domingo.

Es necesaria una espiritualidad distinta de la monástica, que afronte los problemas de la sociedad. Una espiritualidad que atienda de manera especial a corregir los errores que desorientan. Por ejemplo el error cátaro-albigense del dualismo formado por el espíritu y la carne, que hace cargar en la carne todo el mal, porque considera que ella es, en sí misma, mala. Es necesario cambiar la estabilidad por la itinerancia. Eso supone cambiar el «régimen monárquico» por un «sistema participativo» de las comunidades. Pero también supone llevar un estilo evangélico de vida para ser cre-

íbles en la predicación. La pobreza, la sencillez, la cercanía a hombres y mujeres, es imprescindible.

La historia pronto ofreció motivos para reconsiderar aspectos importantes de su estilo de vivir y de predicar, que para un dominico era y es el modo de vivir. Por ejemplo, si se incorporaban o no a la preparación del predicador las aportaciones de la Filosofía. O qué hacer cuando se le encarga a la Orden, a través de la Inquisición, las tareas de detectar y perseguir el error y a quienes yerran. La incorporación de la Filosofía se debatió, se decidió en contra en un principio, y luego a favor. Algunos capítulos de la historia de la Inquisición acabaron siendo una sombra en la historia de los dominicos.

Así se va modulando nuestra espiritualidad. Nosotros, con nuestra propia historia, hemos de dar cada día más sentido a esa espiritualidad. A la vez que seguimos la inspiración inicial de la Orden, vamos dibujando las líneas del contorno en cada momento de esa espiritualidad. No sólo consumimos espiritualidad, la construimos, la «tejemos», en expresión del teólogo flamenco. Siempre desde lo específico de nuestra razón de ser como dominicos. Y eso que es específico no tiene por qué ser exclusivo nuestro. Nos interesa la identidad, no la singularidad.

Schillebeeckx apunta siete características de la espiritualidad dominicana.

- 1.<sup>a</sup> Espiritualidad con carácter gozoso, por ello es necesario fundarla en la gracia de Dios, más que en nuestra ascesis, en nuestras renunciaciones. A la espiritualidad de la Orden pertenece la confian-

za en Dios. Confianza sobre todo en la gracia de Dios. Perfilando la «*sola fides*» de la Reforma sin caer en la salvación por la ascesis, que se proponía en instancias de la Contrarreforma.

- 2.<sup>a</sup> Espiritualidad que entiende la predicación no como un «gasto», sino como un «alimento». Predicación que exige ser alimentada con la oración y con el estudio, es decir: con la contemplación.
- 3.<sup>a</sup> Espiritualidad que se basa en la consideración detenida y honda de la humanidad de Jesús. En ella aparecen María y también José, unidos a esa humanidad, como objeto de devoción en la Orden.
- 4.<sup>a</sup> Espiritualidad flexible, nunca encorsetada en leyes rígidas dictadas desde fuera de la Orden. Y sí estimulada por las circunstancias sociales en las que se vive. Espiritualidad «mundana», abierta al mundo.
- 5.<sup>a</sup> Espiritualidad que entiende y acepta la secularidad de las realidades terrenas. No las espiritualiza, ni las sobrenaturaliza, pues tienen su propia verdad, belleza y bondad. Esto lo bebe la Orden en san Alberto y santo Tomás, al superar un espiritualismo inicial que excluía, por ejemplo, el estudio de los filósofos clásicos y las ciencias «profanas». Esta secularidad de la espiritualidad impide que la Orden se abra a pseudomísticas espiritualistas, que introducen forzosamente a Dios en todo, y en toda experiencia personal y social.

- 6.<sup>a</sup> Espiritualidad que valora la celebración del oficio divino. La solemnidad no debe interpretarse desde claves monásticas, sino desde la espiritualidad del que ha de salir al mundo a predicar. No sólo es cuestión del tiempo que se dedique a la celebración, sino del estilo celebrativo. El «*breviter et succinte*», no intenta simplemente reducir el tiempo de celebración para tener más tiempo para el estudio y la predicación, sino darle un talante a la devoción que combine agilidad y hondura, y que permitan mantenerla viva.
- 7.<sup>a</sup> Espiritualidad que contempla la ley de la dispensa. Cuando se dice «ley» se entiende que la dispensa no es un cese más o menos duradero de la ley original. La dispensa pertenece también a la ley. No se puede obviar que introducir esa ley es un riesgo. Que más de una vez será mal usada. Pero abre las puertas a experiencias nuevas dentro de la espiritualidad dominicana. Las leyes no pueden prever los cambios históricos y las peculiaridades de grupos, de labores pastorales... El mismo régimen democrático avala la ley de la dispensa. Lo que a todos afecta, por todos ha de ser decidido. La espiritualidad dominicana no puede perder de vista las exigencias de la vida comunitaria y la misión. De ellas bebe, a ellas sirve. Sin ellas no se puede entender.

No faltarán institutos religiosos que crean que esas características también pertenecen y definen su espiritualidad. Nada que oponer. A la Orden no le intere-



sa la singularidad en estos momentos. Que otros, que han venido después, tengan como suyas características que atribuimos a la espiritualidad dominicana, no hace más que avalar la actualidad del estilo espiritual de la Orden. Domingo tomó aspectos de la vida canónica y premostratense, pero eligió en el sur de Francia un camino distinto a ambos. Todo por exigencias del mundo que conoció, el cátaro-albigense: de un evangelismo sin Iglesia.

Desde entonces, a la espiritualidad dominicana le pertenecen ambas dimensiones: evangelismo y eclesialidad. No puede faltar ninguno de los dos: ni evangelismo sin Iglesia, ni Iglesia sin espíritu evangélico. La actitud evangélica de Domingo en el Languedoc podía llevar a que se le incluyera en el ámbito de la herejía de los movimientos disidentes, donde aparecía con más claridad la dimensión evangélica. Su manera de actuar era distinta al de la iglesia «oficial». Su intento era claro: llevar el Evangelio a la Iglesia y llevar la Iglesia a los movimientos evangélicos sectarios. La fundación de Prulla está en la línea de recoger en un ámbito de la Iglesia los aspectos evangélicos que habían agrupado a aquellas mujeres.

Santo Domingo fundará, además, los monasterios de Madrid y San Sixto en Roma. Tras su muerte, y tras muchas dificultades, el de Santa Inés de Bolonia. Schillebeeckx dedica varios párrafos a mostrar la conjunción de dominicos y dominicas como un elemento constitutivo de la verdadera espiritualidad de la Orden. Nuestro autor empieza mostrando la oposición de los frailes a hacerse cargo de la atención espiritual de

los monasterios de monjas que iban apareciendo. Fue una lucha entre los frailes y el Papa, que quería que sí las atendieran. En 1259 se resolverá a favor de la atención de las monjas. Se puede decir que las monjas triunfaron, pues ellas se consideraban dominicas y querían ser atendidas por dominicos. Éstos veían en la atención a ellas un impedimento para la misión de predicadores.

El caso es que la multiplicación de monasterios se debió a algo no planeado, sino que surgió espontáneamente de la conjunción del deseo de un movimiento evangélico de mujeres y de la predicación de los dominicos. En el siglo XIV la relación entre dominicos y dominicas permitirá un fuerte desarrollo de la mística. Sería mucho más tarde, sobre todo en el siglo XIX, cuando aparecerán institutos religiosos femeninos que quieran ser conducidos por la espiritualidad de la Orden.

Schillibeeckx finaliza su artículo con una alusión a las nuevas experiencias de comunidades de dominicos y dominicas. En nuestros días, dice, se ha desplegado la búsqueda, hombres y mujeres a la vez, de un estilo de dominico que reviva la vida dominicana de acuerdo con el Evangelio, combinada con la crítica social. El teólogo ve en este estilo de comunidades algo que está aún en periodo de búsqueda. Juntos, hombres y mujeres de la Orden desarrollaron el movimiento espiritual dominicano del siglo XIV. Mirando al pasado se debe estar abierto a opciones dominicanas nuevas, aunque a primera vista parezcan desconcertantes.

Desde esas referencias a nuestra espiritualidad, hemos de analizarnos individual y comunitariamente.

No se puede vivir de definiciones acerca de qué es lo propio de nuestra espiritualidad, o de su historia, sino que, a la luz de ello, hemos de analizar nuestras comunidades. Podemos traicionar esa espiritualidad con modos de vida que no encajan en el estilo de vida dominicano. Es necesario mantener una actitud crítica y vigilante.

Algunos han abandonado la Orden porque no encontraron en ella apoyo a lo que exigía la auténtica espiritualidad dominicana. Ante los nuevos movimientos eclesiales de cierto éxito, se puede pensar –de hecho se piensa y se dice– que las órdenes religiosas antiguas están muertas o hay que matarlas. Lo estarían si pretendieran vivir de la historia y de pasadas grandezas, de estilos fosilizados de vida y misión y si no vivieran de la espiritualidad que debe animarlas.

No es cuestión de resucitar ciertas prácticas de tiempos anteriores, que pueden tener carácter folklórico, para atraer a nostálgicos, o a apegados a signos externos, en la línea de algunos de los nuevos movimientos e institutos religiosos. Seguiremos añadiendo capítulos al gran «serial» de nuestra historia, que durará más que los que ofrece la televisión, dice el teólogo flamenco.

En cualquier caso, la historia de la Orden de Predicadores debe ser una parábola que estimule a sus miembros a conducirse de acuerdo con las palabras de Jesús al escriba para quien relata la parábola del samaritano: «vete y haz tú lo mismo» (Lc 10,37).

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.  
*Salamanca (España)*

# El crecimiento interior

## «Creced» (Gn 1,28)

Es la primera palabra que Dios pronuncia al hombre: «*Creced*» (Gn 1,28). Es algo que está presente en toda la creación. Las plantas y los animales viven bajo la urgencia de un crecimiento. También el ser humano. Se trata de despertar en nosotros la urgencia de la maduración, de un constante desarrollo. Dejar que se despliegue todo el potencial que hay en nosotros.

*«Escucha Israel, Yahvé, nuestro Dios, es único. Le amarás con todo tu corazón...»* (Dt 6,4-5).

El potencial del ser humano es un vigor maravilloso. Hay que amar con toda la fuerza. Se inculca en este pasaje la totalidad. En cierto modo, a Dios le pasa como a nosotros, que según se da, espera que se le responda. Cuando Jesús asciende también habla en estos términos: «*Id a todo el mundo*» (Mc 16,15).

Hay que amar a Dios con todo el sabor, gustándolo todo (cf. Sal 33,9). Con todo el amor. Poner en circulación todo el amor. Hay un abanico de afectos: el de la amistad, el del cariño... El hombre está poblado de amor.

El exterior no nos desarrolla, sólo nos viene de él un suministro material. Lo más maravilloso es el hambre, no los alimentos que están fuera, encima de la

mesa. El hambre es señal de salud. Del amor de fuera también nos vienen suministros, pero es nuestra capacidad de amor la que nos ayuda a crecer. A la inteligencia también le vienen de fuera los datos, pero es la inteligencia la que los asimila. La comprensión es de dentro.

Hay bastantes obstáculos para este desarrollo: nuestras ideas, nuestras convicciones poco maduras. Jesús es rechazado por las creencias de aquellos hombres: *«desde entonces, muchos discípulos ya no le seguían»* (Jn 6,66).

Si el silencio interior no coincide con la idea que yo me he hecho, me resisto...

La vida siempre es el despliegue de lo que está dentro. La semilla no está preocupada por el clima o la tierra o la humedad. Ella, lo que no olvida es crecer. El que crece nunca está fijado, establecido. Nuestra meditación silenciosa a veces es como un horadar para favorecer que la semilla crezca.

La travesía del silencio interior es un poco como la muerte para ir a Dios.

Es urgente familiarizarse con lo que está oculto. No es que Dios esté escondido, sino que muchas de nuestras cosas le han ocultado. A Dios le oculta nuestro egoísmo, nuestra superficialidad.

Es en las horas de las heladas cuando la semilla se enraíza. La sementera es como la meditación de la creación: un crecer en la oscuridad, un crecer hacia abajo. Nuestras horas de meditación son también como echar raíces. Cuanto más raíces, más frutos. Pero

el crecimiento pasa por una maravillosa purificación. No hay crecimiento sin invierno. Hay que ir siempre adelante en nuestro camino de silencio, echando raíces y vaciándose de todos los residuos de nuestro pasado, que son los que obstruyen la maduración.

El silencio es muy costoso, pero al que se atreve con lo costoso, luego todo lo hostil le será sencillo. Nietzsche decía que lo que no nos destruye nos hace madurar. Cada crecimiento es como un nacer, pero preferimos instalarnos.

Nos asusta el silencio interior porque no lo imaginamos.

Hay una leyenda: *Nació en una cárcel un niño y vivió con la madre hasta los diez años. Le dieron libertad a la madre y, llena de contento, le decía al niño: «Ya nos han liberado, nos marcharemos tal día». Pero el niño se puso triste y ella le preguntaba: «¿Qué te ocurre?». Y decía: «¡Ay mamá!, cuanto siento marcharnos, ya no beberemos esa agua que nos trae el carcelero». «Pero hombre, si es un agua sucia, cuando tú veas las cascadas que hay en nuestro pueblo y su sabor...». «¡Ay mamá!, ¿y el pan que nos trae el carcelero?». Y la madre quería explicarle que era duro y lleno de centeno. «Si vieras el pan de nuestra tierra, ¡como rosquillas...!». Pero el niño no sabía lo que era el pan de trigo y no quería marcharse. Y le dice a la mamá: «Cuando llegue la primavera, tú me lo dices y vemos por esa rendija como verdea todo el campo». Y le dice la mamá: «Cuando estemos fuera verás praderas y paisajes y flores...». Pero el niño decía: «No mamá, yo no quiero marcharme».*

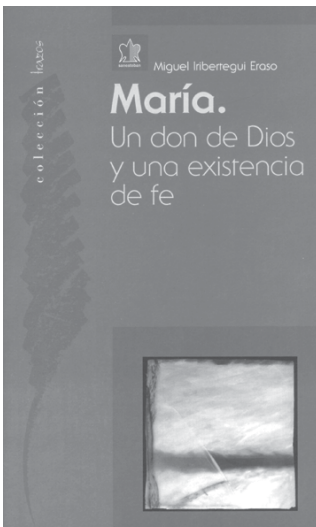
Siempre queremos fijarnos: en costumbres, en modos de estar..., y eso limita este potencial que hay en nuestro corazón.

En algunos monasterios ortodoxos hay una figura de un dragón que lleva en la mano una perla. Él sabe que si comiera la perla se volvería inmortal, pero, en vez de comerla, se ha quedado extasiado con su belleza.

Las cosas valen cuando se hacen.

No sabemos lo que Dios nos deparará si nosotros nos abrimos a su presencia. La propuesta de Jesús es maravillosa, pero Él no buscó admiradores sino seguidores.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.  
*Escuela del Silencio*



**MARÍA. UN DON DE DIOS  
Y UNA EXISTENCIA DE FE**  
MIGUEL IRIBETEGUI

Páginas: 136      Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,  
una visita guiada por las trazas  
de la mariología

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

## La autoridad de la Palabra

*«La lámpara de Dios aún no se había apagado, y Samuel estaba acostado en el Templo, donde se encontraba el Arca de Dios» (1 S 3,3).*

En una convivencia, un amigo hablaba sobre cómo debemos escuchar a Dios, sobre el respeto a su autoridad, pero lo que más me impactó fue la frase siguiente: *«Un Dios sin autoridad no es Dios»*. Esto me cuestionó profundamente porque estaba pasando un momento fuerte de desilusión con respecto a Dios. Quizás me había forjado una falsa imagen de Dios y ya era hora de dar un giro cualitativo en mi relación con él, hacia una relación más real, más auténtica, desde mi verdad, desde su verdad.

Había veces que me cuestionaba por qué la Palabra que leo no llega a tocar profundamente mi corazón; ya había experimentado anteriormente su *efectividad* y cómo llegaba incluso a emocionarme... pero yo seguía igual, seguía siendo el mismo, no alcanzaba esa conversión que creía necesaria para poder seguir al Maestro, con autenticidad y con un corazón libre.

Ahora me doy cuenta de que quizás no daba el suficiente lugar a que la Palabra llegara a tocar fondo en mí, me resistía a la conversión; me resistía, en definitiva, a Dios, a su amor, a su forma de hacer las cosas.



Por eso la Palabra sólo tocaba ese lado «romántico» de mi vida, superficial, epidérmico.

Pero ahora deseo salir al encuentro de Jesús como el endemoniado de la sinagoga y gritarle: «Sé quién eres, sé que eres el Santo de Dios» (Lc 4,34); me expongo a tu Palabra, me desnudo ante ella para que la pronuncies con toda tu fuerza, con toda tu dulzura, con toda tu autoridad. Confío en ti, dame el valor de confiar plenamente en tu voz que «sacude el desierto» (Sal 28,8) y «convierte la estepa en manantiales de agua» (Is 35,6b-7a).

Déjate guiar, querido lector, por uno que tiene más experiencia que yo en esto de escuchar la voz de Dios y de salir a su encuentro: Samuel, el «acreditado como profeta de Dios» (1 S 3,20). Samuel vivió en una época de transición entre el régimen tribal y la monarquía del pueblo de Israel (siglo X a. C.). Llegó a ser el guía espiritual de sus compatriotas en los oscuros días de la opresión filistea, luchando para mantener viva la fe y realzar la autoridad de la Palabra de Dios en medio de su pueblo.

Es esa experiencia con la Palabra viva de Dios la que sostuvo su vocación profética y mantuvo su ardiente celo por las cosas de Dios. La ilustración de su llamada vocacional en el Templo te puede ayudar a descubrir la experiencia del encuentro con Dios. Lee con atención y saborea 1 S 3,1-10.

En primer lugar se nos dice que «*la Palabra del Señor era rara en aquellos días*» (1 S 3,1b). También hoy parece que vivimos en un mundo donde las palabras han perdido credibilidad, donde se habla mucho pero se dice poco; ya nadie dice: «te doy mi palabra».

Hoy las palabras llenan los vacíos que crea nuestra falta de comunicación cordial y no estrechan vínculos firmes y fuertes de amor, sino que se pierden en la vocifería del individualismo y el pasotismo indiferente.

Nuestra sociedad es como el viejo Elí: echado en los sueños de su vanagloria, sin esperar ya ninguna palabra por parte de Dios; ya Dios no tiene nada que decirnos, todo lo sabemos; Dios ya no tiene nada que decir al hombre de hoy (al menos eso es lo que piensa mucha gente). Un hombre echado en el sueño ilusorio de sus propios caprichos y con una sordera antidivina. Nuestra sociedad, tú y yo, somos ese Elí al que se le debilitan los ojos y no puede ver (cf. 1 S 3,2b). Estamos ciegos ante el paso de Dios en nuestra historia personal y social, ciegos ante el querer de Dios. Sordos a su Palabra viva y eficaz.

Sin embargo, «la lámpara de Dios sigue encendida» (1 S 3,3), esperando que algún Samuel (tú, yo, cualquiera) se acerque a ella, la contemple, la guarde. La actitud de Samuel, el levantarse hasta tres veces ante la llamada de Dios (cf. 1 S 3,4.5.6.), es lo que representa al corazón vigilante de los que se saben conscientes de ser servidores de la Palabra, de los que se acuestan en su Templo para custodiarla; la actitud de quien se dispone a escuchar de labios de Dios su nombre. Ese Samuel que escucha su nombre pronunciado por Dios eres tú, soy yo, si estamos atentos a su voz y respondemos con prontitud: «*Aquí estoy... háblame*».

Hoy el contexto que nos rodea nos presenta muchas otras voces que nos llaman a una vida más cómoda, más rutinaria, consumista, individual. Es una llamada a lo ilusorio, a pasarlo bien, a hacer un mundo acomodo-

dado a nuestras apetencias y necesidades inconscientes, amoldado a ese inconsciente colectivo que va creando dentro de nosotros la sociedad de consumo.

Pero no está la última palabra dicha, tú puedes ir contracorriente y saltar de la cama del «comodismo» y decir: «*Aquí estoy, tú me has llamado... háblame*». Tú tienes la llave de la disponibilidad. Rompe la sordera de tus rutinas, rompe las cadenas de lo que no te deja ser libre para responder a Dios. Levántate, extiende la mano, abre tus oídos y escucha, como la samaritana, al que te dice: «Soy yo, el que habla contigo» (Jn 4,26).

Y, ahora, basta. Es el momento de silenciar las palabras inútiles y dar espacio a la Palabra suave y susurrante de Dios. Sólo él tiene «palabras de vida eterna» (Jn 6,68); sólo él tiene una palabra para ti hoy; sólo él sabe pronunciar tu nombre como nunca nadie lo ha hecho antes. ¿Lo oyes? Silencio... Escucha...

Elogio a la Palabra. Sal 119 (118).

*Ojala escuche hoy tu voz;  
ojalá, hoy, la acoja con toda su autoridad.  
Feliz el que busca tu Palabra de todo corazón.  
Ojalá me mantenga firme en su cumplimiento,  
te alabaré de todo corazón aprendiendo de tu Palabra.  
Conservo tu Palabra en mi corazón,  
la medito y me alegro en ella.  
Abre mis ojos.  
Devuélveme la vida conforme a tu Palabra.*

*Enséñame, instrúyeme en el camino;  
yo meditaré tus maravillas.*

*Consuélame con tu Palabra.  
Muéstrame, Señor, el camino a seguir,  
condúceme por tus sendas.*

*Inclina mi corazón a cumplir tu Palabra.  
Vivifícame con tu Palabra,  
cumple conmigo tu promesa.  
Hablaré de tu inmensa bondad,  
me deleitaré en tu Palabra, que yo amo,  
elevatoré mis manos hacia ti y meditaré tu ley.*

*Lo que me consuela en la aflicción  
es que tu Palabra me da vida.  
Me acuerdo, Señor, de tus obras  
y eso me sirve de consuelo.  
Tus palabras son para mí canciones,  
mientras vivo en el desierto;  
la tierra está llena de tu amor.  
Tú, Señor, eres mi herencia,  
yo he decidido cumplir tus palabras.*

*Tus manos me hicieron y formaron.  
Todos verán que he puesto mi esperanza en ti.  
Que tu misericordia me consuela.  
Yo espero en tu Palabra,  
vivifícame con tu misericordia.  
Sálvame, porque yo te pertenezco.  
Tu Palabra es una lámpara para mis pasos  
y una luz en mi camino.*

CARLOS MARCELO BARVARINO, DIÁCONO  
Zaragoza (España)

# El corazón de Cristo y las mujeres

(Segunda meditación del octavario)

LA NIÑA DE JAIRO (Mc 5,21-24.35-42)

LA MUJER QUE PADECÍA FLUJOS DE SANGRE (Mc 5,25-34)

Es nuestro propósito reflexionar sobre algunos encuentros que mantuvo Cristo con algunas mujeres a lo largo de su vida, tal como éstos aparecen consignados en los textos evangélicos. De la reflexión sobre los mismos todos podemos aprender mucho, seamos hombres o mujeres. En esta segunda reflexión del *Octavario*, al igual que en la anterior, centraremos la atención en otros dos de estos encuentros, que casualmente no aparecen por separado en el texto evangélico sino juntos: el de aquella niña, hija de un dignatario llamado Jairo, que fue devuelta a la vida (cf. Mc 5,21-24.35-43) y el de aquella mujer que fue curada de flujos de sangre, que ya venía padeciendo durante muchos años (cf. Mc 5,24-34).

Recordemos a grandes rasgos lo que dice el texto evangélico sobre el primero de estos casos. Estando Jesús en las orillas del mar, rodeado de gente, un jefe de la sinagoga, llamado Jairo, le pide con insistencia que vaya a su casa para curar a su hija, un niña de 12 años que estaba a punto de morir. No habían llegado todavía a la casa y les hacen saber que la niña había fallecido. Jesús anima al desconsolado padre dicién-

dole que siga teniendo fe, porque quien tiene poder para curar, también lo tiene para resucitar. Llegados a la casa, Jesús manda salir del lugar a todas las plañideras de turno, y con la familia y algunos de los suyos, va a despertar a la niña, que para Él estaba dormida. Con cariño le dice: «*Muchacha, a ti te digo, levántate*». Y así lo hizo. Y Jesús se preocupa de la niña hasta el detalle de decir: «*Dadle de comer*».

El caso que ahora estamos comentando pone delante de nuestros ojos a una mujer, que todavía es niña y, por lo mismo, dependiente y sin autonomía. La muerte prematura de esta niña *simboliza* que, como mujer e hija de un dignatario religioso, nunca iba a tener autonomía en su vida. Aunque viviera, estaba destinada a vivir como si no existiera. La presencia de Jesús en la vida de aquella niña fue una alternativa de vida para ella. Sobran, por ello, los que se lamentan inútilmente. Jesús despierta a la niña de un sueño inútil y estéril.

La enseñanza para nosotros es clara. En la vida, en la vida de fe, somos a veces como permanentes niños y tenemos actitudes infantiles. Vivimos dependientes y sin ser capaces de tomar decisiones por nosotros mismos. Parece como si viviéramos dormidos o como si estuviéramos ya muertos en vida. Cuando así nos encontremos, serán otros lo que nos tendrán que traer a Jesús. La fe de esta gente buena nos traerá a Aquél que nos puede despertar y Él lo hará. En estos casos, las lamentaciones no valen para nada. Cristo hará que vivamos a pleno pulmón y nos alimentará. Para mantener viva la fe hay que alimentarse de Cristo Eucaristía.

Y el mismo texto evangélico al que estamos aludiendo cuenta que, en el camino hacia la casa de Jairo, otra mujer también se encontró con Cristo. Recordemos los detalles de aquel encuentro impresionante. Esta mujer no tenía 12 años, pero llevaba 12 años padeciendo hemorragias. Todos sus bienes los gastó en médicos y tratamientos, sin ver resultado alguno. Metida en medio de la multitud, se dijo: «*Si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, eso me curará*». Y así lo hizo. Y al momento notó que la fuente de su sangre se había secado y que estaba sanada. Pero en el mismo instante Jesús también notó que una fuerza curativa había salido de Él y preguntó: «*¿Quién me ha tocado?*». Los discípulos, ajenos a lo que de verdad había pasado, intentan hacer comprender a Cristo que, estando rodeado de gente, lo lógico es que le toquen. La mujer, asustada y sabedora de lo que ha ocurrido, se acerca y le cuenta a Jesús lo pasado. Jesús la calma diciéndole que, gracias a la fe de su gesto se ha visto curada.

Hay en este relato, que acabamos de resumir varios detalles que son bien significativos: los 12 años que llevaba enferma; el hecho de que no sepamos su nombre; la misma enfermedad, que era considerada como impura, lo que conllevaba marginación. Aquella mujer está excluida y empobrecida. Ella misma se convence de que sólo le queda una salida como la única posibilidad de liberación: tocar a Jesús. Y actúa en consecuencia. No se lamenta, intenta encontrar una solución y obtiene, por su fe y esfuerzo, lo que siempre había buscado y deseado.

De lo que hemos destacado de este relato varias son las cosas que podemos aprender. Todos tenemos mise-

rias, de un tipo o de otro, y es posible que con ellas estemos cargando toda la vida. ¿Luchamos contra ellas? ¿Ponemos los medios para vernos libres de ellas? Esta mujer primero se gastó todo lo que tenía y luego buscó la sanación en Jesús. Equivocada al principio o acertada al final, el caso es que aquella mujer no se vio paralizada por su situación. Además, aquella enfermedad, que era socialmente causa de exclusión y de marginación, no apartó a aquella mujer de Cristo. Y nosotros, añadiendo más desgracia a la que ya tenemos, consentimos que nuestras miserias nos lleven incomprensiblemente a apartarnos de Cristo. ¡Qué necios somos actuando así! Cristo tiene el Corazón más acogedor que imaginar podemos. Nunca nos va a rechazar; siempre nos dará la sanación que anhelamos. Sólo quiere que le toquemos con fe.

En esta reflexión, al igual que en la anterior, hemos visto el encuentro de Cristo con dos mujeres concretas. En el mismo relato evangélico las hermana. La una vuelve a la vida y la otra ve cómo le quitan de encima la losa de 12 años de enfermedad. Nunca Jesús será aquel que mate las ganas de vivir y no abra puertas a la vida. Al contrario, el corazón de Cristo está para dar vida, posibilitarla y sanarla. Por ello, si ahora, al reflexionar sobre estos casos, nos hemos visto reflejados en alguno de los dos: que alguien con fe se lo diga a Jesús por nosotros o simplemente intentemos tocarle.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM  
*Salamanca (España)*



## LITURGIA

### El silencio en la liturgia

Así como la palabra es «lenguaje», también lo es el silencio. Son distintos modos de «hablar». También son «lenguaje» el espacio celebrativo, los objetos de culto, los colores, las personas...

Pero al hablar del *silencio en la liturgia* estamos considerando un lenguaje muy locuaz: dice tantas cosas como podrían decir las palabras y, a veces, muchas más.

La Iglesia en su Magisterio litúrgico nos habla de este silencio:

*«Como parte de la celebración, debe guardarse a su tiempo, un silencio sagrado. Su naturaleza depende del momento en que se guarde en cada celebración» (IGMR 45).*

Vemos que no es un silencio opcional, pues *debe* ser observado.

Al final del número citado se nos dice que también debe guardarse un respetuoso silencio «en la iglesia, la sacristía y lugares adyacentes», cosa que, lamentablemente, no sucede con frecuencia.

También fuera de la liturgia, en nuestras conductas humanas, el silencio es el ámbito natural donde resuena la palabra. Y aquí no me refiero a que «cuando un burro habla, el otro se calla», sino a que es impo-

sible entenderse si todos hablamos a un mismo tiempo, y si la palabra no cae y reposa en un cuenco de silencio en quienes la escuchan...

La Palabra de Dios y las palabras de los hombres exigen un silencio donde caiga, arraigue, germine, florezca y fructifique. En la medida de la importancia de la palabra (y de quien la pronuncia...), se deberá proveer un silencio más extenso, profundo y receptivo. Así, en las celebraciones, no es lo mismo el silencio después del *Oremos*, que nos invita a orar, que el que sigue a la proclamación de los textos bíblicos y al de la comunión eucarística.

El silencio está previsto para favorecer la meditación y el recogimiento, la apertura hospitalaria y la disposición para recibir la Palabra y para responder a sus interpelaciones.

### ¿ESTÁ DIOS CALLADO?

Muchas veces afirmamos que «Dios está callado», que «está en silencio» y que «no sé qué me dice ese silencio». Pero... ¿no sucederá que el ruido tormentoso de nuestras voces ha ahogado la suave brisa donde resuena la Palabra?

El Señor se hace presente en casas silenciosas. El joven Samuel tuvo una actitud positiva frente al Dios que le dirigía la palabra: «*Habla, Señor, que tu servidor escucha...*» (1 Sam 3,9). No puede haber ecos extraños que desfiguren la voz de Dios y que nos impidan saber qué dice y qué nos quiere decir.

## CONSTRUYAMOS UN BUEN SILENCIO

Se da el mal silencio del que no tiene nada que decir, y el buen silencio del que sabe que no hay necesidad de palabras, porque todo ha sido dicho.

No tenemos la práctica del buen silencio. Es un hecho en las celebraciones litúrgicas –aunque se han dado notables y alentadores progresos– que cuando el celebrante principal hacía silencio, más de un fiel miraba su reloj o pensaba que el sacerdote se había distraído... ¡o dormido!

Tampoco era infrecuente que ciertos «guías» pensarán que había que llenar toda posibilidad de silencio con alguna monición «edificante» o con un canto. Un «mal silencio» corta la celebración, frena su ritmo provocando baches en la misma. Un «buen silencio» –como la buena tierra que acoge a la semilla– nos permite comprender, tanto la Palabra de Dios, como el sentido hondo de los signos y símbolos que entraman la liturgia, edificando el rito.

Pongo un ejemplo. La *Ordenación general del Misal Romano* propone los momentos de silencio que todos conocemos. Uno de ellos, después de cada lectura o al final de la Liturgia de la Palabra. Y esto es bueno. Pero otro documento litúrgico –lamentablemente no tan difundido ni practicado–, la *Ordenación de las lecturas de la Misa* (OLM), agrega un posible silencio «antes» de las lecturas bíblicas. Terminada la primera oración presidencial (oración *Colecta*), toda la asamblea tomaría asiento, *haría silencio* e inmediatamente después, un lector se dirigiría al ambón para la primera lectu-

ra. Esto abre la inteligencia y el corazón a lo que vendrá. Damos al silencio una entidad y una densidad que le son propias: por eso decimos «hacer silencio». Tenerlo después de escuchar la Palabra nos permite meditar la misma e internalizarla en nuestras mentes. Darle un lugar antes de escuchar la Palabra, nos permite dilatar el alma y preparar la inteligencia y el corazón para que, cuando la Voz de Dios llegue a nosotros, encuentre la casa limpia y hospitalaria ante semejante huésped.

En la práctica litúrgica conviene experimentar los diversos modos de silencio y juzgar su bondad en tal o cual asamblea y en ésta u otra festividad. Por supuesto que no hablo de una «liturgia del silencio», sino del necesario silencio en la liturgia, para que resuene la Palabra celebrada, porque de esto se trata: de celebrar la Palabra.

#### VENCEMOS LOS MALOS RUIDOS SÓLO CON EL BUEN SILENCIO

La guerra es ruidosa. También lo son las discusiones violentas y los insultos destemplados.

Por el contrario, la paz es tan silenciosa como una semilla que germina y, por ello, el bien mayor se produce en el mayor de los silencios: el silencio de la Creación, el silencio de la Anunciación, el silencio de Belén, el silencio de la Cruz fecunda de Jesús. No sé si los ángeles habrán cantado, pero puedo imaginar el silencio de la Resurrección, perfeccionando el silencio del reposo de Jesús en el sepulcro.

En muchos momentos de su vida el Señor hizo silencio. María también lo hizo, «guardando en su corazón» muchas cosas que no debía olvidar (cf. Lc 2,51). Dios no está ni en el huracán, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en el «susurro de una suave brisa» (cf. 1 Re 19,22). Como ocurre en la música, cuando un compositor quiere hacer resaltar y destacar una sonoridad singular, la precede o sigue un silencio que le da calce, de modo que ese acorde nos «diga» muchas cosas que, sin dicho silencio, significarían poco y nada...

Un viejo dicho medieval afirma que «el silencio es el padre de los predicadores», padre de la buena palabra a la que un buen predicador debe servir. Añadimos además que sólo quien es capaz de profundos silencios, es capaz de palabras hondas, y sólo en esa medida. Esos sabios cristianos que son los santos nos muestran que su ciencia no nació de la abundancia de palabras, sino de la silenciosa y acogedora apertura a la Palabra.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.  
*Mendoza (Argentina)*

## Campe sinos sin tierra: algunas consideraciones del Salmo 37

La tierra, en el mundo bíblico, es un tema central. Ella es promesa y herencia (cf. Gn 12,1). Es el lugar donde se edificó la historia y la identidad del Pueblo de Dios, un pueblo del campo. Quiere decir que para los campesinos de la Biblia, la tierra es hambre saciada y lugar habitado; es sencillamente, la respuesta de Dios a la carencia humana. Para ellos, estar sin tierra y estar sin vida es la misma cosa.

Dentro de la tradición agrícola se sitúa el Salmo 37. El texto habla de una comunidad que está siendo despojada de sus tierras, su único medio de producción y sustento. La expoliación es violenta, mediante la acumulación de unos pocos, astutos para corromper la justicia y apropiarse del derecho de los labradores. Identifiquemos la tensión social en el Salmo. En él hay dos grupos, uno que pierde terreno y otro que, saqueándolo, se enriquece.

Por un lado están los «latifundistas». De ellos el Salmo dice: son arrogantes y empinados como un cedro (v. 35). Viven en la abundancia (v. 16). Actúan con injusticia (v. 1), y sus empresas prosperan (v. 7). Espían al justo, buscando su muerte (v. 32), maquinando contra él (v. 12). Están armados, desenvainan la espada para abatir al mísero y al pobre (v. 14). Ellos piden cedido y no pagan (v. 21).

Por otro lado están los agricultores: están acalorados (v. 1), enojados (v. 8), tentados de sacar adelante la situación con sus propias manos para defender sus pertenencias (v. 27). Pero, entre ellos, un anciano habla: «*Fui joven, ya soy viejo, nunca vi al justo abandonado, ni a su linaje mendigando el pan*» (v. 25). Les dice a los campesinos: Dios atenderá sus pedidos (v. 4), hará brillar como la luz sus derechos (v. 6), la rabia sólo hace mal (v. 8). Ustedes poseerán la tierra (v. 11). De lo poco que tienen (v. 16), compartan (v. 21). Dios es aquel que ayuda y liberta (v. 40). En los días de penuria comerán (v. 19), porque su herencia no tiene fin (v. 18).

Al anciano (v. 25) de la comunidad no le gusta la violencia, pero describe una sombra cruel para los que desafiaron al Dios de los pobres: como la hierba tierna se marchitarán (v. 2), serán extirpados (v. 9). El Señor se ríe de ellos al ver llegar su fin (v. 13). La espada con la que amenazan les entrará en el propio corazón (v. 15). Sus brazos (es decir, el poder) serán quebrados (v. 17). Desaparecerán como humo (v. 20), sus días están contados (v. 10) y ni sus trazos se hallarán (v. 36). Todo esto porque el Señor ama la justicia (v. 28) y, al condenar a los opresores, libera al mismo tiempo a los empobrecidos.

Aunque la postura del anciano, o de las personas mayores que se encuentran en el grupo, refleja la vieja teología de la retribución, de un Dios que castiga a los malos y premia a los buenos, deseo enfatizar aquí otro sentido. Los planes de los poderosos parecen triunfar, pero Dios no ignora la voz de los pobres mendigando justicia. Y, por la fuerza del dere-

cho, la tierra retornará a las manos de aquellos que la aman y la procuran.

El agricultor del continente americano también conoce este asunto. Detrás de su desgaste físico y emocional está la lucha por la tierra y por el sustento. Se enfrenta al monopolio, buscando el derecho natural de poseer una porción para subsistir comunitariamente. ¡Cuántos nombres proféticos vienen a la memoria en estos trillos que exigen justicia...! ¡Cuánta gente dejó la vida en el camino buscando una reforma agraria! Podemos poner sus nombres en el altar, porque este pueblo tiene memoria. El campesino no olvida, cuenta las cosas de boca en boca, porque cuando falta lápiz y papel no se desperdician las palabras, ellas recobran peso y autoridad.

¡Ay de aquellos que roban la tierra de las manos de los labradores! ¡Ay de quien intoxica el suelo fértil por ambición! Pero, aunque un buey siempre será un buey, el ser humano puede ser cada vez más humano. Tenemos esperanza de que unos pocos abran las manos para que otros muchos puedan comer y habitar. Mientras tanto, seguiremos arando en las veredas rústicas, luchando hasta que los sueños se vuelvan café, maíz, frijoles, arroz, también mango, naranja, sustento y dulzura.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.  
*São Paulo (Brasil)*



## TESTIGOS

# Sor Asunción Galán de San Cayetano, OSA (1867-1901)

(1ª PARTE)

En esta primera parte de la vida de sor Asunción Galán de San Cayetano hablaremos de la dureza de su infancia, de cómo nació en ella la vocación religiosa y de lo ascético que era su camino espiritual.

María Antonia Valiente, natural de Montánchez (Cáceres) se casó con el viudo Justo Galán. Sólo llevaban cinco meses de casados cuando nació Asunción Justa, el 28 de mayo de 1867. Este nacimiento inesperado fue la causa de un rápido divorcio. Pero María Antonia, lejos de enmendar su ligera conducta fue ocasión de muchas comidillas en el pueblo. A la pequeña Asunción la trataba con dureza, odiaba a su hija y en ella descargaba su fuerte temperamento. No se privaba de sus malos tratos ni ante testigos: así cuenta Inés Suárez cómo vio en una ocasión rodar a Asunción escaleras abajo, tirada violentamente por su madre, quedando luego en tierra arrojando sangre por boca y nariz. La reacción de Asunción llegó bien pronto a ser proverbial en Montánchez, porque nunca se le oyó una queja, ni lograron arrancársela a espaldas de su madre, era extremadamente obediente a pesar de la arbitraria voluntad de María Antonia.

Sintió desde bien pequeña un atractivo por la piedad. Solía aprovechar sus salidas de casa, mandada por su madre, para pasar por la iglesia. Hacia los ochos años, se manifestaba en ella un atractivo por la soledad y la vida espiritual. Sin más maestro que la interior moción del Espíritu Santo, a esa edad, practicaba actos de penitencia que ella se ingeniaba: garbanzos en los pies, acostarse sin cubrirse, disciplinarse con una correa...

Lejos de verse influenciada por los malos ejemplos de la madre, fue precisamente la madre quien resultó tocada por la gracia ante la pertinaz bondad de su hija. María Antonia fue suavizando el trato con ella, hasta llegar a quererla entrañablemente. En 1875 con motivo de una misión en el pueblo, dada por el P. Cardellar, misionero Paúl, su conversión fue total. Acudía a todas las celebraciones y dio muestras de verdadero cambio. Desde entonces y hasta su muerte, fue diaria su Misa y sus abundantes prácticas piadosas. Para mantenerse abrió una escuela pública, acabando por tener el amor y la confianza de sus vecinos, hasta el punto de que el mismo ayuntamiento le asignó una pensión decorosa.

También para Asunción la misión fue ocasión providencial para encauzar sus ardores y acceder a la Primera Comunión. El P. Cardellar no tardó en darse cuenta de la valía de la pequeña y le dio un método de vida en lo concerniente a oración, penitencias y formación de su espíritu. Descubrió su vocación y le prometió que, llegada a la edad, él le proporcionaría el instituto. Esto alentó no poco a Asunción, que incrementó

notablemente su vida de piedad. A los quince años, contra la costumbre del tiempo, ya comulgaba diariamente.

El P. Cardellar murió mártir en Méjico cuando ella contaba 19 años. Asunción, que confiaba plenamente en su promesa, la vio truncada en el preciso momento en que tenía que hacerse realidad. Como no disponía de dinero para una dote, empezó a estudiar música por si pudiera valerle para ingresar en algún Monasterio. El arcipreste de Fregenal, paisano suyo, vino a saber sus deseos y, dada la fama de la que Asunción gozaba en el pueblo, él mismo la recomendó a las Agustinas de Fregenal, entrando para organista.

El 22 de julio de 1886 tomaba el hábito y el nombre de sor Asunción Galán de San Cayetano. Su tiempo de noviciado fue una confirmación, en lo secreto, de su vocación a la oración y a la penitencia, aunque externamente no se distinguió de otras novicias fervorosas. Sin embargo, sus progresos en la música resultaban bien escasos, se veía claro que no iba a poder desempeñar el oficio de organista. Pidió ser admitida como lega y a los dos años profesó de solemnes, el 6 de julio de 1888.

Pasado un año empezaron a acometerle una serie de enfermedades, postrándola en cama sin más signo de vida que un leve quejido. Era frecuente la aplicación de morfina para contener sus dolores. En dos ocasiones le administraron la unción al darla por desahuciada. Con sus más y sus menos, esta situación se prolongó por siete años. Sentía vivamente el mucho trastorno que su enfermedad ocasionaba. Quería sanar

para poder cumplir su tarea de lega, y con docilidad extrema realizaba las indicaciones del médico y de la Priora. En los breves tiempos en los que gozó de un poco de alivio en la enfermedad, se entregaba con entusiasmo a sus tareas de lega, aunque nunca se reflejaron signos reveladores de un espíritu extraordinario.

Pero en el espíritu de Asunción se estaba librando una gran batalla. Ella recordaba su niñez, juventud y los tres primeros años en el monasterio, como tiempos en los que, a velas desplegadas, vivía su ideal de oración y penitencia. Pero estos años de enfermedad los vivía como un prolongado y creciente estado de tibieza. Porque quería sanar, había ido cediendo a las exigencias de la carne. Perdidas todas las esperanzas de sanar, en sí misma y a solas libró la última batalla: si igual tenía que morir, mejor hacerlo en fidelidad a la gracia. Y tomó la gran decisión: *«Quiero servir a Dios aunque sea a punta de lanza. Cuéstemelo que me cueste, murmure quien murmurare, quiero ser santa. Todo lo puedo en Aquel que me conforta»*.

Marchó al confesor y le contó su determinación. Al decirle al pormenor su nuevo programa de cilicios, disciplinas, ayunos, dormir en el suelo y pasar las noches en oración, la negativa fue total, no por el «programa» en sí, sino por la salud. No se arredró y fue a su priora con las mismas explicaciones, súplicas y «programa». La misma respuesta: si contara con mejor salud sí, pero en sus condiciones era imposible. Ella entendió que su negativa estaba condicionada por la salud, así que se determinó a realizar una prueba clandestina: durante un mes se entregó a rigores espanto-

sos y, paradójicamente, la mejoría de su salud fue muy notable. Ante la evidencia, el beneplácito del médico y su priora fue inmediato.

Por éste tiempo (1898) tuvo la comunidad sus ejercicios espirituales, y éstos le sirvieron a sor Asunción para «organizar su plan». Lo que más le costaba era el respeto humano ante lo que supondría en comunidad su cambio de vida. Pensó que era mejor salir al paso y manifestarlo a las claras. Un día de ejercicios se tumbó ante la puerta del refectorio atada de una soga por todo el cuerpo, para que las hermanas pasaran por encima, este acto fue el punto de arranque de su nueva vida. Cifró su ideal de santidad en tres puntos: cumplimiento de sus deberes, oración y penitencia.

Las hermanas atestiguan hasta qué punto aquel esqueleto andante se arrastraba para llevar a cabo sus oficios en la cocina, con qué diligencia servía a las enfermas y se entregaba a todos los trabajos.

En lo tocante a la oración, su «programa» señalaba: aprovechar todos los ratos sobrantes para ir ante Jesús Eucaristía, hacer como mínimo tres horas de oración (en realidad hacía diez horas o más), rezar diariamente el Viacrucis y quedarse en vela ante el Sagrario una noche sí y otra no. Los ejes de su oración eran la Eucaristía, la pasión, los beneficios de Dios y los pecados propios y ajenos.

En cuanto a penitencias, sus armas fueron: los cilicios (día y noche llevaba nueve), las disciplinas (dos diarias), los ayunos (de carne y tres días a pan y agua, que luego fue su alimento permanente), dormir en tierra (sobre dos esteras y al final sólo dos horas diarias).

A pesar de todo esto, nunca creyó cumplir más que imperfectamente su obligación como esposa del Crucificado.

En la segunda parte de la vida de sor Asunción Galán de San Cayetano hablaremos de las duras pruebas que tuvo que pasar, de cómo edificó espiritualmente a su comunidad y de su precoz muerte cuando sólo tenía 34 años.

HNA. GEMMA DE LA TRINIDAD, OSA  
*Sant Mateu (Castellón)*



**EL EVANGELIO  
DEL SEÑOR  
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz son de gran transcendencia para los cristianos.

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

# Homilías sobre la creación en seis días: las hierbas

La tierra se cubre de plantas, 2.<sup>a</sup> parte<sup>1</sup>

### LA RAPIDEZ DEL CRECIMIENTO DE LOS ÁRBOLES

Y Dios dice: «*Que existan también árboles fértiles, que den fruto que contenga su semilla según su especie y su semejanza, sobre la tierra*» (Gn 1,11).

Con esta palabra, los matorrales espesaron y engrosaron. Todos los árboles crecieron con fuerza: los que por su naturaleza alcanzan una gran altura: los abetos, los cipreses, los cedros y los pinos. Todos los arbustos se cubrieron inmediatamente de un frondoso follaje: las plantas llamadas «coronarias» (con las que se trenzan coronas), las rosaledas, los mirtos y los laureles. Todas ellas, en un instante, siendo anteriormente desconocidas en la tierra, accedieron al ser, cada una con su particularidad propia, diferenciada de las otras especies por las más notables diferencias. Y siendo reconocible cada una por sus características particulares.

1. Traducimos el texto de la versión francesa que encontramos en: BASILE DE CÉSARÉE, *Homélies sur l'Hexaéméron* (Sources Chrétiennes 26), Cerf, París 1949, pp. 301-323. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

Sin embargo, la rosa estaba entonces sin espinas. Más tarde, a la belleza de su flor se le sumó la espina. Ésta fue añadida con el fin de que, junto al placer de su disfrute, tuviera para nosotros el dolor de su cercanía, y así recordáramos el pecado original, por el cual la tierra fue condenada a producir espinas y cardos.

### ÁRBOLES SIN SEMILLAS

Pero la naturaleza ha recibido la orden de producir «árboles fértiles que den, en la tierra, un fruto que contenga sus semillas». Sin embargo vemos muchos árboles que no parecen tener ni fruto ni semilla.

¿Qué podemos decir? Que las plantas que por su naturaleza son más valiosas, han merecido ser especialmente mencionadas. Y, así mismo, que un atento observador descubrirá claramente que todas las plantas se reproducen por una semilla, o que poseen algo equivalente a las semillas. Así, los álamos negros, los sauces, los olmos, los álamos blancos y todos los árboles análogos, no parecen producir ningún fruto. Pero cada uno de ellos tiene su semilla, tal y como una correcta investigación no dejará de manifestar.

En efecto, la pequeña semilla que se encuentra bajo la hoja, y que los que tienen el tiempo libre para acuñar nombres han denominado «*mischos*», tiene una virtud seminal. Y toda planta que se reproduce a partir de las ramas, emite en ellas, sus raíces. Los renuevos que brotan en las raíces pueden también desempeñar la función de semilla. Con ellos los horticultores hacen esquejes para multiplicar la especie.



Sin embargo, ya lo hemos dicho, el Autor ha juzgado dignos de ser mencionados primeramente los árboles que son más aptos para mantener nuestra vida. Son todos esos árboles que, colmando al ser humano con sus frutos, debían procurarle un abundante sustento: la viña, por ejemplo, que produce un vino destinado a alegrar su corazón, o el olivo, cuyo fruto da un aceite capaz de reponer la alegría de su rostro.

¡Cuántos efectos concurren con diligencia en la obra de la naturaleza! ¡La raíz de la viña, las cepas que crecen a su alrededor y se extienden ampliamente sobre el suelo, los brotes, los zarcillos, las uvas verdes, los racimos...!

#### LA VIÑA ES LA IMAGEN DEL ALMA

Es suficiente que mires la viña, si la observas con inteligencia, para acordarte de tu naturaleza. Pues, evidentemente, recuerdas la comparación de tu Señor que se llama a sí mismo «la viña», y a su Padre, «el viñador» (cf. Jn 15,1-5). A cada uno de nosotros, que por la fe hemos sido injertados en la Iglesia, Él nos llama «sarmientos». Y nos invita a tener muchos frutos, para que por nuestra esterilidad no seamos condenados y arrojados al fuego.

El Señor nos muestra en toda ocasión esta analogía de las almas humanas con la viña: «*Mi amado tenía una viña –dice– sobre una colina, en un lugar fértil*» (Is 5,1); y «*He plantado una viña, la he rodeado con un seto*» (cf. Mt 21,33; Is 5,2). Estas son, evidentemente, las almas humanas que Él llama «su viña». Las que Él ha rodea-

do con un seto: es decir, con la seguridad que dan sus preceptos y con la guardia de sus ángeles, «*Pues el ángel del Señor acampará alrededor de los que le temen*» (Sal 33,8). Y, además, este seto es una especie de empalizada que ha colocado alrededor de nosotros: colocando primeramente a los apóstoles, en segundo lugar a los profetas y en tercer lugar a los doctores. Y, por los ejemplos de nuestros bienaventurados ancestros, ha elevado nuestros pensamientos a lo alto, sin permitir que ellos caigan al suelo, ni que sean pisoteados.

Y el Señor quiere que los ardores de la caridad, como los zarcillos de la viña, nos unan al prójimo, y nos hagan descansar sobre Él mismo, a fin de que, en nuestros continuos impulsos hacia el cielo podamos, como las viñas trepadoras, elevarnos hasta las cimas más altas.

Y, además, nos pide que nos dejemos escardar (cf. Lc 14,8). Y un alma es escardada cuando aleja de sí las preocupaciones del mundo, que son un fardo para nuestros corazones. Consecuentemente, el que aleje de sí el amor carnal y el apego a los ricos, o el que considere como odioso y despreciable el deseo apasionado de esta miserable gloria, será como si fuera escardado, y descansará del vano fardo de los pensamientos terrenales. Pero, siguiendo el sentido interno de la parábola, no precisamos ni crecer en madera, es decir, vivir con ostentación, ni buscar la alabanza de los de fuera, sino fructificar, reservando nuestras obras para mostrárselas al verdadero viñador.

Respecto a ti, sé como «*un olivo fértil en la casa del Señor*» (Sal 51,19), esto es, no te despojes nunca de la

esperanza sino guarda siempre, gracias a tu fe, el verdeante ornato de la salvación. Así te parecerás siempre a este perenne árbol y rivalizarás con su fertilidad, gracias a la abundancia de las ofrendas que darás en todo tiempo.

## LA VARIEDAD DE ÁRBOLES

Pero volvamos a nuestro estudio sobre el arte que manifiestan estas experiencias.

¡Cuántas especies de árboles surgieron entonces: unos aptos para dar fruto y otros aptos para ser empleados para cubrir las casas, para construir navíos o para hacer fuego! En cada uno de estos árboles hay, además, una variada disposición de sus diferentes partes. Pero es difícil descubrir el carácter propio de cada árbol y ver la diferencia que le distingue de las otras especies.

¿Cómo en unos las raíces son profundas y en otros superficiales? ¿Cómo unos crecen derechos y con un solo tronco, mientras que otros se tumban a ras de tierra y se dividen, a partir de la raíz, en múltiples ramas? ¿Cómo es posible que aquellos cuyas ramas se extienden ampliamente, profundizan mucho sus raíces y las extienden alrededor, lo más lejos posible, como si la naturaleza les hubiera dado unos cimientos proporcionados al peso de su estructura?

¡Y qué diferencias hay entre las cortezas! Pues hay árboles con corteza lisa, y otros cuya corteza está quebrada. En unos la corteza tiene una sola membrana, y en otros, varias.

## CAMBIOS NATURALES Y ARTIFICIALES

Es admirable comprobar cómo podemos encontrar analogías entre la juventud y la vejez del ser humano y los árboles. Cuando los individuos son jóvenes y florecientes, su corteza está estirada y lisa. Pero a medida que envejecen, ésta, se ondula y se pone rugosa. Los primeros, si los cortamos, retoman su crecimiento. Los otros, sin embargo, no producen renuevos, de tal forma que esta mutilación es, para ellos, como una especie de muerte. Por ejemplo, se ha comprobado que los pinares cortados o quemados pasan a ser robledales.

Hay también unos árboles a los que los agricultores corrigen, con sus cuidados, sus defectos naturales. Esto ocurre con las granadas ácidas y con las almendras demasiado amargas. Si agujereamos su tallo cerca de la raíz, y ahí introducimos un trozo de pino hasta el medio de la médula, su jugo pierde la amargura y toma un agradable sabor.

Que nadie, pues, desespere de sí mismo si vive en el mal. Sabe que, así como la agricultura cambia las cualidades de las plantas, los esfuerzos del alma por alcanzar la virtud son capaces de triunfar sobre todas las debilidades.

## VARIEDAD DE FRUTOS

En la producción de frutos, la diferencia de árboles frutales es tal que no se puede expresar. Pues los frutos no difieren solamente de una familia a otra, también encontramos grandes diferencias dentro de

una misma especie. A juicio de los hortelanos que dividen las palmeras en machos y hembras, el fruto varía según si el árbol pertenece a uno u otro sexo. Y puede verse, a veces, a la que llaman «hembra», bajar sus ramas, como impulsada por un violento deseo, y anhelar el abrazo del macho. Entonces, los que las cuidan arrojan sobre sus palmas algo que es como la semilla de los machos, y que se llama «psen», y puede verse cómo las palmas parecen experimentar una sensación de gozo. Después se levantan y el follaje del árbol retoma su aspecto normal.

Esto mismo se dice de las higueras. Por otra parte, algunos plantan higueras salvajes al lado de higueras fértiles. Otros, en sus huertos, atan higos salvajes a las higueras fértiles para remediar su debilidad y mantener el fruto que se comienza a perder.

¿Qué quiere hacerte comprender este enigma de la naturaleza? Que a menudo, por imposición, se pide prestada alguna fuerza incluso a las personas no creyentes, con el fin de que se manifiesten buenas obras. Así, si tú ves a un pagano, o a un hombre separado de la Iglesia a consecuencia de alguna herejía perversa, preocupado por llevar una vida sabia y moralmente ordenada, redobla tu celo por parecerte a la higuera fértil que, al lado de las higueras salvajes, recoge sus fuerzas, impide que se pierda su fruto y lo nutre con más cuidado.

Las diferencias que presentan los árboles en su forma de reproducción es una cuestión muy extensa, pero la hemos tratado lo más brevemente posible.

En cuanto a los mismos frutos, ¿quién podría enumerar su diversidad, sus formas, sus colores, el carác-

ter propio de sus jugos y su utilidad particular? ¿Cómo, algunos frutos maduran con el sol, pelados, mientras que otros lo hacen en el interior de una vaina que los cobija?

¿Cómo los árboles cuyo fruto es delicado, tienen hojas gruesas para protegerlos, como la higuera; mientras que aquellos cuyos frutos están mejor recubiertos, no tienen más protección que unas hojas delgadas, como es el caso del nogal? Los primeros son frágiles, por eso tienen más necesidad de auxilio. Los otros están protegidos por una espesa cobertura que les cobija.

¿Cómo la hoja de la viña ha sido recortada para que el racimo resista la dureza del viento, siendo, a su vez, delgada, para que el fruto pueda recibir abundantemente los rayos solares debajo de ella? Nada hay sin causa, nada hay por casualidad. Todo responde a una sabiduría inefable.

¿Qué discurso llegaría a explicar semejantes maravillas? ¿Cómo podría la mente humana observarlas con precisión, de tal manera que conozca sus características particulares, discerniendo claramente las diferencias de cada una de ellas, y, sin omitir nada, muestre las causas escondidas de todo ello?

#### TRANSFORMACIONES DE LA SAVIA: LOS SABORES, LOS COLORES, LOS OLORES

La misma humedad absorbida a través de la raíz nutre de un modo diferente a la misma raíz, a la corteza del tallo, a la madera y a la médula. Esta misma

sustancia pasa a formar parte de las hojas, se reparte por las ramas y ramillos y procura a los frutos su crecimiento. La savia de la planta y el jugo provienen de la misma causa. La diferencia que hay entre ambos es tan grande, que ningún razonamiento es capaz de expresarlo.

Una cosa es, en efecto, la resina del lentisco y otra el jugo del balsamero. Y hay cañahejas en Egipto y en Libia que producen otros tipos de jugos. Se dice incluso que el ámbar amarillo es un jugo de plantas transformado en una sustancia pétreo. De ello dan testimonio las briznas de paja y los minúsculos animales que en él vemos, y que, aprisionados cuando el jugo estaba fresco, quedaron cautivos.

En resumen, quién no ha conocido por experiencia cuánto difieren los jugos en sus cualidades, no encontrará palabras para expresar tal virtud.

¿Cómo, por otra parte, la misma humedad produce el vino en la viña y el aceite en el olivo? Por otra parte, podemos impresionarnos no sólo con que, en el primer caso, el humor se haya endulzado y, en el segundo, haya pasado a ser graso, sino con el hecho de que en el dulzor de los mismos frutos haya una inexpresable diferencia de cualidad. Una cosa es, en efecto, el dulzor de la viña y otra el del manzano, el de la higuera o el de la palmera.

Quiero que pienses cómo la misma humedad causa una impresión agradable cuando se endulza en algunas plantas y cómo tiene un gusto irritante cuando pasa a ser ácida en otras plantas. Ocurre también que alcanza una amargura extrema y da la sensación de sazo-

nada en el ajenjo y la escamonia. En las bayas y el fruto del cornejo toma un sabor acre y dulce. Y en los terebintos y los nogales, pasa a ser dulce y untuosa.

¿Pero para qué prolongar esta enumeración cuando, en la misma higuera, la vemos pasar a las cualidades más opuestas? Pues su amargura es extrema en la savia y extremo su buen sabor en el fruto. Es muy acre en las ramas de la viña y muy suave en los racimos.

Y, además, ¡qué diferencias de colores! En un prado vemos a la misma agua pasar a ser roja en esta flor, a ser púrpura en esta otra, amarillear aquí y blanquear allá. Y mayor que la variedad de colores es la diversidad de olores.

MIRADA EN CONJUNTO.

EFFECTO PERPETUO DEL MANDAMIENTO DIVINO

¡Pero veo que mi homilía, por un insaciable deseo de contemplarlo todo, se pierde en incisos! Si no lo contengo y lo conduzco a lo que exige el comentario de la creación, el día no me bastará para mostraros en los más pequeños detalles las grandezas de la sabiduría divina.

*«Que la tierra engendre árboles fértiles que den frutos sobre la tierra».*

Inmediatamente, las cumbres de las montañas se cubrieron con una cabellera de bosques. Los parques se adornaron con buen gusto y las riveras de los ríos se engalanaron con mil tipos de plantas. Unas estaban hechas para ser alimento en nuestra mesa. Las otras,



por sus hojas y sus frutos, estaban dispuestas para nutrir al ganado. Otras nos proveían de la ayuda de la medicina por sus savias, sus jugos, sus ramillas, sus cortezas, sus frutos..., en una palabra, por todo lo que ha descubierto una larga experiencia, tomando lo que cada descubrimiento tiene de útil. He aquí lo que la clara previsión del Creador tenía a la vista desde el origen, y lo que ésta nos aporta hoy.

En cuanto a ti, cuando ves las plantas de los jardines y de los campos, las plantas acuáticas y terrestres, las que tienen flores y las que no las tienen, reconoce en estos frágiles seres la grandeza de Dios, y no dejes de admirarte por ello. Acrecienta, te lo ruego, el amor que tienes hacia el Creador.

Observa cómo Él hace unos árboles siempre verdes y otros que se desnudan. Y entre los primeros hay unos árboles de hojas caducas y otros de hojas persistentes. En efecto, el olivo y el pino pierden sus hojas, pero las reemplazan tan lentamente que jamás parecen privados de su frondosidad. Al contrario, la palmera conserva siempre sus hojas y las guarda idénticas desde su brotación hasta el fin.

Y observa además esto: cómo el tamarisco es, de algún modo, anfibio, pues forma parte de las plantas acuáticas y abunda en los desiertos. Por eso Jeremías compara con semejante planta las costumbres perwersas y equivocadas (cf. Jr 17,6).

*«Que la tierra engendre».*

Este simple mandamiento fue inmediatamente una poderosa ley de la naturaleza, una laboriosa razón que,

con un movimiento más rápido que el de nuestro pensamiento, llevaba a su consecución las mil particularidades de las plantas.

Aún actualmente este mandamiento inscrito en la tierra la empuja cada año a mostrar toda su fecundidad para producir hierbas, semillas y árboles.

Así como las peonzas, fijando su punta y recibiendo un primer impulso, efectúan sucesivas rotaciones girando sobre ellas mismas, así el orden de la naturaleza, encontrando su principio en este primer mandamiento, se perpetúa en el tiempo hasta su total consecución.

## CONCLUSIÓN

Hacia esta consecución nos apresuramos todos, cada uno de nosotros también, cargados con los frutos de nuestras buenas obras, con el fin de que, emplazados en la casa del Señor, florezcamos en los terrenos de nuestro Dios, en Cristo Jesús, nuestro Señor, a quien sean la gloria y el poder por los siglos de los siglos.

Así sea.

## Bibliografía

MARÍA TOSCANO, GERMÁN ANCOCHEA, *Dionisio Areopagita. La tiniebla es luz*.  
Editorial Herder, Barcelona 2009, 223 pp.

Maria Toscano, licenciada en Filosofía, y Germán Ancochea, economista, son un matrimonio que se dedica a traducir obras de espiritualidad y mística. Ambos imparten cursos referentes a estos temas. En esta obra nos presentan a Dionisio Areopagita: filósofo, teólogo y místico de los siglos V-VI d. C. Su persona es un misterio, ya que presenta problemas tanto cronológicos como de identidad que la mantiene en la penumbra. Su doctrina ha ejercido una verdadera fascinación en el pensamiento de la Edad Media, y se manifiesta en grandes místicos como el Maestro Eckhart y san Juan de la Cruz.

Esta obra presenta, de una manera general, la persona, el pensamiento y las obras de Dionisio. Se compone de seis secciones: I.- Sobre la cuestión de su identidad; II.- ¿Cómo ha llegado a nosotros?; III.- Los escritos del Areopagita; IV.- Su persona y su mensaje; V.- La tiniebla es Luz; VI.- Acerca de la influencia del pensamiento de Dionisio.

La teología mística de Dionisio nos ayuda a comprender mejor las actitudes que los místicos medievales han adoptado para llegar al «no-conocimiento» y percibir a Dios por lo que «no-es», ayudándonos así a superar nuestras concepciones limitadas acerca de Él.

En nuestro mundo, donde la presencia de Dios es tan cuestionada, y más que una presencia es una ausencia, la espiritualidad de Dionisio puede ayudarnos a percibir que, justamente en esa aparente ausencia está la presencia misma de Dios. El objetivo de esta obra es ayudarnos a descubrirlo. Encuentro que es un buen libro que tenemos a mano para conocer en profundidad el pensamiento de Dionisio Areopagita y dejarnos fascinar por su doctrina. Este libro puede ayudarnos a penetrar en el interior de la «tiniebla luminosa» en la que acaba toda verdadera búsqueda de Dios.

SOR M.<sup>a</sup> EUFEMIA PINEDO, O.P.  
*Prulla (Francia)*

EDOUARD BONÉ, *Orar con... la Buena Nueva. A la buena ventura de los caminos de Palestina.*

Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2009, 86 pp.

Edouard Boné es sacerdote jesuita y profesor emérito de las facultades de Teología y de Ciencias de la Universidad de Lovaina. Falleció en el año 2006 a la edad de 87 años.

En este librito el autor nos ilustra sobre el carácter particular y profundamente original del mensaje de Jesús. Nos insiste en su aspecto de vivencia intensa, que lo hacen profundamente auténtico y le proporcionan un extraordinario impulso a nuestra espiritualidad. Nos muestra a ese Jesús que aparentemente no tiene un rumbo definido, que simplemente pasa haciendo el bien, va de un lugar a otro y no se detiene a escribir los sucesos ocurridos para dejar constancia de lo que hace. Él siembra y no espera a ver los resultados, se aleja de quienes desean hacer público el bien que Él hace... Como dice el autor, Jesús camina *a la buena ventura de los caminos de Palestina.*

Con su lectura meditativa y contemplativa, a nuestro parecer, este libro puede ayudarnos, por ejemplo, en los días de retiro o de desierto. Podemos caminar con Jesús a la buena ventura de los caminos de nuestra vida.

SOR LILIANA AYASTA, O.P.  
*Prulla (Francia)*

FELICÍSIMO MARTÍNEZ, *¿Adónde va la vida religiosa?*  
Editorial San Pablo, Madrid 2008, 343 pp.

Muchos religiosos y religiosas viven inquietos buscando un horizonte claro hacia el que encaminar sus pasos. El concilio Vaticano II señaló tres criterios claves para llevar a cabo una renovación adecuada de la vida religiosa: la vuelta a las fuentes de la vida cristiana y a la primitiva inspiración de los institutos, la adaptación a las diversas condiciones de los tiempos, y todo ello bajo el impulso del Espíritu Santo y la dirección de la Iglesia.

Teniendo en cuenta estas pautas conciliares, el conocido teólogo dominico Felicísimo Martínez nos ofrece en estas páginas una reflexión sobre tres núcleos esenciales de la vida religiosa: la espiritualidad, los votos y la misión. La espiritualidad es entendida aquí como el núcleo fundamental de la vida religiosa. Desde esta comprensión considera que muchos de los problemas actuales de la vida religiosa están relacionados con la carencia de una espiritualidad fuerte o incluso con un problema de fe. Por lo que se refiere a los votos, el autor considera la necesidad de una reflexión crítica y en profundidad sobre la teología y la praxis de cada uno de ellos, pues no todas las interpretaciones de la pobreza, de la castidad y de la obediencia son verdaderamente evangélicas. Es preciso seguir reflexionando también sobre la misión específica de la vida

religiosa teniendo en cuenta, sobre todo, las necesidades de la Iglesia y de la humanidad.

En este libro se recogen algunos ensayos sobre todos estos aspectos de la vida religiosa. Antes de ponerlos por escrito han sido presentados en distintos foros, incluso algunos de ellos han sido publicados ya en algunas revistas. El autor ha suprimido en esta publicación aquellos planteamientos que no han obtenido el respaldo, la aceptación y el consenso de sus oyentes. Es siempre importante contrastar con otros la propia reflexión. No obstante hay que subrayar que el consenso no es por sí mismo criterio de verdad.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.  
*Salamanca (España)*

RICARDO CUADRADO TAPIA, *Vivir en «positivo»*.  
Editorial Monte Carmelo, Burgos 2008, 311 pp.

El presente libro recoge una serie de materiales heterogéneos: poesías, decálogos, bienaventuranza, fábulas, parábolas, historias, frases y textos de personajes célebres o de místicos que tratan de estimular al lector a vivir en «positivo», es decir, a buscar por el camino acertado la felicidad para la que hemos sido creados. Estos textos se encuentran en las antípodas de la denominada «cultura de la muerte», caracterizada, entre otras cosas, por el aburrimiento, la angustia existencial, la pérdida del sentido de la vida, el hastío de la existencia,... En la introducción se nos habla de la felicidad como un «derecho», aunque desde el punto de vista cristiano sería mejor hablar de ella como un regalo, como una gracia. La felicidad plena sólo es posible en la vida eterna, la felicidad que podemos alcanzar en este mundo, en el mejor de los casos, sólo es un pálido reflejo de aquella. Aunque verdaderamente incoa-

da en la vida presente del creyente, sólo alcanza su pleno desarrollo en el mundo futuro. No obstante, hay actitudes que nos encaminan hacia ella y que hacen la vida de los que nos rodean más humana. Estas páginas pretenden apuntar, en definitiva, hacia las fuentes de la verdadera felicidad; intentan vitalizar y oxigenar el corazón de quienes buscan escapar de la tristeza, la angustia, el miedo, la desesperanza, el aburrimiento y de la «cultura del bostezo» (cf. pp. 9-10). El autor nos aconseja leer un texto cada día y meditarlo, dejándonos mover por la fuerza del Espíritu de Jesús.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.  
*Salamanca (España)*

RICARDO CUADRADO TAPIA, *El Evangelio del «entusiasmo»*. Editorial Monte Carmelo, Burgos 2008, 104 pp.

El entusiasmo se define aquí como ese sentimiento vigoroso, mantenido por nuestros ideales nobles, que da sentido pleno y feliz a nuestra existencia (cf. p. 33). Estas breves reflexiones y materiales sobre el entusiasmo pretenden poner de relieve esta actitud básica de la vida, sin la que no podríamos alcanzar nuestra plena estatura humana y la tan anhelada felicidad. El entusiasmo es lo contrario del desapasionamiento, de la frialdad y del desinterés. El autor de estas páginas comienza sus reflexiones por el tema del «aburrimiento», actitud tan extendida hoy, a pesar de poseer tantos medios para escapar de él. Ilustra este tema con algunos testimonios, recoge algunas frases de personajes conocidos en su mayor parte, lo aplica a los jóvenes y nos hace algunas breves propuestas para escapar de la cultura del aburrimiento. Siguiendo un esquema similar nos habla luego del entusiasmo. Recoge también cinco mensajes de Juan Pablo II que ayudan a

infundir entusiasmo. A continuación se nos ofrece un decálogo del entusiasmo y algunas pistas para una celebración en torno a este tema. El autor toca en este libro un tema importante, no sólo para los cristianos, sino para toda persona. Ha sabido, además, recopilar materiales sugerentes para poder continuar una reflexión al alcance de todos, pero de modo especial de los adolescentes y más jóvenes.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.  
*Salamanca (España)*

ANTONIO MARÍA RAMÍREZ, *Id por todo el mundo*.  
Ediciones Palabra, Madrid 2009.

Antonio María Ramírez nos ofrece un nuevo libro acerca de la misión evangelizadora, que el cristiano lleva en la entraña del compromiso de su fe. Todo creyente en el mensaje de Jesús debe ser un apóstol en todo momento y en cualquier circunstancia de su vida: en el trabajo, en el tiempo libre, en la alegría, en el sufrimiento... No hay ni un solo momento de la vida en que el cristiano, a la luz del evangelio, no tenga una palabra de ánimo o de invitación para acudir a la oración para encontrar la luz y fortaleza necesaria ante cualquier problema que la existencia diaria nos ofrece.

EL libro está escrito en un estilo atractivo, salpicado de anécdotas y de citas de San Josemaría Escrivá, dando respuesta a un buen número de los problemas o interrogantes que la sociedad actual nos presenta, así como a las dificultades que encuentra el evangelizador de hoy. Se lee con gusto y el interés por lo que se nos relata no decae en ningún momento.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.  
*Peña de Francia (España)*



---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### Un paseo por el parque con la Virgen María

Como bien es sabido, el Rosario es la oración mariana por excelencia. Un lugar ideal para rezarlo son los parques de nuestros pueblos y ciudades. En ellos, junto a nuestra Madre, podemos disfrutar de un agradable paseo mientras meditamos algunos episodios de la vida de Jesús.

Permítanme que les hable de Andrés. Se trata de un buen hombre que está a punto de jubilarse. Tiene cinco hijos y, por ahora, seis nietos. Trabaja en una oficina situada en el casco antiguo de la ciudad. Él vive un poco a las afueras, no muy lejos. Se puede permitir el lujo de ir y venir al trabajo dándose un tranquilo paseo. Al final de la jornada, haga el tiempo que haga, da un pequeño rodeo para cruzar de punta a punta un amplio y espacioso parque, lleno de frondosos árboles y espaciosas praderas.

Y es entonces cuando aprovecha para rezar junto a la Virgen María. Para ello saca su discreto rosario,

para no llamar la atención, pues bien sabe aquello que dice el Evangelio: *«Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará»* (Mt 6,6). Aquel hermoso parque es el secreto aposento donde reza después del trabajo.

Curiosamente, según sean los misterios que tocan ese día, hace un recorrido u otro. Casi instintivamente, hay partes del parque que le evocan más que otras determinadas etapas de la vida del Señor. Al lado de los columpios y toboganes hay una pequeña cueva que le recuerda el nacimiento del Niño Jesús. Las amplias praderas le ayudan a imaginar a Jesús anunciando el Reino de Dios a las masas. Subiendo a la montañita que está en medio del parque medita, los misterios dolorosos. Paseando por la rosaleda se imagina la aparición de Jesús Resucitado a María Magdalena. Y no tiene más que mirar al cielo para pensar en María ejerciendo su misericordioso reinado sobre toda la creación.

Los días que no trabaja, Andrés se busca media horita para rezar tranquilamente el Rosario dándose un paseo por el barrio. Y así, día a día, ora con la Virgen María.

Y por intercesión suya, además de meditar los misterios, reza a Dios por sus hijos y nietos, por sus amigos y compañeros de trabajo, por su comunidad parroquial y por todo aquello que lleva en su interior. Es curioso, con María no le cuesta tanto pedir de todo corazón por aquellos que no le caen muy bien. Su párroco siempre recuerda a sus feligreses que el buen

cristiano es el que también reza por sus enemigos (cf. Mt 5,44).

Como Andrés nunca tuvo buena memoria y no es capaz de recordar la letanía, desde hace muchos años, al finalizar el Rosario, se inventa piropos a la Virgen a partir de lo que contempla. Y así, por ejemplo, cuando ve a dos madres charlar tranquilamente, dice interiormente: «Madre de la concordia, rogad por nosotros», o escuchando el bullicio de los niños, dice: «Madre de la alegría, rogad por nosotros», o sintiendo la suave brisa refrescar su rostro, dice: «Madre de las caricias, rogad por nosotros», o cuando se pasea junto a los jazmines en flor, dice: «Madre de los suaves aromas, rogad por nosotros».

Para Andrés, el Rosario es la forma más cómoda de orar. Hace muchos años, antes de descubrirlo gracias a su tío misionero, le costaba mucho concentrarse en la oración. Tampoco sabía muy bien qué decir. Entonces su tío le aconsejó que rezase junto a otra persona. «Sí, ¿pero con quién?», le preguntó Andrés, «hazlo con la Virgen María, vas a ver qué bien», le contestó.

Y, efectivamente, así lo hizo. Desde entonces, todos los días se da su paseíto con la Virgen María. Y tras acabar de rezar el Rosario, regresa sosegadamente a su casa, con el corazón inflamado de amor, sabiendo que allá le espera su mujer querida, su cariñosa esposa a la que tanto ama.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.  
*Prulla (Francia)*

# Tiempo de misericordia

*«Tendrá un juicio sin misericordia el que no practicó la misericordia; pero la misericordia se ríe del juicio» (St 2,13).*

### 1. EL PÓRTICO DE LA MISERICORDIA

Antes de intentar descubrir lo que la Revelación pueda decir sobre la misericordia, es conveniente hacer algunas consideraciones o reflexiones antropológicas, aunque sean muy breves, dadas las amplias resonancias personales y sociales que la misma encierra.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que la misericordia no es algo con lo que se nace, sino una virtud que requiere un largo proceso de aprendizaje, de educación del corazón, en la acogida, en la gratuidad y en el perdón; pues todos nacemos con una cierta tendencia egoísta, considerándonos el centro del mundo y pensando que todo nos pertenece.

En segundo lugar, el aprendizaje de la misericordia tiene que ver con el desarrollo de la sensibilidad: un corazón compasivo es un corazón sensible. Hacemos aquello a lo que somos sensibles y dejamos de hacer aquello a lo que somos insensibles; hasta el punto de que en muchas ocasiones no

somos capaces de resistir lo que atrae a nuestra sensibilidad<sup>1</sup>.

A la insensibilidad le sigue la indiferencia. Y el indiferente es aquel que va sólo a lo suyo, como el sacerdote y el levita en la parábola del buen samaritano (cf. Lc 10,25-37). Mientras que la sensibilidad es la capacidad de sentirse afectado por algo y de responder ante ello, como ocurre cuando sentimos frío, hambre o dolor. De la misma manera, la misericordia es sentirse afectado por las circunstancias ajenas y reaccionar procurando llevar ayuda o consuelo. La misericordia nos hace capaces de salir de nosotros mismos y estar atentos a los otros; aunque nadie puede salir de sí mismo al encuentro del otro si está excesivamente preocupado y pendiente de sí mismo.

En tercer lugar, la misericordia evangélica no vive ni actúa desde un complejo de superioridad, como mirando por encima del hombro al otro, haciéndole sentir como un ser inferior u objeto de lástima. Tampoco es misericordia cristiana la que lleva cuentas y pide gratitud o recompensa: el buen Samaritano desapareció una vez realizada su obra.

No es de extrañar que ante tales actitudes Nietzsche dijera que la compasión es un vicio detestable. Pero no hace falta llegar a tal extremo para darse cuenta de que la misericordia no goza de buena reputación en nuestro mundo. Se dice que convierte a sus destinatarios en unos seres pasivos e inútiles, que se acostumbran a ser

1. Cf. JOSÉ MARÍA CASTILLO, *La ética de Cristo*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2005, pp. 95-98.

socorridos y se vuelven incapaces de tomar en sus manos su propia vida. Otros afirman que recibir ayuda no sólo humilla profundamente a la persona sino que la hace dependiente respecto a sus benefactores. Y, finalmente, que los benefactores tratan en ocasiones de acallar su mala conciencia con sus obras benéficas.

Reconocer la existencia de todos estos fallos puede ser importante para clarificar las propias actitudes, ya que en las motivaciones humanas se entremezclan con frecuencia el trigo y la cizaña. «La misericordia puede quedar deformada por mil prejuicios y caricaturas; pero la parábola del hijo pródigo [cf. Lc 15,11-32] muestra cuán distinta es la realidad de la verdadera misericordia»<sup>2</sup>. Cuando miramos hacia personas como Martín de Porres, Teresa de Calcuta, Juana Jugan, y tantos otros, nos damos cuenta de que la misericordia no sólo humaniza y enriquece extraordinariamente a la persona, también encierra un gran valor social. Cuando tanto se hablaba del muro de Berlín o de la muralla de bambú, Teresa de Calcuta nunca tuvo dificultad para atravesarlos, simplemente porque la misericordia abate todas las barreras. Mientras que los prejuicios ideológicos se convierten en muros infranqueables que impiden el acceso al otro y son frecuentemente la excusa para no hacer nada por los demás.

## 2. LA MISERICORDIA EN LA REVELACIÓN

Buscar en la Palabra de Dios los rasgos más sobresalientes de la misericordia es como zambullirse en

2. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, n.º 6.

medio de un océano, donde resulta imposible vislumbrar el fondo y las orillas, pues en todo momento sólo se percibe agua y uno siempre se encuentra envuelto por ella. Una sensación semejante se tiene a lo largo de la revelación al intentar describir lo más genuino de la misericordia, pues como recuerda la Biblia: «La misericordia del Señor abarca el orbe entero» (Eclo 18,13) y «su misericordia me acompaña todos los días de mi vida» (Sal 22).

### 2.1. *Un Dios rico en misericordia*

La dificultad indicada pareciera dejarnos sin palabras, sin poder seguir adelante; sin embargo la misma dificultad deja resquicio hacia una posible salida y permite hallar una respuesta satisfactoria: Si la misericordia es un aspecto tan reiterativo y englobante a lo largo de la Sagrada Escritura, quiere decir que nos hallamos ante algo sumamente importante, algo que expresa no sólo los sentimientos y la actitud de Dios hacia los hombres y la creación, sino que indica también un rasgo esencial de cómo es Dios en su intimidad. Por eso Él mismo, al autorrevelarse, se define así: «Yahvé es un Dios compasivo y misericordioso, rico en ternura y fidelidad» (Ex 34, 6). Santo Tomas dirá que es propio de Dios usar de misericordia; pero que la misericordia no expresa sólo una actitud exterior de Dios, sino un atributo soberano de su omnipotencia<sup>3</sup>.

Con razón se puede decir que «la misericordia no es el único rasgo de Dios, pero sí el más representati-

3. Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II q. 30, a, 4c

vo o central. De tal manera que todos los demás atributos de Dios están al servicio de su misericordia. Si Dios es eterno es para tener misericordia 'de generación en generación'. Si Dios es omnipotente es para poner su omnipotencia al servicio de su misericordia. Si Dios es sabiduría es para mejor dirigir y orientar su misericordia. Si Dios es infinito es para que su misericordia sea infinita»<sup>4</sup>.

## 2.2. *La misericordia divina*

El Antiguo Testamento recoge la larga experiencia que el pueblo de Israel tuvo de la misericordia divina e intenta expresarla con multitud de símbolos, imágenes y palabras; pero cabe destacar algunos términos hebreos especialmente significativos y que con frecuencia se repiten a lo largo de la Biblia: *hen*, *hésed* y *rahamín*. Unas sencillas pinceladas sobre ellos permitirán descubrir su rico contenido.

El primer término, *hen*, significa *gracia*, *hazme gracia*, *lléname de tu gracia*. «Con él se pide a Dios que sea gracia para nosotros; que se interese por quien está mal, por quien se encuentra en dificultades para que le dé su mano. Se está indicando que a Dios le gusta dar algo a quien tiene necesidad de su apoyo, a quien cree que no es nada»<sup>5</sup>. Esa es la experiencia de María cuando canta: «Señor, tú has mirado la pobreza de tu esclava y me has llenado de tu gracia» (Lc 1,47).

4. JUAN MARÍA URIARTE, *Esperanza, misericordia, fidelidad*, PPC, Madrid 1996, p. 89.

5. CARLO MARÍA MARTINI, *Camino de Reconciliación*, p. 18.



El segundo término, *hésed*, significa *piedad, misericordia, bondad*. Con él se indica la actitud característica de Dios para con su pueblo, que es de fidelidad, ternura y constancia en la atención y en el amor. Y esta *piedad* o *misericordia* de Dios se hace más tierna cuando somos débiles, frágiles e inconstantes. Uno de los relatos más bellos en este sentido es el que narra el *Génesis*: Después del pecado del hombre «Dios baja a pasear al jardín del Edén, mira hacia todas partes y no ve a Adán, entonces comienza a gritar: “¿Adán, Adán, dónde estás?”. Adán asoma la cabeza por detrás de unos árboles y dice: “Tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí”» (Gn 3,8-10). La reacción de Dios, a pesar del pecado, es hacerles un vestido y ponérselo para que no se sientan humillados y avergonzados (Gn 3,21). Un gesto que pone de manifiesto el *hésed* de Dios para con la humanidad caída, a la que nunca abandonará.

El tercer término, *rahamín*, significa en hebreo un sentimiento profundo que brota del corazón y las entrañas, y que nosotros traducimos *por tu inmensa compasión* o *por entrañas de misericordia*. «Es un vocablo profundamente maternal e indica la capacidad de identificarse con otro de tal modo que se vive, se sufre o se goza la situación del otro como algo propio; igual que le ocurre a la madre con el hijo»<sup>6</sup>. Dios es alguien al que yo no conozco muy bien, pero para quien soy tan importante como un niño pequeño para su madre (Is 49,15).

6. *Ibid.*, p. 19

Este somero análisis pone de relieve los diversos matices que configuran la misericordia divina: Una misericordia fiel y paciente, que nada tiene de la veleidad humana, sino que siempre se mantiene firme y es capaz de «perdonar hasta la milésima generación» (Ex 34,7); una misericordia tierna, a la vez paternal y maternal: «Yo enseñé a Efraín a caminar tomándole por los brazos... y era para él como quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer. Mi corazón está en mí trastornado, todas mis entrañas se estremecen» (Os 11,3-4,8); una misericordia universal y desbordante, que se derrama por todas partes sin llevar cuentas ni hacer cálculos, que no es interesada ni pone límites: «La misericordia del hombre sólo alcanza a su prójimo, mientras que la del Señor se extiende a toda criatura» (Os 18,13).

La revelación sobre la misericordia culmina con esta grata y sorprendente deducción: la misericordia es la raíz de la que brotan todas las obras de Dios, se encuentra en el origen del obrar divino y es su fuerza impulsora. Por eso, el pueblo hebreo, al interpretar su historia, puede reconocer como obras de la bondad de Dios, no sólo la liberación de la esclavitud y la entrada en la tierra prometida, sino también la creación: «El hizo sabiamente los cielos, porque es eterna su misericordia» (Sal 135,1-9).

### 3. JESÚS REVELA A DIOS PADRE

Jesús, en cuanto «imagen visible del Dios invisible» (Col 1,15), es, en su persona y en sus palabras, en sus gestos y actitudes, la revelación más plena de la mise-

ricordia de Dios Padre. Como dice Juan Pablo II: «Cristo no sólo habla de la misericordia, sino que ante todo él mismo la encarna y personifica. A quien la ve en él, Dios se hace visible como Padre rico en misericordia»<sup>7</sup>.

La vida pública de Jesús gira en torno a dos polos: Dios Padre y el Reino de Dios. Aunque los dos ocupan toda su actividad y enseñanza, se nota que concede al primero una mayor importancia, ya sea porque de él deriva todo el contenido del segundo o, tal vez, por la imagen tan distorsionada de Dios que Jesús encuentra entre sus contemporáneos: Un Dios favorable a los socialmente buenos, a los cumplidores de la ley, a los ricos y a los que habían progresado socialmente, cosas consideradas como bendición de Dios; mientras que envía toda clase de males a pobres e ignorantes y los entrega a la inquina de una caterva de demonios. De ahí la gran preocupación de Jesús por mostrar a Dios como Padre y un Padre bueno que cuida con misericordia de todos los hombres sin distinción: «Que hace salir el sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia sobre justos y pecadores» (Mt 5,45).

### 3.1. *Con gestos*

A semejanza de un padre terreno, Dios también se preocupa y siente inquietud por los hijos que sufren o por los que lo están pasando mal, y vuelca sobre ellos su atención. Los gestos de Jesús de comer con publicanos y pecadores y su trato preferente a margina-

7. JUAN PABLO II, *op. cit.*, n.º 2.

dos y prostitutas revelan la verdadera imagen del Padre y su rostro misericordioso. Y a los que se extrañan de su conducta, Jesús les responde que «ha visto obrar así a su Padre y por eso él actúa de la misma manera» (Jn 5,19).

### 3.2. *Con obras*

Cuando los discípulos de Juan le preguntan si él era el enviado de Dios, el Mesías esperado, Jesús no busca convencerles con razonamientos, simplemente les dice: «Id y contad lo que habéis visto: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Nueva» (Lc 7,22). Con el relato de las obras que realiza, Jesús intenta mostrar a un Dios que es todo misericordia, ya que como él mismo dice: «Las obras que yo hago dan testimonio del Padre que me ha enviado» (Jn 5,36).

### 3.3. *Con sentimientos*

El término *rahamín* (entrañas de misericordia), que el Antiguo Testamento aplica a Dios, se encuentra ahora repetidamente en labios de Jesús para expresar sus propios sentimientos: «Se me conmueven las entrañas»<sup>8</sup>. Así ocurre, por ejemplo, ante los diez leprosos que salen a su encuentro (cf. Lc 17,11-19), ante el ciego de Jericó (cf. Lc 18,35-43) o ante el hijo muerto de la viuda de Naím (cf. Lc 7,11-17). En todas estas

8. JUAN M.<sup>a</sup> URIARTE, *op. cit.*, p. 97.

situaciones las entrañas de Jesús se convierten en epifanía de las entrañas misericordiosas del Padre.

### 3.4. *Con palabras*

Donde Jesús traza las pinceladas más bellas sobre Dios es en la parábola del padre del hijo pródigo (cf. Lc 15,11-32). «Cada detalle de la figura del padre habla del amor divino hacia la humanidad, un amor colmado de ternura, misericordia y perdón, que existe desde el principio y para siempre»<sup>9</sup>. El padre vive acongojado desde que el hijo abandonó el hogar y cada día sale a otear el horizonte con la esperanza de volverlo a encontrar. El día que por fin lo ve regresar, sale corriendo a su encuentro, lo abraza y llena besos. Y al darse cuenta de lo sucio, desnutrido y de los harapos que le cubren, manda que le laven, que preparen un banquete y que le traigan un traje de fiesta y al ponerse, al igual que hizo Yahvé con Adán y Eva en el jardín del Edén, devuelve al hijo la dignidad que había perdido. Los gestos del padre reflejan plenamente el *hésed* de Dios, capaz de inclinarse hacia toda miseria y pecado humanos.

## 4. JESÚS, EJEMPLO DE MISERICORDIA

La vida terrena de Jesús está coloreada por la profunda vivencia de los cuatro rasgos que configuran la misericordia: «La que se manifiesta como compren-

9. HENRI J. NOUWEN, *El regreso del hijo pródigo*, PPC, Madrid 1994, p. 101.

sión ante la debilidad de los demás; la que se hace compasión ante el sufrimiento de los otros; la que se vuelca en socorro cuando se encuentra ante la necesidad; la que se expresa en forma de perdón ante las ofensas del prójimo»<sup>10</sup>.

#### 4.1. *Jesús ante la debilidad humana*

Un rápido repaso por los evangelios permite observar la inflexibilidad de Jesús frente a las apetencias de poder, de acumular riqueza, del adulterio o del divorcio; sin embargo, muestra luego una gran compasión con las personas que se han visto arrastradas por tales pasiones.

##### 4.1.1. Jesús y la ambición

La ambición de dominar, de ser más que los demás o de situarse sobre los otros es para Jesús la causa que más sufrimientos provoca en este mundo. Pero al corregir a los discípulos, que también discutían quién iba a ocupar el primer puesto o ser el más importante, Jesús no corre a echárselo en cara, sino que espera el momento oportuno y les explica la centralidad del servicio en la vida (cf. Lc 22,24-27). Por eso, cuando Pedro rechaza dejarse lavar los pies, Jesús se muestra tajante: «Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo» (Jn 13,8). Normalmente aquellos que se ven a sí mismos como más poderosos, los mejores o más

10. JUAN MARÍA URIARTE, *op. cit.*, p. 80.

eficaces no soportan que los demás sean tratados como ellos y corren el riesgo de no conocer ni practicar la gratuidad, el perdón o la compasión<sup>11</sup>. Jesús lo explica muy bien al hablar del hermano mayor del hijo pródigo: era trabajador, obediente y observante. Orgullosa de sí, desprecia al hermano y no puede entrar en el banquete del Padre porque se ha vuelto incapaz de perdón y misericordia.

#### 4.1.2. Jesús y el dinero

Fue tajante también frente a la apetencia de acumular riquezas: «Le será más difícil a un rico entrar en el Reino que a un camello pasar por el agujero de una aguja» (Lc 18,25). El joven rico parecía buena persona, pero no pudo seguir a Cristo, pues «no se puede servir a Dios y al dinero» (Mt 6,24). Sin embargo, Jesús no tuvo inconveniente en tratar con personas ricas o en dejarse invitar por ellas, lo cual parece una contradicción. Pero es que no es la riqueza contra la que Jesús se muestra inflexible, sino con las personas que se preocupan sólo de su bienestar sin acordarse de los demás o pasando indiferentes ante los que carecen de lo indispensable para vivir. Mientras que la actitud de Jesús es distinta con los que comparten, con los que ponen su dinero a producir sirviendo también a otros. De ahí ese comportamiento tan exquisito con Zaqueo, a pesar del extraño origen de su riqueza.

11. Cf. JOSÉ MARÍA CASTILLO, *op. cit.*, pp. 121-123.

### 4.1.3. Jesús y el divorcio

Igualmente fue rotundo contra el divorcio y el adulterio; pero su delicadeza frente a la Samaritana (cf. Jn 4,1-42) y la mujer adúltera (cf. Jn 8,1-11) son muestras supremas de su compasión, de cómo tratar la debilidad humana. Con la justicia que venía de la ley mosaica la mujer adúltera debió ser apedreada, pero la misericordia de Cristo le abrió una posibilidad de salvación (tampoco yo te condeno) y de vida nueva (vete y no peques más). La conducta de Jesús impulsa siempre hacia lo bueno y enseña a no quedarse en el desprecio farisaico, en la crítica fácil, en buscar un chivo expiatorio o la paja en el ojo ajeno.

## 4.2. *Jesús ante el sufrimiento de los otros*

Con frecuencia Jesús se siente invadido por una profunda compasión cuando se encuentra con personas desgraciadas y a ellas dedica una parte importante de su vida pública. «Los campesinos de Galilea pudieron comprobar que Jesús recorría sus aldeas curando enfermos, expulsando demonios y liberando a las gentes del mal y de la exclusión. Él los integra en una sociedad más sana y fraterna, mejor encaminada hacia la plenitud del Reino de Dios»<sup>12</sup>. De esta manera, Jesús enseña a hacerse presente al desgraciado o al que sufre, pues, aunque no se pueda hacer nada o parezca que nuestra presencia resulta inútil, al menos siem-

12. JOSÉ ANTONIO PAGOLA, *Jesús. Aproximación histórica*, PPC, Madrid 2007, p. 155.



pre lleva al otro un poco de cariño y el consuelo de no sentirse solo y abandonado a su propia desgracia o dolor.

#### 4.3. *Jesús ante los necesitados*

Es cierto que había dicho que el hombre no sólo vive de pan, pero eso no le impidió compadecerse ante la muchedumbre hambrienta y proveerla de pan. Y María le dijo un día: «No tienen vino» y Jesús les proveyó de vino (cf. Jn 2,1-12). No es que el hombre no tenga otras necesidades, pero Jesús no quiso que la preocupación por los bienes espirituales sirviera de excusa para no atender las necesidades de la carne del hermano. De ahí que eche en cara a los fariseos la práctica del *korban*, por el que los fariseos se creían dispensados de atender las necesidades de los padres con la excusa de la ofrenda hecha a Dios<sup>13</sup> (cf. Mc 7,9-13).

#### 4.4. *Jesús perdona las ofensas*

«¿Hasta cuántas veces tengo que perdonar, hasta siete?», había preguntado Pedro. Y Jesús le respondió: «No te digo que hasta siete, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18,21-22). Más la historia del perdón de Jesús tiene un punto culminante: muere perdonando a los que han tramado su muerte y se mofan de él estando ya clavado en la cruz. Gesto supremo de misericordia que no pudieron aniquilar los que le habían

13. ADOLPHE GESCHÉ, *El destino*, Sígueme, Salamanca 2001, pp. 177-178.

condenado a muerte. Con su perdón Jesús muestra que es posible romper el cerco del pecado en el que el hombre se ve atrapado y que exige responder ojo por ojo y diente por diente o con la ley del más fuerte.

El gesto del perdón desde la cruz se completa con el gesto del Señor resucitado, al no permitir que la traición de sus discípulos destruya los vínculos de amistad y fraternidad. Por eso brinda a Pedro la ocasión de compensar la debilidad de su negación con la confesión de un amor humilde y entregado<sup>14</sup>.

## 5. JESÚS INVITA A VIVIR LA MISERICORDIA

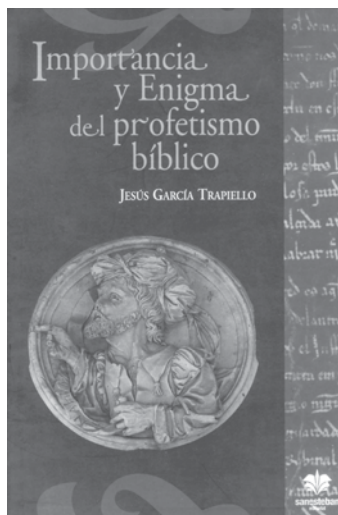
Jesús no sólo «encarna la misericordia divina» dando ejemplo con su vida e instruyendo con sus parábolas, también invita y alienta a sus oyentes a recorrer el camino de la misericordia como senda segura hacia Dios: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5,7). Y a los que ya se consideran buenos, les recuerda lo que había dicho Oseas: «Misericordia quiero y no sacrificios» (Mt 12,7).

La carta de Santiago y el juicio final narrado por Mateo constituyen una requisitoria en favor de las obras de misericordia, tan decisivas que sirven para valorar la vida de las personas y distinguir a los verdaderos de los falsos discípulos de Jesús: «Cuanto hicisteis por uno de éstos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis... y cuanto dejasteis de hacer por uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo» (Mt 25,31-46).

14. Cf. JUAN MARÍA URIARTE, *op. cit.*, p. 100.

Es claro que no se trata únicamente de ser misericordiosos en momentos puntuales de la existencia sino de un estilo de vida o actitud vital, que es hacia donde apunta el mandato de Jesús: «Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso» (Lc 6,36). Jesús termina la parábola del buen Samaritano con una exhortación a su interlocutor, pero para que resuene también en los oídos de todos los hombres, especialmente de sus discípulos y seguidores: «Vete y haz tú lo mismo» (Lc 10, 37).

FRAY GASPAR ORTEGA VILLAIZÁN, O.P.  
*La Virgen del Camino (España)*



## IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276      Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

# La Vida Consagrada: 2. Por caminos del pasado y del presente

Discerniendo el pasado y el presente a la busca de un futuro para la Vida Religiosa

INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ CAMINOS RECORREMOS?

Estamos buscando un futuro, pero no es posible hacerlo sin señalar en qué punto nos encontramos. Para ello es necesario explicitar qué pasos ya fueron dados. Sin embargo, esos «pasos dados» tampoco son siempre garantía de haber recorrido un camino. Algunos de ellos pueden haber sido dados en falso, respondiendo más al contexto cultural que al mensaje evangélico. Pero seguro que otros sí nos aproximan más a aquello que ya estábamos llamados a ser en nuestro origen. La trayectoria de la Vida Consagrada no es diferente de la de todo ser humano.

Ahora vamos a hablar de todos ellos: de los que sí, y de los que no. De los que tenemos que intentar no volver a repetir y de los que nos están señalando caminos del Espíritu y acercándonos a nuestro objetivo: vivir y testimoniar el Evangelio. Utilizamos categorías bíblicas, porque la Vida Consagrada es también historia de un pueblo, con sus infidelidades y sus regresos, rupturas y perdones.

POR DÓNDE NUNCA MÁS: LA RUPTURA DE LA ALIANZA  
(Ex 32,1.6)

Como el pueblo en el desierto, la Vida Consagrada puede estar cumpliendo *sus* «objetivos» pero, en el camino, quedar parada delante de los ídolos. Así dice J. M. Guerrero: «*El peligro es que funcionamos bien, pero que el sentido profético, simbólico o escatológico de nuestra Vida Consagrada sea irrelevante [...]. Si consentimos que se domestique su función profética, si diluimos su carácter simbólico, si perdemos su garra escatológica [...], su futuro será no tener futuro*»<sup>1</sup>. En efecto, habitante de la Historia, la Vida Consagrada sufre bloqueos externos, pero son los bloqueos internos los que tienen más «poder» pues, como los ídolos paganos, entran en el conjunto de conceptos en los que se vive (en este caso, el universo religioso del pueblo de Israel: el universo de las estructuras congregacionales) configurándonos por dentro. Es necesario decir no al formalismo, a las adaptaciones a las nuevas modas religiosas, al aislamiento, a las estructuras, normas y costumbres que nos cierran en nosotros mismos.

Vamos poco a poco. La Vida Consagrada tiene un *para qué* –la Misión–, un *cómo* –la vida comunitaria– y un *por qué* –porque sigue a Cristo–. Vamos a ver por separado cada uno de estos aspectos, señalando si nos atan aún al pasado. Más adelante también veremos cómo estamos avanzando.

1. J. M. GUERRERO, «¿Qué vida religiosa está naciendo?», en *Folleto con él*, n.º 263 (2006) p. 4 (suplemento a la revista *Vida Nueva*, n. 2511).

### *Respecto a la misión*

Estamos al servicio de la misión, se supone, y así es. Conocemos religiosos y religiosas entregados a su trabajo, activos 24 horas al día y sin edad para la jubilación, pero nuestra manera de ser y de hacer no puede estar pautada sino por valores evangélicos. Vemos con pena cómo la misión es convertida a veces en la «versión consagrada» del activismo y la eficiencia postmodernos. Se denuncia que la Vida Consagrada intenta conservar la imagen de «organización de prestigio», movida incluso por *anti-valores* propios de la lógica del mercado pero no de Dios. Eficiencia y eficacia marcan el rumbo de una dinámica más productora que gratuita.

En muchas ocasiones las «grandes obras» que heredamos del pasado son más un obstáculo que una plataforma para una misión y evangelización inculturadas. Podemos vivir con excesiva preocupación por lo que tenemos, al ver en las obras no sólo un pasado brillante sino incluso la realización de nuestra identidad y misión. Los consagrados podemos llegar a entrar tanto en la dinámica productora que confundamos nuestro ministerio o carisma con un empleo lucrativo. También corremos este peligro cuando los contratos de los miembros de una institución son firmados dentro de la Iglesia pero no corresponden al carisma fundacional, sino al contrario, nos alejan de él y pueden llegar a originar tensiones internas.

A veces una misión mal direccionada se deja ver en el tipo de pastoral vocacional que realizamos, y que parece anunciar más una empresa para la realización

individual, un trabajo que «nos llene» o una actividad que suba nuestra auto-estima, que un camino de seguimiento de Cristo. Hacer este tipo de «propaganda» es como querer sustituir a Dios.

### *Respecto a la vida comunitaria*

Siendo sinceros y mirando con atención y sin miedo, podemos encontrar una profunda insatisfacción por la vida comunitaria de nuestro día a día, sobre todo entre los religiosos más jóvenes<sup>2</sup>.

En efecto, la vida comunitaria es víctima de sus propias limitaciones, como ha sido siempre, pero también parece cada vez más desencantada por su fragilidad y por la falta de auténticos líderes que conozcan el equilibrio entre complacencia o indecisión y autoritarismo. Denunciamos miembros individualistas en nuestras comunidades, comunidades vacías de relaciones personales cálidas. Comunidades que se convierten en hotel, donde lo más que se hace es compartir el mismo techo, la misma mesa y reglamento, no convencen ni satisfacen a nadie. No podemos continuar funcionando con normas que corresponden a

2. El planteamiento llega a ser tan acentuado que en el *Congreso Internacional de la Vida Consagrada* celebrado en Roma en noviembre del 2004, un joven participante se expresa así: «El tema apareció de manera reiterada, hasta ser claramente identificado por la asamblea como una insatisfacción de los jóvenes religiosos [...]. En una especie de autocrítica, me preguntaba: ¿es que a las nuevas generaciones sólo nos interesa hacer amigos? ¿Qué significa esta preocupación particular?» L.F. REYES, “El Espíritu quiere una vida religiosa sencilla y fraterna”, en *Vida Religiosa*, n.º 96 (2004) p. 70.

estructuras de otro momento en el que el número de miembros era grande, las características de ellos muy diferentes a las actuales, y también diferentes las exigencias de la vida común.

### *Respecto al seguimiento de Cristo*

En el seguimiento de Cristo arriesgamos todo lo que somos, porque de Él es no sólo la llamada que sentimos y a la que respondimos un día, sino que es precisamente Él quien puede crear auténtica comunión. La llamada al seguimiento es lo único que une a todos los miembros de una congregación desde el principio, desde postulantes y novicios hasta los más mayores. Una Vida Consagrada que confía demasiado en sus propias fuerzas y lo expresa con señales de triunfalismo o un protagonismo que no le corresponde o, en el otro extremo, una Vida Consagrada miedosa y cerrada en sus paredes, es, en cualquier caso, una Vida Consagrada con raíz falsa e incierta. Sólo Cristo puede ser nuestra raíz.

El miedo es contrario a la fe, cuando en realidad sólo la fe debe y puede sostener nuestra vida teologal. Ese miedo que *no cree* trae consigo una preocupación sobre nuestro futuro, porque, sin más sentido, sentimos la urgente necesidad de prolongarnos como congregación indefinidamente. El miedo trae también cierta nostalgia, la cual, además de cerrarnos al pasado y a las personas, puede poner en peligro el ejercicio de la obediencia. La falta de una verdadera fe expresada en el seguimiento denuncia un carácter demasiado teórico –o demasiado poco espiritual– de nuestra vida, revelando religiosos más «ideólogos de lo divino» que



auténticos creyentes; revela religiosos y religiosas ciegos a las señales del Espíritu y que matan cualquier iniciativa y creatividad. La fe frágil, causa del miedo, nos lleva a cerrarnos en nosotros mismos, y a la falta de diálogo social, eclesial y comunitario; nos hace vivir excesivamente preocupados en «agarrar» la propia lengua, cultura o inspiración carismática.

No es de extrañar que la liturgia, vehículo y expresión de nuestra relación con Cristo, se vea también perjudicada por ese desarraigo, convirtiéndose en una oración fría y desencarnada, más útil para marcar el horario de nuestras jornadas de trabajo que para alimentar realmente nuestra vida de seguimiento. ¿Cómo es posible que la Vida Consagrada dé auténtico testimonio, pronuncie palabras proféticas o sea señal escatológica, si toma actitudes contrarias a las predicadas en el Evangelio? Aburguesamiento, abuso de poder, sobrecarga de trabajo, activismo y superficialidad son reflejo de esta carencia «radical».

**POR DÓNDE DEBERÍAMOS CAMINAR AHORA: ESTÁ LLEGADO EL TIEMPO. «EL ESPÍRITU DEL SEÑOR ESTÁ SOBRE MÍ»**  
(cf. Lc 4,18-19.21)

La Vida Consagrada está inserta en el mundo. Es del mundo y está en el mundo. Éste condiciona su actuar y su ser, y no siempre se tiene clara la propia identidad como para no quedar «tonteando con los ídolos». Ahora, todo lo que está vivo está en proceso, y la vida religiosa *vive*. Como para el pueblo de Israel, la conversión pasa por tentativas y sufrimientos. Como el pueblo de Israel, cuenta con la misericordia de Dios, siem-

pre dispuesto al perdón. Camino hacia la plenitud de sí misma, la Vida Consagrada vivencia *ya* sus momentos de realización, palpando lo que será. Son numerosas las novedades que el Espíritu, «que está sobre nosotros», viene suscitando, con mayor o menor esfuerzo y hasta con mayor o menor consciencia por nuestra parte.

En el fenómeno de las *nuevas formas de Vida Consagrada* hay, sin duda, manifestaciones pneumáticas. Novedades estructurales –comunidades mixtas, abiertas a la castidad matrimonial y a la consagración temporal–, de misión –abiertamente volcadas al ecumenismo y trabajos apostólicos fuera de la comunidad–, espirituales –con acentuación de la pobreza, y dando centralidad a la *lectio divina*– y hasta litúrgicas, traen cambios que ya han ocurrido en la realidad social, pero aún no en la normatividad eclesial. Podemos considerar, por tanto, que las nuevas formas de Vida Consagrada son una «avanzadilla» hacia el futuro, como los espías de Josué abriendo el camino para todo el pueblo, ¡incluso cuando los medios no parecen los más ortodoxos! (cf. Jos 2,1-24).

En efecto, el camino que esas nuevas formas de Vida Consagrada siguen no siempre está claro: pueden dar la impresión de haber cambiado mucho para al final no cambiar en casi nada, como si sólo fuesen un pequeño añadido a aquello que ya existe. Con todo, nos lanzan una llamada: la humilde fragilidad que estamos padeciendo en tantos sectores pueden ser las entrañas que acojan una gran fecundidad, los rotundos testimonios de la convicción paulina: cuando somos débiles, entonces somos fuertes (cf. 2Cor12,10). La Vida Consagrada está en camino de un nuevo mode-

lo, cuyas nuevas formas contribuyen a que nazca. Y lo que es más enriquecedor y sorprendente de ellas es comprobar cómo muchas de sus novedades están también presentes en las instituciones tradicionales. Son factores de búsqueda que pueden ser «rastreados» en los tres elementos estructurales.

### *Respecto a la misión*

Respecto a la misión, tal vez lo más determinante sea la progresiva «no propiedad». Las grandes obras ceden su administración a manos laicas, y la misión de los consagrados adquiere una nueva forma determinada por el servicio a los pobres y sufrientes, por la Justicia, Paz e Integridad de la Creación. Nuevas iniciativas responden a nuevas preguntas: ¿Qué valores apoyamos? ¿Cómo avanzar en la solidaridad no paternalista? ¿Es evangélica nuestra inversión? Siempre preocupada por salvaguardar el propio carisma, la misión realizada parte hacia iniciativas de frontera, entra en nuevos movimientos sociales y también religiosos en clave de *encuentro* y *diálogo* cultural, ecuménico, inter-religioso, eclesial y con los laicos, que pasan a tener cierto protagonismo. Fiel a la confianza que la Iglesia pone en ella, la intercongregacionalidad ya se hace realidad en nuestra evangelización.

### *Respecto a la vida comunitaria*

La postmodernidad está a la base de una de las características de nuestra actual vida comunitaria: el individualismo exacerbado, el cual tiene, sin embargo, sed de

relaciones profundas. Así, la vida de nuestras comunidades es renovada por la búsqueda del «sabor de hogar» y por una nueva comprensión del voto de obediencia.

La clave del *encuentro* estimula las relaciones intercomunitarias más profundas, que generen auténtica vivencia y sean de por sí testimonio de los valores que predicán, a través de la apertura y la acogida. Ahora bien, esas novedades sólo son posibles gracias a un nuevo movimiento, que podemos considerar causa y consecuencia de la necesidad de diálogo. Se trata de una «nueva obediencia», basada en la consideración de los miembros comunitarios como adultos libres e iguales. Con mirada de fe, la comunidad religiosa ve la gracia obrando en sus miembros y dotándoles de capacidad para optar por el bien común. Pero eso exige también *nuevas formas* comunitarias que respeten la libertad, la conciencia y la responsabilidad personales; nuevas formas que se reflejen en los trabajos comunitarios y que aparezcan en documentos congregacionales.

El terreno de las relaciones es movedizo como la naturaleza humana. ¿Existe realmente una comunidad así? Tal vez todavía no, pero ya estamos en camino. Y hay ejemplos e iniciativas.

### *Respecto al seguimiento de Cristo*

Por supuesto, también es el seguimiento de Cristo, el encuentro con Él, lo que origina novedades en la manera de vivir la consagración religiosa y la pertenencia congregacional. La espiritualidad está marcada por la fascinación por Jesús y su Evangelio, y se traduce en la práctica cada vez más central de la *lec-*

*tura orante*, que llega a sustituir a veces a la vieja piedad o recitación, y que al mismo tiempo imposibilita la subjetivación total del «diálogo interior». A través de esa práctica se busca el camino hacia una espiritualidad integradora que nos conduzca a nuestro «más íntimo» y nos saque de nosotros mismos en dirección al otro. La Vida Consagrada camina hacia una espiritualidad que abarque «*lo espiritual y lo corporal, lo femenino y lo masculino, lo personal y lo comunitario, lo natural y lo cultural, lo temporal y lo escatológico*»<sup>3</sup>.

La Vida Consagrada y cada uno de sus miembros parecen buscar sinceramente la comunión con el Espíritu, el cual, a su vez, busca ser fecundo en los laicos y expresión de la gracia en la vulnerabilidad de los consagrados. Esta búsqueda parece suscitar nuevos carismas, en el deseo de que algo nazca de nuevo. Esto se concreta en el esfuerzo que se está haciendo camino de la *refundación*, camino que nos conduce a formas menos institucionalizadas. También existe el intento, en el caso de las congregaciones femeninas, de adquirir cierta independencia respecto al poder clerical.

Esta nueva espiritualidad «de pertenencia» origina cambios en la formación de los religiosos y religiosas, que comienza por una pastoral vocacional respetuosa que sabe tener en cuenta el mayor o menor sentimiento de afinidad de los candidatos, sin despreciar ninguno de los niveles de participación, incluso los más superficiales. No puede ser de otra manera cuan-

3. Cf. «Documento final», en CONGRESO INTERNACIONAL DE LA VIDA CONSAGRADA, *Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*, Ediciones Claretianas, Madrid, 2005, pp. 317 ss.

do el laico llega hasta nosotros, sin duda, para compartir y enriquecer nuestros carismas.

Por otra parte, las congregaciones pluriculturales e internacionales van conquistando la capacidad de expresarse como tales, lejos del centralismo europeo, y suscitan la necesidad de que la formación sea recibida en la cultura de origen de los miembros. Sólo así será posible formar y respetar la subjetividad individual, cada vez mayor. Esta subjetividad es –por lo menos en parte– responsable de los «escándalos y abandonos», y de la búsqueda de medios de pertenencia provisional. Esta señal, que puede parecer negativa, obliga a buscar nuevas respuestas, como las formas de vida *ad tempus*, que ya existe en algunas fundaciones recientes. Es una realidad y un desafío: muchos jóvenes aspiran a consagrarse a Dios, pero sin necesidad de «institucionalizarse».

## CONCLUSIÓN

Pisamos caminos nuevos, tal vez, con temor y temblor, pero pisamos, y al pisar avanzamos en una dinámica expresión de la búsqueda de la Verdad que perseguimos.

No pisamos solos. Toda la Vida Consagrada camina buscando por dónde y cómo responder a un mundo que le lanza el desafío del individualismo, la apatía y la insolidaridad. Buscamos ser señal del Evangelio, algo que el mundo no parece necesitar, aunque nosotros pensemos lo contrario. Buscamos adaptar nuestras formas –que no nuestros contenidos– a una nueva manera de vivir la realidad. Órdenes y congregacio-

nes buscan con mayor o menor lucidez esos nuevos senderos sin desbrozar que nadie ha pisado aún; buscan desde su carisma y misión, desde su espiritualidad e historia.

Mucho tiene que decir la Orden Dominicana a la que pertenezco, nacida *en* la búsqueda y *para* la búsqueda. Más que ninguna otra tenemos en nuestra tradición la postmodernidad: el diálogo constante desde el respeto de lo diferente; la fraternidad como «ecosistema» vital, ejemplo utilizado por Timothy Radcliffe; la inmensa variedad de carismas personales entre nuestros miembros; la riqueza de lo contemplativo, masculino y femenino; y, sobre todo, una espiritualidad en búsqueda desde el optimismo que la Encarnación nos garantiza. Nacimos para la búsqueda, y en nuestros ocho siglos no hemos hecho otra cosa. Somos pioneros del discernimiento.

Poner en obra es el siguiente paso. Un discernimiento dialogado debe señalar caminos amplios pero posibles, realistas pero tendentes al infinito del horizonte, factibles pero emocionantes. Obviamente, no sólo la Orden Dominicana, sino toda la Vida Consagrada se pregunta por dónde continuar haciendo, ahora que ya empezamos a caminar. Será el tema de la tercera parte de esta reflexión: ¿por dónde caminar hacia lo mejor?

HNA. ELOÍSA MARÍA BRACERAS GAGO, O.P.  
*Burtzeña (España)*

# El Rosario de la mano de la Virgen María

La Orden dominicana lleva en sus entrañas la misión de predicar el Evangelio por todo el mundo. Sus miembros tienen el encargo de pregonar el misterio de la salvación a través de la Virgen María. Sin ella, «Auxilio de los cristianos», invocación introducida por el papa dominico san Pío V (1504-1572) en la «letanía lauretana», los frailes de la Orden de Predicadores se hubieran visto con serias dificultades para hacer llegar «la Buena Noticia» a tantos hombres y mujeres de siglos pasados. Ciertamente, el Rosario ayuda a la predicación de la salvación con algo tan humano y lleno de ternura como es contemplar a una madre con su hijo.

## MARÍA Y SUS REPRESENTACIONES DEVOCIONALES

María es por excelencia la mujer del Rosario y el icono de la maternidad. Si contemplamos la diversidad de lienzos, litografías, dibujos, grabados, estampas, iconos y toda clase de representaciones religiosas, hallaremos tres elementos que se repiten con frecuencia, aunque no siempre a la vez en una misma imagen de la Virgen: 1) el Rosario en sus manos; 2) el niño Jesús en su regazo o en brazos; 3) y, de forma especial, a María mostrando o, mejor aún, presentado a su Hijo al mundo.



Según cuenta la historia, en Lourdes la Virgen María se apareció a Bernadette Soubirous (1844-1879) con el Rosario en la mano, y le pidió que lo rezara todos los días.

Treinta años después se construyó en Lourdes una gran basílica denominada «del Rosario». Este pueblo se convirtió con el paso de los años en un centro que irradia devoción a María y al Rosario. Cada año, durante la primera semana de octubre, los dominicos organizan la mayor concentración de peregrinos a este santuario. También en las apariciones de Fátima la Virgen llevaba el Rosario en la mano, y ella declaró: «Yo soy la Señora del Rosario».

La historia va recopilando las apariciones de la Virgen en los distintos lugares del mundo, y en ellas siempre pide para que la humanidad crea en su Hijo y se convierta para, así, gozar de Dios. Solicita que se rece el Rosario, que se haga penitencia, se tenga devoción a su inmaculado corazón y en otras ocasiones pide que después de cada misterio se invoque a su Hijo Jesús para obtener el perdón de los pecados, apelando a su gran misericordia.

#### LA INSTITUCIÓN DE LA FIESTA DEL ROSARIO

Los orígenes del rezo del Rosario los encontramos en las Ave Marías que rezaban los monjes y monjas legos –analfabetos– en sustitución de los salmos que rezaban los monjes y monjas instruidos. La gente sencilla tomó para sí este sencillo rezo y poco a poco se fue extendiendo y perfeccionando hasta constituir el rezo del Rosario que hoy conocemos.

Pero hay una fecha muy importante: el 7 de octubre del año 1571, día de la gran victoria obtenida por los cristianos contra los musulmanes en la «Batalla de Lepanto». El papa san Pío V instituyó la fiesta de Nuestra Señora de las Victorias para recordar dicha victoria, pues fue atribuida a la Madre de Dios, a quien dirigieron su oración los cristianos, encabezados por el propio Papa.

Éste agregó en las letanías de la Virgen el título de «Auxilio de los cristianos» –como ya hemos dicho– y encargó a los dominicos la propagación del rezo del Rosario.

Más tarde, su sucesor, el papa Gregorio XIII (1502-1585), cambió el nombre de la fiesta de «Nuestra Señora de las Victorias» por «Nuestra Señora del Rosario».

Otro Papa, León XIII (1819-1903), consagró el mes de octubre al Rosario, e insertó el título de «Reina del Santísimo Rosario» en las letanías de la Virgen.

#### LA IMPORTANCIA DEL REZO DEL ROSARIO –SU EXCELENCIA–

A lo largo de los siglos, prácticamente todos los Papas han fomentado la devoción del rezo del Rosario y, por ello, han concedido «indulgencias». Nuestro Señor nos dijo: «*Donde estén dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*» (Mt 18,20). Los últimos Papas han puesto gran énfasis en la importancia del rezo del Rosario en familia.

El papa León XIII escribió doce encíclicas referentes al Rosario y sobre la importancia de rezarlo jun-

tos en familia. Por su gran devoción al Rosario mereció ser llamado el «Papa del Rosario».

Su Santidad Juan Pablo II (1920-2005), gran devoto del Rosario, también insistió en su rezo tanto en familia como en privado. Nos dijo: *«Inviten a todos a rezar. No tengan miedo de compartir la fe. Nada es más importante. El mundo está en crisis. Nuestras fuerzas humanas no son suficientes. La victoria vendrá una vez más por la Virgen María. Es la victoria de su Hijo, el señor Rey del universo: Jesucristo»*.

En el mes de octubre del año 2002, Juan Pablo II dedicó todo un año al Rosario y, fruto de su amor a la Virgen María, nos dejó la carta apostólica *Rosarium Virginis Marie*.

Este mismo Papa quiso que el pueblo de Dios tuviera en el rezo del Rosario una más dilatada contemplación de los misterios de la salvación. Por ello introdujo los *Misterios Luminosos*, de forma que podamos meditar con más hondura la vida de Cristo, arrancando desde su Bautismo en el Jordán hasta la institución de la Eucaristía.

## LAS INDULGENCIAS

No ha de faltar a tal excelso rezo, las indulgencias que los Papas han promulgado. Para gozarlas hay que disponerse a practicar estas condiciones:

1. Han de rezarse las cinco decenas del Rosario sin interrupción.

2. Las oraciones han de ser recitadas y los misterios meditados.
3. Si el Rosario es público, los Misterios deben ser anunciados.
4. Ese día ha de realizarse: Confesión Sacramental, Comunión Eucarística y Oración por las intenciones del Papa.

Si no se cumplen todas éstas condiciones, puede aún ganarse indulgencia parcial.

La indulgencia plenaria solo puede ganarse una vez al día (excepto en peligro de muerte).

#### ALGUNAS CONSIDERACIONES

La historia ha sido fiel. Por ello vemos que siempre se repiten bajo apariencias y/o circunstancias similares, los mismos aciertos y errores. Hoy, en el siglo XXI, hay crisis de religiosidad. Con ello la Vida Consagrada también ha sufrido y está sufriendo «Crisis de religiosidad».

El concilio Vaticano II nos dio la oportunidad de renovar aspectos de la Vida Consagrada que estaban anquilosados. Pero hemos de afirmar, mal que nos pese, que no hemos terminado de poner en práctica toda la riqueza que este Concilio nos ha dado.

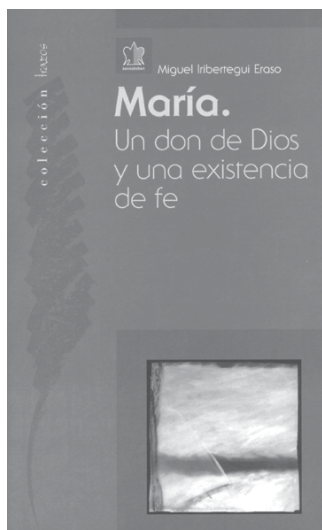
Las familias religiosas siguen rezando el Rosario, pero sería bueno que cada una de ellas reflexionara sobre: ¿cómo lo reza?, ¿cómo lo medita?, ¿hay silencio para rezarlo? y, sobre todo, ¿lo reza devotamente, sin prisas, todos al unísono y acompasadamente?

Si nuestro rezo del Rosario es contemplativo, quizás algún día veremos de nuevo a las familias reunidas para rezarlo, como sucedió cuando el pueblo se unió al rezo de los monjes y las monjas legos.

Ciertamente, los valores morales de nuestra sociedad han cambiado, pero la «oración del justo» es muy poderosa. Nada nos puede detener.

Nuestra Madre sigue pidiéndonos que recemos por la conversión de los pecadores. Una Madre siempre confía en sus hijos.

SOR CECILIA CODINA MASACHS, O.P.  
*Paterna (España)*



**MARÍA. UN DON DE DIOS  
Y UNA EXISTENCIA DE FE**  
MIGUEL IRIBATEGUI

Páginas: 136      Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,  
una visita guiada por las trazas  
de la mariología

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

## El camino al corazón

*«No os acomodéis a este mundo...,  
de forma que podáis distinguir  
cuál es la voluntad de Dios:  
lo bueno, lo agradable, lo perfecto» (Rm 12,2).*

A veces somos prisioneros de las tendencias que mueven este mundo, presas de nuestro ego; del afán de tener, de saber y de poseer. Éstos son estadios frágiles. No se puede confiar la vida al tener, al poder, a esa influencia que pretende tener nuestro ego. Y también es frágil el afán de saber, pues enseñada queda trascendido y superado.

En este mundo no hay un nido bastante cálido para albergar un alma voladora. Todo lo que se tiene, se puede perder. Lo que uno es: eso se eterniza; lo que nadie puede herir o dañar.

Uno es el lado de nuestra superficie y otro el lado oculto. De este lado íntimo no se ocupa ninguna estructura social. Siempre que nos desinteresamos de esta dimensión interior surge el desconsuelo y la amargura. Cuenta Freud que en su consulta se puso de moda decir: «No sé lo que tengo». Ello era derivado de este olvido.

Os cuento una leyenda: *Arturo era rey de un reino muy pequeño y el rey vecino le declaró la guerra, le invadió y le condenó a muerte. El rey Arturo ya condenado recibió esta propuesta del rey: «Te perdono la vida si me contestas a esta pregunta: ¿qué es lo que más desea una mujer? Tienes un año por delante».*

*El rey Arturo estuvo pensando y fue a una bruja a consultarlo. Le dijo la bruja: «Yo tengo una respuesta, pero tiene que casarse conmigo tu hijo». El rey Arturo quedó de acuerdo. Y la respuesta era ésta: lo que más desea una mujer es ser señora de sí misma. El rey Arturo fue al rey y le dio la respuesta. El rey le dijo: «De acuerdo, has acertado, te perdono la vida». Pero quedaba la segunda parte: su hijo tenía que casarse con la bruja.*

*Y el día de la boda, cuál no sería su sorpresa cuando, junto a su hijo, el rey Arturo vio a una muchacha vistosa. Entonces pensó que la bruja se había convertido en joven. La muchacha dijo al novio: «Quiero que me respondas a esta pregunta: ¿cómo quieres verme: como me ves de día o de noche?». Entonces el hijo del rey Arturo le dijo: «Pues mira, quiero que tú elijas, que seas señora de ti misma». Y ella eligió ser una muchacha joven de día y de noche.*

Seremos dueños de nosotros mismos el día en que encontremos nuestro corazón. Mientras tanto estaremos siendo presa de nuestros egoísmos, de nuestras codicias.

El paso a ese mundo interior siempre es el silencio. Vivir en la verdad es vivir en el silencio interior. «Verdad» significa desnudez.

Se cuenta de Homero que soñaba con vivir en un país donde todo el mundo viviera desnudo, sin apariencias, sin engaño. A eso estamos llamados: a vivir en la verdad. Vivir en la verdad significa vivir en el silencio, desde la transparencia de nuestro corazón.

Alguien dijo: «Anda sin cesar el camino que lleva al huerto de tu amigo, porque, si no, puede crecer la maleza y entorpecerlo». Si no andamos el camino a nuestro corazón, puede crecer nuestra codicia, nuestra agresividad. Si alguna trage-

dia hay, es no vivir dóciles al acercamiento a nuestro corazón. Pero hacer este camino es costoso, no hay mapa que nos diga lo que nos vamos a encontrar.

En lugar de preguntar a nuestro corazón, preferimos buscar la ganancia de este camino, pero ¿qué sacamos ahí? El silencio es bondadoso con nuestro corazón. Pero el ego no sobrevive si no logra algo.

Se cuenta que Plotino se resistió a que le hicieran un retrato: «Eso sería legar una sombra a las sombras», dijo. Nuestra exterioridad es una sombra. Sin embargo, nosotros damos importancia a nuestra exterioridad.

Estamos invitados a vivir no conformados a este mundo. Si somos fieles a nuestro corazón, somos unos extraños.

Ortega y Gasset hablaba de un cierto enfrentamiento entre el mundo urbano y el rural. El pueblo evoca un mundo secreto...

El silencio interior es el mayor enamoramiento de la vida. Lo bello es lo oculto.

Lo mismo que lo único que queda en un pueblo ruinoso y abandonado es la fuente, lo que queda en nosotros cuando todo se arruina es la fuente interior. Lo que decía Jesús a la samaritana: dentro hay una fuente que salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4,14). No importa que el exterior desfallezca. Lo que queda siempre es una fuente. Si en ti hay una fuente, no vayas a otra.

Retornemos a nuestro mundo interior...

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.  
*Escuela del Silencio*



## La verdad nos hace libres

*«Si conocieras el don de Dios,  
y quién es el que te dice:  
“Dame de beber”,  
tú le habrías pedido a él,  
y él te habría dado agua viva» (Jn 4,9-10).*

El encuentro entre Jesús y la samaritana puede ayudarnos a descubrir un camino para profundizar en la manera de relacionarnos con Dios y en nuestra forma de orar y situarnos ante su Palabra. La samaritana, en la que se realiza una profunda consolación, es la imagen de toda persona humana desconsolada que encuentra la razón más profunda de su ser en el encuentro personal con Jesús, que la impulsa a una vida nueva.

*«Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era mediodía. Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dice: “Dame de beber”. Le dice la mujer: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?”» (Jn 4,6-7).*

La humanidad no se encuentra en lo abstracto de una fórmula filosófico-metafísica sino en la persona de carne y hueso. Jesús habla no con *una mujer*, sino con ella, la Samaritana, la persona concreta; es a ella a la que tiene algo que decir. La persona no puede ser sino en un determinado lugar (*Samaría*) y un tiempo preciso (*mediodía*), de un pueblo y una raza concreta. Jesús va al encuentro de la persona concreta, de la per-

sona en sí. Viene a nuestro encuentro, te busca a ti y mí, en nuestra historia y en nuestra situación concreta; Jesús quiere encontrarse con ese *don* irrevocable e irrepetible de Dios al que llamamos «persona humana».

La samaritana se admira de que ese hombre le hablara, con lo que eso significa en la cultura de la época. Jesús rompe con la lógica del encuentro. Dios no sabe sino adelantarse y saltar barreras para lograr encontrarse cara a cara con lo que somos, sabe ubicarnos en el *interior* de nuestro propio yo, al desnudo de nuestra existencia. «A esta profunda interioridad retorna [el hombre] cuando entra en su corazón, donde Dios le aguarda, escrutador de los corazones (Jr 17,10), y donde él personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino»<sup>1</sup>.

*«Le dice la mujer: “Señor, dame de ese agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla”. Él le dice: “Vete, llama a tu marido y vuelve aquí”. Respondió la mujer: “No tengo marido”. Jesús le dice: “Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad”» (Jn 4,15-18).*

Jesús invita a la mujer a *ponerse en pie* ante su propia verdad, la verdad profunda de su dignidad como persona, y luego ante la verdad de sus actos. Nuestra dignidad de persona humana se apoya en dos claves o dimensiones que la definen: como *don* y como *tarea*. El *ser* del hombre es normativo para el *quehacer* moral.

La aceptación de sí consiste en acoger positivamente la propia persona, en todas sus dimensiones: en su realidad física, psíquica, espiritual; en su historia y en su presente. La

1. *Gaudium et spes*, 14.

importancia de la aceptación consiste en que ésta nos pone en movimiento para poder cambiarla. Aceptar es rendirse a la verdad, acogerla positiva y cariñosamente. La aceptación está totalmente unida a la humildad (psicológica). La humildad es la mayor fuente de descanso y de libertad interior, porque la humildad es «andar en verdad», nos dice santa Teresa<sup>2</sup>.

«Jesús le dice: “Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán en espíritu y en verdad... Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad”» (Jn 4,21.23-24).

La hora a la que alude Jesús ha llegado, es presente, es él mismo, por eso dice: «estamos en ella». Para Dios no hay tiempo, él es eterno, y eso significa que es un continuo presente y que nosotros debemos –estamos invitados por él– a hacernos conscientes de esa presencia que es el fundamento de todo: de nuestra existencia, de nuestra vida, de nuestra historia. Él se entreteje junto a nosotros, nos va creando, re-creando. Es Cristo quien lleva a cabo esa obra, y en él somos imagen de Dios.

La creación del hombre y su re-creación en Cristo son ya signo y sacramento de su propia vocación como *imagen de Dios*<sup>3</sup>. El hombre creado es el fundamento de la responsabilidad moral. *Si conocieras el don de Dios...* si llegáramos a descubrir de forma patente nuestra propia imagen de Dios, nuestro yo más profundo, todo nuestro sistema de actitudes se verían transfigurados y conducidos por Aquel que nos inhabita (que vive en nosotros). Esa es la verdadera adoración

2. TERESA DE JESÚS, *Moradas*, VI, 10, 7.

3. Cf. *Gaudium et spes*, 22; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1701.

al Padre, la del hombre integrado desde su ser más hondo –en espíritu y verdad–, desde su ser imagen de Dios.

«Él le dice: “Vete, llama a tu marido y vuelve aquí”. Respondió la mujer: “No tengo marido”. Jesús le dice: “Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad”» (Jn 4,16-18).

El «andar en verdad» es descubrir, en lo más profundo e íntimo de ti, una ley inscrita por Dios en el corazón. Es allí, en tu corazón, donde eres tú mismo, donde experimentas la autoridad de la verdad, donde puedes oír la voz de Dios y donde se produce el juicio de la razón sobre tus propios actos y la calidad moral de los mismos<sup>4</sup>. Por eso Jesús invita a la samaritana a entrar dentro de su corazón pues es allí donde se encuentra *su marido*. Es decir, la fidelidad a tu conciencia moral es la que te hace asumir la responsabilidad de tus actos realizados<sup>5</sup>.

La conciencia humana tiene su propio dinamismo y crecimiento que corresponde a las diversas etapas de la vida, aunque habría que señalar que no siempre la edad cronológica coincide con la edad ética de la maduración de la conciencia, además, el camino de crecimiento no siempre sigue una línea ascendente<sup>6</sup>. La educación de tu conciencia garantiza tu libertad y engendra la paz del corazón, puesto que la libertad hace de ti un sujeto moral<sup>7</sup>, signo eminente de tu imagen divina.

4. Cf. *Gaudium et spes*, 6; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1777-1778.

5. Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1781.

6. Cf. J. R. FLECHA ANDRÉS, *Teología moral fundamental*, BAC, Madrid 1999, p. 278.

7. Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1784; 1749.

Con *libertad* se entiende la capacidad, radicada en la inteligencia y en la voluntad, de obrar de acuerdo a tu conciencia del deber y sin coacción, disponiendo de ti mismo; esta capacidad alcanza su plenitud cuando está ordenada hacia Dios<sup>8</sup>. La libertad implica la posibilidad de elegir entre el bien y el mal, y por lo tanto, de crecer en perfección o flaquear. En la medida en la que creces te haces libre y cuanto más libre, creces aún más. La libertad implica responsabilidad; cada uno es dueño de sus actos –voluntarios– y, por lo tanto, es responsable de sus consecuencias.

«*Le dice la mujer: “Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo explicará todo”*. Jesús le dice: “Yo soy, el que te está hablando”. La mujer, dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: “Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?”. Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: “Me ha dicho todo lo que he hecho”» (Jn 4,25-26.28-29.39).

La libertad que experimenta la samaritana es consecuencia del encuentro con Cristo, con aquel que *le ha dicho todo lo que hizo*; que en realidad significa que le había ayudado a encontrarse a ella misma en lo profundo de su conciencia y se había reconciliado con su propia historia, con sus propias opciones. La libertad cristiana es una «libertad liberada»<sup>9</sup>, y ésta es el núcleo de la opción fundamental y de las pequeñas opciones cotidianas.

Curiosamente, Jesús nos enseña que cuanto más unidos estamos a la voluntad de Dios, más libres somos, cuanto más

8. Cf *Ibid.*, 1731.

9. L. F. LADARIA, *Teología del pecado original y de la gracia*, BAC, Madrid 1997, p. 282.

nos descubrimos ante él en la intimidad de la conciencia, más somos nosotros mismos; «la verdad nos hace libres» (Jn 8,32). La relación con Dios, en lo profundo de la conciencia, nos hace conscientes de nuestra dependencia de él; esta relación interpersonal supera la dimensión de la ley y nos coloca en una nueva situación ante Dios, ante nosotros mismos y ante los demás.

Esta opción fundamental pone al hombre en una situación de verdad-libertad que lo lanza a la acción liberadora, al compromiso con los demás; a ser existencialmente una llamada, una invitación a la unión con Cristo –a su seguimiento radical–; porque en él –en Cristo– Dios ha mostrado de una vez para siempre qué es el hombre y qué significa la libertad humana. El cristiano es libre para amar precisamente porque se sabe amado por Dios (cf. Rm 8,31ss), y liberado de sí mismo puede entregarse al amor de los demás. La samaritana, al momento de sentirse profundamente liberada y amada incondicionalmente, es capaz de echar su cántaro y correr al encuentro de los otros con el rostro descubierto, con el alma en la palma de la mano, y anunciar la llegada del Cristo; es decir, la llegada de aquél que puede liberarnos y ayudarnos a redescubrir nuestra identidad más profunda.

Y, si te animas a encontrarte hoy con el Amor, con ese Cristo que te libera y te sana, y dejarte abrazar por él, tal vez pueda servirte esta oración del poeta indio Rabindranaz Tagore<sup>10</sup>.

*¡Te necesito a Ti, sólo a Ti!  
Deja que lo repita sin cansarse mi corazón.  
Los demás deseos,*

10. R. TAGORE, *Ofrenda lírica*, 38.

*que día y noche me embargan,  
son falsos y vanos hasta sus entrañas.*

*Como la noche esconde en su oscuridad  
la súplica de la luz,  
así en la oscuridad de mi inconsciencia  
resuena este grito:*

*¡Te necesito a Ti, sólo a Ti!*

*Como la tormenta está buscando la paz,  
cuando golpea la paz con su poderío,  
así mi rebelión golpea tu amor y grita:*

*¡Te necesito a Ti, sólo a Ti!*

MARCELO BARVARINO  
Ávila (España)



**EL EVANGELIO  
DEL SEÑOR  
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz  
son de gran trascendencia para  
los cristianos.

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

# El corazón de Cristo y las mujeres

(Tercera meditación del octavario)

LA QUE FUE SORPRENDIDA EN ADULTERIO (JN 8, 1-11)  
LAS MUJERES DE JERUSALÉN (LC 23, 27-31)

*El Corazón de Cristo y las mujeres* es el hilo conductor de estas reflexiones, presentadas en forma de *Octavario*. Estamos intentando comentar aquellos pasajes evangélicos donde Cristo se encuentra con mujeres. Tales pasajes no tienen desperdicio alguno y son instructivos para todos. En esta tercera reflexión nos volvemos a fijar, como en las anteriores, en dos casos concretos: el de aquella mujer que fue sorprendida en adulterio (Jn 8,1-11) y el de aquel grupo de mujeres que salió a consolar a Cristo, cuando éste iba atravesando las calles de Jerusalén, camino del Calvario (Lc 23,27-31).

Recordemos a grandes trazos lo que acaeció en el primero de los casos: el impresionante drama de la mujer sorprendida en adulterio. Una mañana Jesús subió desde el Monte de los Olivos a Jerusalén y se presentó en el templo. Allí le sorprende un grupo de gente llevando a una mujer que había sido sorprendida en adulterio. Quieren saber de Jesús qué haría Él, pues la ley manda que las adúlteras han de morir apedreadas. En el fondo, a esta gente ni le interesa la ley ni aquella mujer. Todo es un pretexto para tentar a Jesús. Pero Jesús no se da prisa en contestar. Le insisten y Jesús responde: «*Bueno, pues que*



*empiece a arrojar piedras aquel que se encuentre sin pecado*». Todos desaparecen de la escena y esta mujer pecadora se queda frente a Jesús, el único que no tiene pecado. Jesús le dice: *«Yo no te condeno; en el futuro no pecues más»*.

¿Qué lecciones podemos aprender de este relato? A Jesús se le está reclamando un juicio. ¡Qué injustos somos en general! Todo el mundo pendiente de la adúltera y nadie se pregunta por el adúltero. Quizá el adúltero se encontraría entre el grupo de los acusadores. ¿Estaría escribiendo Jesús en el suelo los pecados de todos aquellos que acusaban a aquella mujer? Jesús no la juzga, pero tampoco patrocina el vicio. Sencillamente perdona. Y qué buena lección se nos está dando a todos. Solemos ser bastante duros cuando se trata de juzgar a los demás y muy indulgentes cuando se trata de disculparnos a nosotros mismos. A los que tropiezan y caen les deberíamos tratar como nos trata a cada uno de nosotros el Corazón de Cristo cada vez que tropezamos y caemos. En definitiva, tenemos que usar con los demás la misma medida generosa y amplia que Dios usa siempre con nosotros. Se trata de curar el sentido de la vista, pues la tenemos de lince para ver la paja en el ojo ajeno y la tenemos de topo a la hora de percibir la viga en el propio.

Veamos ahora otro encuentro de Cristo, en esta ocasión con un grupo de mujeres, acontecido en la misma ciudad de Jerusalén. El evangelista Lucas, al narrar el camino de Jesús hacia el Calvario, señala que, entre la multitud que le seguía, había un grupo de mujeres que se dolían y se lamentaban por Él. A Jesús, aquel gesto de verdadera compasión, no le pasó desapercibido. Nos podemos imaginar que bastante tenía Él con lo que esta-

ba viviendo, pero su Corazón bueno no pudo por menos de percibir que, en medio de tanto odio hacia Él, había un grupo de mujeres pendiente de Él, compadeciéndose de Él, haciendo suya la pasión que estaba sufriendo Él. A Jesús le compadecen y Él también se compadece. Invita a aquellas mujeres a seguir derramando lágrimas, pero no tanto por Él, como por ellas mismas y sus hijos. Les profetiza que vendrán tiempos de violencia en que las que más sufrirán serán precisamente las madres. Tristes tiempos cuando serán dichas aquellas mujeres que no tienen hijos por los que llorar.

Si pensamos un poco en la escena, veremos que ésta acontece en la hora de la verdad. Es la hora del Corazón de Jesús abandonado: los amigos le han dejado; uno de ellos le ha traicionado y otro negado; allí camina Jesús solo, acuciado por la saña de los enemigos. A los ojos de la multitud Jesús es un despreciable, un aventurero a quien le van a dar su merecido, un rebelde contra la ley y un blasfemo contra Dios. Siendo éste el telón de fondo, se entiende mejor el gesto de aquellas mujeres. Se entristecen y no ven otra manera de protestar contra la injusticia que se le está haciendo a este hombre bueno, que golpearse el pecho y lamentarse. Y Jesús, después de haber aceptado este gesto, estas lágrimas y estos lamentos, empieza a compadecerse de estas buenas mujeres por todo lo que les va a venir encima. El camino de la violencia, que ahora se ha desatado contra Jesús, se va a comer a los propios hijos de Jerusalén; porque el único camino de salvación es el del amor y no están dispuestos a recorrerlo.

A la luz de esta escena podríamos ahora preguntarnos dónde nos encontramos nosotros cuando alguno

sufre o padece, ya que muchas veces también tenemos nuestra parte en ese sufrimiento. Por otro lado, cuando pasamos por experiencias duras, habría que preguntarse si las vivimos junto a Jesús o muy alejados de Él. Alguien podrá decir que las lágrimas no arreglan nada; que las necesidades del hermano no se solucionan mojándolas en llanto; que llorar y lamentarse es precisamente lo más fácil. Pero deberíamos pensar que a un destino no se llega nunca, si uno no da el primer paso. Nunca llegaremos a hacer nada por el otro, si no empezamos compadeciéndonos de él y hacemos nuestros su dolor y pasión. Como no se nos conmueva primero el corazón, difícilmente se moverán luego brazos y pies. Si se para el corazón, se paraliza todo el cuerpo.

En esta tercera reflexión de nuestro peculiar *Octavario*, el Corazón de Cristo ha querido aleccionarnos poniendo delante de nosotros dos encuentros que tuvo Él en la ciudad de Jerusalén. Uno con una mujer adúltera, a la que perdonó y así la animó a cambiar de vida; y el otro con un grupo de mujeres, que se compadecieron de Él y de las que luego Él se compadeció por el sufrimiento que ellas mismas iban a padecer. Con la una y con las otras, el Corazón de Cristo no fue de piedra. Como nunca lo es para con nosotros. Esto nos tiene que llenar de confianza en su amor, sobre todo cuando pasemos por situaciones parecidas a las de estas mujeres.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM  
*Salamanca (España)*

## LITURGIA

### Presentación de «Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía»

En este número de Vida Sobrenatural comienza una serie de catorce artículos sobre las claves espirituales de las principales partes de la Eucaristía. Su principal objetivo es ayudarnos a participar profundamente en este sacramento.

Bien sabemos que por el simple hecho de celebrar la Eucaristía al menos una vez por semana, todos corremos el riesgo de la rutina: de celebrar este sacramento de forma mecánica, sin vivir interiormente lo mucho que ella nos ofrece. Pues bien, consideramos que estos artículos les ayudarán a no caer esto. Son bastante cortos y están escritos con un lenguaje muy sencillo con el fin de que todos podamos enriquecernos con ellos.

Los ha escrito un benemérito dominico argentino, fray Héctor Muñoz. Ya le conocen ustedes, pues ha escrito varias veces en Vida Sobrenatural. Sin ir más lejos, en el pasado número nos ha hablado sobre «El silencio en la liturgia».

Fray Héctor Muñoz, con sus 75 años, acumula una larga experiencia en Sagrada Liturgia, en la que se especializó en el Instituto Superior de Liturgia de París. Ha sido miembro de la Comisión Episcopal de Liturgia y del Secretariado Nacional de Liturgia de Argentina y es cofundador de la Sociedad Argentina de Liturgia. Ha sido profesor de Liturgia en el Estudio General de los dominicos argentinos y en varios Seminarios diocesanos. Además de numerosos artícu-

los, ha publicado, de momento, 76 libros. Actualmente forma parte del Colegio de Consultores del Obispado de Mendoza.

Les animamos encarecidamente a seguir esta serie de artículos. Sus títulos son:

1. Todo bajo el signo de la cruz y en el nombre de la Trinidad.
2. Me confieso pecador.
3. Cristo es misericordioso y alabo al Dios Uno y Trino.
4. La fe nos mueve a profesarla.
5. Te bendecimos por los frutos de la tierra.
6. El «sacerdocio ministerial» y el «sacerdocio de los fieles».
7. Sintonizamos con lo alto.
8. La Eucaristía es acción de gracias.
9. Dios es «tres veces santo».
10. Que el Espíritu consagre el pan y el vino y a quienes recibirán el Cuerpo y la Sangre de Cristo.
11. La Víctima ya está sobre el altar.
12. Somos un pueblo de hijos y de hermanos.
13. Estamos en paz unos con otros: por eso comulgamos.
14. La misión comenzó en un templo y concluirá en la calle.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.  
*Prulla (Francia)*

# Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

## 1. Todo bajo el signo de la cruz y en el nombre de la Trinidad

(EN EL NOMBRE DEL PADRE + Y DEL HIJO...)

### BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ

Comenzamos la Misa poniéndonos bajo el signo de la cruz, signo que trazamos con amplitud, marcando nuestro cuerpo. Públicamente, toda la asamblea –la Iglesia presente en un templo– se persigna. El árbol de la cruz –madero infamante, como la llamaban los antiguos– se ha convertido en árbol de gloria, gracias a Jesucristo, que la cargó sobre sus hombros.

El Señor ya vivió su Pascua. Nosotros, en cambio, todavía debemos completar lo que falta a la Pasión de Cristo. Jesús ya llegó... Nosotros aún caminamos.

Al comenzar la Eucaristía con este gesto, toda la vida del Señor tiene que desplegarse ante nosotros como quien descorre un telón, para captar que tanto la existencia del Salvador como también la nuestra, llevan este signo. Ya cuando María y José presentan al Niño en el Templo, nuestra Señora descubrió que «una espada le atravesaría el corazón» (cf. Lc 2,34–35). El

dolor del Hijo sería el dolor de la Madre, dolor que se traduciría en la cruz, cruz cotidiana que tenemos que cargar para seguir a Jesús y ser dignos discípulos suyos (cf. Mt 10,38).

Así hemos comenzado la celebración eucarística: con la cruz como un hecho ineludible y necesario para la redención. Este Banquete es también Sacrificio: y en un sacrificio es necesario una víctima. Comulgaremos en la «Cena del Señor», comiendo su Cuerpo y bebiendo su Sangre. Todo lo que sigue en la Misa nos irá adentrando –con el hilo conductor de la cruz– por los pasos que dio Jesús antes de ser martirizado en el Gólgota –condición previa (morir y ser sepultado)– para alcanzar la victoria final (resucitar).

Todo irá convenciendo a la asamblea reunida, de que la muerte de Cristo en la cruz, hecho pascual que simboliza cada Eucaristía, no fue el acto de un suicida, ni el gesto cruel de un Dios-verdugo, ni la estupidez de quien se entregó por una causa perdida. Fue la acción libre de un Dios que nos quiere para la libertad... ¡y la cruz es liberadora! Fue la acción voluntaria de quien manifestó de modo extremo, hasta qué punto es cierto que «no hay amor más grande que dar la vida por los amigos» (Jn 15,13). Fue la acción de un Dios que se hizo hombre, para que nosotros –pasando por la cruz– recibiéramos una vida que jamás tendrá fin.

Y de aquí surgirá un interrogante: ¿Sabemos llevar la cruz a cuestas? ¿Nos negamos a nosotros mismos, para afirmar a Dios en nuestras vidas? ¿Cargamos con nuestra cruz y nos hacemos cargo del peso de la cruz

del hermano, para cumplir así la ley de Cristo? (cf. Gal 6,2). Jesús, muriendo en la cruz, quiso manifestar que abrazaba todas las cruces del mundo: el pecado, la miseria, la desesperanza, la soledad, el dolor y las lágrimas, la orfandad, la incomprensión, la injusticia..., todo lo que pueda llevar el nombre de «cruz». Éste es un signo de «dolor glorioso», pues nos gloriamos en nuestras debilidades y en la cruz de Cristo.

#### EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO

La oración litúrgica cristiana se dirige siempre al Padre (salvo excepción...): Él es el destinatario de nuestra alabanza, acción de gracias y súplica. Pero en este acto primero de glorificación incluiremos al Hijo y al Espíritu Santo. Toda la Trinidad será glorificada por la asamblea que celebra la pascua de muerte y vida del Señor Jesús.

Una vez que vayamos avanzando, nuestro enfoque será *al Padre, por Cristo, en la unidad del Espíritu Santo*.

Dios-Padre será aquél a quien nos dirigimos. Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre será, por su humanidad sacramental, el mediador. El Espíritu Santo, en su misión de recordarnos todo lo que Jesús nos dijo y conducirnos al conocimiento de toda verdad (cf. Jn 14,26; 16,13), será «el Viento» que nos empuje y «el Fuego» que haga arder nuestros corazones.

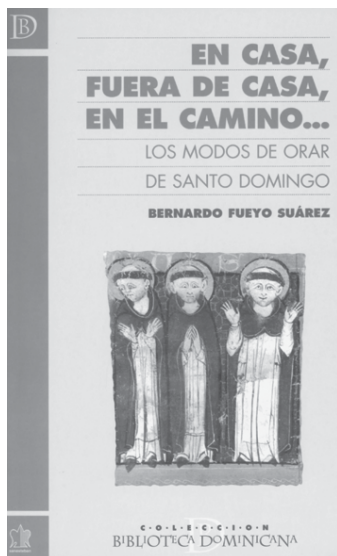
La clave de un buen celebrante –y todos lo somos: ministros ordenados, instituidos o designados; ordinarios o extraordinarios; religiosos y religiosas, laicos...–



será tener en cuenta su rol, que siempre establece una relación con los destinatarios: Dios y los hermanos a quienes prestamos un servicio. Toda la Iglesia celebra: ¡también los laicos! Sería cosa muy buena, que un laico o una religiosa pudieran decir: «El Domingo pasado *celebré la Misa*, en tal o cual lugar...», ¡pues eso es verdad! Aunque cada uno celebra según su oficio, sigue en pie que la Iglesia entera es la que celebra, articulándose esta celebración en diversos ministerios.

Por el momento que quede claro que cruz y Trinidad, unidas, son el primer escalón para el primer paso de otros que completarán el recorrido...

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.  
*Mendoza (Argentina)*



**EN CASA, FUERA DE CASA,  
EN EL CAMINO...**

BERNARDO FUEYO

Páginas: 232 Precio: 20,00 €

Se describe las formas y gestos que Domingo usaba en la oración.

Muy acorde con la búsqueda de nuevas expresiones de orar

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

## Súplicas en la soledad del sufrimiento: Salmo 6

Quien vivió o está pasando por una experiencia de profundo sufrimiento causada por una enfermedad, va a entender el Sal 6. Se trata de una persona cuya existencia vacila entre la vida y la muerte. Desde el fondo de su amargura recupera las energías restantes para suplicar: «*Ten piedad de mí, Yahvé, que estoy sin fuerzas*» (v. 3).

En la soledad silenciosa expone a Dios su caso: siente los huesos desmoronados (v. 3), su alma abatida (v. 4), está extenuado de gemir, hasta el punto de bañar su lecho, cada noche, de lágrimas (v. 7) y sus ojos están corroídos por el tedio (v. 8). Ésta es la situación de quien vive cada minuto de agonía convertido en un conjunto de eternidades.

Se desconoce el tipo de enfermedad de este suplicante, pero le provoca sufrimiento. El dolor es siempre dolor, sin distinción de las causas que lo originan. Además, está cercado de personas que lo perturban, complicándole todavía más su realidad. Son aquellas a las que el salmista llama: «opresores» (v. 8), «malvados» (v. 9) y «enemigos» (v. 11). Ellas lo visitan dejándolo saturado de viejas teologías: ¡Dios está lejos del que sufre!, ¡El dolor es causa del pecado! Esas personas, además de condenarlo en el sufrimiento, exigen que el salmista reconozca sus faltas (Sal 38,4).

¡Qué situación tan difícil! Porque, además del dolor en los huesos (v. 3), carga con una desesperación espiritual (v. 4) y con el rechazo social de quienes le circundan (v. 9).

En ese ambiente desolador, el salmista hace diferencia entre la vida y la muerte (v. 6), y escoge al Dios de la vida. En la historia de salvación, recupera la fe en el Dios de la salud: «*Yo soy Yahvé, el que te sana*» (Ex 15,26). Parece recordar los consejos de sus antepasados: «*Hijo, en tu enfermedad, no seas negligente, sino ruega al Señor, que Él te curará*» (Si 38,9). Y percibe que ni el castigo ni la cólera de Dios están sobre él (v. 2), sino la misericordia divina que le rescata de los infiernos donde está sumergido. Dios es aquel que transforma su gemido en proclamación: «*¡Yahvé ha oído mi súplica!, ¡Yahvé acoge mi oración!*» (v. 10).

La escucha de Dios a los ruegos del salmista es traducida en acciones que, como bálsamo, le alivian. Una vez restablecido, grita: «*¡Apártense de mí todos los malvados, pues Yahvé ha oído la voz de mis sollozos!*» (v. 9). La cura le devolvió al enfermo la palabra y la postura. Cuestiona a los adversarios y los aparta llenos de vergüenza. Ellos retroceden confusos (v. 11). Es posible que esta hazaña sea divulgada por el salmista en el mundo de los vivos (v. 6), en el mismo lugar donde Dios hace justicia y realiza maravillas.

En las comunidades testimoniamos el sufrimiento de los enfermos, y especialmente de los pobres. Si usted alguna vez llevó una receta médica en un bolsillo sin dinero sabe de lo que estoy hablando. Si ya se endeudó para curarse, porque la enfermedad no esta-

ba prevista en el presupuesto mensual, va a sentirse identificado con el grito popular: «¿Señor, qué hice para merecer tal castigo?».

Las personas que pasan por un momento angustioso entran en crisis cuando no ven a Dios. Cuando reconocen que además de la fe, necesitan de la ciencia para curarse, pero que esta ciencia no siempre está al servicio de los necesitados.

Hoy también Dios hace maravillas, pero necesita del ungüento solidario, algunas veces conservado en viejas gavetas, sin ser aplicado a las llagas de los pobres lázaros. ¿Qué ungüentos compartidos (visitas, ayudas, bienes, escucha, amistad) podrán consolar a los que sufren?

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.  
*São Paulo (Brasil)*



**SEIS DÍAS EN BUSCA  
DE LA FELICIDAD**  
JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA

Páginas: 190      Precio: 14 €

Sólo una visión positiva,  
esperanzadora del existir humano  
merece ser considerada

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

## TESTIGOS

# Sor Asunción Galán de San Cayetano, OSA (1867-1901)

(2ª PARTE)

En la primera parte de la vida de sor Asunción Galán de San Cayetano hemos expuesto la dureza de su infancia, cómo nació en ella la vocación religiosa y lo ascética que era su vida espiritual, a pesar de su delicada salud. En esta segunda parte hablaremos de las duras pruebas que tuvo que pasar, de cómo edificó a su comunidad y de su prematura muerte con 34 años.

Una vida tan poco ordinaria y tan contra corriente precisaba de un director espiritual fuera de lo común. El hombre providencial fue el P. Diego Valencina. Este sabio capuchino, lo primero que hizo fue tentar su espíritu, descubrir los designios de Dios y calcular sus fuerzas. Pronto se dio cuenta de que iba a tener que seguir un criterio sobrenatural, pues en su dirigida estaba la mano de Dios bien patente.

Podríamos imaginar que a Sor Asunción de San Cayetano le brotaban espontáneos y sin gran esfuerzo estos «extremismos» en su entrega al Señor, pero en su correspondencia con el P. Valencina se hace patente a qué puntos llegó su lucha consigo misma:

*«En estas penitencias disfruto y tengo mis delicias. Esto es en el alma y el espíritu, que el maldito*

*cuerpo no quisiera nada... Le pondré la resistencia de este miserable jumento, que dice que lo traigo a mal traer, que le doy peor vida que le dan los que tienen cautivos los bárbaros, que Dios no quiere eso, que lo estoy matando y que por lo tanto ni V. R. ni yo tenemos facultad para ello... Es tal la repugnancia del cuerpo al pan seco que se echa a temblar... He pasado por una más que terrible lucha por estar de matanza [de los cerdos] y tener que guisar todas las comidas y más particularmente por tener yo pasión por las cosas de matanza, como buena extremeña, y tener que hacer todos los fritos de lomo y demás, el demonio me decía que todos los días no son iguales, que comiera como todas y no me hiciera tan singular, a pan y agua, que eso es para los que estaban en los desiertos no para los que viven en Comunidad. Y esto mismo me hacían ver las monjas, diciendo lo mismo...».*

En estos momentos en que casi se sentía sucumbir, su refugio era acudir presurosa ante Jesús Sacramentado. En una de estas ocasiones el Señor la confortó sobremanera al decirle: «*Quiero que seas un dechado de perfección a trueque de la vida*».

Para lo que no tenía que vencer ninguna resistencia era para estar horas y horas en el coro: «*Mis encantos y delicias están en poderle hacer compañía de día y de noche... si me fuera posible no saldría del coro, ni comería, ni bebería, ni dormiría; se me olvida que soy mortal... No quisiera, Padre mío, más que no tener otra ocupación que estar a los santísimos pies de Jesús Sacramentado y hacer que lo estuviera todo el mundo*».

Esta oración no se interrumpía por su trabajo, como ella misma afirma: *«Cuando llega la hora de irme al oficio de obediencia tengo que hacerme mucha violencia y decirme: “¡Ea! Ahora vas a ser Marta. ¡A arreglar las cosas para el Maestro!”*. U otras reflexiones parecidas como: *si barro, es la casa de Nazaret; si traigo el cargo y leñas, lo mismo; y en cada obra le digo a Dios: “Señor hoy empiezo a servirlos y cada respiración deseo se multiplique en millones de actos de amor”*».

Ella se dio generosamente, y Dios no se dejó vencer en generosidad, muchas fueron las gracias sobrenaturales con las que se vio beneficiada: don de lágrimas y hablas interiores, tanto para confortarla como para prevenir lo venidero, manifestarle el estado de algunas conciencias o instruirla en los grandes misterios de nuestra salvación. Pero todas estas gracias no hacían más que acrecentar su humildad: *«Es tanta la bondad y misericordia de Dios para con esta ruin y miserable pecadora, que por una nada que hago por su amor, me da tanto consuelo que no se puede comparar con nada de este mundo»*.

No todo fueron consuelos, también fue dura su «noche oscura»: *«Mientras más grandes son los consuelos más grandes son las sugerencias del tentador con toda clase de tentaciones... Antes iba al coro y de allí salía consolada; pero ahora van para quince días que, si no todas las veces, son más las que no tengo consuelo ninguno, al contrario, ni siquiera estoy recogida, nada más que con fuertes tentaciones de soberbia, las que al cabo de más de un mes están tan violentas... me hallo muy combatida del sueño que muchas veces me vence*

*a pesar de todas las diligencias que uso de apretar más y más los cilicios y estar de rodillas sin apoyarme en parte alguna. En fin, nada más que perdiendo el tiempo y ofendiendo a Nuestro Señor Jesucristo».*

No solo fueron sus luchas contra la tentación y la sequedad, el mismo demonio tomaba parte bien activa para tratar de turbarla y disuadirla de sus prácticas: *«El demonio me da mucha guerra con que estoy dejada de la mano de Dios y de Vuestra Reverencia... el enemigo más fuerte me decía: ¿de qué te sirven ahora tantas penitencias, ayunos y vigiliás, si todo lo has perdido? Más vale que no hagas lo que estás haciendo, haz lo que hacen todas. Come, bebe y duerme y así irás al cielo mejor, porque animarás más a las demás y no ahora que las tienes inquietas y escandalizadas con esas penitencias, nada más que extravagancias».*

Sin embargo su prueba más dolorosa fue la «lucha casera», la contradicción de los buenos. Tras su repentino cambio de vida, el primero que manifestó contradicción fue el confesor de la comunidad, a éste se unió el médico de cabecera que se empeñaba en demostrar a las hermanas que sor Asunción era una histérica por su «testarudez» en seguir su vida penitente. Este médico reunía a las hermanas en el locutorio y les leía libros de medicina donde aparecían «las pruebas» que según él avalaban su opinión. Esto provocaba que algunas de sus hermanas, confiadas en la palabra del confesor y del médico, tomaran como cosa de conciencia y deber de caridad el tratar por todos los medios de disuadir a sor Asunción de su nueva vida, creyéndola incluso víctima de una ilusión diabólica. Siempre que



se terciaba la ocasión recurrían a la intervención de los sacerdotes que creían podían influir en el ánimo de sor Asunción.

Las exigencias del amor fueron creciendo, primero fue la súplica del Señor de que no le dejara durante la noche: *«Amada mía, ¿hasta cuando no me has de obedecer en pedir te den licencia para estar todas las noches conmigo que tan abandonado estoy?...»*. Así lo hizo y consiguió los permisos que le parecían imposibles de conquistar, dedicando sólo dos horas al descanso, que aceptó su misma priora para que no quedara solo el Señor y descansara ella tranquila.

Esto la animó a tratar de avivar más aún en sus hermanas el fervor eucarístico y así se fue insinuando ingeniosamente con éxito para interesarlas en varias obras de reparación y penitencia, surgiendo así también la iniciativa del «día feliz» que aún hoy se mantiene: *«Padre mío,... viendo cómo está el mundo tan olvidado de Dios y de sus mandamientos y por lo mismo tan injuriado Jesús en el Santísimo Sacramento, he reunido un coro de siete religiosas con el fin de que cada una ocupe un día de la semana en desagravio de los ultrajes cometidos contra el Santísimo Sacramento. Consiste en un día de mucho silencio, recogimiento y mortificaciones»*.

Una segunda conquista fue el iniciar al monasterio en la práctica de la comunión diaria, cosa entonces inusual. De nuevo fue el Señor quien la empujó a que fuera ella la primera: *«Hija mía, recíbeme todos los días sacramentado»* y yo, sabiendo lo que soy, le contesté: *“Yo no me resuelvo a manifestárselo a mi padre espiritual,*

*¿qué dirá de tal proposición sabiendo lo ruin y mala que soy?”. Entonces prosiguió diciendo que por lo mismo que soy pecadora lo necesito más».*

Consiguió el permiso de su director, pero el de la priora costó lo suyo, pues era algo muy fuera de la costumbre del monasterio y de las normas del Obispo. Precisaba molestar todos los días al capellán (que tenía que venir a dársela fuera de la Misa) y a la organista (que debía tocar mientras se daba la comunión), al mismo tiempo que llamaba la atención de la gente. Y lo pedía la última de las legas... La contradicción que se levantó fue muy grande, hubo que escribir al Obispo y éste mismo se personó en el convento para reprimir a sor Asunción. Sin embargo, el mismo Prelado había dado autoridad al P. Valencina para dar permisos con libertad en esta materia, por lo que pudo seguir adelante en su propósito.

Entonces fueron sus hermanas las que descargaron su tormenta tachándola de no buscar más que singularidades y disturbios en la casa. A esto se unió el capellán que venía a darle la comunión en las horas más impropias por tratar de que se cansara. Según el P. Valencina ésta fue la prueba en la que más sufrió. Sólo él la apoyó en todo momento y le animó a seguir adelante. Pero poco a poco no sólo tuvo el descanso de ver desaparecer la oposición, sino la inmensa alegría de verse imitada, hasta el punto de llegar a comulgar diariamente toda la comunidad.

Poco a poco fue ejerciendo una influencia benéfica en toda la comunidad: fue extendiéndose también la práctica del Viacrucis, de la vela nocturna, de los

ayunos y de las austeridades: «Padre mío, las que antes me hacían merecer algo, ahora me consideran, muchas imitando los viernes el ayuno a pan y agua, y otras las mortificaciones y otras la frecuencia en el coro. Ya no puedo hacer todos los ejercicios que hacía en el coro, porque las monjas me están acompañando en casi todas las horas de la noche». Ella misma se las ingeniaba para insinuarse en el ánimo de sus hermanas en fechas señaladas, como los carnavales, o en necesidades especiales de la Iglesia o de la nación.

Los dos últimos años de su vida (con 33 a 34 años de edad) parecía un milagro andante: la anemia y la tuberculosis la iban minando. Parecía una muerta en pie, la tos no la dejaba un momento, la fatiga era cada día mayor, la cual sólo se aliviaba con cáusticos e inyecciones. Pero en modo alguno aminoraba en sus propósitos y prácticas, hasta que, cuatro meses antes de su muerte, ya no pudo sostenerse en pie y fue recluida en su celda.

El pensamiento de la muerte le era descanso y a la vez ansia: «Mucho la deseo para gozar y amar a Dios con todas las fuerzas sin miedo de perderle... Pero no se haga mi voluntad sino la vuestra, si queréis que sufra, sufrir quiero yo; y si quieres que sea menospreciada, eso quiero yo... Cada día estoy más contenta, porque me parece que cada vez estoy más próxima a que se rompan estas mortales ligaduras». Su situación se iba agravando a pasos agigantados, hasta la imposibilidad casi total de hablar. Todas sus hermanas afirman que era un espectáculo verla sufrir siempre serena y alegre.

El 20 de junio recibía por última vez los Santos Sacramentos con grandísima dificultad, pero con visi-

ble devoción. Su muerte fue como su vida: serena y silenciosa. Cuando toda la comunidad dormía y sólo las enfermeras velaban a su lado, el 23 de junio de 1901, a las cuatro de la madrugada, sentada en la cama, hizo ademán de incorporarse y en brazos de las enfermeras expiró, sin ninguna violencia, dulcemente.

Asistía en aquella mañana a la misa diaria de Montánchez la madre de sor Asunción, cuando se le acercó Doña Mercedes Lozano a preguntarle: «¿Cómo sigue tu hija?». Con gran sorpresa escuchó la respuesta que con toda serenidad le daba María Antonia: «*Ha muerto, esta mañana se me ha aparecido muy hermosa*».

Estaba orando el P. Valencina en Sevilla a la hora del alba cuando vio ante sí a sor Asunción con gran resplandor, la cual le dijo con la sonrisa en los labios: «*¡Adiós! Me voy al cielo*».

HNA. GEMMA DE LA TRINIDAD, OSA  
*Sant Mateu (Castellón)*

## ESCUELA DE VIDA

# Homilías sobre la creación en seis días: la creación de los animales marinos

Los reptiles acuáticos y los peces, 1.<sup>a</sup> parte<sup>1</sup>

INTRODUCCIÓN: LAS AGUAS RECIBEN SU ORNATO  
DE SERES VIVOS

*«Y Dios dice: “Que las aguas produzcan seres vivos que repten según su especie y aves que vuelen por el cielo según su especie”» (Gn 1,20).*

Después de la creación de los luceros (cf. Gn 1,14-19), las aguas se llenan de seres vivos, para que esta parte del mundo tenga también su belleza. Pues la tierra había recibido la belleza que le viene de las plantas que ella produce. El cielo, por su parte, había recibido la floración de los astros y, como la mirada de dos ojos, la pareja de astros luminosos que lo embellecen: el sol y la luna. Quedaba, pues, dar a las aguas la belleza que les es propia.

Entonces vino una orden: e inmediatamente he aquí que los ríos se pusieron manos a la obra, y los estan-

1. Traducimos el texto de la versión francesa que encontramos en: BASILE DE CÉSARÉE, *Homélies sur l'Hexaéméron* (Sources Chrétiennes 26), Cerf, París 1949, pp. 391-409. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

ques fueron capaces de producir, cada uno, las especies con las que la naturaleza puebla sus aguas. El mar también dio a luz todo tipo de especies de animales acuáticos. Incluso el agua de los limos y de las ciénagas no quedó ociosa. Ésta no quedó sin tomar parte en la consecución del mundo: ranas, mosquitos y pequeñas moscas allí pululaban, como es evidente. Y lo que vemos ahora, es la prueba de aquello que pasó.

Así, toda agua se afanó en el servicio a la Palabra creadora: e innumerables especies de seres recibieron, de repente, del grandioso e indecible poder de Dios, una vida llena de actividad y movimiento, desde el mismo instante en el que el mandamiento divino hubo otorgado a las aguas el poder de engendrar seres vivos.

#### LA VIDA SÓLO SE ENCUENTRA VERDADERAMENTE EN EL MUNDO ANIMAL

*«Que las aguas produzcan seres vivos que repten».*

Ahora por primera vez es creado un ser animado dotado de sentimiento. Pues las plantas y los árboles, aunque se les llama «vivos», pues participan de la virtud que tienen los animales de alimentarse y crecer, podríamos decir que, en cierto modo, no son realmente «vivos», ni seres animados.

*«Que la aguas produzcan, pues, seres que repten».*

Todo lo que nada, ya sea en la superficie o a través del agua profunda, es de naturaleza reptante, es decir, son reptiles. Todos estos seres se arrastran sobre la sustancia del agua. Hay algunos seres acuáticos que están

dotados de pies y caminan. En su mayoría son anfibios, pues pueden vivir dentro y fuera del agua, por ejemplo, las focas, los cocodrilos, los hipopótamos, las ranas y los cangrejos. Son aptos sobre todo para nadar. Por ello se dice: «*Que las aguas produzcan reptiles*» (es decir, seres que repten).

#### LA PALABRA CREADORA LLAMA A LA VIDA A TODO TIPO DE ANIMALES ACUÁTICOS

En estas simples palabras, ¿qué especie ha sido omitida? ¿Cuál no está incluida en el mandamiento del Creador? ¿Lo serán los vivíparos (que paren a sus crías vivas), tales como las focas, los delfines, las tembladeras, y los animales que se les parecen, a los cuales les damos el nombre de «cartilagosos»? ¿O los ovíparos (que paren huevos), como lo son casi todas las especies de peces? ¿Los seres cubiertos de escamas? ¿Los que tienen una piel rugosa? ¿Los que tienen aletas y los que no las tienen?

El precepto se sustenta en un frágil sonido. Más aún, no es una voz, a todo lo más es un impulso, un movimiento de la voluntad. Pero el pensamiento continuo en este mandamiento es tan rico que ha producido numerosas clases de peces y de asociaciones. Sin embargo, es tan difícil enumerarlas todas como lo es contar los oleajes o como lo es medir las aguas.

«*¡Que las aguas produzcan reptiles!*»

A este grupo pertenecen los animales de alta mar y los de las costas, los de las profundidades y los de los roquedales, los que viven en grupos y los solitarios,

los monstruos marinos, los peces muy grandes y los muy pequeños. Es un mismo poder, un mandamiento idéntico, el que hace participar del ser tanto a grandes como a pequeños.

*«¡Que las aguas produzcan!».*

La Escritura te ha mostrado lo inmenso que es el agua para los seres que nadan. También vemos morir los peces por poco que éstos estén fuera del agua. Pues ellos no pueden respirar inspirando el aire con el que nosotros vivimos. Lo que es el aire para los animales terrestres, lo es el agua para los animales acuáticos. Y la razón de ello es clara: en nosotros, el pulmón, que es una víscera blanda y porosa, se llena de aire gracias a la dilatación del tórax y así ventila y temple la temperatura interior. En el caso de los peces, estos respiran gracias a la dilatación y contracción de las branquias, que se llenan de agua y la expulsan.

Los peces tienen un ámbito propio, una naturaleza aparte, una existencia separada de los otros seres, un género de vida particular. Por eso, no es propio del animal acuático el dejarse domesticar, ni soporta ningún tipo de contacto con el ser humano.

*«Que las aguas produzcan reptiles vivos, según su especie»*

Éstos son los albores de cada especie, en los que, a modo de semillas de la naturaleza, reciben la orden de producir. En cuanto a su multitud, ésta se reserva a las generaciones venideras. Por el momento es necesario que crezcan y se multipliquen.



## LOS ANIMALES ACUÁTICOS

A una especie pertenecen los que llamados «testáceos» (es decir, los animales que tienen concha), tales como las venus, las vieiras, los caracoles de mar, las conchas y las innumerables variedades de ostras.

Otra especie es la de los animales llamados «crustáceos» (es decir, que tienen costra), como las langostas, los cangrejos y otros semejantes.

Y aún hay otra especie, la de los llamamos «moluscos», en los que la carne es blanda y sin consistencia, como los pulpos, las sepias y otros semejantes.

Sin embargo, entre estas especies, hay innumerables variedades, como los dragones, las morenas y las anguilas. Estas últimas viven en ríos y estanques fangosos y, por la similitud de su naturaleza, son más próximos a las serpientes venenosas que a los peces.

## LOS PECES

Entre los peces, uno es el género de los ovíparos (que paren huevos) y otro el de los vivíparos (que paren a sus crías vivas). Son vivíparos los tiburones, los perros de mar y los que, en general, llamamos «cartilagosos». La mayor parte de los cetáceos lo son también, como los delfines y las focas. De ambos se dice que esconden en su vientre a sus crías pequeñas cuando éstas tienen miedo.

*«¡Qué las aguas produzcan... según su especie!».*

Además, existe la especie de los monstruos marinos y la de los peces pequeños.

Por otra parte, en el grupo de los peces podemos observar en cada especie innumerables variedades. Cada una con un nombre concreto. Una alimentación especial. Con muy diferentes formas, tamaños y tipos de carne, que dan lugar a distintas familias.

¿Qué experto en atunes podría enumerarnos sus diferentes especies? ¡Y, sin embargo, se dice que cuando aparecen grandes bancos, éstos son capaces de indicar hasta el número de peces! Aquel que haya envejecido al lado de las playas o de los promontorios, podrá darnos a conocer con exactitud todo lo que él sabe acerca de este tema. Los pescadores del mar Índico conocen algunos tipos de peces; los que persiguen sus presas en el golfo de Egipto, otros; y los habitantes de las islas y las gentes de Mauritania, conocen, aún, otros.

Pero todos los peces, pequeños y grandes, fueron producidos igualmente por este primer mandamiento, y por el inefable poder del Creador.

Son numerosas las particularidades de sus vidas. Son también numerosas las diferencias que presentan cada una de las especies en su modo de reproducción. La mayoría de los peces no incuban como los pájaros. No construyen nidos. No se esfuerzan en alimentar a sus pequeños. Sino que el agua recibe al huevo que cae en su seno, y hace de él un ser vivo.

Hay para cada especie una sucesión inmutable que no le permite unirse con aquellas otras especies que la naturaleza ha hecho diferentes. Sus acoplamientos no se parecen a los que, en tierra, dan a luz a las mulas o a ciertos pájaros que son fruto del cruce de diferentes especies.

Ningún pez está dotado de unos dientes como los del buey o la oveja, pues ninguno rumia. Sino que todos tienen los dientes aserrados y muy agudos, para evitar que una prolongada masticación deje salir el alimento. En efecto, si éste no es prontamente cortado y encaminado hacia el estómago, corre el riesgo de ser arrebatado por el agua mientras que los dientes lo trituran.

#### EL ALIMENTO DE LOS PECES Y LA CODICIA DE LOS RICOS

Las diferentes especies de peces tienen cada una su alimento determinado. Unos peces se alimentan de limo, otros de algas y otros se contentan con las hierbas que crecen en el agua. Pero la mayor parte se comen los unos a los otros. El más pequeño de los peces sirve de alimento al más grande. Sucede que uno, tras haberse aprovechado de un pez más pequeño, pasa a ser la presa de otro, y acaban cayendo juntos en el vientre de un último pez.

Pero, ¿qué otra cosa hacemos nosotros, los seres humanos, cuando tiranizamos a los pequeños? ¿En qué se diferencia de este último pez la persona que, por una voraz codicia, engulle a los débiles en las entrañas insaciables de su avaricia?

Esta persona sólo tenía lo que posee un pobre. Y tú, tú le has utilizado para engrosar con él tu opulencia. Tú te has mostrado más injusto que los injustos, y más avaro que un avaro.

Cuídate de no tener finalmente la misma suerte que los peces: el anzuelo, la nasa o la red. Pues puede muy

bien pasar, que tras seguir un próspero camino de injusticias, no escapemos de la condenación final...

#### LAS ARTIMAÑAS DEL CANGREJO

Más todavía, quiero ahora mostrarte a un débil animal de insidiosa destreza, para que huyas del ejemplo de los malos.

Al cangrejo le gusta la carne de la ostra. Pero le cuesta hacerse con esta presa porque está cubierta por dos conchas. La naturaleza protege la delicadez de su carne mediante esta sólida defensa: de ahí el nombre de «testáceo» que le ha sido dado. Así, ante estas dos conchas adaptadas exactamente la una a la otra y que rodean a la ostra por todas partes, las pinzas del cangrejo son impotentes.

¿Qué hace pues el cangrejo? Cuando, en parajes abrigados del viento, ve una ostra calentarse con deleite, abriendo sus conchas a los rayos de sol, echa entonces furtivamente una piedra, impide a la ostra cerrarse, y pasa así a obtener por la astucia lo que, de otra forma, hubiera puesto a su fuerza en evidencia. Tal es la malicia de los animales, quienes, sin embargo, no están dotados ni de razón ni de palabra.

Por mi parte, deseo que te abstengas de perjudicar al prójimo rivalizando en destreza e ingenio con los cangrejos. Se parece a ellos quien se acerca a su hermano con artimañas, al que le gustan los contratiempos del prójimo, y el que disfruta con las desgracias ajenas. ¡Huye de toda semejanza con estos miserables! ¡Conténtate con tus bienes! La pobreza, cuando se

tiene verdaderamente lo necesario, es para el sabio preferible a cualquier otro gozo.

#### EL DISIMULO DE LOS PULPOS

No querría silenciar la astucia ni el disimulo del pulpo: sea cual sea la roca sobre la que se sitúe, toma su color. Así, muchos peces que nadan sin precaución, tropiezan con el pulpo, que parece una roca, y gracias a esta astucia, pasan a ser una presa fácil.

Tal es el carácter de los que se insinúan ante los poderosos y se transforman según las circunstancias sin jamás sujetarse a la misma regla de conducta, sino que pasan con facilidad de una actitud a otra: honrando la templanza con los moderados, libertinos con los libertinos y cambiando de opinión a merced de cada uno.

No es fácil escapar a estas gentes, ni ponerse al abrigo de sus peligros, pues la máscara de la amistad esconde las maldades que urden en el fondo de su corazón. A los que son así, el Señor les llama «lobos rapaces», que se presentan bajo una piel de oveja (cf. Mt 7,15).

Huye de esta conducta diversa y artificiosa. Busca la verdad, la simplicidad, la rectitud. La serpiente es engañosa. Ella también fue condenada a reptar. El justo no tiene doblez, como lo era Jacob (cf. Gn 25,27). Y por eso el Señor «*hace habitar en su casa a aquellos que tienen el corazón sencillo*» (Sal 67,7).

# Bibliografía

GIACOMO PEREGO, *Nuevo Testamento y Vida Consagrada*. Ediciones San Pablo, Madrid 2010, 286 pp.

Giacomo Perego es sacerdote de la Sociedad de San Pablo, licenciado en Ciencias Bíblicas por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma y doctor en Ciencias Bíblicas en la Escuela Bíblica de Jerusalén.

Este libro nos ofrece en sus ocho capítulos una síntesis de la investigación teológica realizada por el autor sobre las relaciones existentes entre el Nuevo Testamento y la Vida Consagrada. La obra está dirigida especialmente a los religiosos y religiosas, sobre todo a los formadores, estudiantes y novicios.

Se divide en dos grandes partes: la primera aborda los elementos básicos que caracterizan a la Vida Religiosa, como son: la consagración, la vocación y la vida comunitaria; y la segunda trata sobre los tres votos: la castidad, la pobreza y la obediencia. Finalmente, analiza la imagen de la fracción del pan, el lugar por excelencia en el que se modela el religioso para vivir a fondo la vocación radical. A lo largo de todo el libro el autor se apoya en imágenes neotestamentarias para iluminar las raíces de la Vida Religiosa.

Estas profundas reflexiones de Giacomo Perego nos muestran cómo la vida cristiana en general y, en

concreto, la Vida Consagrada, tratan de responder al mandato de buscar el Reino de Dios.

SOR LILIANA AYASTA, O.P.  
*Prulla (Francia)*

VLADIMIR LOSSKY, *Teología Mística de la Iglesia de Oriente*.

Editorial Herder, Barcelona 2009, 207 pp.

Vladimir Lossky (1903-1958) es uno de los más eruditos teólogos ortodoxos. Estudió en la Facultad de Artes de la Universidad de Petrogrado y se graduó en la Universidad de la Sorbona, especializándose en Filosofía Medieval. Fue el primer decano del Instituto de San Dionisio de París, donde enseñó Teología Dogmática.

Trabajó mucho en el estudio de las Iglesias oriental y occidental con el fin de encontrar puntos de encuentro. Su gran fidelidad a las Escrituras y a la patrística hizo que sus trabajos se convirtieran en indispensables para un entendimiento de la teología de la Iglesia oriental.

Entre sus obras más destacadas encontramos ésta que ahora exponemos, cuya primera edición data de 1944. Esta obra presenta los elementos fundamentales de la teología mística ortodoxa y nos habla de sus propias tradiciones, basándose exclusivamente en los testimonios de los Padres orientales.

Esta obra podría dividirse en los siguientes apartados:

*Dios Creador*: i) Introducción; ii) Las tinieblas divinas; iii) Dios-Trinidad; iv) Las energías increadas.

*La respuesta de la criatura y la búsqueda de esa relación original:* v) El ser creado; vi) Imagen y semejanza.

*La misión del Hijo amado, nuestro Redentor:* vii) La economía del Hijo.

*El trabajo del Espíritu:* viii) La economía del Espíritu Santo.

*La misión de la Iglesia como miembro místico del cuerpo de Cristo:* ix) Dos aspectos de la Iglesia; x) La vía de la unión; xi) La luz divina; xii) Conclusión.

Esta obra nos ayuda a comprender el íntimo lazo que une a la mística y a la teología. Nos muestra cómo la Iglesia es donde el hombre realiza su vocación, su búsqueda de la unión con Dios. Y cómo la Iglesia es siempre la misma, aunque su «economía» con respecto al mundo exterior cambie según las épocas.

Uno de los puntos de esta obra que más llamó mi atención fue que en la tradición oriental la vida monacal no comprende una multiplicidad de diferentes Órdenes religiosas, como ocurre en la tradición occidental, sino que ha optado por conservar el modelo clásico primitivo. De este modo queda clara para los ortodoxos la esencia de la vida monacal: la unión con Dios y la renuncia total a la vida mundana.

Éste es, ciertamente, un libro indispensable para el conocimiento de la teología mística ortodoxa y su lectura invita de una manera muy especial a la búsqueda de nuevas fuentes que nos hablen de esta apasionante temática.

SOR EUFEMIA PINEDO OCHOA, O.P.  
*Arequipa (Perú)*



---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## EDITORIAL

### Vivir la eternidad

*«No se turbe vuestro corazón...  
Cuando me haya ido  
y os haya preparado un lugar,  
volveré y os tomaré conmigo» (Jn 14,1.3).*

Estas palabras de Jesús nos dicen con toda claridad que sus discípulos compartiremos con Él la eternidad del Reino de Dios. Jesús nos ha preparado una morada en la casa de su Padre para participar de la eterna felicidad.

Cuando pensamos en nuestro futuro, solemos tener en cuenta lo que el calendario nos indica. Eso está bien, pues hemos de vivir con los «pies en la tierra». Pero nada nos impide situarnos también, y sobre todo, en la eternidad, pues sabemos que los que seguimos los pasos de Jesús viviremos junto a Él eternamente. Él nos está guardando un lugar en la eternidad.

Sin embargo, ¡cuánto nos atormentan las pequeñas dificultades de la vida...! Aunque no son más que

pequeños granos de arena en el camino, nos parecen montañas... Ver las cosas desde muy cerca nos hace percibir las de modo distorsionado y sobredimensionado. En cambio, cuando somos sabedores de que, si seguimos el buen camino, la misericordia divina nos resucitará a la vida eterna, entonces vemos las cosas desde un punto de vista más certero. Y eso nos hace más sabios.

En efecto, cómo cambia nuestro modo de ver la vida cuando la observamos desde la perspectiva de la eternidad, cuando somos plenamente conscientes de que, tras la resurrección, disfrutaremos del Amor infinito. La eternidad relativiza los problemas y les da su justa importancia.

*Cuentan de un fraile predicador que, de camino en medio del campo, fue asaltado por unos bandoleros. Éstos, al ver que no llevaba dinero ni nada de valor, desahogaron su frustración dándole una paliza. Horas más tarde, el fraile fue socorrido por unos soldados que pasaban por ahí. Éstos le dijeron: «Si nos dice el aspecto de los malhechores y por dónde se fueron, les daremos su merecido». Pero el fraile les contestó: «Tranquilos, en el Reino de los Cielos ya les veré y nos reiremos de este pequeño incidente...».*

Sabernos hijos de Dios y herederos suyos (cf. Rm 8,17) cambia totalmente la visión de las cosas. Nos hace verlas con sabiduría.

Mi actual oficio de capellán de monjas me muestra que la vida monacal está muy bien adaptada para vivir la eternidad en este mundo terreno. Las monjas están informadas de lo que ocurre en el mundo, pero lo con-

templan desde la justa distancia que les da su vida apartada por los muros del monasterio y regida por la liturgia de las horas. Su vida centrada en la Palabra de Dios y alejada de todo ajetreo, las sitúa en la eternidad. De ahí su especial sabiduría...

Pero todos nosotros también podemos participar de la eternidad. La liturgia dominical, sobre todo en los dos últimos meses del año, nos invita en muchas ocasiones a meditar sobre ello. Recordemos que Jesucristo, y no el calendario, es el Rey del Universo. El tiempo es regido por nuestro Salvador, no por el reloj que llevamos en nuestra muñeca. Muy por encima del cambiante tiempo cronológico está el eterno tiempo divino.

Pasan las horas, los días... y los años, y el mundo cambia. Nosotros maduramos y envejecemos, pero en todo ese proceso seguimos siendo nosotros mismos. Y así pasará también tras nuestra resurrección: no perderemos nuestra identidad. Nosotros mismos, ya resucitados, viviremos para siempre en la presencia de Dios.

Y ello es así porque ante todo hay algo que no cambia: Dios. «*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*» (Lc 21,33), nos dice Jesús a sus discípulos.

A ejemplo de la vida monacal, sepamos tomar distancia de las cosas para poder verlas desde la mejor perspectiva; dejemos que los momentos de oración gobiernen nuestro horario; seamos dóciles a la Palabra de Dios, para que ella nos llene con su eternidad.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.  
*Prulla (Francia)*

# Los Medios de comunicación y el espiritual

El espiritual no es un místico, en sentido coloquial del término. Este artículo no va a analizar las relaciones de los místicos con los Medios, sino con las personas más corrientes que somos nosotros. Porque un espiritual es, sencillamente, aquel que se autodefine desde el espíritu, no desde su cuerpo o su instinto.

Espiritual es aquel que puede decir: soy, pero no tengo todavía todo lo que soy; por eso, tengo que hacerme cargo de mi vida para ir convirtiéndome en aquello que puedo ser, pero aun no lo soy. El espiritual siente, pues, su vida como una encomienda. Siente una voz que constantemente le reclama: tienes que hacerte diferente del que eres, porque tú no tienes todavía contigo toda la verdad de lo que eres. Con éstas o parecidas consideraciones, el espiritual se pone en movimiento, como aconseja San Agustín, hacia «el interior del hombre»<sup>1</sup>, con el fin de explorar lo que hay en su interior, y orientarse hacia «ese núcleo o santuario íntimo» de que habla el Concilio Vaticano II.

1. San Agustín nos aconseja: «*Noli foris ire, in te redi; in interiori hominis habitat Veritas*» (no vayas al exterior, vuelve a ti mismo; la Verdad vive en el interior del hombre).

Es innegable: todo aquel que realice estas operaciones es un espiritual, aunque no muestre cualificaciones de santidad extraordinaria. Para estas labores, el espiritual, corrientemente, no dispone más que de 15 o 16 horas al día. De esas horas, hay que restar, según nos informan las estadísticas, unas dos horas –o probablemente, más– que le ocuparán los Medios. La pregunta a la que pretende contestar este artículo es la siguiente:

¿AYUDAN O DIFICULTAN LOS MEDIOS LA ESPIRITUALIDAD?

*Parece que no ayudan, debido a estos cargos que se hacen a los Medios*

Se les reprochan abusos por defecto y por exceso.

Por defecto: suele ocurrir que los Medios alteran con habilidad y malicia la información para conseguir sus propios objetivos; además, suplantán la verdad por mentiras u ofrecen la mayor parte del tiempo contenidos insignificantes –cuando no degradantes–. Se les reprocha, y no sin razón, el difundir información falsa para intoxicar o crear un estado de opinión más favorable a los propósitos oscuros de los propietarios de los Medios que al beneficio de quienes los usan.

Igualmente los Medios abusan por exceso de «información» cuando, debido a esa «beatería» tan extendida en ciertos periodistas, informan sin el debido respeto ni sensibilidad para la dignidad o los sentimientos de los protagonistas de sus noticias. Este abuso viene provocado por esa hipertrofiada pseudo-veneración al

deber de informar a ultranza, que sienten algunos periodistas «beatos» de la información.

Parecen regirse únicamente por esta suerte de imperativo categórico: «tengo que decir todo lo que sé, todo lo que pueda filmar mi cámara, aun en el caso de que eso no tenga importancia alguna o que no se deba mostrar». El abuso es aún más grave cuando la beatería le lleva a informar intempestiva o inconvenientemente<sup>2</sup>. Para nutrir esta hiperinformación no suele respetarse el sufrimiento, ni la inocencia ni la privacidad de la personas.

### *Lo que nos queda claro en este primer examen*

Los Medios han invadido ya todas las viviendas, hasta las más pobres. Es verdad que los usuarios de los Medios con alto nivel de educación y madurez personal, se libran fácilmente de los efectos mediáticos perversos. En cambio, cuando los Medios invaden masivamente los hogares más desfavorecidos económica y culturalmente, sus efectos suelen ser nefastos, muy principalmente, sobre aquellos individuos que no han desarrollado una identidad personal y el suficiente sentido crítico.

2. El resultado de esta incontinencia verbal es que se acaban borrando las diferencias entre la verdad y los embustes, entre la honestidad y la lujuria. Eric Cronan analiza estas disfunciones de los Medios, y cree que están ocurriendo no por presiones exteriores sino por motivos internos. Al parecer, ya no son los poderes los que manipulan a los Medios, son éstos los que nos manipulan a nosotros y a los poderes (cf. E. CRONAN, *Où va le journalisme*, en *Esprit*, Dic., 1990, pp. 5-13).

Ya no puede decirse, como se dijo en el siglo XIX, que el opio del pueblo es la religión: el opio sería ese efecto de adormidera que operan los Medios. Éstos son capaces de llevar a los más indefensos a una segunda minoría de edad. J. B. Metz acusa a los Medios de alejar a los más pobres de su propio lenguaje antes de que ellos mismos se hayan alfabetizado; les acusa igualmente de robar a estos pobres su memoria antes de que ellos mismos lleguen a ser conscientes de su propia historia<sup>3</sup>.

Es cierto que en la variopinta audiencia de los Medios, hay un tipo de individuos más espiritualmente maduros que no sufren estos daños. Con el fin de que este grupo se acreciente, se ha escrito este artículo.

Dado que la primera tarea de la madurez espiritual es conseguir la propia identidad mediante la integración de la persona, vamos a empezar analizando las condiciones que pueden hacer posible y exitosa esta tarea.

## EL AUTOCONOCIMIENTO ESPIRITUAL Y LOS MEDIOS

*«Conózcate a Ti [Señor], conózcame a mí [mismo]»*

Lograr y mantener la espiritualidad de la persona espiritual no es tarea simple, porque hay que ser capaz de abandonar los diversos centros particulares en los que se desenvuelve la vida cotidiana, para retornar al auténtico centro. Este regreso al propio centro o san-

3. Cf. estos otros alegatos no menos severos en J. B. METZ, «Libertad solidaria. Crisis y cometido del espíritu europeo», *Concilium* 240 (1992).

tuario íntimo de la persona, lo hacen pocos porque, para ello, hay que aprender el arte del recogimiento, el cual conduce hacia el autoconocimiento.

Éste es uno de los dos quehaceres esenciales del espiritual –y del cristiano–, tal como los formula san Agustín. «¿Qué es todo lo que tiene él cristiano que hacer?», se pregunta Agustín. Responde él mismo: «*Noverim Te, noverim me*» (conózcate a Ti [Señor], conózcame a mí [mismo]). Esto parece muy poco; por eso, Agustín vuelve a preguntarse: «¿*Nada más?*», para responder: «*Nihil omnino*» (nada más en absoluto).

Seríamos muy ingenuos si fuésemos a pedir ayuda a los Medios para la primera tarea (*conózcate a Ti [Señor]*), porque éstos rara vez mencionan a Dios, o lo hacen frívolamente o para negarlo. Veamos si nos ayudan algo en la realización de la segunda tarea: *conózcame a mí [mismo]*.

Autoconocerse es mucho más que un deseo de todo espiritual: es su tarea perentoria, porque nadie puede lograr su identidad, si es un perfecto desconocido para sí mismo. Por eso, el espiritual, para lograr ser sí-mismo, tendrá que empezar por salir de la ignorancia que se ignora a sí misma.

Ahora bien: ¿puede alguien autoconocerse sin tomar distancia de sí, y separarse temporalmente de la inmediatez en la que vive? Seguramente, no; pues a esta distancia o separación del yo con respecto a su circunstancia, se la denominó siempre «recogimiento». Y los Medios, como vamos a analizar a continuación, nos ayudan poco –o, tal vez, nos impiden– a mantener esa distancia de nuestra «circunstancia» cotidiana.



*Los Medios proveen conocimientos sin certezas*

El panorama mediático presenta un cariz paradójico: nos hacen muy ricos en informaciones, y muy pobres en certezas. En nuestra «cultura» mediática, cualquier colegial medianamente aprovechado, puede tener más conocimientos que los Siete Sabios de Grecia.

Pero nuestros antepasados, que conocían muchas menos cosas que nosotros, vivían envueltos en redes de certezas que nosotros no tenemos. La religión cuyo sistema de creencias era casi monolítico, les proveía de robustas certidumbres que apenas encontraban crítica; además, no se experimentaba nada parecido al pluralismo actual. Pero no sólo la religión era proveedora de *certidumbres*, también la comunidad local y las redes de parentesco creaban para el individuo un tejido de certezas incuestionables.

En cambio, nosotros, usuarios diarios de los Medios, parece que hemos quedado sometidos a esta regla: a más conocimiento, menos certezas. Con frecuencia, tras un largo trato con los Medios, sacamos sólo una certeza, una sola, a saber: el medio es el mensaje.

Comprobamos que no interesa tanto lo que se dice, cuanto el decirlo, o quien lo dice. Nos abruman de información, pero los Medios nos abandonan a la propia soledad y nos dejan sin ayuda para el autoconocimiento. Los Medios muy rara vez nos inducen o guían en esas visitas al ámbito de la interioridad. No sólo no nos guían, es que, además –lo que es mucho peor–, obstaculizan al espiritual en la tarea que hemos señalado al principio.

TRES FORMIDABLES OBSTÁCULOS «MEDIÁTICOS»  
PARA EL ESPIRITUAL

*Las habladurías*

Los Medios no nos proporcionan certezas, pero, a cambio, fomentan las habladurías. Algunos programas de televisión están expresamente diseñados para producirlas, y viven de ellas. Nadie como Heidegger en el párrafo 36 de su *Ser y tiempo*, ha profundizado en los efectos negativos de las habladurías.

Las habladurías son obstáculos para el espiritual, porque le evitan comprender tanto la realidad como a sí mismo. Recuérdese que este obstáculo hace difícil –¿imposible?– las dos tareas que exigía San Agustín: el autoconocimiento y conocer la Realidad suprema. Las habladurías obstaculizan estas tareas porque son, dice Heidegger: «el intento de comprenderlo todo sin previa apropiación de la cosa». Las habladurías, continúa Heidegger<sup>4</sup>, «desligan del genuino comprender... porque cortan las relaciones originales, primarias y genuinas» con la realidad.

Las habladurías no abren ningún horizonte más allá de sí mismas. Y encima, adoptan un aire de autosuficiencia, porque al carecer de elementos contrastantes en el mundo real, quien practica las habladurías se torna pretencioso, y su discurso se hace tan autoritario como vacío. Puesto que el espiritual, en

4. Véase en M. HEIDEGGER, *Ser y tiempo*, F.C.E., México 1991<sup>8</sup>, p. 188.

cambio, busca su propia verdad, su propia identidad, encuentra un definitivo obstáculo en las habladurías.

### *El afán de novedades y la «curiositas»*

Otro efecto muy indeseable para el espiritual, y que es propiciado por los Medios, es lo que Santo Tomás en su *Summa Theologica* llama la «*curiositas*»<sup>5</sup>, de la cual dice que «*per se loquendo, bona est*» (de suyo, es buena). ¿Por qué, entonces, Heidegger y la opinión general la consideran una perversión del conocimiento? Porque, continúa Santo Tomás, puede envanecer, puede enseñar el camino del pecado, y –lo que aquí nos interesa subrayar– puede detraer de lo necesario.

Lo necesario es alcanzar el *sí-mismo* o núcleo íntimo de la personalidad para así conseguir una robusta identidad personal. Pues bien: los Medios pervierten su función informadora y formadora del *sí-mismo* cuando nos ofrecen habladurías o informaciones útiles para conocer las vidas ajenas, pero estériles o dañinas para el autoconocimiento.

¿Es razonable curiosear los asuntos ajenos?, se pregunta Santo Tomás. Respuesta: es lícito si el conocimiento que conseguimos de ellos nos es útil para la emulación o la edificación; pero es una curiosidad viciosa si nos conducen al desprecio del otro. ¿Alguien puede encontrar algún valor edificante o de emulación en esos cruces de impropiedades vocingleros ofrecidos por algunos programas, diseñados y soste-

5. Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologica*, II-II, 167, 1c.

nidos precisamente para crear el espectáculo del cruel «chismorreó»?

*La curiosidad, forma de existencia inauténtica*

Heidegger aun carga más la mano contra la curiosidad y el afán de novedades. Para él, esta actitud es una forma de la existencia inauténtica. Porque mientras que aquel que se busca a sí mismo, trata de comprenderse y caminar derechamente hacia la verdad y el discurso verdadero, el curioso no se ocupa en comprender nada de esto, dice Heidegger, «sólo busca lo nuevo para saltar de ello nuevamente a algo nuevo»<sup>6</sup>.

De esa manera, el curioso está en todo y en parte alguna, porque es incapaz de atrapar el valor de la verdad de lo que desfila ante sus ojos. Quiere lo nuevo por lo nuevo. Constantemente está envuelto con acontecimientos presentes, pero no goza de su presencia. Su presente resulta así un vacío donde el *sí-mismo* cae en olvido hasta acabar sufriendo la pérdida de sí.

Se comprende, al pronto, que esta actitud vital va a acabar engendrando mucha dispersión, agitación estéril e inestabilidad en el yo. Con estos efectos de la *curiositas*, al espiritual le resultará muy arduo, si no imposible, conseguir la integración personal que toda espiritualidad exige.

6. Cf. M. HEIDEGGER, *op. cit.*, pp. 191-192.

## VERDAD Y REALIDAD DE LOS MEDIOS

El espiritual vive en y de la verdad; por eso, nos resta, finalmente, examinar la presencia de la verdad de los Medios. Decimos la verdad, no la mera veracidad, que algunos Medios la reclaman, y puede que la tengan. En todos ellos –muy particularmente, en la televisión– la verdad real se hace sentir por su ausencia o porque ha sido sistemáticamente exiliada en aras de la *verdad virtual*.

*La escasa «realidad» que emana de los Medios*

Todos saben que los Medios, pese a su aparente –casi irresistible– tirón de *realidad*, son meros artefactos, y hasta podría decirse que son la cosa menos real de nuestra sociedad. Si examinamos el recorrido de la noticia desde que la genera el reportero de calle hasta que se le ofrece al público, nos sorprenderá la magra presencia que lo real tiene en los Medios. En ocasiones, el único fragmento de realidad que subsiste en los Medios, es el medio mismo. Por eso, McLuhan acabaría teniendo razón cuando dijo que «el medio es el mensaje».

Incluso la reciente tecnología telefónica, que se presenta bajo el lema del *connecting people* (conectar a la gente), en realidad, lo que hace es, más que conectar, fragmentar, debido a la intensidad de estas comunicaciones masivas. El individuo acaba abocado a su soledad, porque la comunicación masiva genera cambios masivos tanto en la extensión como en la intensidad de la comunicación. Y ello ocasiona perjuicio al espiritual porque le puede perturbar la autocomunicación con-

sigo mismo. Además, la comunicación excesiva acaba siendo sofocante, dada la frecuencia y diversidad de las circunstancias en que ésta suele ocurrir.

La identidad escondida en el núcleo de la persona, en fin, puede acabar siendo diluida por este desbordamiento de información sin autocomunicación y sin comunión.

#### LA «TRAMPA MEDIÁTICA»

Los Medios son seductores –y para muchos, irresistibles– precisamente por aparecer ante nosotros como un espejo o una ventana abierta a la realidad misma. Pensando mejor cuál es la realidad mediática, resulta que lo que los Medios nos dejan ver no es, precisamente, la realidad de la calle; a veces, todo parecido con ella es mera coincidencia. Aquí es donde se esconde la *trampa mediática*. Consiste esta trampa en ocultarnos el complejo proceso de la manufacturación de la noticia, y presentarnos ésta como algo que cae por su peso, como si no pasase por incontables filtros y mediaciones de los Medios.

#### *La forja de la «verdad» mediática*

Si analizamos las etapas del largo recorrido de una noticia hasta que acaba, por fin, asomándose a un telediario, comprobaremos cuán magra es esa pretendida realidad.

Primera etapa: las noticias las proveen sólo cinco o seis grandes agencias internacionales, que configu-

ran y filtran el acontecer del mundo. Incluso cuando se trata de *noticias de campo*, el periodista empieza aplicando el filtro que los sajones llaman el «*gatekeeper*». Por ese filtro pasa sólo *lo noticiable*, esto es: lo que es afín a los valores dominantes o lo que cotiza la audiencia. La reflexión espiritual encuentra en estos filtros un obstáculo a veces muy serio en su esfuerzo por acceder a la verdad, que queda aquí muy alterada o distorsionada.

Después de esta primera etapa, vienen los filtros de la *edición* de la noticia en la redacción del Medio. A antena no va cualquier cosa, sino precisamente aquello que eleva la audiencia. A este efecto, la edición de la noticia no ayuda a la serena y tranquila ponderación contrastante de la realidad. Al revés: resultará ser un obstáculo enojoso para el espiritual. Lo corriente es toparse continuamente con titulares impactantes y ambiguos, o con el relato demasiado breve de conductas ejemplares, mientras que se pone todo el foco en las malas o escandalosas noticias. Se privilegia así lo extravagante, lo grotesco, lo inmoral. Además, no hay tiempo ni lugar para los matices: los relatos han de ser maniqueos.

Habría que seguir añadiendo los filtros impuestos por las presiones que sobre los Medios ejercen los grupos de poder, los políticos, etc. Mientras que la sabiduría de los antiguos propiciaba un contacto vivo y cálido con el fondo de la vida, nuestra sociedad mediática favorece un contacto electrónico con una fría y abstracta realidad virtual, que, además, nos viene filtrada por instancias muy ajenas a la sustancia de la noticia.

Rodeados por doquier de esta realidad virtual, sentimos que hemos abandonado el viejo orden en que se vivía la realidad natural casi sin mediación ni artificio. Dejamos ese viejo orden y, como dice G. Marcel, entramos en un orden artificial colmado de máquinas y artefactos, los cuales están transformando a las personas hasta terminar convirtiéndolas en piezas de una máquina<sup>7</sup>. Uno de los más grandes peligros de los Medios radica precisamente en esa desubjetivación donde, en vez de interaccionar con sujetos, tratamos únicamente con grupos de intereses rivales y competitivos.

#### EN CONCLUSIÓN

Los Medios, aunque no sean los mejores amigos del espiritual, tampoco tienen por qué mantener relaciones hostiles. El autor de los precedentes análisis no duda de que el espiritual maduro ya practica por instinto todas las cautelas que se desprenden de este artículo. Aun así, consideré que podría ser útil explicitar lo que muchos realizan de modo implícito ante los Medios. Espero igualmente que los análisis de este artículo puedan servir de alerta al espiritual novicio.

FRAY JOSÉ MARÍA GARCÍA PRADA, O.P.  
*Montesclaros (España)*

7. El tema de la deshumanización por la técnica lo previó tempranamente G. Marcel en su ensayo «Los límites de la civilización» que ha sido publicado en el libro *Decadencia de la sabiduría*, Editorial Losada, Buenos Aires 1955, pp. 13-49.



# La Vida Consagrada:

## 3. El camino por delante

Discerniendo un futuro en plenitud  
para la Vida Religiosa

INTRODUCCIÓN: ¿A DÓNDE VAMOS?

No basta con observar la realidad, sino que es necesario marcar lo más concretamente posible por dónde pasan los caminos rumbo al futuro que queremos.

Necesitamos respuestas: ¿Qué hacer? ¿Qué comunidad necesitamos? ¿Cómo tener vida y misión realmente centradas en Cristo, y sólo en Cristo? ¿Acaso hay respuestas definitivas y válidas?

EL CAMINO POR DELANTE: LA PLENITUD.  
«ENTONCES VENDRÁ EL FIN» (Mt 24, 14)

Sólo después de que el Evangelio sea predicado a todos los pueblos llegará el Reino; sólo después de que la Vida Consagrada sea totalmente evangélica llegará a su plenitud, a su perfección, y sólo entonces podrá decir que es auténtica presencia de Dios entre los hombres.

En el Congreso Internacional de Vida Consagrada celebrado en Roma en el año 2004 se hizo un gran esfuerzo argumentativo, teológico y de discernimien-

to. Sin embargo, lo interesante es un hecho aparentemente paradójico: las respuestas fueron dadas generalmente en forma de pregunta. Así se expresa una de las participantes: *«A pesar de ser tantos y con tantos dones y cualidades, no surgió un plan concreto de acción [...] ¿Cómo pretender cerrar la pasión en ideas claras y concretas? [...] Llama la atención que no fuésemos capaces de concretar lo que decíamos, tal vez porque no se puede atar la acción de Dios a los papeles. Tal vez con eso se mate la novedad»*<sup>1</sup>.

Sin embargo, el acontecimiento internacional motivó numerosos escritos, entrevistas, reflexiones. Esperemos que motive también, en ese futuro anunciado, respuestas concretas.

El método de trabajo parece haber sido así: presentación del tema, convicciones al respecto, propuestas. Eso asegura el discernimiento conjunto. Ahora bien, hay que notar lo que ya se comentaba anteriormente: aparecen más interrogantes que respuestas, aunque no faltan valiosas contribuciones. Algunas de ellas son contempladas aquí, en el esquema tripartito que venimos aplicando: misión, vida comunitaria, raíz en Cristo. ¿Por dónde caminará la Vida Consagrada, en estos tres vastísimos campos, en el futuro?

1. «Entrevista con Gema Meroño», *Pasión por Cristo, pasión por la humanidad (IV): Congreso Internacional*, en *Vida religiosa*, cad. 6, vol. 96, noviembre-diciembre/2006, p. 52.

## *Misión*

De las propuestas dadas en este punto, se pueden sintetizar tres líneas de acción, que responden no sólo a los signos de los tiempos y de la propia Vida Consagrada, sino también a razones teológicas. Así, se levanta la cuestión de la globalización de la solidaridad. La globalización es el camino que mundo y cultura están siguiendo y que está arrastrando a gran parte de la población. Tenemos el deber de aprovechar para nuestra misión los medios que la tecnología nos ofrece, saliendo de nuestro pequeño y exclusivo mundo.

Señal de globalización es también el insistente apelo al diálogo. Además del alcance misionero, el diálogo tiene sentido teológico, y hoy se nos exige una misión marcada por la inter-congregacionalidad, la inter-religiosidad, la inter-culturalidad y el ecumenismo. De acuerdo con este diálogo, debemos ejercer una predicación narrativa, no apoyada en evaluaciones universales que nos separan, sino en pequeñas realidades que nos unen en lo cotidiano. En esta misma línea, nuestra misión debe estar abierta a la colaboración con los laicos y, por supuesto, a todo el Pueblo de Dios presente en las Iglesias locales, a través de trabajos y proyectos discernidos y realizados conjuntamente, y a cuyos pastores debemos adherirnos «de mente y corazón».

La llamada a esta misión «inter» no significa que la opción preferencial por los pobres haya pasado a un segundo plano. No es eso lo que nos dicen los iconos propuestos para la Vida Religiosa y la propia vida de Jesús, pero ya no es posible acceder a esos pobres si no

es entrando en la red de comunicaciones, influencias y culturas. En este sentido, es necesario promover nuestra participación en los foros mundiales y organismos de decisión, y nuestra presencia en los lugares donde la vida es amenazada.

Es precisamente en función de los pobres, destinatarios de nuestra misión, por lo que somos llamados a la simplificación, flexibilidad y audacia de nuestras estructuras pastorales, apostólicas y económicas, confiando sólo, y con paciencia, en el tiempo de Dios. Este proceso pasa por liberarnos de viejas y grandes gestiones y por el desmantelamiento de obras. El prototipo de este nuevo tipo de misión será, como sustituta del gran convento, la *tienda de campaña*: fácil de montar, siempre ligera y disponible para la itinerancia.

La Vida Consagrada continúa teniendo mucho campo de misión. Es necesario trabajar lo mejor posible y tanto como se pueda, pero sin medirlo por el criterio de la eficacia. Por el contrario, no podemos ver nuestros trabajos como una carga pesada. Pero si la misión es realizada tranquilamente desde lo que somos, será para nosotros fuerza para superar las dificultades. Nuestra misión sólo será consagrada si vemos en su destinatario el rostro de Cristo estimulándonos.

### *Vida comunitaria*

Es sin duda en este punto donde más claramente se discierne la urgencia de ser auténticamente trinitarios, señales de comunión por el Espíritu. La inspi-

ración teologal de la vida comunitaria no es, por tanto, diferente de la que lleva al diálogo en diferentes niveles y a la apertura de nuestras viejas estructuras de misión. Para concretar la realización de esta comunión fueron dadas varias sugerencias.

Existe la necesidad de convertir nuestras comunidades en *nuevos espacios* donde dejar un lugar para la belleza que surja de sus propios miembros, incentivada por la institución y al servicio de la misión y de la comunidad. En ellos surgirán, así, la belleza que facilite la oración por el uso de símbolos y elementos que conduzcan a la paz.

Es necesario un cambio en las estructuras, de manera que éstas se adapten a las nuevas relaciones comunitarias que se desea construir, y no al contrario. Debemos insistir menos en la presencia física que en la compenetración del espíritu. «No es la cantidad de horas que pasamos juntos lo que hace comunidad, sino la calidad de la presencia»<sup>2</sup>. Así, las virtudes personales se convertirán en fuente de comunitariedad en lugar de motivo para envidias y celos, y la vida fraterna será referencia realista para situaciones de violencia e injusticia antes que carga añadida a esa situación social dolorosa. La comunidad será lugar de esperanza frente al tedio y al desánimo y de amor frente a las relaciones cosificantes.

Es urgente transformar nuestras comunidades en espacio para el diálogo –cuyo cultivo es un arte que

2. J. M. GUERRERO, «¿Qué vida religiosa está naciendo?», en *Folletos con él*, n. 263, enero 2006, p. 12 (suplemento a la revista *Vida Nueva*, n. 2511).

posibilita la reconciliación– y para el descubrimiento del significado de la Palabra. La comunidad no está formada por el techo que la cobija, sino por la misión que se le encomienda y, en última instancia, por la persona. No podemos olvidar que los fundadores no tenían normas cuando comenzaron su sueño apostólico mediante la fundación del Instituto. Acoger a las personas y formar comunidad con ellas, generando auténtica fraternidad, implica permitir en su interior el cultivo de diferentes espiritualidades, espiritualidades de nuevas culturas emergentes; exige una autoridad más animadora que administradora, que comparta la información originando así la corresponsabilidad y el discernimiento conjunto, la creatividad, la flexibilidad y la provisionalidad. Con esas relaciones igualitarias, respetuosas de lo diferente, los miembros caminarán más fácilmente hacia la madurez a través de la integración afectiva y sexual. En esas condiciones podremos hacer realidad el acompañamiento espiritual fraterno y terreno de búsqueda y encuentro con Dios en la Palabra y en el hermano.

Concluimos con la imagen utilizada por fr. Timothy Radcliffe: la comunidad puede ser señal y símbolo de la gran morada de Dios, donde los hombres encuentren el espacio para el cultivo de la vida en este mundo marcado por la destrucción del espacio y la orfandad, el exilio y la guerra<sup>3</sup>.

3. Cf. T. RADCLIFFE, *El manantial de la esperanza*, San Esteban, Salamanca 1998, p. 231.

Porque en la comunidad todos *estamos en Dios*, todos somos *templo de Dios* (cf. 1 Cor 3,16), realicemos en ella la presencia silenciosa de Él en nuestra vida.

### *Vida enraizada en Cristo*

Estamos llamados a revelar el valor de la vida en todos sus aspectos, a partir de nuestra experiencia trinitaria. Nuestra opción de vida nos insta a hacer del misterio pascual la fuente de nuestra espiritualidad. Dios nos salva *por Cristo, en Cristo*, actualizado *por el Espíritu*. En cambio, es necesario «inventar» una nueva manera de decir esto, porque hasta la palabra Dios fue tomando aspectos culturales y no hace ya referencia necesaria al Absoluto para nuestros contemporáneos. La Vida Consagrada debe ser testimonio del no-nombre de Dios, de la experiencia inenarrable que nos sostiene en un camino de «ascensión perseverante». Decir esto no sólo con palabras –de entre las que las expresiones simbólicas y los iconos parecen el modo más adecuado–, sino sobre todo haciendo salir de nosotros mismos nuevos modelos de justicia y fraternidad, en una especie de «arte mayéutica» discernida, reflejo de la trascendencia de Dios en nuestra limitada trascendentalidad<sup>4</sup>.

Pero la Vida Consagrada no necesita «inventar» una espiritualidad para ahora. Por el contrario, es lanza-

4. Id, p. 203. Vemos en este punto una profunda carga teológica que merece la pena destacar, aunque sin posibilidad de entrar en ella. Esta expresión de *Dios por nosotros* es uno de los motivos teológicos que, bajo nuestro punto de vista, más profundamente justifican el esfuerzo del discernimiento.

da de vuelta a las fuentes. Somos herederos de una raíz monástica que es importante recuperar, y de una tradición sapiencial que es punto de partida del discernimiento, tradición no sólo bíblica sino fundacional. Si estructuralmente es necesario volver a la sencillez inicial, espiritualmente necesitamos volver no sólo al carisma del fundador, sino también a la centralidad de Jesús que inspiró el seguimiento, haciendo del Evangelio nuestra primera norma, y también al amor sponsal de Cristo, presente no sólo en nuestra inspiración profética sino, así mismo, en la propia experiencia personal fundante y vocacional.

Pero tampoco podemos mirar sólo a los orígenes. Anteriormente hablábamos de nuestra dimensión escatológica –enfocada hacia los últimos tiempos–, de la cual nuestra sed de Dios, compartida por toda la humanidad, es una de las más claras expresiones. Es necesario saber expresar esta sed, tal vez con palabras nuevas, apropiándonos de ella y trabajándola por el acompañamiento constante. Hay quien sugiere la necesidad de revisar nuestras fórmulas oracionales, que responden a devociones antiguas y populares, y que tal vez hoy, fuera de contexto, estén ahogando la posibilidad de un diálogo profundo. La sed no acabará, pues es el motor de nuestra espiritualidad, pero tampoco puede ser olvidada o abandonada, sino al contrario, afrontada por la oración, que tiende a ese fin escatológico, y sin la cual la vida espiritual se seca.

La primacía la tiene la Palabra. Ella es necesaria para crear un nuevo modelo de oración que dé espacio para expresar una espiritualidad fuerte, personalizada, comprensible y relacional. Haciendo de la



Biblia compañera de camino y de la *lectio divina* fuente de nuestra acción –y no justificación para proyectos ya descontextualizados–, recuperaremos la centralidad del Reino en nuestra misión y en nuestra convivencia, la prioridad absoluta de la caridad por encima de los votos y de las normas, y un estilo de vida coherente capaz de conjugar contemplación y acción.

Otra llamada insistente de nuestra realidad es la importancia de recuperar el valor de lo cotidiano, como manera segura de estar siempre aprendiendo según pide la formación permanente, y con el objetivo de hacer de la persona consagrada una *sequela Christi*, expresada en una vida nueva, transfigurada y cristiforme. Actuantes en la obediencia atenta a la voluntad de Dios, amor y creatividad caminan juntos.

#### CONCLUSIÓN: UNIDAD EN LA DIVERSIDAD. PENTECOSTÉS Y EUCARISTÍA

Una de las más evidentes y unánimes constataciones del Congreso fue la unidad en la diversidad; unidad en la pasión y en los objetivos, diversidad en la riqueza de carismas, caracteres, culturas y gentes. Diversidad en la pluralidad de lenguas y unidad en la caridad y compromiso.

Dos imágenes marcan los dos polos de esta única experiencia. Son las figuras de Pentecostés y de la Eucaristía, ambas don de Dios y de inspiración bíblica.

J. B. Libânio, en su aportación en el Congreso, nos introduce en la metáfora de Pentecostés y la compara con otra: mientras en Babel Dios confunde las len-

guas, en Pentecostés el entendimiento es unificado. La diversidad continúa existiendo, pero ya no es obstáculo para la comprensión mutua. El Espíritu suscita nuevas formas para la unidad.

La Vida Consagrada nació como don del Espíritu, y debe continuar siéndolo, suscitando la renovación de sí misma y de la Iglesia. Él nos marca los caminos para la misión, junto a todo el Pueblo de Dios, en los signos de los tiempos. Es necesario que estemos abiertos a su vitalidad, que se hace más y más vida en nosotros: «Abrigarse resguardado del soplo del Espíritu es señal de decadencia y no de vitalidad»<sup>5</sup>, vitalidad que debe ser no sólo presente, sino futura. La dimensión escatológica de la Vida Consagrada está también en su carácter Pentecostal. Así nos lo dice Juan Pablo II: «Todas nuestras diversidades, que manifiestan la riqueza de los dones de Dios, subsistirán en la única casa del Padre que contiene tantas mansiones»<sup>6</sup>.

El recordado Juan Pablo II, y antes de él ya el Concilio Vaticano II, han insistido en el carácter de la Iglesia como «casa y escuela de comunión», intención suscitada y pedida en el rito de la plegaria eucarística. La eclesiología de comunión inspiró también la imagen de la Eucaristía como símbolo de la Vida Consagrada. Por su parte, Benedicto XVI ha escrito sobre la dimensión «agápica» de la Iglesia, imagen nuevamente aplicable a la Vida Consagrada, de la que el amor es el mayor signo de credibilidad.

5. J. M. GUERRERO, *op. cit.*, p. 9.

6. Exhortación Post-sinodal *Vita Consecrata*, n. 52.

F. Rodé, representante de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, pronunció una conferencia sobre la Eucaristía como sacramento de este amor ágape. Él expone cómo es precisamente en la Eucaristía donde el consagrado encuentra su identidad, al hacer de las actitudes de Jesús el centro de su vida. Del carácter memorial del gesto eucarístico surgió cada congregación, como fuerza activa de la Iglesia. En efecto, la Eucaristía nos conduce a la consagración al compartir la Pasión de Cristo, nos hace contemplativos en la acción y consagrados en la misión. El misterio eucarístico une nuestro cuerpo al de Cristo y nuestro plan a la Creación del Padre, que encuentra en el sacramento su plenitud. La Eucaristía es energía para el consagrado, estímulo, vigor, vitalidad y fuente de discernimiento a través del ejercicio de la memoria. Es lugar de unidad en la diversidad de carismas; es momento presente de nuestro pasado –don del Espíritu– y de nuestro futuro –realización de la unidad en la plenitud de Dios–.

Así se expresó Don Luis Gutiérrez, presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada de la Conferencia Episcopal Española, en la jornada mundial de la Vida Consagrada en España: «La pasión de los consagrados no es sino réplica, dentro de moldes frágiles, de la misma ofrenda de Cristo al Padre, que se verifica cuando ellos se inclinan ante tantos marginados, olvidados [...] para anunciarles el nombre de Dios, que es Amor»<sup>7</sup>.

7. Citado por L. GROSSO. «Una consagración apasionada. Anotaciones sobre el congreso mundial para la Vida Consagrada», en *Testimonio*, n. 208, marzo-abril/2005, p. 56.

Como palabra final, citar uno de los objetivos del Congreso, que ni acabó en noviembre de 2004 ni se celebró apenas en Roma. En el día a día es necesario que las intuiciones que tienen su vista puesta en el futuro, sean animadas y vivificadas por las conferencias nacionales, congregaciones, provincias y por todos y cada uno de los consagrados y consagradas. En nuestra misión, en nuestra vida comunitaria, en nuestra espiritualidad evangélica «la diversidad en la unidad es una fuerza incalculable para la Vida Religiosa si somos capaces de vivirlo y expresarlo tanto dentro de los límites de cada una de nuestras comunidades, como cuando nos comprendemos como Vida Consagrada, más allá de nuestros institutos, de nuestra confesión católica, de nuestra fe cristiana»<sup>8</sup>.

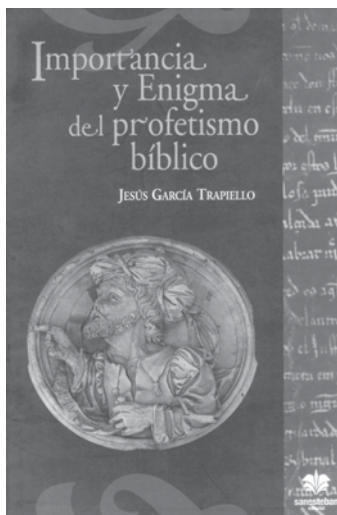
La Orden Dominicana tiene una rica historia y un carisma amplio y actual. Dentro del universo de formas e institutos, ostenta la responsabilidad de la predicación, obtenida decididamente por Santo Domingo. No faltan «herejes» en nuestro tiempo, aun dentro de nuestra Iglesia, de nuestras comunidades y de nosotros mismos. Una mirada negativa, derrotista, triste y desesperanzada ante el tiempo que vivimos es una actualización –salvando las distancias– de esa otra mirada «cátara», ingrata y escéptica, ante la belleza y bondad de la Creación. Desde la convicción cristiana de la presencia del Dios de Jesucristo en sus criaturas,

8. E. LOSADA: «Una experiencia muy intensa de unidad en la diversidad», *Pasión por Cristo, pasión por la humanidad (II): reflexiones y entrevistas*, en *Vida Religiosa*, cad. 4, vol 96, julio-agosto/2004, pp. 66.

todo nos conduce a la plenitud cuando la mirada es la de la fe, como la fe optimista de Domingo en la Palabra, en la Historia y en las personas de su tiempo.

Tengamos todos una mirada positiva, lúcida, expectante y esperanzada; seamos fieles predicadores de la convicción confiada en la encarnación de Dios en Jesucristo. Como discípulos suyos, nuestra fe se traduce en esperanza contemplativa, y la esperanza en acción.

HNA. ELOÍSA MARÍA BRACERAS GAGO, O.P.  
*Burtzeña (España)*



**IMPORTANCIA Y ENIGMA  
DEL PROFETISMO BÍBLICO**

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276      Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.



[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

# La viuda pobre

## Mc 12,38-44: LA POBREZA EVANGÉLICA

Este pasaje evangélico presenta de modo visible uno de los temas más candentes de la predicación de Jesús: la pobreza, o sea, el espíritu o la espiritualidad de la pobreza evangélica.

Una cosa es la pobreza material, en el sentido de necesidad de dinero, y otra cosa es la pobreza evangélica: ésta no es tanto no tener nada o tener poco, sino *desprenderse* de algo (de mucho o de poco) o de alguien, en favor de una causa mayor como es el Reino de Dios. Conste que hay gente rica que sabe desprenderse de sus posesiones en favor de uno u otro proyecto de solidaridad con los pobres. Serán ricos, pero son pobres de espíritu evangélico.

Lo que Jesús alaba en este pasaje no es tanto que la viuda pobre dio algo en la canasta, sino que dio todo lo que tenía, *«eso mismo que necesitaba para vivir»*. Y lo hizo con espontaneidad y alegría. No tuvo pena por quedarse sin nada.

El evangelista señala un detalle que es tan significativo como actual: la pobre era una *viuda*. En el tiempo de Jesús, la viuda era una persona privada de todo, pero que tenía un corazón noble, compasivo y generoso. Este detalle parece ser un fenómeno general dentro de la Iglesia y de la sociedad. Conocemos el ejem-

plo de varias fundadoras de congregaciones religiosas de algunos siglos pasados que, después de la pérdida de su esposo, se dedicaron a obras de caridad.

Durante los últimos años de la década de los ochenta, me encontré en El Salvador con un grupo de viudas que se habían organizado en una fundación en defensa de las familias en las que el padre había sido secuestrado o asesinado. Sabemos que en El Salvador, de cada diez familias, hay seis sin padre. También en Europa conocemos el fenómeno de los voluntarios, muchos de ellos viudas o viudos que desean prestar un servicio dentro de una comunidad parroquial.

¿No era notable que Jesús demostrase su respeto, aprecio y confianza a las viudas?

La pobreza evangélica no es no tener nada o tener bien poco, sino, más bien, se trata de una disponibilidad generosa de desprendimiento de lo que tengo y de lo que soy, en favor del Reino de Dios, que es de justicia y paz.

Dentro de nuestra Vida Religiosa conocemos los tres votos: castidad, pobreza y obediencia. Y parecería que lo más importante, por lo menos en la práctica de la vida comunitaria, es la obediencia. Sin embargo, creo personalmente que no puede haber obediencia sincera sin que haya un *espíritu de desprendimiento, de pobreza evangélica*.

De igual manera, tampoco creo que no puede haber vida comunitaria sana sin que haya un espíritu de pobreza evangélica. Hasta me atrevo a decir que la vida comunitaria no es una «organización técnica» sino una «mística de pobreza evangélica».

Precisamente, por mi actitud y voluntad de dejar mi carrera profesional y mi familia para entregarme totalmente a Dios, debo estar dispuesto a obedecer a una nueva autoridad y, así mismo, a usar todas mis capacidades corporales para el Reino de Dios. En éste contexto recordamos la frase de San Pablo a los Filipenses: Jesús se despojó de su rango, «*se humilló y se hizo obediente hasta la muerte*» (Fil 2,6-8).

Un voto de obediencia sin espíritu de pobreza evangélica, es una obediencia seca, muerta. Me acuerdo de una religiosa, una superiora aplaudida por sus 24 años de entrega en un orfanato, que me consultó porque la superiora regional le había mandado a un asilo de ancianos. Hasta me pidió hablar con la superiora regional para anular tal nombramiento, porque no se sentía capaz de entender y atender a los ancianos. Se sentía incapaz de dejar su puesto en el orfanato, por el que había recibido muchos donativos y varias placas de reconocimiento. Le dije finalmente: «Hermana, no seas obediente, sino sé pobre. Despréndete de tus éxitos y aplausos... y verás». Efectivamente, la hermana se mudó con espíritu de pobreza evangélica, y después de varios años en el asilo de ancianos, reconoció que le iba muy bien. Se veía como una superiora comprensiva, eficaz y querida por los ancianos.

Cada cual de nosotros tiene su propia experiencia. Yo mismo debo reconocer que jamás había entendido el voto de pobreza como un espíritu de desprendimiento hasta que tuve que emprender una vida de itinerancia, de cambios frecuentes de gentes, lugares y camas. Jamás había experimentado tan claramente mi pobreza religiosa como un desprendimiento, como en



las cuatro ocasiones en las que me robaron el dinero (dos de ellas bajo amenaza con cuchillo) y como cuando me robaron todo mi equipaje.

Fue en aquel momento cuando pude entender lo que Dios quiere de mí como religioso. Y me di cuenta que así han dado ejemplo los fundadores de las Órdenes y Congregaciones: con un continuo desprenderse de comodidades, de facilidades, y hasta de beneficios, para lograr ver terminadas sus fundaciones. Nosotros no somos sus sucesores, sino sus imitadores y seguidores.

*El espíritu de la pobreza evangélica* parece ser el primer paso en cualquier vida espiritual, y el constante motivo y el medio eficaz para crecer en la santidad.

Y después de habernos desprendido de una y otra cosa o situación, nos espera el desprendimiento de la salud por *envejecimiento*, que finaliza con un desprendimiento total de la vida misma. En esto, muchos nos han precedido y nos han dejado un ejemplo inspirador. Les recordamos con gratitud y les imploramos su intercesión.

La pobreza evangélica no es un precepto ni un mandamiento. Tampoco es un privilegio. Sino que es una oferta, una invitación de Jesús y una opción libre para todo aquel que se tome en serio el Evangelio.

Los santos han demostrado de un modo genuino este espíritu de pobreza evangélica.

Aparentemente no hay santidad sin espíritu de pobreza evangélica.

FRAY BALTASAR HENDRIKS, O.P.  
*Nijmegen (Holanda)*

## La práctica del silencio interior

«VETE Y HAZ TU LO MISMO» (Lc 10,37)

«¿Quién de estos tres hombres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de ladrones?». El maestro de la Ley contestó: “El que tuvo compasión de él”. Y Jesús le replicó: “Pues vete y haz tú lo mismo”» (Lc 10,36-37).

«Haz tú lo mismo» es una expresión muy propia del Evangelio. Este mundo de la oración, del silencio interior, reclama ser practicado por nosotros. El Evangelio reclama ser practicado. El silencio, la oración, no es algo que se comprende sino que se hace. El Evangelio no es algo que se razona, es algo que se practica... lo mismo que el silencio.

El silencio interior no cabe en ningún concepto, en ninguna idea, el silencio no es un razonamiento sino una práctica, una vida. No cabe en ninguna idea, pero cabe en el corazón del que lo practica. El silencio es una acción. Mientras el silencio no se practica, mientras no se practica el Evangelio, no pasa de ser una pura teoría. Por eso el Evangelio es una maravillosa aventura y el silencio es también una preciosa aventura. La práctica es imprescindible: no se puede sustituir el silencio por nada.

Nosotros en la vida buscamos sucedáneos para muchas cosas, pero el silencio no tiene ningún sustituto.

«*Vete y haz tu lo mismo*»: se trata de hacer. El silencio interior no se da en una lección. Si uno intenta comprender el Evangelio a través de cursos no accederá a él. Es imposible introducirse en el Evangelio sólo a través de unos cursos. Todo lo que podemos aprender en un libro va cambiando: hay un repertorio de teologías y cambian las interpretaciones con el tiempo, pero lo que no cambia es el meollo, lo medular. El camino discursivo no basta. Una onza de práctica vale más que toneladas de teorías. Dicho, está todo dicho, pero posiblemente queda mucho por hacer. «*Vete y haz tu lo mismo*».

Nunca comprendemos las cosas hasta que no las hacemos. No basta con estar informados. ¿Quién comprende al hijo sino la madre? El conocimiento es contacto. Una madre es la que más contacto ha tenido con el hijo. Hay que reemplazar la información por la sabiduría del corazón, por ese conocimiento que nos proporciona la práctica, la acción. No basta con estar en un supermercado lleno de artículos: hay que elegir, tomar esto o lo otro. No basta una mesa repleta de comida... sino comer. No basta saberlo todo sobre la fórmula del chocolate, un niño lo conoce a base de comerlo. Sin la práctica no somos seres del silencio interior.

Nadie puede hacer las cosas por nosotros. Jesús hace una llamada a la responsabilidad personal. Es uno el que se compromete en el mundo del silencio.

Jesús nos invita a ir a nosotros mismos para que no nos echemos en falta nada. El silencio interior es para ir uno a sí mismo. El silencio es el sendero de nuestra interioridad, y el de nuestra salud también, y el sendero de nuestra libertad y de nuestra plenitud.

Una puerta está desquiciada cuando sale de su eje, de su centro. Cuando el ser humano vive fuera de sí, vive descentrado. Todos los desórdenes de la vida, todos los desajustes en nuestra convivencia, son el exponente de nuestro desquiciamiento.

En este mismo Evangelio de Lucas, en los versículos 14,16-20, se dice: *«Un hombre hizo una gran cena e invitó a muchos. Cuando llegó el día de la cena, envió a su criado a decir a los invitados: “Venid, que ya está todo preparado”. Pero todos ellos comenzaron a excusarse. Uno dijo: “He comprado unas tierras y tengo que ir a verlas. Discúlpame por favor”. Otro dijo: “Acabo de comprar cinco yuntas de bueyes y tengo que ir a probarlas. Discúlpame por favor”. El tercero dijo: “No puedo ir porque acabo de casarme. Te ruego que me des por disculpado”».*

La palabra «cena» siempre hace alusión a algo íntimo, a una comunión maravillosa. Una comunión de corazones, de hondura. Pero hay que reconocer que el ser humano se protege mucho para evitar tener un encuentro en profundidad. Por una parte lo desea y añora, y por otra se defiende y se resiste. En la vida normal hay mil ocasiones para celebrar un encuentro y sin embargo la vida demuestra que el hombre se defiende de esas ocasiones. Por eso muchos encuentros son solo rituales: «¡buenos días!», «¿cómo

estás?». Nos escondemos detrás de esa ceremonia y se disimula el corazón.

A veces, mirando a la persona se da uno cuenta de su defensa. También el ser humano se protege de Dios. El que nos escapemos de esas ocasiones es símbolo de lo que ocurre en ese otro mundo más profundo y religioso. Los hombres de esta parábola también se disculpan. No por el menú, sino porque en una cena lo más importante es ese contacto de profundidades. Uno siempre busca excusas para no acercarse y vivir con hondura esta necesidad de profundidad.

En el fondo se teme el amor. Porque sólo desde esa profundidad se puede vivir el amor. Se teme la intimidad, se escapa uno de la confianza por temor al amor. Los mecanismos de nuestra superficialidad son muchos. Pero debemos ir más allá de las justificaciones: ha comprado un campo, ¡qué normal!; ha tomado mujer, ¡qué normal! Son cosas muy sencillas. Las disculpas para evitar la intimidad son muy abundantes.

El silencio interior es el refugio en lo Absoluto, en lo Eterno. Es Dios en el silencio el que nos convida. Jesús termina la parábola diciendo: «*No gustarán mi cena*» (Lc 14,24), no gustarán mi comunión, no gustarán el silencio.

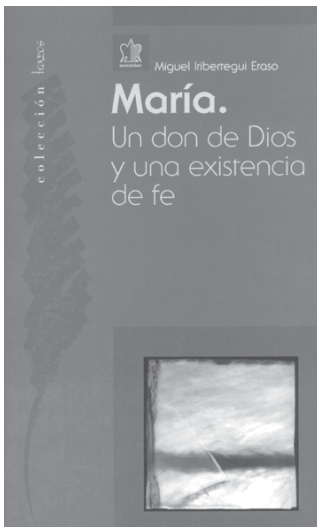
Una peregrinación por fuera, en el mundo exterior, tiene más alicientes que hacia la interioridad, hacia la verdad de nuestro corazón. Pero el encanto de una peregrinación a lo profundo es el encanto de lo infinito. El silencio nos vuelve hacia nosotros mismos. Es la oportunidad de intimar con uno mismo. Quizá no es

muy frecuente la intimidad consigo mismo, pues uno puede pasarse la vida como un extranjero de sí mismo, porque nunca se incorpora a la propia casa interior.

Para acabar, dejadme que os indique varios pasajes bíblicos que también nos hablan de la importancia de la práctica. Tenemos ésta expresión del Evangelio: «*Seréis dichosos si lo ponéis en práctica*» (Jn 13,17). Así mismo, en el primer versículo de los Hechos de los Apóstoles se recuerda a Jesús *enseñando y haciendo*. No se conformó con enseñar... hay que hacer. Y en las bodas de Caná, María les dice a los servidores: «*Haced lo que Él os diga*» (Jn 2,5).

Seréis dichosos si practicáis. La dicha es la práctica.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.  
*Escuela del Silencio*



**MARÍA. UN DON DE DIOS  
Y UNA EXISTENCIA DE FE**  
MIGUEL IRIBERTEGUI

Páginas: 136      Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,  
una visita guiada por las trazas  
de la mariología



[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

## Libres para el amor

*«Me liberas porque me amas,  
tú eres bondadoso,  
tú eres sincero,  
tú salvas al oprimido,  
tú eres mi lámpara, Dios mío.  
Tú iluminas mis tinieblas»* (Sal 18,20b.26-29).

En el encuentro con Dios todo toma una nueva dirección, todo te sabe a nuevo, renovado, ya nada puede ser igual. En el encuentro con Dios aprendes a gustar del fin para lo que has sido creado. Cuando Dios toma el timón de tu vida y te muestra el horizonte aprendes a mirar el fin del camino y no te detienes en los medios que te ayudan a llegar a ese fin. ¿Cómo miras las cosas? ¿Cómo están ordenadas? ¿Cómo las ordenas tú? ¿Te sientes libre ante ellas? ¿Qué es la libertad para ti?

La libertad, dice san Ignacio, es la «capacidad de elegir lo que más te ayuda a llegar al fin para el que has sido creado». Los cimientos de esta libertad están en la aceptación de todas las cosas como don de Dios. De todo esto, dice Ignacio, se sigue que las cosas hay que usarlas «en tanto y en cuanto te sirven como medios para el fin»<sup>1</sup>.

1. Cf. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, [23].

Déjate interpelar por estas palabras de Pablo: «Todo me está permitido, pero no todo es conveniente. Todo me está permitido pero no me dejaré dominar por nada» (1Co 6,12). ¿Cómo es tu relación con las cosas: las relativizas o te haces esclavo de ellas? ¿Detrás de qué cosas está tu corazón? ¿Es Dios tu único bien? Por eso san Agustín confesaba: «Que te alabe por ellas [los bienes] mi alma, ¡oh Dios, creador de todas las cosas!, pero que no me pegue a ellas con el pegamento del amor»<sup>2</sup>. Y de ahí que levanta su oración diciendo: «Volvamos ya a ti, Señor, para que no nos apartemos, pues en ti está nuestro bien, que eres tú mismo»<sup>3</sup>.

«Hemos sido llamados a vivir en libertad», dice Pablo, «pero no usemos de ella como pretexto para satisfacer nuestros deseos, sino más bien hagámonos servidores los unos de los otros por medio del amor» (Ga 5,13). El fruto del encuentro con Dios es una «libertad liberada»; sí, una libertad libre para el amor. En el camino del amor no caben medias tintas; por eso debemos considerarlo como nuestro mayor bien, lo mejor a lo que debemos aspirar, el «carisma mejor» (1Co 13,13), según Pablo.

La lógica del amor de Dios supera nuestras razones... no es como la lógica humana. Por eso en nuestro encuentro con Dios debemos pedirle que nos ayude a tomar distancia de las cosas, a optar no según nuestros deseos caprichosos sino según su voluntad. Pidámosle que todo se ordene desde la pasión de su amor.

2. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, IV, 10, 15.

3. *Ibid.*, IV, 16, 30.



*En Dios está tu verdadera y auténtica felicidad.* ¿A qué te sientes «enganchado»? ¿Cuáles son tus ídolos? ¿Qué te quita la paz? San Agustín decía: «Si te agradan los cuerpos, alaba a Dios en ellos y revierte tu amor a su artífice... Si te agradan las almas, ámalas en Dios... A él y sólo a él debemos amar. Él ha hecho todas las cosas y no está lejos de ellas»<sup>4</sup>. Ojalá seas capaz de optar por lo que más te conviene para ser verdaderamente libre con la libertad de los hijos de Dios. Ojalá, en tu encuentro con Dios, se te caigan las defensas, las resistencias y dejes que el amor de Dios te libere.

El pecado... sí, eso que hoy no se sabe qué es, o qué papel juega en nuestra vida, porque así como hemos echado a Dios de nuestro mundo existencial hemos echado también la conciencia del pecado. Hoy todo vale... lo bueno y lo bello es aquello que pueda satisfacer mis apetencias... hoy vale lo que me apetece y basta. El pecado busca esconderse, engalanarse seductoramente con lo que nos puede satisfacer inmediatamente y responde a nuestro desorden interior.

Lo que más importa es que tomes conciencia de tu estar delante de Dios, vivir bajo su mirada, desarmarte frente al Crucificado, horizonte de gracia y de perdón... abrirte a la experiencia de su misericordia infinita, la que nunca dice basta, la que te sale siempre al encuentro; la experiencia de dejarte abrazar con sus brazos heridos por amor; *esconderte en sus divinas llagas* –como dice san Ignacio–.

4. *Ibid.*, IV, 12, 18.

Frente al Crucificado cabe sólo el postrarte ante el Amor más sincero y preguntarte: *¿Qué hice por ti? ¿Qué hago por ti? ¿Qué soy capaz de hacer por ti? Oh Cristo. Tú que eres el Amor, estás continuamente amándome; tú que eres la Misericordia, estás continuamente abrazando mis miserias; tú que eres la Bondad, estás continuamente saliendo a mi encuentro; tú que eres la Verdad, estás continuamente diciéndome quien soy y cómo me sueña el Padre.*

Sé siempre agradecido con la misericordia de Dios. Cada día es un regalo suyo, en cada instante de tu vida está puesta su mirada sobre ti. Y no una mirada acusadora, sino una mirada que *sondea tu corazón y te conoce* (cf. Sal 138). Por eso ofrece tu día, cada mañana o en cualquier momento que eleves los ojos al cielo o los cierres en el silencio de tu propia casa, y pon tu corazón, tu mente y tus fuerzas en el deseo de buscarle.

Piensa siempre que tu vida es un regalo, tómalala en serio y entrégala generosamente, disfruta de tu libertad; la vida es para darla, si no, se pierde. En el fondo, no cabe ya elegir otra cosa que el Amor y esto significa: entrega, donación de sí mismo, apertura al otro. Somos seres en relación, nadie puede vivir aislado, crecemos y vivimos sólo en relación a otros y al Otro.

Aprende a leer el lenguaje de la humildad y del amor, ponte a la escucha del Maestro, déjate enseñar a salir al encuentro de los demás, haz de tus relaciones personales un lugar teológico donde se actualice el misterio de la encarnación. Contempla mucho este misterio. *¿Qué quiso enseñarte Dios haciéndose hom-*

bre? ¿Por qué Jesús se acercaba especialmente a los que sufren, a los marginados y excluidos, a los llamados pecadores, a los que nadie quería?

Déjate mirar por él y aprende a salir al encuentro de los demás con los mismos sentimientos de Jesús. Deja que la luz de su Palabra ilumine todos los rincones de tu corazón, que disipe las tinieblas de tus egoísmos y te libre de ti mismo. Hazte consciente de que *nada ni nadie podrá apartarte de su amor* (cf. Rm 8,35) ni de su misericordia, que su muerte no ha sido en vano y que aún hoy continúa derramando su sangre por ti, porque te ama con locura y no sabe sino entregarse por ti y por tu amor. Haz de tu vida una eucaristía: *entrega y acción de gracias*.

Para tu oración frente al Crucificado: ¿Qué hice por ti? ¿Qué hago por ti? ¿Qué soy capaz de hacer por ti? Y, ahora, eleva tu oración llena de amor a Dios, anhelante por su mano liberadora y dirígete a él con esta canción «que hace el alma en la íntima unión de Dios» compuesta por san Juan de la Cruz<sup>5</sup>:

*¡Oh llama de amor viva,  
que tiernamente hieres  
de mi alma en el más profundo centro!*

*Pues ya no eres esquiva,  
acaba ya, si quieres;  
¡rompe la tela de este dulce encuentro!*

5. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, canción primera.

*¡Oh cauterio suave!,  
¡oh regalada llaga!,  
¡oh mano blanda!, ¡oh toque delicado,  
que a vida eterna sabe, y toda deuda paga!*

*Matando, muerte en vida la has trocado.*

*¡Oh lámparas de fuego,  
en cuyos resplandores  
las profundas cavernas del sentido,  
que estaba oscuro y ciego,  
con extraños primores  
calor y luz dan junto a su Querido!*

*¡Cuán manso y amoroso  
recuerdas en mi seno  
donde secretamente solo moras,  
y en tu aspirar sabroso  
de bien y gloria lleno,  
cuán delicadamente me enamoras!*

MARCELO BARVARINO  
Ávila (España)

# El corazón de Cristo y las mujeres

(Cuarta meditación del octavario)

LA VIUDA POBRE Y GENEROSA (Mc 12,41-44)

LA MUJER DEL PERFUME COSTOSO (Mt 26,6-13)

El Corazón de Cristo es un faro luminoso alzado ante todos los pueblos, para que todos puedan caminar al resplandor de su luz y experimentar el calor de sentirse amados por el mismo Dios. En esta cuarta reflexión centraremos la atención, como lo hemos venido haciendo en precedentes, en otros dos encuentros concretos de Cristo con algunas mujeres, tal como éstos han quedado consignados en los relatos evangélicos. A saber: aquél que Jesús tuvo con una viuda pobre, que en el cepillo del templo echó con generosidad y sin medida su limosna (cf. Mt 12,41-44) y aquel otro en que una mujer, con generosidad sin límite, derrochó un frasco de perfume valiosísimo con Jesús (cf. Mt 26,6-13).

Recordemos qué dice el texto evangélico sobre la viuda pobre y generosa. En cierta ocasión, Jesús se sentó frente al arca donde se recogen las limosnas que depositaban los devotos que acudían al Templo. Ocurrir algo que, hasta cierto punto, nos parece lógico: los ricos echaban mucho. A buen seguro que algo harían para que se notara lo generosos que eran. Jesús, que estaba observando, no pudo menos de ver este hecho,

pues era evidente. Pero Jesús también vio algo que la gente no vio: una viuda pobre echó dos céntimos, que era todo lo que tenía. Inmediatamente Jesús reúne a sus discípulos para decirles lo que ellos no han captado. ¿Quién es el que ha depositado más y ha sido más generoso, los primeros o la segunda? Y para que no se lleven a engaño les dice que esa pobre viuda ha dado más que los ricos. Y la razón es clara: los ricos han echado de lo que les sobra y la viuda, en cambio, ha depositado todo lo que tenía para vivir.

Dándole todo a Dios, se quedó totalmente en manos de la Providencia divina. Esta viuda ha despertado siempre en nosotros simpatía. No en vano Jesús mismo nos la ha puesto de modelo. Por otro lado, ¿quién sabe si lo que los ricos echaban no se lo habían quitado primero a los pobres? Esta viuda, en cuanto viuda, era un ser indefenso y sin medios de subsistencia. Siendo pobre, da todo lo que tiene y no se guarda nada. Siendo fiel a Dios en su misma pobreza y pequeñez, se entrega del todo a Dios y se dispone a esperarlo todo del mismo Dios.

¡Cuánto podemos aprender todos del gesto heroico de esta viuda! En nuestra relación con Dios, a veces somos tacaños y cicateros midiendo nuestra generosidad para con Él y poniendo tasa a lo que le damos. Si pensáramos que todo lo que tenemos, de Él lo hemos recibido, quizá seríamos más generosos para con Él. Porque Dios no quiere lo que nos sobra ni nuestras cosas: Él nos quiere a nosotros. Dios no espera migas: Él quiere el pan entero. ¡Cuánto podría hacer Dios en nosotros, si no le pusiéramos tantas pegas y obstáculos!

Recordemos ahora el otro pasaje evangélico sobre el que también se centra esta cuarta reflexión. Y empezamos situándonos. La conspiración contra Jesús está en marcha. Jesús lo sabe y siente la angustia de lo que se le viene encima. Mientras Él está viviendo esto, los suyos están en otra onda y no se dan cuenta de lo que pasa. Jesús se encontraba en Betania, en casa de un leproso. Una mujer anónima se acerca, llevando un frasco de alabastro, cuyo contenido era un perfume muy costoso, y lo derrama sobre la cabeza de Cristo. Ante este hecho, los discípulos se indignan pues aquello era un despilfarro con el que se podía haber atendido las necesidades de los pobres. Jesús pide que no molesten a esta mujer, pues lo que ha hecho con Él ha sido una obra buena. Por otro lado, los pobres siempre podrán ser atendidos por los discípulos, y Jesús, en cambio, no estará con ellos para siempre. Además, al derramar el unguento, ya le ha preparado a Cristo para la sepultura. Realizado el gesto, Jesús profetiza: *«Dondequiera que en el futuro se proclame la Buena Noticia del Evangelio, se recordará el gesto de esta mujer»*.

Nosotros, en esta reflexión, estamos de nuevo cumpliendo esta profecía de Jesús, pues estamos recordando la buena obra que hizo aquella mujer con Él. ¡Cuánto agradeció Jesús este gesto! Era un momento de respiro ante la gran crisis que se le avecinaba. El texto también dice que toda la casa se llenó del perfume. En el gesto de esta mujer hay desmesura y despilfarro; pero ¿quién se atreve a poner medida al amor?

Al recordar este gesto de generosidad, todos podemos aprender mucho. Dios espera de nosotros que, por Él, seamos capaces de romper el frasco de lo más valioso que tengamos y que luego el buen olor de nuestra entrega se extienda por toda la casa de la Iglesia y del mundo. San Pablo escribe que los cristianos han de ser «buen olor de Cristo» (2 Cor 2,15) y que sus buenas obras han de impregnar de olor agradable la casa humana.

Pero hay una segunda lección que podemos aprender: Jesús aceptó este gesto de cariño por parte de aquella mujer y lo agradeció. Jesús se dio cuenta del alcance que tenía el detalle. Es una llamada de atención para que nosotros recibamos de buena fe lo que se nos ofrece y para reconocer los gestos que hacia nosotros tienen los demás.

Terminamos así esta cuarta reflexión, en la que hemos visto lo generosas que fueron estas dos mujeres en su relación con Dios: la viuda que dio todo lo que tenía para vivir y la mujer que en Betania ungió con perfume la cabeza de Cristo. Los que, a veces, somos tacaños y cicateros con Dios, hemos sido exhortados a no seguir siéndolo. Y aunque así nos veamos, no olvidemos pedir a Cristo la generosidad de su Corazón.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM  
*Salamanca (España)*



## LITURGIA

# Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

## 1. Todo bajo el signo de la cruz y en el nombre de la Trinidad

(«YO CONFIESO...»)

Nos mostramos frágiles y pecadores, no sólo ante Dios, sino «ante vosotros, hermanos», porque todo pecado contra Dios se traducirá en una afrenta al hermano, a ese «otro» a quien no hemos convertido en «nosotros», al no haberlo incorporado a nuestra vida.

La única riqueza de la Iglesia es Cristo; nosotros, somos su pobreza. Tenemos miserias y las reconocemos. Por lo tanto, manifestamos públicamente que necesitamos ser sanados por Dios, gracias al sacrificio de su Hijo en la cruz. Además, no hemos pecado una sola vez, sino «mucho». ¿Cómo? De pensamiento, palabra, obra y omisión: agotamos todas las posibilidades de alejarnos de Dios y quebrar nuestra comunión con Él.

NADIE PECÓ POR MÍ

Cada uno de nosotros dice «Yo confieso», para mostrar lo intransferible de nuestros actos y que el cara-a-cara con Dios será con nuestro nombre y apellido marcados en la frente, sin entrar a configurar

alguna vaga identidad colectiva en la que se diluyan nuestras responsabilidades. Pero, como todos afirmamos lo mismo, reconocemos que estamos insertos en una comunidad de pecadores en la que cada uno confiesa serlo. No estamos solos ni en la gracia ni en el pecado. Hemos recibido testimonios vivos de una santidad que nos ayuda a ser buenos; también nos ha contagiado el mal ejemplo y así, por ese testimonio negativo y por nuestra debilidad, nos vimos arrastrados al pecado. Pero el Señor, Buen Pastor, sale a buscarnos como a ovejas perdidas, llamándonos a la salvación, *en una comunidad que es hogar y redil común.*

#### TENEMOS TESTIGOS COMPASIVOS DE NUESTRA CONDICIÓN

Desde nuestra indigencia, necesitamos «testigos-intercesores». Por eso rogamos «a santa María, siempre Virgen», porque Ella es *refugio de los pecadores*. También lo hacemos «a los ángeles y a los santos», a todos aquellos cuyas vidas son gratas a Dios, gozan de la Pascua de Cristo y, con Jesús, interceden ante el Padre. La Iglesia celestial se nos manifiesta como meta adquirida, como el fin de nuestros desvelos, como la confirmación en la elección definitiva a la comunión con Dios, que tendrá lugar cuando Cristo, victorioso en su Pascua, vuelva para el Juicio final.

... Y A VOSOTROS, HERMANOS

También la Iglesia, que peregrina en la tierra y todavía vive su Cuaresma de conversión y debe «completar lo que falta a la Pasión de Cristo», es intercesora. Tam-

bién nosotros podemos orar. Podemos suplicar a Dios que no olvide a sus hijos. Podemos hablarle y suplicarle al Padre, como Jesús le pide y le habla. Podemos ofrecer sacrificios gratos a Dios, no sólo los de «un corazón contrito y humillado», como lo tuvo David (cf. Salmo 50), sino los de las obras de Cristo, fruto de una caridad misericordiosa, para que Dios vuelque su mirada compasiva sobre nuestras miserias, respondiendo a nuestra clamorosa necesidad de sanación.

No olvidemos que el perdón de lo Alto jamás es denegado a quien lo necesita y lo pide. ¡Y sino, que lo digan la pecadora arrepentida a los pies de Jesús (cf. Lc 7,36-50), Zaqueo (cf. Lc 19,1-10), el buen ladrón (cf. Lc 23,39-43) y Pedro (cf. Lc 22,54-62)!; así como cada uno de nosotros, miembros de una Iglesia que perdona y que siempre está necesitada de perdón (cf. *Lumen Gentium*, 8).

#### REGLA PARA SATISFACER A DIOS

Tenemos el acto penitencial al comienzo de la celebración eucarística, pues para poder escuchar la voz de Dios en su Palabra, es necesario que lo hagamos con el alma limpia, propia de quienes, necesitados de perdón, lo piden y por ello lo reciben.

En un momento de sus evangelios, el Señor nos dice que si vamos a presentar nuestra ofrenda ante el altar (hoy diríamos: «*Si vamos a celebrar la Misa...*»), y allí descubrimos que nuestros hermanos tienen algo contra nosotros, debemos dejar nuestra ofrenda, ir a reconciliarnos con los hermanos y, recién entonces,

volver. *Sólo con esta condición*, nuestra ofrenda será grata a Dios (cf. Mt 5,23-24).

¿Intentamos dejar de ser pecadores? ¿Hacemos esfuerzos explícitos por reconciliarnos con el hermano? Estas frases que pronunciamos, Misa tras Misa, ¿suponen para nosotros el deseo de no pecar más y de convertirnos, para glorificar a Dios con una vida santa y para no dañar al hermano? ¿Queremos que cada uno de nuestros encuentros con el prójimo, deje a nuestros hermanos mejor que como los encontramos? El hambre y la sed de Dios, ¿son motivos para abandonar la vida de hombre viejo que llevábamos, revistiéndonos de Cristo, nuevo Adán... (cf. Ef 4,22-24)?

Pregunta hecha... Respuesta a dar...

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.  
*Mendoza (Argentina)*



**EL EVANGELIO  
DEL SEÑOR  
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz son de gran transcendencia para los cristianos.

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

# La fuerza en la vejez

## Algunas consideraciones sobre el Salmo 71

El Salmo 71 se abre con una frase sabia: «*Dios, yo me abrigo en ti*» (v.1). Ella es dicha por un ser humano que siente en su piel y en sus huesos la acumulación de los años. Sus sentimientos se confunden entre la súplica y la esperanza, entre la confianza y el temor. El momento en que vive no es fácil y abre su vida a Dios, como quien se desahoga con un amigo. Aquí está lo que vive el salmista:

Nuestro viejito siente temor de ser avergonzado, humillado (v. 1); miedo de no ser escuchado en su angustia (v. 2); pánico de ser rechazado por la vejez y abandonado por carecer de vigor (v. 9); no confía en aquellos que le circundan; recuerda a algunos que hablan contra él y le desean mal (v. 10); también le preocupa llegar a ser objeto de burla (v. 11). Él vive un conflicto en su edad avanzada, y el problema empeora por estar solo, enfermo y sin fuerza. Sin embargo, en medio de su pobreza, posee un profundo sentido de la vida, que no le viene de sí mismo, sino de Aquel que le sustenta.

La debilidad de este anciano descansa en Dios, que sale a su rescate, y a quien llama: roca de refugio y hospitalidad (v. 3). Aunque el mundo se quiebre a sus

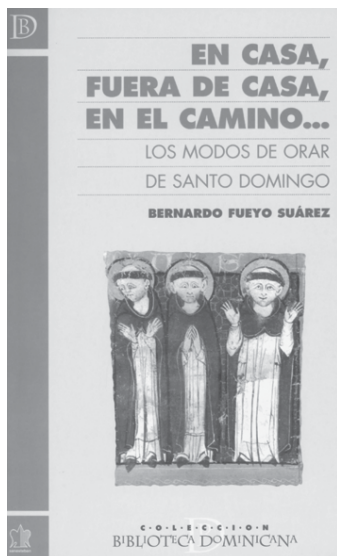
pies, Dios es su último objeto de confianza, y le habla con franqueza: «*ahora que llegan la vejez y las canas, ¡oh, Dios, no me abandones!*» (v. 18). El viejito, que tiene memoria teológica, o sea, que recuerda su experiencia de Dios desde antiguo, se queda pensando como quien, en silencio, saca cuentas para el Señor y le dice: si desde mi juventud fuiste mi confianza (v. 5) y desde el seno materno, mi apoyo; y todavía más... si desde las entrañas maternas estabas conmigo (v. 6), no me abandones ahora, en el tiempo de cabellos blancos (v. 18). Justamente aquí nace la súplica: de la confianza, porque entre cómplices también se clarifican las cosas.

Dios parece callar ante la desesperación. Pero el viejo, que es sabio, espera. Mirando hacia el pasado encuentra a Dios en su presente, y hace un reajuste en sus ideas. Dios nunca le había defraudado (v. 5). Y sus palabras recuperan las fuerzas necesarias para decir: «*Y vendré a las proezas de Dios, recordaré tu justicia*» (v. 16). Aquí se expresa el sentido de su vida, de sus rodillas temblorosas, de su visión nublada, de sus oídos sordos, de sus dientes gastados: él quiere vivir y contar, hasta que el aliento le permita, las maravillas que Dios ha dispensado a todas las generaciones, teniendo por límite las nubes (v. 18).

Lo que nuestro querido viejo ha aprendido de Dios a lo largo de su pasado, se convierte en la misión de su presente. La suma de sus años no habla de abandono, sino del mimo persistente de Dios, manifestado en el don de la existencia. Y para no aburrirse, decide transmitir el mensaje al son del arpa y de la cítara, porque

las cosas buenas se festejan públicamente (v. 22). Quiero terminar con dos cosas: recordar una cita del libro de los Proverbios: «*El vigor es la belleza de los jóvenes, las canas el ornato de los viejos*» (Pro, 20,29); e invitar a los jóvenes de las comunidades a escuchar de las personas mayores lo que ellas tienen para contar.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.  
*São Paulo (Brasil)*



**EN CASA, FUERA DE CASA,  
EN EL CAMINO...**

BERNARDO FUEYO

Páginas: 232      Precio: 20,00 €

Se describe las formas y gestos que Domingo usaba en la oración. Muy acorde con la búsqueda de nuevas expresiones de orar

 **sanesteban**  
editorial

[www.sanestebaneditorial.com](http://www.sanestebaneditorial.com)

## TESTIGOS

# En El Padre Vicente Lebbe: Heroico abanderado de la evangelización en China

(1.<sup>a</sup> PARTE: BREVE BIOGRAFÍA Y CHINA COMO DESTINO)

### INTRODUCCIÓN

Cuando en los años de formación tuve la suerte de tener entre mis manos dos libros sobre el P. Vicente Lebbe, –uno sobre su biografía y otro de sus cartas, publicados por la Editorial Litúrgica Española–, quedé profundamente impresionado. Después de un buen número de años he vuelto a releer, *Revolución Misional en China* (Jacques Leclercq) y *Diplomacia de Cristo en China* (Paul Goffart y Albert Soller), y de nuevo su lectura me ha vuelto a impactar. Su mensaje y su coraje evangélico no ha quedado para nada desfasado; todo lo contrario sigue siendo un ejemplo y un estímulo para todos los que creemos en la renovadora fuerza del Evangelio.

Figuras como las del P. Vicente Lebbe, deben ser rescatadas del anonimato y de la indiferencia de una sociedad apática y escasa de valores, y también como un estímulo para todos aquellos que contracorriente han empeñado su vida en el anuncio del mensaje de Jesucristo como *luz, verdad y vida* para todos los seres humanos.



En esta primera parte de nuestro estudio expon-dremos una síntesis de la biografía del P. Lebbe y hablaremos de la importancia que tuvo China en su vida.

### SÍNTESIS BIOGRÁFICA

Es extremadamente difícil hacer una síntesis bio-gráfica del P. Vicente Lebbe. Todas las fechas y todos los acontecimientos de su vida se nos presentan muy importantes y dignos de quedar reseñados. Después de muchas dudas, hemos optado por un camino más sen-cillo pero quizás más arriesgado: poner las fechas que nos parecen los goznes o puntos de arranque en su copiosa y admirable actividad, así como algunos de los rasgos de su impresionante personalidad.

Nace en Gante (Bélgica) el 19 de agosto de 1877. Sus padres: Firmin Lebbe, nacido en Bélgica en el seno de una familia burguesa, ejerció de abogado; la madre, Louise Barrier, de nacionalidad inglesa, aunque de raíces francesas, se convirtió al catolicismo a los 17 años. Gracias a las suplicas de su esposa, Firmin, que esta-ba alejado de las prácticas religiosas, recupera una fe que será más viva y comprometida, aunque el hogar de los Lebbe no será nunca muy clerical.

El protagonista de nuestra historia recibirá el nom-bre de Frederic, que posteriormente cambiará por el de Vicente en honor a san Vicente de Paúl al ingresar en la congregación de los paúles o lazaristas. Frederic fue el primogénito de siete hermanos: Adrien (que tomará el nombre de Beda, benedictino), Gastón (que

murió muy pronto), Robert, Elizabeth (Lizzy, agustina), Dominique y Benedicto.

Impactado por la vida del mártir misionero lazarista Jean Gabriel Perboyre, ingresa el 6 de noviembre de 1895 en el seminario de San Lázaro de París. Desde sus primeros pasos en la vida religiosa apuesta por una fuerte vocación misionera china, y por una profunda defensa de la justicia: «*Moriré contento, antes que vivir sin poder dar al bien y al mal sus respectivos nombres. Verteré gustosamente mi sangre por causa de los oprimidos, aunque sea el único en el mundo en manifestar la indignación cristiana*».

Durante sus estudios conoce al P. Antoine Cotta (egipcio), algunos años mayor que él, y con quien establecerá una gran amistad, compartiendo ideales, entusiasmos y sufrimientos en la evangelización misionera china.

Con gran capacidad de trabajo y muy dotado intelectualmente, está al tanto de los últimos avances y posturas renovadoras en Sagrada Escritura, Historia de la Iglesia y Liturgia. Pero el estado general de su salud empieza a ser muy preocupante, en parte también porque tiene repercusión en la vista, lo que resulta ser un gran obstáculo para sus estudios y, en resumidas cuentas, para realizar su vocación misionera.

Sin saber qué hacer los superiores con él a causa de su salud, lo envían a Roma, donde también su hermano benedictino cursa estudios de Teología. Unos compañeros le leen los apuntes de clase, que él no puede leer. Pero su idea de embarcarse para China no desaparece. Cuando más oscuro se presentaba el

horizonte, aparece en Roma un viejo obispo, Monseñor Favier, que trabaja en la misión francesa de China. Éste queda conmovido por el entusiasmo del P. Lebbe y se lo lleva consigo a pesar de las serias dificultades de su salud.

El 15 de agosto llega a Pekín donde, con sólo dos cursos de Teología y, a pesar de los graves problemas de la vista, le nombran profesor de Sagrada Escritura, Historia Eclesiástica y Música.

Ordenado sacerdote el 28 de octubre de 1901, a pesar de los problemas de la vista, se le autoriza a que diga diariamente la misa a la Santísima Virgen. Su lema sacerdotal es el consejo de Pablo a Timoteo: «Hijo mío, trabaja». Tenía 24 años cuando le destinan a una parroquia situada a cien kilómetros de Pekín.

A partir de ese momento su entrega a la misión evangelizadora en China es total. Cada año de su vida sería una fecha para reseñar. Es difícil escoger de entre ellas alguna que sea más importante que otra. Digamos, muy concisamente, que hizo dos viajes a Europa, uno más breve, de 1913 a 1914, y otro de 1920 a 1927. En este último recibe el respaldo de Roma a todos sus proyectos misioneros, y asiste con alegría inmensa a la consagración de los seis primeros Obispos chinos propuestos por él.

El 24 de junio de 1940, después de tener que sufrir en sus últimos años las guerras que por esos tiempos asolaban a China, el P. Lebbe al fin descansa en el Señor. Se había completado una de sus grandes vivencias: *«Es un milagro del cristianismo el hacer que podamos comenzar el cielo en la tierra... Todo es pequeño,*

*mezquino, breve y ligero ante el peso inmenso de gloria y de amor que nos espera, y que está ya tan cerca... Ahí está la vida como una bocanada de humo, como un sueño, como un bullicio de gentes que se embarcan, y que cambian de domicilio. Pero, a la vez ¡qué hermosa es la vida y qué grande e inmensamente preciosa para el que conoce el verdadero precio!».*

CHINA ES MI DESTINO:

«ME HAGO TODO PARA TODOS PARA SALVARLOS A TODOS»

### *Las primeras intuiciones*

A finales de marzo de 1901, al descender del barco que le había llevado a China, el P. Lebbe experimenta la desazón y el malestar de tener que poner su maleta en manos de un criado chino, porque no era digno que un misionero europeo cargara con su equipaje. En aquel momento recordó aquel aforismo que había conocido en el hogar familiar: «*Cuando la mayoría se dirige hacia un lado, hay que dirigirse hacia el otro*».

De inmediato percibe la autosuficiencia y el gran daño de las potencias colonizadoras presentes en China, entre las que está Francia, de quien las misiones lazaristas dependen grandemente, asimilando una buena parte de los misioneros la mentalidad de los dirigentes políticos. Con clarividencia y lealtad para consigo mismo, el P. Lebbe, ante esta situación, se dirige a su Obispo, Mons. Jarlin y, sin más, le expuso sus primeras impresiones: «*Nos hemos constituido, de manera consciente y voluntaria, en un organismo extranjero. Nuestras cristiandades son medio colonias.*

*Estamos fuera del pueblo y no podemos entrar en él..., se me antoja que somos algo así como una incrustación en vez de ser fermento...»*

La respuesta de su Obispo *trató de ser comprensiva, conciliadora y resignada...* Éste no captó que aquel joven misionero de veinticuatro años estaba dotado de una gran inteligencia, una fuerza de voluntad fuera de lo común y, sobre todo, que era un creyente puro y duro en la fuerza del Evangelio. El P. Lebbe, no se va a resignar: *«Aunque no saque a los demás de su error, no he de aceptarlo como propio».*

A lo largo del tiempo en que el Mons. Jarlin tuvo que relacionarse con el P. Lebbe nunca llegó a entenderlo. Once años después y ante los éxitos incuestionables en la evangelización del P. Lebbe, aún tenía sus reservas acerca de sus métodos pastorales: *«Cuando pongo en la balanza lo positivo y lo negativo que descubro en él, los platillos quedan igualados...».*

*«Soy chino, con todo mi corazón, alma y fuerzas»*

Desde que el Hijo de Dios *se encarnó, se hizo hombre y se acomodó a nuestra vida* (cf. Jn 1,14) no ha habido para los evangelizadores otro camino más eficaz para el anuncio de su mensaje de salvación, que asemejarse y hacerse uno con el pueblo al que se dirigen.

El P. Lebbe lo vio claro desde el principio: *quiso ser un chino entre los chinos.* Su predisposición a ser chino ya la había manifestado en el viaje camino de China, donde adoptó un nuevo nombre para su persona: *Lei-Ming-Yuan* («el trueno que retumba a lo

lejos»). Y como era un hombre eminentemente práctico, desde sus primeros días en el seminario de Pekín, donde daba clases, rompió cualquier barrera o comportamiento que le pudiera distanciar de los seminaristas. Ello no dejó de causarle algún problema a causa de la poca confianza que los responsables del seminario tenían en los seminaristas chinos.

Nada más llegar a su campo evangelizador, se entrega de lleno al aprendizaje del idioma chino, al estudio de las costumbres del pueblo al que quiere pertenecer plenamente, y hasta adapta su figura exterior a la usanza y modales de las gentes con quien convive a diario: *coleta china, vestidos chinos, pipa china y, muy a tener en cuenta, cortesía china, que a la larga le hará coger un gran prestigio, incluso delante de las autoridades paganas chinas.*

Sustituye en los edificios religiosos y en las escuelas las banderas francesas por las banderas chinas, y empieza a hacer planes de promoción educativa y moderna en las aulas de enseñanza. Todo, para que el pueblo chino esté a la altura de cualquier otro pueblo. Pronto empieza a incubarse en él la idea de que *la iglesia china debe ser china.* Se puede decir que cada paso que da en su vida está impregnado hasta lo hondo por este espíritu.

### *Patriota chino hasta las últimas consecuencias*

Cuando en 1931 Japón invade China, el P. Lebbe se incorpora con todas sus fuerzas a la defensa de la patria. Más aún, trata de levantar la moral a un pueblo que ya ha sufrido bastantes desengaños y sufri-

mientos a causa de las guerras. Pero no nos equivocamos, no ha cambiado un entusiasmo patriótico chauvinista belga o francés por otro semejante chino: por eso cuando algunos católicos japoneses hablan de la paz, el P. Lebbe, con una claridad meridiana, les responde señalando cuál es el verdadero problema de fondo: *«Ciertamente la paz es un gran bien, pero no el mayor. Hay uno que está por encima de la paz: la justicia... Una paz que no se fundamente en la justicia es una paz falsa, efímera e inestable. Paz adquirida al precio de la esclavitud es ignominia. Una vida comprada con semejante moneda no merece ser vivida... La conciencia cristiana no aceptó jamás semejante paz...»*.

Dada su condición de hombre religioso, el P. Lebbe ofrece su colaboración a las fuerzas combatientes chinas mediante un cuerpo auxiliar de 260 camilleros y enfermeros, de los cuales 20 eran religiosos del Monasterio de las Bienaventuranzas que él había fundado. El P. Lebbe está al frente de esta tropa pacífica, que hasta su muerte atendieron a 20.000 heridos y socorrieron a más de diez mil refugiados. Esta actividad intensa, peligrosa y realizada en condiciones muy precarias, no le impedía a él y a sus monjes hacer las oraciones litúrgicas en pleno combate.

El ejército, que en un principio había recibido con recelo la incorporación del nuevo cuerpo de camilleros, al verlos actuar generosa y eficazmente aliviando sus sufrimientos, cambió de opinión, y empezaron a mirarlos con simpatía y gratitud. Más aún, los jefes más conspicuos, al darse cuenta del talento organizativo y la lealtad del P. Lebbe, empezaron a encomendarle otras misiones, como la de animar con charlas

y diálogos convincentes a los más indecisos para comprometerse en la defensa de la patria China.

El reconocimiento de los máximos responsables no se hizo esperar. Un general del ejército, para arengar a sus tropas, puso de ejemplo al P. Lebbe: «*Mirad a este viejo señor Lebbe [viejo señor, era para los chinos una prueba de deferencia], ama a China y trabaja por ella. Él y sus hermanos podrían vivir tranquilamente en el monasterio. ¡No ha sido así! Con libertad, espontáneamente han decidido ayudarnos en la guerra y esto solamente porque aman a China. No aspiran a cargos ni a dinero. Este viejo señor Lebbe, es el padre de nuestra división... Cuida de nuestros heridos y entierra nuestros muertos... ¿De dónde proviene tanta bondad?... Porque son católicos... Ahora pues, todos juntos, a una sola voz, démosle gracias*».

Cuando el 24 de junio de 1940 al P. Lebbe se le quebraba la vida definitivamente, el gobierno del mariscal Chiang-Kai-Sheh mandó poner las banderas a media asta en todo el país, asistiendo él y su gobierno a los funerales y dedicando un día al año a la memoria del P. Lebbe. Seguramente en la historia de China ningún extranjero habrá recibido tanto reconocimiento.

En la segunda parte de nuestro estudio sobre el P. Vicente Lebbe expondremos las etapas de su apostolado. Y en la última parte hablaremos de su profunda vida espiritual.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.  
Peña de Francia (España)



## ESCUELA DE VIDA

# Homilías sobre la creación en seis días: la creación de los animales marinos

Los reptiles acuáticos y los peces, 2.<sup>a</sup> parte<sup>1</sup>

EJEMPLOS A IMITAR: LOS PECES PERMANECEN  
CADA UNO EN SU FEUDO

«*Vez la mar, ancha y vasta: hay en ella seres sin número que reptan, animales pequeños y grandes*» (Sal 103,25).

Sin embargo, reina en ellos una sabia y bien ordenada disposición. Así, no sólo encontramos en las costumbres de los peces motivos de censura: nos dan también ejemplos a imitar.

¿Cómo sus especies, tras haberse repartido cada una las regiones según sus conveniencias, no se invaden las unas a las otras, sino que permanecen dentro de sus propios límites? No hay en ellos un topógrafo que les haya asignado su lugar de residencia, que les haya circunscrito con murallas o marcado los límites.

1. Traducimos el texto de la versión francesa que encontramos en: BASILE DE CÉSARÉE, *Homélies sur l'Hexaéméron* (Sources Chrétiennes 26), Cerf, París 1949, pp. 409-427. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

Sin embargo, espontáneamente, cada uno tiene a bien atenerse a lo que le conviene: este golfo alimenta a tales familias de peces; aquel, a tales otras; y éstas que proliferan aquí, faltan en otras zonas. No hay ni una montaña para separarles, no se elevan entre ellos cimas puntiagudas, ni un río para impedirles el paso. Sino que hay una ley de la naturaleza que asigna a cada uno, con igualdad y justicia, el lugar de residencia que corresponde según sus necesidades.

Esto no es así entre nosotros, ¿por qué? Nosotros cambiamos sin cesar los inmutables «*linderos que habían fijado nuestros padres*» (Pro 22,28). Nosotros parcelamos la tierra. Acaparamos casa a casa y campo a campo para despojar a nuestro prójimo.

Los monstruos marinos saben dónde la naturaleza ha situado su estancia. Ellos ocupan, más allá de las tierras habitadas, el Atlántico, un mar sin islas que del otro lado no limita ningún continente. También la navegación es allí impracticable. Ninguna búsqueda, ninguna necesidad convence al navegante a adentrarse allí. De este mar han tomado posesión los monstruos marinos, cuyo tamaño, aseguran los que les han visto, se asemeja a las altas montañas. Y permanecen en el interior de sus fronteras, sin devastar ni las islas ni las ciudades del litoral.

Así, cada una de las familias, del mismo modo que lo haría estando en ciudades, en villas o en antiguos países, se establece en las zonas del mar que le son fijadas.

## LOS PECES MIGRATORIOS

Hay, además, peces migratorios que parecen enviados a regiones extrañas por la decisión de un mismo Senado, y que parten todos a la misma señal. Cuando ha llegado el momento marcado para su fecundación, emigran, en efecto, unos desde un golfo, otros desde otro, y empujados todos por la misma ley de la naturaleza, se apresuran hacia el mar Negro. Vemos a estos peces en la época de su subida correr en masa como un torrente a través del mar de Mármara hacia el mar Negro.

¿Quién los pone en movimiento? ¿Qué orden real? ¿Qué edictos mostrados en las plazas públicas indican el día fijado? ¿Quién les guía en país extranjero? Ves así las disposiciones divinas cumplir todas las cosas y abarcar incluso a los más pequeños seres. ¡Un pez no se opone a la ley de Dios, y nosotros, los seres humanos, no aceptamos sus saludables enseñanzas! No desprecies a los peces, por mudos que ellos sean y privados de razón, sino teme ser aún menos racional que ellos, resistiéndote a las prescripciones del Creador.

Escucha a los peces: no les falta más que la palabra. Su manera de actuar te habla, y te dice, por ejemplo: «Es la conservación de nuestra especie la que nos hace emprender este largo viaje...». No tienen el uso de la razón, pero cuentan con la ley natural fuertemente impresa en ellos y ésta les muestra lo que deben hacer. «Vayamos –dicen ellos– a las aguas del mar Negro. El agua es allí más dulce que en otros lugares, pues el sol permanece menos en esos parajes y sus rayos no extraen toda la porción de agua potable».

Incluso los peces marinos prefieren el agua dulce. También remontan a menudo los ríos, y se alejan del mar. He ahí por qué el mar Negro les parece mejor que otras zonas para albergar y alimentar a sus pequeños. Pero cuando su deseo ha sido satisfecho, retoman en grupos el camino de regreso. ¿Y por qué razón? Escuchemos a estos mudos seres: «El mar Negro –dicen ellos– es poco profundo. Su superficie está a merced de la violencia de los vientos. Tiene pocos promontorios y zonas abrigadas. Los vientos revuelven sus aguas hasta sus profundidades, llegando a mezclarse con sus olas la arena de su lecho. Además, es frío en invierno, pues recibe las aguas de muchos grandes ríos...».

He ahí por qué los peces, después de disfrutar convenientemente del mar Negro durante el verano, se apresuran, llegando el invierno, hacia el calor de las aguas profundas y de las aguas soleadas. Huyendo de la violencia de los vientos del norte, regresan a aguas menos agitadas.

Yo he visto este espectáculo y he admirado la universal sabiduría de Dios.

Si los animales irracionales obedecen a un pensamiento reflexivo y se ocupan de su propia salvación, si el pez sabe lo que debe elegir y evitar, ¿qué diremos, nosotros, que honrados con una naturaleza racional, instruidos por la ley, movidos por las promesas, llenos de la sabiduría gracias al Espíritu Santo, sin embargo no administramos nuestros asuntos de una manera más razonable que los peces? A pesar de lo poco que saben, los peces son precavidos en vista a los tiempos venideros. Sin embargo, nosotros, no poniendo nues-

tra esperanza en el futuro, consumimos nuestra vida en los placeres de los animales...

Un pez atraviesa muchos mares buscando alguna mejora, y tú, ¿qué dirás tú, si vives en la ociosidad? La ociosidad es fuente de perversión...

¡Qué nadie pretexe su ignorancia! Contamos con la razón natural, la cual nos muestra la conveniencia del bien, y nos inspira la repulsión hacia los actos dañinos.

#### LA PREVISIÓN DEL ERIZO DE MAR

No me alejo de los ejemplos tomados del mar, pues en este momento es el objeto de nuestro estudio. He escuchado decir a un habitante del litoral que el erizo de mar, a pesar de lo pequeño y despreciable que pudiera ser, informa a los navegantes de la calma y de la tempestad. Cuando prevé un vendaval, coge una gruesa piedra y se asienta firmemente sobre ella, a modo de ancla, evitando con su peso ser el juguete de las olas. Cuando los navegantes ven esta indicación, saben que se espera un vendaval.

Ningún astrólogo, ningún caldeo capaz de conocer por el movimiento de los astros las perturbaciones atmosféricas, ha comunicado este conocimiento al erizo, sino que el Señor del mar y de los vientos ha puesto en este pequeño animal la impronta visible de su gran sabiduría. Nada hay imprevisto, nada hay que esté descuidado de la parte de Dios. Todo se ofrece a su gran mirada que jamás se duerme. Él está presente en todas las cosas, y procura a cada uno su salvación.

Dios no ha excluido al erizo de mar de su solicitud: ¿puede Él no velar, mi querido oyente, por tus intereses?

LA UNIÓN DE LA VÍBORA Y DE LA MORENA:  
EL AMOR CONYUGAL

«*Maridos, amad a vuestra mujeres*» (Ef 5,25).

Estáis completamente abrazados el uno al otro cuando habéis entrado en la comunidad del matrimonio. Que este lazo de la naturaleza, y el yugo que os es impuesto por la bendición nupcial, realicen la unión de vuestros dos seres.

La víbora, el más malo de los reptiles, para unirse a la morena de mar, se pone delante de ella y, anunciando su presencia con un silbido, la llama de las profundidades para la unión conyugal. La morena accede y se une con el animal venenoso. ¿De dónde puede venir este hecho?

Al marido, ya sea áspero o poco tierno, es necesario que la mujer le soporte, y que ella se esfuerce para que no se rompa esta unión. ¿Es un poco brusco? Pero es tu marido. ¿Tiene debilidades? Pero la naturaleza os ha unido. ¿Es severo y triste? Pero él ha pasado a ser uno de tus miembros y, de todos ellos, el más precioso.

Que el marido, por su parte, estudie la lección que le conviene: la víbora expulsa su veneno en lo que respecta a su matrimonio. Y tú, ¿no renuncias a tu carácter rudo e insociable por el bien de la unión conyugal?...

Quizás, mirándolo desde otro punto de vista, el ejemplo de la víbora nos ofrezca aún una enseñanza más, pues resulta que lo que la naturaleza nos presenta con la unión de la víbora y la morena es un adulterio. Que sepan pues aquellos que dañan el hogar del prójimo, a qué tipo de reptil han llegado a parecerse.

Respecto a mí, no tengo más que una meta: ayudar en lo que pueda a la edificación de la Iglesia.

Las pasiones de los inmoderados pueden contenerse gracias a los ejemplos que tomamos para instruirles de los animales terrestres y marinos.

#### HABRÍA AÚN MUCHOS EJEMPLOS

Debería parar: la debilidad de mi cuerpo me obliga a ello, así como la hora avanzada del día. Sin embargo, voy a citaros ejemplos que merecen la admiración de mis atentos oyentes, ejemplos tomados de los seres marinos y del mismo mar: fijaros cómo el agua se solidifica en sal; cómo la preciosísima joya que es el coral, siendo en el seno del mar una hierba, toma la solidez de una piedra cuando se la saca al aire; cómo la naturaleza ha puesto en el animal más vulgar, la ostra, la piedra de más alto precio, y cómo, siendo las perlas buscadas para enriquecer los tesoros de los reyes, yacen aquí y allá, a lo largo de las orillas, en las costas y en la aspereza de las rocas, escondidas entre las conchas de las ostras; cómo las grandes conchas llamadas «ostraperlas» proporcionan una lana de oro que ningún tintorero ha sido capaz de imitar hasta ahora; cómo las caracolas procuran a los reyes el color

púrpura de sus vestiduras, cuyo esplendor sobrepasa de lejos al de las flores de los prados.

«*¡Que las aguas produzcan...!*».

¿Hay algo que nos sea necesario y que no haya sido hecho? ¿Qué valioso presente no hemos recibido en nuestra vida? Ello es así, unas veces por nuestro servicio; otras veces para completar el admirable espectáculo de la creación; y a veces para inspirarnos temor y corregir así nuestra despreocupación.

#### LOS MONSTRUOS MARINOS

«*Dios creó, efectivamente, los grades animales marinos*» (Gn 1,21).

No es por tener proporciones mayores que la langosta y el picarel lo que les hace tener este calificativo de «grandes», sino por igualar con la masa de sus cuerpos a los montes más altos. Son seres que podemos confundir a menudo con islas cuando nadan en la superficie del agua. Sin embargo, enormes como son, no habitan los entornos de las costas ni las orillas, sino el mar que llamamos «Atlántico».

Así son los animales que han sido creados para inspirarnos temor y terror.

#### EL PODER DEL CREADOR NO SE MANIFIESTA MENOS EN LOS PEQUEÑOS PECES

Pero si oyes decir que las grandes naves, navegando a plena vela con viento favorable, son fácilmente



paradas por el más pequeño de los peces, ¿no encontrarías también en ello la prueba del poder del Creador? En efecto, la rémora es capaz de inmovilizar por mucho tiempo un navío, pareciendo como si éste estuviese enraizado en la mar.

No sólo los peces espada, los tiburones sierra, los peces perro, las ballenas y los peces martillo son temibles. La liebre marina y la raya con su terrible aguijón no lo son menos, pues ellos causan una rápida e inevitable muerte.

Así, el Creador quiere que tú estés siempre vigilante, para que con la esperanza que siempre pones en Dios, huyas de los daños que estos seres te harían.

## CONCLUSIÓN

Pero ha llegado el momento de ascender de las profundidades y regresar a la tierra firme. Pues, sobreviniendo una tras otra las maravillas de la creación, éstas, a modo de olas, han inundado nuestro discurso con sus continuos y sucesivos flujos. Y, no obstante, me sorprendería que nuestra exposición, no habiendo encontrado en la tierra mayores materias de asombro, no regrese más adelante en futuras homilías a buscar en el mar un refugio, al ejemplo de Jonás.

Sin embargo, parece que mi discurso, hallando innumerables maravillas, haya olvidado la medida que pretendía: le ha pasado lo mismo que a los marinos, los cuales, a falta de un punto fijo para calcular su velocidad en el mar, ignoran a menudo qué distancia han recorrido. Así, probablemente nosotros mismos

no nos hemos percatado del gran número de cuestiones tratadas. Pero, por atenta que esté esta venerable asamblea, y por agradable que nos parezcan a nosotros, humildes esclavos, el relato de las maravillas llevadas a cabo por nuestro Amo, echemos el ancla aquí mismo, y esperemos a que dentro de unos días podamos cumplir el resto de nuestra tarea.

Levantémonos, pues, y demos gracias por lo que ha sido objeto de nuestra conversación. Pidamos que llegue hasta su conclusión la exposición de las cuestiones que nos quedan por tratar. Y procuren ustedes, incluso durante la comida, sentados a la mesa, meditar todo lo que hemos recorrido juntos esta mañana y esta tarde. Que estos pensamientos ocupen sus sueños, y les hagan disfrutar, incluso dormidos, del placer que aquí, a lo largo del día, han encontrado. Para que les sea posible decir: «*Yo duermo, pero mi corazón vela*» (Can 5,2), porque él medita noche y día la ley del Señor, para quien sean la gloria y el poder por los siglos de los siglos.

¡Así sea!

SAN BASILIO DE CESAREA

## Bibliografía

RICARDO CUADRADO TAPIA, *El Evangelio del "coraje"*  
Editorial Monte Carmelo, Burgos 2008, 114 pp.

El coraje es la valentía, la audacia, la constancia, el tesón, la firmeza, la perseverancia, la fortaleza,... Nos permite optar siempre por aquello que mejor nos hace alcanzar nuestra plenitud humana. El autor de este libro comienza proponiéndonos un decálogo del coraje. Luego nos explica su propósito de poner de relieve esta fuerza motriz o esta necesidad básica para poder alcanzar nuestras metas, nuestros mejores proyectos y el desarrollo pleno de nuestra personalidad. A continuación hace una breve descripción del coraje, y señala la cuatro causas por las que está hoy en crisis: la falta de responsabilidad, la falta de ilusión para hacer las cosas, la desilusión reinante en la sociedad actual y la falta de claridad sobre el futuro. Después nos presenta algunos breves testimonios de coraje en la vida. Recoge también cinco mensajes de Juan Pablo II que constituyen un estímulo al coraje en la vida. Seguidamente presenta brevemente algunos enemigos del coraje: el pasotismo, la "cultura Light", el laicismo, el relativismo, la despersonalización. En las páginas siguientes recoge algunas breves apreciaciones de los jóvenes sobre el coraje. Y finalmente nos ofrece algunas pistas para una celebración en torno a esta realidad. Se trata de un libro sencillo, del estilo de los anteriores de esta misma colección, en el que se nos ofrecen materiales diversos para reflexionar sobre esta importante realidad del coraje.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.  
*Salamanca (España)*

# Índice general del año 2010

## EDITORIAL

|   |         |
|---|---------|
| COS, J. DE, <i>Dios se hace bebé</i> . . . . .              | 3-4     |
| — <i>La Cuaresma y la pureza de corazón</i> . . . . .       | 81-82   |
| — <i>A la luz de una vela</i> . . . . .                     | 161-163 |
| — <i>Sobre lo poco prudente y la mucha fe</i> . . . . .     | 241-243 |
| — <i>Un paseo por el parque con la Virgen María</i> . . . . | 321-323 |
| — <i>Vivir la eternidad</i> . . . . .                       | 401-403 |

## IN MEMORIAM

|   |       |
|---|-------|
| MARTÍNEZ, M. A., <i>In memoriam. Fray Pedro Blanco García, O.P.</i> . . . . . | 83-85 |
|---|-------|

## ESTUDIOS

|  |         |
|--|---------|
| BARVARINO, M., <i>Cristo, consuelo eterno y esperanza gozosa</i> . . . . .                             | 37-46   |
| — <i>El encuentro con Dios</i> . . . . .   | 201-204 |
| — <i>La autoridad de la Palabra</i> . . . . .  | 280-284 |
| — <i>La verdad nos hace libres</i> . . . . .   | 361-367 |
| — <i>Libres para el amor</i> . . . . .   | 439-444 |
| CARRÉ, F., <i>El Padrenuestro y las siete campanadas</i> . .   | 197-200 |
| CODINA MASACHS, C., <i>El progreso en las fuentes monásticas</i> . . . . .                             | 173-182 |
| — <i>El Rosario de la mano de la Virgen María</i> . . . . .  | 352-357 |
| COS, J. DE, <i>La oración en el Catecismo de fray Bartolomé de Carranza</i> . . . . .                  | 21-28   |
| ESPEJA, J., <i>Espiritualidad de la encarnación. 9. Con qué divinidad estamos dialogando</i> . . . . . | 47-49   |
| — <i>Espiritualidad de la encarnación. 10. Compromiso contemplativo en el mundo</i> . . . . .          | 106-109 |

|  |         |
|--|---------|
| ESPONERA CERDÁN, A., <i>San Vicente Ferrer y el sacerdote. La contemplación del Misterio Pascual y el rezo del Oficio Divino</i> ..... | 14-20   |
| FERNANDEZ MORATIEL, J., <i>La pasión de Jesús</i> .....  | 103-106 |
| — <i>La importancia del silencio interior en la oración</i> .....  | 183-196 |
| — <i>El crecimiento interior</i> .....   | 276-279 |
| — <i>El camino al corazón</i> .....  | 358-360 |
| — <i>La práctica del silencio interior</i> .....   | 434-438 |
| GAGO BRACERAS, E. M., <i>La Vida Consagrada: 1. ¿Dónde estamos?</i> .....  | 256-266 |
| — <i>La Vida Consagrada: 2. Por caminos del pasado y del presente</i> .....  | 340-351 |
| — <i>La Vida Consagrada: 3. El camino por delante</i> ..   | 417-429 |
| GALLEGO LUPIÁÑEZ, F., <i>Sobre la oración: «Hágase, cúmplase,...»</i> .....  | 29-32   |
| GARCÍA PRADA, J. M., <i>Los Medios de comunicación y el espiritual</i> .....   | 404-416 |
| HERRERO PRIETO, L., <i>A la luz de la estrella</i> .....   | 5-13    |
| — <i>El corazón de Cristo y las mujeres (Primera meditación del octavario)</i> .....   | 205-208 |
| — <i>El corazón de Cristo y las mujeres (Segunda meditación del octavario)</i> .....   | 284-288 |
| — <i>El corazón de Cristo y las mujeres (Tercera meditación del octavario)</i> .....   | 368-371 |
| — <i>El corazón de Cristo y las mujeres (Cuarta meditación del octavario)</i> .....  | 445-448 |
| HENDRIKS, B., <i>La viuda pobre</i> .....  | 430-433 |
| LARRAÑETA, J. J., <i>Contemplación: «el Padre»</i> .....   | 164-172 |
| LEÓN LASTRA, J. J. DE, <i>La espiritualidad dominicana según fr. Edward Schillebeeckx</i> .....  | 267-275 |
| LUIS CARBALLADA, R. DE, <i>Tomás de Aquino y la cuestión de la mujer</i> .....   | 86-93   |
| MARTÍNEZ, M. A., <i>Espiritualidad sacerdotal en la obra de Antonio Molina</i> .....   | 110-115 |
| ORTEGA VILLAIZÁN, G., <i>Tiempo de misericordia</i> .....  | 324-339 |
| PÉREZ MATA, D., <i>San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, sistematizadores de la mística</i> .....                               | 94-100  |

|  |         |
|--|---------|
| PLAZA AGUILAR, S., <i>Principales fuentes en el pensamiento teológico del Padre Arintero</i> . . . . . | 33-36   |
| SANDOVAL MARTÍNEZ, S., <i>La Pasión de Christo de la Madre Juana de la Encarnación, OSA</i> . . . . .  | 244-255 |

## LITURGIA

|   |         |
|---|---------|
| CABRERA, A., <i>Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado? El grito de la desesperación haitiana a la luz del Salmo 22</i> . . . . . | 101-102 |
| — <i>Salmo 133: Procurando la resurrección comunitaria</i> . . . . .  | 209-211 |
| — <i>Campeños sin tierra: algunas consideraciones del Salmo 37</i> . . . . .  | 294-296 |
| — <i>Súplicas en la soledad del sufrimiento: Salmo 6</i> .  | 378-380 |
| — <i>La fuerza en la vejez. Algunas consideraciones sobre el Salmo 71</i> . . . . .   | 453-455 |
| COS, J. DE, <i>Presentación de «Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía»</i> . . . . .                                      | 372-373 |
| MUÑOZ, H., <i>El desierto quedó atrás y el horizonte está cerca. Dos Himnos para Cuaresma</i> . . . . .                                   | 50-57   |
| — <i>El silencio en la liturgia</i> . . . . .   | 289-293 |
| — <i>Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 1. Todo bajo el signo de la cruz y en el nombre de la Trinidad</i> . . . . .  | 374-377 |
| — <i>Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 2. Me confieso pecador</i> . . . . .  | 449-452 |
| HERRERO PRIETO, L., <i>En la Eucaristía está el corazón</i>   | 116-136 |

## TESTIGOS

|   |         |
|---|---------|
| GEMMA DE LA TRINIDAD, <i>Sor Josefa Antonia Nabot (1740-1773)</i> . . . . .                 | 58-63   |
| — <i>Sor Agustina de san Vicente. Agustina en Ulldecona, mártir de Jesucristo</i> . . . . . | 137-142 |
| — <i>Madre Concepción Granelli, OSA (1904 - 1985)</i> .                                     | 212-223 |
| — <i>Sor Asunción Galán de San Cayetano, OSA (1867-1901), 1ª Parte</i> . . . . .            | 297-302 |

— *Sor Asunción Galán de San Cayetano, OSA (1867-1901), 2ª Parte* ..... 381-388

PÉREZ CASADO, A., *Monseñor Ramón Zubiata: fundador de las misiones del Vicariato de Puerto Maldonado* ..... 211-230

— *El Padre Vicente Lebbe: Heroico abanderado de la evangelización en China. 1ª parte: breve biografía y China como destino* ..... 456-464

ESCUELA DE VIDA

BASILIO DE CESAREA, *Homilías sobre la creación en seis días: las hierbas* ..... 227-237

— *Homilías sobre la creación en seis días: los árboles* ..... 303-314

— *Homilías sobre la creación en seis días: la creación de los animales marinos* ..... 389-397

— *Homilías sobre la creación en seis días: las lecciones de los animales marinos* ..... 465-474

COS, J. DE, *Comentario introductorio a las Homilías sobre la creación en seis días de san Basilio de Cesarea,* ..... 224-226

JUAN CRISÓSTOMO, *Panegírico de san Pablo Apóstol. Sexto discurso: Los reproches dirigidos a Pablo acrecientan su grandeza* ..... 64-73

— *Panegírico de san Pablo Apóstol. Séptimo discurso: El esplendor de Pablo se funda en la cruz* ... 143-152

BIBLIOGRAFÍA

BENEDICTO XVI, *En los orígenes de la Iglesia. Los apóstoles y los primeros discípulos de Cristo* ... 79

BERCIANO, I., *Aprendiendo a morir* ..... 239-240

BOLLAÍN, L., *¿Qué significa ser cristiano?* ..... 240

BONÉ, E., *Orar con... la Buena Nueva. A la buena ventura de los caminos de Palestina* ..... 316-317

CAMOZZI, R., *Las tentaciones de Jesús y otros relatos* ..... 77

CARMELO, J. DEL, *Mosaico espiritual. Cometarios sobre la vida espiritual* ..... 78-79

|   |          |
|---|----------|
| — <i>Santidad en el pontificado. Grandes papas y padres de la Iglesia santificados a lo largo de su historia</i>  | 155-156  |
| CASTILLO, P., <i>El camino espiritual de Tomás Moro</i>   | 75-76    |
| COLIN-SIMARD, A., <i>Las apariciones de la Virgen. Su historia, su mensaje</i>  | 77-78    |
| CUADRADO TAPIA, R., <i>Vivir en «positivo»</i>  | 318-319  |
| — <i>El Evangelio del «entusiasmo»</i>  | 319-320  |
| — <i>El Evangelio del «coraje»</i>  | 475      |
| DÍEZ MORENO, J. L., <i>Historia del ecumenismo en España</i>  | 79-80    |
| FELDMANN, C., <i>Hidegarda de Bingen. Una vida entre la genialidad y la fe</i>  | 159-160  |
| GIACOMO, P., <i>Nuevo Testamento y Vida Consagrada</i>  | 398-399  |
| HIDEGARDA DE BINGEN, <i>Libro de las obras divinas</i>  | 160      |
| <i>La Biblia. Introducción y meditaciones de Anselm Grün. Textos de la Sagrada escritura: Antiguo y Nuevo Testamento</i>  | 76       |
| LOSSKY, V., <i>Teología Mística de la Iglesia de Oriente</i>  | 399-400  |
| MARTÍNEZ, F., <i>¿Adónde va la vida religiosa?</i>  | 317-318  |
| MELLONI, J., <i>Voces de la mística. Invitación a la contemplación</i>  | 156-157  |
| MENNINGER, W., <i>El proceso del perdón</i>   | 238-239  |
| PFEIFER, I., <i>Vía crucis de María. Caminando con la madre de Jesús</i>  | 78       |
| PHILIPPE, M.-D., <i>En el corazón del amor. Entrevista sobre el amor, el matrimonio y la familia</i>  | 153-154. |
| RAMÍREZ, A. M., <i>Id por todo el mundo</i>   | 320      |
| REQUENA, F. M., <i>Católicos, devociones y sociedad durante la Dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República. La Obra del Amor Misericordioso en España (1922-1936)</i> | 157-158  |
| TENACE, M., <i>El servicio de los superiores. Custodios de la sabiduría</i>   | 154-155  |
| TOSCANO, M., ANCOCHEA, G., <i>Dionisio Areopagita. La tiniebla es luz</i>   | 315-316  |
| VÁZQUEZ BORAU, J. L., <i>El camino espiritual de Carlos de Foucauld</i>   | 74       |
| — <i>Vivir Nazaret. Un mes con Carlos de Foucauld</i>   | 74-75    |